



---

# **Cartas a Lucilio**

Séneca

---

Edición de  
Dasso Saldívar

ariel  Quintaesencia

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Un ideario para el siglo XXI

Esta edición

Pórtico

## I. La vida, el cuerpo, el espíritu

Carta 2: Los viajes y las lecturas

Carta 5: La ansiedad por el futuro nos perturba

Carta 11: La sabiduría no corrige nuestros defectos naturales

Carta 13: Evitar los males imaginarios

Carta 14: Debemos cuidar el cuerpo sin ser esclavos de él

Carta 15: Ejercicios del cuerpo y cultivo del espíritu

Carta 16: La filosofía se apoya en las obras, no en las palabras

Carta 17: Debemos buscar primero la sabiduría antes que la riqueza

Carta 21: La gloria depende de la sabiduría y no de la fortuna

Carta 25: Séneca reflexiona sobre cómo ayudar a dos amigos de distintas edades

Carta 27: La virtud se logra mediante el esfuerzo personal

Carta 28: Los viajes y la salud del espíritu

Carta 32: Consejos para llegar a la vida perfecta

Carta 45: No importa leer muchos libros, sino buenos libros

Carta 49: Aprovechemos la breve duración de la vida

Carta 50: Reconozcamos nuestros defectos y procuremos corregirlos

Carta 59: Diferencia entre el placer y la alegría

Carta 60: Combatir los deseos inmoderados

Carta 66: Las virtudes y los bienes son iguales en distintas circunstancias

Carta 71: Lo honesto es el bien supremo

Carta 83: Jornada habitual en la vida del viejo Séneca

Carta 91: El incendio de Lyon y los avatares de la fortuna

Carta 93: El valor de la vida

Carta 96: La vida es una lucha continua

Carta 104: Los viajes no curan los males del espíritu

Carta 110: No debemos alimentar los vicios con los bienes materiales

Carta 116: Es preciso suprimir enteramente las pasiones

Carta 122: Contra los trasnochadores y los que invierten el orden natural

Carta 123: Elogio de la vida frugal

Carta 124: La razón es la facultad que percibe el bien supremo

## II. La amistad, los amigos

Carta 3: La elección de los amigos

Carta 6: La verdadera amistad

Carta 9: La amistad del sabio

Carta 35: La amistad basada en la sabiduría es perdurable

Carta 48: Comunidad de intereses en la amistad

Carta 55: Evocación del amigo desde el reposo

Carta 62: Cuando me doy a mis amigos, no me alejo de mí mismo

Carta 64: Conversación entre amigos

Carta 109: También el sabio necesita amigos para compartir el bien más elevado

## III. Privilegios de la vejez, preparación para la muerte

Carta 12: Ventajas de la vejez

Carta 19: Necesidad del retiro y preparación del equipaje

Carta 24: Preparación para la muerte

Carta 26: Elogio de la vejez

Carta 54: Séneca se dispone a morir atacado de asma

Carta 58: La frugalidad puede prolongar la vejez, como le sucedió a Platón

Carta 61: La buena disposición de Séneca para la muerte

Carta 77: Sabiduría y serenidad ante la muerte

Carta 78: Ante las perspectivas de la muerte

Carta 101: Vivamos cada día con plenitud ante la inminencia de la muerte

## IV. La muerte

Carta 4: El temor a la muerte nos distrae de la realización de la vida

Carta 30: Cómo debemos esperar la muerte

Carta 36: Aprendizaje del desprecio a la muerte

Carta 63: Moderación en el duelo por el amigo muerto

Carta 70: Frente a la vida humillada, la muerte deliberada

Carta 82: Los falsos silogismos de Zenón sobre la muerte

Carta 99: Debemos perseverar en el recuerdo en la muerte de un ser querido

## V. Otras cartas

Carta 40: El discurso de la verdad debe ser sencillo y sin adornos

Carta 47: Trato humano con los esclavos

Carta 75: Sencillez en el estilo.

Carta 84: En la lectura debemos imitar a las abejas, que escogen las flores más apropiadas...

Carta 86: Elogio de Escipión el Africano

Notas

Créditos



## SINOPSIS

Este es uno de los libros más celebrados de Séneca sus sabios consejos tienen una validez que traspasa las fronteras del tiempo. Sin duda alguna, muchas de las observaciones y conclusiones que contienen estas cartas podrían aplicarse a las inquietudes del mundo actual, tan perturbado por espinosos problemas y trágicas discordias. Lucio Anneo Séneca escribió las más bellas máximas de pureza de la vida; en estas epístolas se aunaban todas las sublimidades del pensamiento humano, la elevación del espíritu y el entusiasmo por la virtud. *Las Cartas a Lucilio* recogen el fruto de una larga experiencia y contienen las reflexiones más profundas sobre las contradicciones de la condición humana.

---

# Cartas a Lucilio

Epístolas escogidas

Séneca

---

Edición de  
Dasso Saldívar

ariel **Quintaesencia**



«NADIE PUEDE TENER  
TODO LO QUE QUIERE;  
LO QUE PODEMOS HACER ES  
NO QUERER LO QUE  
NO TENEMOS Y SERVIRNOS  
ALEGREMENTE DE LAS COSAS  
QUE SE NOS OFRECEN.  
EL VIENTRE MORIGERADO  
Y CONFORME CON LA ESCASEZ  
ES UN GRAN ELEMENTO  
DE LA LIBERTAD.»



S É N E C A



Descarga aquí los esquemas de Cartas a Lucilio

## UN IDEARIO PARA EL SIGLO XXI

Tácito refiere al final del libro XV de los *Anales* que cuando el tribuno Gavio Silvano y uno de los centuriones llegaron a la casa de campo de Séneca, a las afueras de Roma, para comunicarle la orden de Nerón de que se diera él mismo la muerte, como condena por su presunta implicación en la conjura de Calpurnio Pisón contra el desalmado emperador, el sabio de Córdoba no sólo no dio la menor muestra de temor o de tristeza, sino que pidió con su habitual serenidad que le pasaran las tablillas de su testamento. Como el centurión se opuso, Séneca se volvió hacia sus amigos, que lo acompañaban en aquella tarde final junto a su esposa Paulina, y les dijo que, puesto que le impedían agradecerles su amistad y su afecto, les legaba lo único que poseía, que era lo más hermoso: la imagen de su vida, o sea, sus enseñanzas y su manera de vivir. Sus cuantiosos bienes, donados en gran parte por el mismo Nerón, habían quedado confiscados debido a su condición de condenado a muerte por alta traición.

A lo largo de veinte siglos muchos han criticado a Séneca por la falta de coherencia entre lo que pensaba y su manera de vivir, pero la mayoría de los senequistas modernos insiste, partiendo de sus epístolas a Lucilio, que no hubo un desajuste importante entre las dos manifestaciones esenciales de su existencia. Sin embargo, más allá de la polémica, parece evidente que Séneca no siempre vivió como pensó, si bien es cierto que estuvo constreñido por las circunstancias del poder imperial en que se desenvolvió como hombre público durante los últimos trece años de su vida oficial. Pero es indudable que vivió sobre todo para pensar, para reflexionar sobre la vida y los hombres en tiempos de crisis y decadencia, en

beneficio de los mismos hombres, y lo hizo en todas las circunstancias: como hombre libre o como prisionero, como rico o como pobre, como servidor del poder o como simple ciudadano romano. Más aún, conforme a la moral de su filosofía estoica, fue mucho más allá: sus gestos y su preocupación constante por los esclavos y los desfavorecidos bastan para colocarlo entre los más grandes benefactores de la humanidad.

Durante los cinco años en que fue ministro de Nerón y los ocho en que fue su asesor político, en coordinación con Sexto Afranio Burro (el inteligente y honesto prefecto de la guardia pretoriana), no dejó de favorecer a los sectores más necesitados y de pedir un trato humano para los esclavos, así como de influir para que a los gladiadores vencidos en el circo se les perdonara la vida. Se opuso siempre a la injusticia, al abuso del poder y de los poderosos y a la desigualdad entre los hombres, aunque sentía desprecio por los bárbaros, por los no grecorromanos. Tuvo una visión crítica de los más grandes dirigentes y conquistadores de la historia, como Alejandro Magno y Julio César, a quienes fustigó por su afán de acumular tierras y poder, en vez de buscar la sabiduría y la equidad, y, aunque no siempre lo pudo decir o escribir de forma abierta, abominó de Tiberio y de Calígula, y finalmente de Claudio y de Nerón, los cuatro emperadores bajo cuyos reinados transcurrieron sus cincuenta años de estudiante, de filósofo y escritor, de desterrado en Córcega y de hombre público en Roma.

Su más alta cumbre y su mayor caída empezaron el mismo día que los hados lo colocaron al lado del entonces sensato y obediente príncipe Lucio Domicio, el hijo de Agripina y futuro emperador Nerón. De esta vasta y compleja experiencia humana, política y moral, de sus

muchas y eruditas lecturas en diferentes campos, y, sobre todo, de su esmerado sentido de la amistad, de su humanidad siempre alerta (su máxima favorita era el verso de Terencio: «Soy un hombre, y nada humano me es ajeno») y del genio de su mirada, se nutriría gran parte de su obra filosófica y literaria, especialmente estas *Cartas a Lucilio*, «la parte más hermosa de sus escritos y la más provechosa», en palabras de su admirador y discípulo Michel de Montaigne.

Aunque le permitieron estudiar historia natural, meditar y escribir (tres *Consolaciones* y dos *Diálogos*), Séneca llevó muy mal los años de destierro que padeció entre el 41 y el 49 en la escarpada isla de Córcega, sobre todo por los ahogos del asma crónica que padecía desde niño. De modo que hizo lo posible para que Claudio le perdonara un ostracismo tan severo como injusto, mostrándose adulador con el César en su *Consolación a Polibio*, un liberto de Claudio que había tenido gran influencia sobre el emperador. Sin embargo, el filósofo no pudo ni imaginar que sería la misma Agripina, la segunda esposa de Claudio, su valedora para que el emperador lo indultara y lo nombraran después pretor en Roma, a la vez que la propia Agripina le pedía, o le exigía, que se encargara de la educación y conducción de su hijo Domicio. Estos halagos del poder imperial iban a constituir una trampa diabólica de la cual no saldría Séneca durante el resto de su vida, pero le iban a conceder una savia única a sus meditaciones epistolares.

En cambio, le fue dado salir airoso del destierro, una trampa también mortal (inicialmente la pena era de muerte, y el emperador se la conmutó por el destierro) que le habían tendido las conjuras palaciegas, cuando la intrigante Mesalina, la primera esposa de Claudio, lo

acusó de adulterio con Julia Livila, hermana menor de Calígula y Agripina. Y ahora, ocho años después, venía a salvarlo la segunda esposa del mismo emperador, su sobrina Agripina, quien, al año del asesinato de Mesalina, acababa de contraer matrimonio con su tío. Para ella el matrimonio fue el primer y bien calculado paso de sus ambiciones desmedidas de poder. Según Tácito, Agripina logró el perdón del exilio y la pretura romana para Séneca pensando en limpiar su mala imagen, mientras buscaba a la vez que el famoso pensador, escritor y hombre público fuera el maestro y tutor de Domicio, de modo que, al tenerlo en familia, se convirtiera también en el instrumento intelectual y político de las ambiciones imperiales de la madre y del hijo. Séneca tuvo en gran aprecio el gesto de Agripina, y le dio continuas muestras de gratitud y lealtad, mientras que se mantuvo distante de Claudio por el injusto destierro que le impuso.

Cuando Claudio fue envenenado por la misma Agripina en octubre del 54, su hijo Nerón fue proclamado emperador con apenas diecisiete años, y Séneca se convirtió en su ministro y en su asesor político con Sexto Afranio Burro, que había sido prefecto del pretorio desde el reinado de Claudio. Ambos eran los dos hombres más ilustres, honestos y eficientes del entorno del joven emperador, los que planificaban la política del imperio y contenían los desmanes de la ambiciosa y cruel Agripina. Los dos gobernaron de facto el Imperio romano durante los ocho años que estuvieron al servicio de Nerón, consolidando la paz y la equidad, de tal manera que hasta el mismo Trajano diría que dicho período destacó por ser uno de los momentos de «mejor y más justo gobierno de toda la época imperial».

A pesar de que conocía las limitaciones y los desvaríos de su discípulo, Séneca tenía la esperanza de que Nerón, al haber sido formado por él y al estar bajo su tutela ética y política, tal vez sería el gobernante que pondría término al trágico ciclo político en que se hallaba inmersa Roma desde la muerte de Augusto. Pero Nerón, una vez que alcanzó la mayoría de edad y tuvo confianza en sus propias maneras de reinar, se fue alejando de sus dos asesores, y empezó a dar las mayores muestras de su demente y atroz absolutismo. Habiéndose iniciado ya, apenas un mes después de su proclamación, con el asesinato de su hermanastro Claudio Británico, el hijo de Claudio y Mesalina, alcanzó la cumbre de su crueldad haciendo asesinar a su madre Agripina en el año 59, urdiendo la patraña de que ella había intentado asesinar a su hijo, dándose la muerte por su mano al fracasar en el intento. Tres años después, hizo asesinar a su primera esposa Octavia, hija de Claudio, y a su leal y eficiente colaborador Afranio Burro. Séneca supo entonces que él sería el próximo del entorno del emperador.

Así que, cuando los amigos que lo acompañaban la tarde del final, en su quinta de Nomento, empezaron a llorar su muerte inminente, el filósofo los reconvino de forma socrática, preguntándoles dónde estaban los preceptos de la filosofía, dónde los razonamientos por tantos años destilados frente al destino y la muerte. Porque, ¿a quién de ellos le había pasado desapercibida la crueldad de Nerón? Él mismo había sufrido el año anterior un intento de envenenamiento por orden del emperador. Entonces, como en los ahogos más críticos del asma, apeló a sus pensamientos más verdaderos y reconfortantes, dándose ánimos y fortaleciendo a su mujer y a sus amigos, pues todo estaba claro: habiendo

asesinado a su hermano, a su madre y a su esposa, a Nerón sólo le faltaba sumar a estas muertes la de su preceptor y colaborador.

Pero Séneca debió de intuir su final mucho antes, hacia principios de junio del 62, cuando visitó a Nerón en su palacio para pedirle que le concediera el retiro y la restitución de las riquezas que él mismo le había otorgado durante los trece años que estuvo a su servicio. Después de escuchar las meditadas palabras del filósofo y de responderle con un breve discurso de estirpe senequiana, Nerón no le dio una respuesta definitiva, aunque sí un abrazo y un beso falaces de despedida, dejando la solicitud del retiro como una concesión tácita, mientras le expresaba vagamente su negativa a la restitución de los bienes, seguro de que los recuperaría de todos modos después del suicidio impuesto a su maestro y amigo.

En este momento justo, Séneca se retiró a su casa de Nomento, a unos seis kilómetros de Roma, donde se dedicó a cuidarse de los ahogos del asma, a atender a sus amigos, a la meditación y a la escritura, intercalando algunos viajes con Paulina por la Campania y el sur de Italia. Y es en este dramático contexto histórico, político y personal cuando empezó a escribir las hermosas y útiles *Cartas a Lucilio*, que entonces ejercía de procurador romano en Sicilia. El cuerpo de las 124 cartas (parece que fueron más, pero sólo se conserva una del supuesto libro 22), organizado en veinte libros, fue redactado entre el comienzo del verano del 62 y finales de noviembre del 64.

Algunos estudiosos de la vida y la obra de Séneca han creído que Lucilio fue tal vez un personaje inventado, el pretexto que necesitaba el pensador para darle forma a sus variadas meditaciones en un cuerpo epistolar que, más

allá de su amigo, llegara a una mayoría de lectores y trascendiera a la posteridad. Pero los estudiosos senequistas modernos coinciden en que Lucilio fue no sólo un personaje de la vida real, sino uno de los amigos que más quiso Séneca.

Mientras se sabe con certeza el año de la muerte del filósofo y se especula sobre el año aproximado de su nacimiento (4 o 1 a. C.-65 d. C.), se ignoran por completo los años que encerraron la vida de Lucilio. Según los datos que deja traslucir el propio Séneca en algunas cartas, Lucilio, que era unos diez años más joven que él, nació en Pompeya, donde alguna vez se encontraron y vivieron juntos durante un tiempo breve. De linaje humilde, alcanzó la categoría de caballero por sus cualidades y su empeño. Ocupó varios cargos públicos en las provincias de los Alpes, en Macedonia y en Cirenaica antes de que Nerón lo nombrara procurador en Sicilia, acaso por mediación del mismo Séneca. Era un buen funcionario público y un ciudadano ejemplar, un excelente padre y esposo, que llevaba una vida frugal y familiar con sus esclavos en su casa de Siracusa, lo que complacía a su maestro. Aparte de la vida sencilla, los unía el ejercicio de la filosofía y de la literatura, los tratados filosóficos y los poemas que componía Lucilio, objeto de comentarios frecuentes entre los dos correspondientes. El pompeyano se inició en la escuela de Epicuro, y progresivamente fue derivando hacia el estoicismo de la mano de Séneca, como se puede apreciar a lo largo del epistolario.

Consciente de estar edificando un monumento literario, filosófico y moral de primer orden, Séneca le promete a Lucilio en la carta 21, al modo de Epicuro respecto de su discípulo Idomeneo de Lámpsaco, que él alcanzará el favor de la posteridad, e inmortalizará el nombre de los

dos junto al de otras personas. Fue un pronóstico certero, inspirado no en la vanidad personal sino en la clarividencia altruista de lo que se proponía con una obra postrera llena de belleza y de luces para los hombres de los siglos venideros.

Es frecuente que, al referirse a la correspondencia entre Séneca y Lucilio, se hable de epístolas o de cartas, indistintamente, pero en aquella época existía una diferencia de forma y de contenido en los dos términos. Las cartas se inscribían en una relación interpersonal de contenidos privados para ser conservados en privado, y su forma era coloquial, en la que prevalecía un lenguaje familiar y cotidiano. Las epístolas, aunque se dirigían a una sola persona, estaban destinadas a ir más allá del corresponsal que las motivaba, y tenían como objetivo llegar a un amplio número de lectores. Son un género literario que se encarna en estructuras y formas artísticas acabadas. Así, se dice, por ejemplo, que, mientras la correspondencia de Cicerón está conformada sólo de cartas (que eran para él «conversaciones entre amigos ausentes»), las epístolas de Séneca constituyen un auténtico género literario, como las de sus predecesores latinos Lucilio y Horacio. De modo que, a media distancia entre la carta privada y el tratado doctrinal, el filósofo escogió la epístola, el género que más se acomodaba en su tiempo para dar cuerpo a sus meditaciones existenciales, filosóficas y morales, lo que incluye a Séneca entre los grandes escritores latinos y lo convierte en el pionero del ensayo, género que, como es sabido, fue consolidado y encumbrado por su discípulo Montaigne. Hoy los términos de epístola y carta son prácticamente

equivalentes, hasta el punto de que el concepto moderno de «carta abierta» cumple la misma función que tuvo la epístola en sus orígenes.

El objetivo de las cartas es conducir a Lucilio (y a los futuros lectores) a la sabiduría y a la vida virtuosa partiendo de la vida real, de los hombres y de sus comportamientos reales, para devolverlo con su propia luz interior a la misma vida real, que debe ser mejorada y vivida plenamente. En su altruista y minuciosa misión, a través de unas cartas que, como era su deseo, «no tengan nada de rebuscado ni de fingido», Séneca echa mano de una corriente de pensamiento ecléctico que se nutre de la escuela estoica, en primer lugar, y de otras doctrinas, como la socrática y la platónica, la epicúrea y la aristotélica. Pero el filósofo hispanorromano no se limita a entresacar principios y sentencias de una y otra escuela para conformar una amalgama de pensamientos, sino que los moderniza y revitaliza a la luz de su tiempo, de las vastas, contradictorias y dramáticas vicisitudes de los hombres del Imperio romano. Muchos de los contenidos de las *Cartas a Lucilio* son reiteraciones o ampliaciones de los temas expuestos en sus diálogos filosóficos *Sobre la brevedad de la vida*, *Sobre la vida feliz*, *Sobre la tranquilidad del alma*, *Sobre la constancia del sabio*, *Sobre la ira*, que, junto a las *Consolaciones*, forman un sólido y fresco cuerpo temático.

Pero más que en sus otras obras, es en las *Cartas* donde se trasluce la personalidad de Séneca: su carácter, sus manías, su vida cotidiana, sus cuidados y preocupaciones, su enfermedad crónica, su filosofía estoica, sus amplios conocimientos de historia, de ciencia, de filosofía y de

literatura. De ahí que la mayoría de los senequistas modernos insista en la rectitud y transparencia de su vida, y en la coherencia entre ésta y sus enseñanzas.

Marx, que recorrió todas las corrientes filosóficas desde los griegos, debió de detenerse con especial atención en el estoicismo de Séneca, pues ambos pensadores tienen coincidencias esenciales, aparte del método analítico, en el que ambos parten de la realidad concreta, elevándose hasta lo abstracto general, para volver a lo concreto dilucidado y aprendido. De todas, la más importante es su coincidencia en cuanto a la finalidad de sus doctrinas. Marx sintetizó la esencia de la suya en la última de sus *Tesis sobre Feuerbach*: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». Es el mensaje y la preocupación central de Séneca en estas cartas, pues nos advierte de que la filosofía, que es o debe ser la sabiduría, se traiciona o se diluye si no se encarna en formas concretas de la existencia, en un arte de vivir. En este punto, ambos pensadores nos remiten a Aristóteles, quien ya había dicho en su *Poética* que «el fin de la vida es una manera de obrar, no una manera de ser», y que «es en función de sus acciones como los hombres son felices o infortunados».

Para Séneca el hombre sabio no es pues el que almacena conocimientos y citas en la memoria, sino el que sabe convertirlos en claridad interior y en acción exterior, en una existencia virtuosa y plena, alcanzando la verdadera sabiduría, que es el arte de la vida.

La importancia continuada de las *Cartas a Lucilio* a lo largo de veinte siglos, aparte de su clasicismo literario y de su interés histórico y biográfico, se debe a su inherente

mensaje de contemporaneidad: ellas nos siguen hablando a los corresponsales de hoy y de mañana, como quería Séneca, sobre la conveniencia de una relación de equilibrio con la naturaleza, sobre la importancia de las cosas de la vida cotidiana, sobre la vida práctica que fluye y se expresa, sobre la vida interior que anhela y crea; ellas nos orientan sobre cómo llevar una vida sana y honesta, qué es lícito y qué no lo es, lo que es bueno y lo que es malo sin caer en el maniqueísmo, lo que nos enriquece y nos empobrece, sobre la importancia y el cultivo de la amistad, en fin, sobre cómo aprender a vivir, a amar y a morir, que son las tres grandes fuerzas que mueven nuestra existencia desde la cuna hasta la sepultura.

Como nos recuerda Marguerite Yourcenar, Flaubert vio con acierto que, entre los siglos I a. C. y el II d. C., cuando los dioses conocieron su ocaso y aún no se había implantado el reinado de Cristo, hubo un largo período de la historia en que sólo estuvieron los hombres. De ahí que Georg Lukács afirmara después que «la novela es la epopeya de un mundo abandonado por los dioses». En este caso, *El asno de oro* sería el primer caso paradigmático. Pero no hay que olvidar que un siglo antes de la novela de Apuleyo ya existía un libro escrito en un mundo sin dioses para hombres sin dioses, y ése es sin duda las *Cartas a Lucilio*.

La condición humana es poco dada a las mudanzas. Cambian sus escenarios, sus modos de expresión, sus actores, pero la corriente subterránea que la nutre permanece casi idéntica a través de los siglos. Por eso Edward Gibbon, después de haber dedicado media vida a investigar y a narrar la historia de la decadencia y ruina del Imperio romano a lo largo de catorce siglos, dijo que «la historia es poco más que el registro de los crímenes,

las locuras e infortunios de la humanidad». Hoy nos puede parecer un juicio excesivamente pesimista de este colosal historiador, sobre todo si pensamos en la cantidad de belleza que simultáneamente nos ha obsequiado la creatividad del hombre, en la longevidad y en la comodidad que nos han brindado la ciencia y la tecnología, así como en la solidaridad cada vez más extendida entre los hombres, pero la verdad es que esas locuras, esos crímenes y esos infortunios de los hombres de hace mil o dos mil años persisten esencialmente sin apenas cambios en sus expresiones modernas.

De modo que, como en el siglo de Séneca, los hombres siguen zozobrando en una carencia de valores y de principios que los alienten, los iluminen y los hermanen en el azaroso y zigzagueante camino de la historia. Y ésta es la razón profunda de que, como ha ocurrido en otros momentos de la marcha de los siglos, Séneca esté también hoy necesariamente entre nosotros, brindándonos con sus *Cartas*, lo mismo que a Lucilio y a sus contemporáneos, uno de los mejores idearios posibles para este imprevisible siglo <sup>xxi</sup>.

DASSO SALDÍVAR

## ESTA EDICIÓN

Esta antología de las *Cartas a Lucilio* se basa en la traducción de Jaime Bofill y Ferro publicada en la colección Clásicos Universales de Planeta en 1985. La traducción ha sido modificada en mínimos detalles formales, eludiendo algunos escollos sintácticos y ciertos arcaísmos, así como para actualizar la transcripción de algunas expresiones, o nombres de lugares y de personas.

Hemos restablecido y numerado los párrafos originales de cada una de las cartas, primero, para facilitar el orden de los seleccionados cuando no se ha tenido en cuenta la carta completa, y, segundo, para que el lector eventualmente pueda referirse a ellos por sus números respectivos.

Algunos títulos de las cartas se han conservado, pero la mayoría han sido modificados o cambiados atendiendo a la importancia o actualidad de los contenidos. Como en la edición original, no hemos mantenido la referencia a los libros a los cuales pertenecen las cartas seleccionadas, y hemos seguido el orden cronológico y numeral de las mismas en los distintos grupos en los que quedan antologadas. Como era su costumbre, Séneca solía retomar o desarrollar temas tratados en cartas anteriores.

## PÓRTICO

Esta primera carta se considera el pórtico o prólogo de todo el cuerpo epistolar senequiano. Séneca plantea los temas fundamentales de su larga conversación a distancia, durante dos años y medio, con su amigo Lucilio: el tiempo, su valor y su uso; la vida y la muerte, los vaivenes entre la riqueza y la pobreza. En ella Séneca retoma las preocupaciones centrales de su diálogo *Sobre la brevedad de la vida*.

Créeme, Lucilio, resérvate para ti mismo, y el tiempo que hasta hoy te han estado tomando, te han estado robando o que te ha huido, recógelo y aprovéchalo. Persuádete que es tal como te lo estoy escribiendo: unas horas nos han sido tomadas, otras nos han sido robadas, otras nos han huido. La pérdida más vergonzosa es, sin duda, la que acontece por negligencia. Y si te fijas bien, la mayor parte de la vida la pasamos entregados al mal; otra parte, y no menguada, sin hacer nada, y toda la vida haciendo lo que no debiéramos hacer.

¿Quién podrías mencionarme que valorara el tiempo en alguna cosa, que supiese cuánto vale un día, que entendiera que cada día el hombre muere un poco? Puesto que al considerar que la muerte es algo del futuro, nos engañamos a causa de que gran parte de ella es ya cosa del pasado. Toda la porción de nuestra vida que queda tras nosotros pertenece al dominio de la muerte. Sigue haciendo, pues, Lucilio, aquello que me escribes que haces: no pierdas hora alguna, recógelas todas. Asegura bien el contenido del día de hoy, y así será como dependerás menos del mañana. Mientras aplazamos las cosas, la vida transcurre.

Todas las cosas, Lucilio, en realidad nos son ajenas, sólo el tiempo es bien nuestro: la naturaleza nos puso en posesión de esta única cosa, fugaz, resbaladiza, de la cual todo aquel que se lo propone puede desposeernos. Y es tanta la necedad de los mortales, que todos nos creemos obligados al agradecimiento por aquellas cosas pequeñas y despreciables, de cuya pérdida nos podemos recuperar,

pero no nos creemos en deuda por haber recibido el tiempo que es la única que, ni agradeciéndola, podríamos ganar de nuevo.

Tal vez podrías preguntarme qué hago yo que ando repartiendo consejos. Te confieso francamente que, a guisa de hombre fastuoso, pero ordenado, llevo exacta cuenta de las pérdidas. No cabe decir que no pierdo nada, y bien te diría lo que pierdo, y por qué y de qué manera, y harto te expondría las causas de mis necesidades. Pero me acontece como a la mayoría de los hombres caídos en la pobreza y sin culpa: todo el mundo me perdona, pero nadie me socorre.

¿Qué esto? No tengo por pobre a quien algo le sobra, por poco que sea. Dame un hombre de fortuna moderada, y basta ya con ello. Por lo que a ti se refiere, prefiero que conserves tus bienes y que comiences a economizarlos temprano. Ya que, según creyeron nuestros mayores, es economía a destiempo la que queda en el fondo del vaso, pues el sedimento no solamente constituye la parte más pequeña, sino la peor.

## LA VIDA, EL CUERPO, EL ESPÍRITU

Para Séneca, el cultivo del espíritu y del cuerpo son fundamentales para lograr una vida plena, que consiste no tanto en cumplir muchos años como en vivir a cabalidad los que nos depare el destino. Toda vida es suficiente si la vivimos con plenitud. Nuestra longevidad depende del destino, pero vivir plenamente depende de nosotros. Debemos cuidar, pues, nuestro cuerpo sin ser esclavos de él, cultivar nuestra mente y beber en la fuente de los mejores autores sin dejarnos abrumar por el exceso de libros, pues quien está en todas partes no está en ninguna. La ambición de acumular cosas y riquezas va en detrimento de la realización del ser. No es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más. Vivamos con moderación, conforme a la naturaleza, que exige poco y todo lo hace fácil. No permitamos que la carga del pasado y la expectación del futuro arruinen nuestras vivencias del presente. Para hallar el equilibrio y la moderación es conveniente que nos inspiremos siempre en un modelo de hombre. Deberíamos realizar nuestras obras pensando que nos observa un hombre virtuoso, como lo hizo Lucilio respecto de su maestro y amigo Séneca. La filosofía, como medio para alcanzar la felicidad, ha de apoyarse en la vida y en los hechos, no en meras palabras. La filosofía es, pues, la sabiduría, y ésta debe ser el arte de la vida ejercida con plenitud. De ahí que debamos buscar primero la sabiduría antes que la riqueza. Sólo la sabiduría proporciona el gozo permanente. Pero no basta con que sepamos dónde hallar la felicidad, es preciso saber llegar a ella. La lograremos cuando no estemos afligidos, cuando las esperanzas no perturben nuestra alma, cuando alcancemos la serenidad. Aprovechemos el tiempo y la brevedad de la vida, sabiendo que el bien no se encuentra en su duración, sino en su utilización. Es frecuente que haya vivido poco quien ha cumplido muchos años. La codicia de los placeres es contraria al gozo y a la sabiduría, el hombre es de apetitos ilimitados, y esto lo desequilibra y lo hace más vulnerable e injusto, convirtiéndose en una fuente de sufrimientos. Debemos modelar nuestra alma antes de que el vicio nos la endurezca, siendo preciso reconocer nuestros defectos y procurar corregirlos, pues no hacerlo constituye nuestro peor mal. Muchos males y molestias que nos acompañan desde la primera

infancia son la cristalización de los deseos que, con las mejores intenciones, nos impusieron nuestros mayores. La virtud es conforme a la naturaleza, y los vicios le son contrarios.

Un carácter firme y vigoroso puede encontrarse en cualquier cuerpo. Así como de una cabaña puede salir un gran hombre, un cuerpo deforme puede dar un alma bella y noble. Un cuerpo cualquiera se embellece con la hermosura del alma. Igual de loable es la virtud en un cuerpo fuerte y sano que en un cuerpo enfermo y postrado. Del mismo modo, nadie ama a su patria porque sea grande, sino porque es la suya. Los sentidos no juzgan moralmente, por eso la razón, que es la facultad rectora de nuestra vida, debe ser el árbitro de lo bueno y de lo malo. La honestidad es la cualidad óptima de la razón. El supremo bien del hombre radica en ajustar la conducta a los designios de la naturaleza.

Pensemos que no hemos nacido sólo para un lugar, sino que, como dijo Sócrates, nuestra patria es el mundo entero. Pero hay que tener cuidado cuando viajamos buscando una terapia para el espíritu: muchas veces no es el cambio de lugar lo que precisamos, sino el cambio del estado de nuestra alma. Si viajamos a otros lugares sin encontrar alivio es porque llevamos con nosotros nuestros males y pesadumbres. Pero si nuestro estado de ánimo es propicio, encontraremos provecho en cualquier lugar al que lleguemos.

Fracasamos porque reflexionamos sobre los aspectos parciales de la vida, pero pocos lo hacen sobre el conjunto de la misma. Nuestros planes fallan con frecuencia porque no tienen una meta a la cual dirigirse: ningún viento es favorable a quien ignora a qué puerto se dirige, sobre todo si pensamos que también vivimos a merced del azar. Todo cambia, la tierra y la estructura del universo. Todo cuanto existe cumple un destino: nacer, desarrollarse y morir, pero no se pierde, se disuelve. Para nosotros la disolución es la muerte: morir es cumplir con el destino del universo. Por eso debemos obrar haciendo que cada momento sea nuestro, pero para ello debemos aprender a ser dueños de nosotros mismos. Es tarea hermosa la de consumir la vida antes de que llegue la muerte, para esperarla con serenidad el tiempo que nos resta.

## *Los viajes y las lecturas*

Por lo que me escribes, y por lo que siento, concibo buenas esperanzas, ya que no andas vagando y no te afanas en cambiar de lugar. Estas mutaciones son de alma enferma; yo creo que una de las primeras manifestaciones con que un alma bien ordenada revela serlo es su capacidad de poder fijarse en un lugar y de morar consigo misma.

Atiende, empero, a que esta lectura de muchos volúmenes y muchos autores no tenga algo de caprichoso e inconstante. Precisa demorarse en ciertas mentalidades, y nutrirse de ellas, si quieres alcanzar provecho que pueda permanecer confiadamente asentado en tu alma. Quien está en todo lugar no está en parte alguna. A los que pasan su vida corriendo por el mundo les viene a suceder que han encontrado muchas posadas, pero muy pocas amistades. Y asimismo es menester que acontezca a los que no quieren dedicarse a familiarizarse con un pensador, sino que prefieren pasar por todos somera y presurosamente.

No aprovecha, no es asimilado por el cuerpo el alimento que se vomita a poco de haber penetrado en el estómago. Nada hay tan nocivo para la salud como un continuo cambio de remedios; no llega a cicatrizar la herida en la cual los medicamentos no han sido más que ensayados; la planta que ha sido trasplantada repetidamente, no cobra vigor; nada llega a mostrarse tan útil que pueda rendir provecho sólo de pasada. Muchedumbre de libros disipa el espíritu; y, por tanto, no pudiendo leer todo lo que tienes, basta que tengas lo que puedas leer.

«Pero —me dices— harto me place hojear, ora este libro, ora aquél.» Es propio de un estómago inapetente probar muchas cosas, las cuales, siendo opuestas y diversas, lejos de alimentar, corrompen. Lee, pues, siempre autores consagrados, y si alguna vez te viene en gana distraerte en otro, vuelve a los primeros. Procura cada día hallar alguna defensa contra la pobreza y contra la muerte, así como también contra otras calamidades; y luego de haber pasado por muchos pensamientos, escoge uno a fin de digerirlo aquel día.

Yo también lo hago así: entre las muchas cosas que he leído, procuro retener alguna. La de hoy es ésta que he cazado en Epicuro, ya que acostumbro pasar también a los campos enemigos, no como desertor, sino como explorador: «Es cosa de mucha honra —dice— la pobreza alegre».

La pobreza, empero, ya no es pobreza si es alegre, por cuanto no es pobre quien poco posee, sino quien desea más de lo que tiene. Porque, ¿qué importa cuánto tiene aquel hombre en sus arcas, cuánto esconde en sus graneros, cuántos rebaños apacienta o cuántos réditos cobra, si anda codicioso de las riquezas ajenas, si no cuenta las cosas adquiridas, antes bien las que piensa poseer? ¿Me pides cuál es la medida de las riquezas? En primer lugar, tener lo que es necesario; después, lo que es suficiente.

*La ansiedad por el futuro nos perturba. Debemos acomodarnos al presente y no proyectar nuestra mente en lo lejano*

La perseverancia con que te esfuerzas, renunciando a todo lo demás, en la empresa única de ser mejor cada día, recibe mi aprobación y me llena de placer, y no solamente te exhorto a que te mantengas en ella, antes te lo ruego. Te advierto que no hagas aquellas cosas en forma que aparezcan ostensibles a los demás en tu exterior o en el género de tu vida, a manera de aquellos que lo que desean no es aprovechar, sino ser vistos.

Huye del rústico desaseo, de los cabellos en desorden, de la barba mal cuidada, de declarar tu odio a la platería, de hacerte la cama en el suelo, y de cualquier otra cosa que ande tras el prestigio por falsos caminos. Harto mal visto es el propio nombre de la filosofía, ni que se ostente con naturalidad; ¿qué acontecería si comenzásemos a separarnos de las usanzas corrientes en los hombres? Bien que sea distinto nuestro interior, pero nuestro exterior tiene que mostrarse concorde con el del pueblo.

Que no sea manchada nuestra toga, pero que no resplandezca; no debemos poseer platería incrustada con cincelados de oro macizo, aunque no debemos tener por cierto indicio de frugalidad la carencia de oro y plata. Procuremos llevar una vida mejor que la de la gente vulgar, pero no opuesta a la de ésta; de lo contrario se apartarían de nosotros con aversión aquellos a quienes queremos enmendar. Incluso llegaríamos a ser causa de que no quisiesen imitar nada de nosotros, temerosos de tener que imitarlo todo.

Antes que nada, la filosofía debe proponerse el sentido común, la benevolencia y el compañerismo, pues el buscar la diferencia nos alejaría de aquel propósito. Atendamos a que estas cosas, con las cuales nos proponemos despertar admiración, a fin de cuentas, no resulten ridículas y odiosas. Hete aquí que nuestro propósito es vivir conforme a naturaleza, y es contrario a naturaleza violentarnos el cuerpo, odiar la simple limpieza, mostrar inclinación al desaseo y tomar alimentos, no sólo groseros, sino sucios y repugnantes.

De la misma manera que desear cosas delicadas es propio de la sensualidad, también huir de las usuales y adquiribles por poco precio es propio de la demencia. La filosofía exige frugalidad, pero no castigo; y la frugalidad puede perfectamente ser condicional. La medida que me place es la de atemperar la vida entre las buenas costumbres y las públicas, en forma que todo el mundo admire nuestra vida y todo el mundo la comprenda.

«Pues, ¿qué? ¿Haremos lo mismo que los demás? ¿No debe existir ninguna diferencia entre nosotros y ellos?» Mucha: es menester que aquel que nos considere de cerca no nos descubra iguales a la gente vulgar. Que si penetra en nuestra morada admire más a nosotros que a nuestro ajuar. Es grande quien sabe utilizar la vajilla de alfarero como si fuese de plata, pero no es menor aquel que sabe utilizar la vajilla de plata como si fuese de arcilla. No saber soportar las riquezas es propio de alma endeble.

Puedo hacerte asimismo partícipe del logro de hoy; te diré que he encontrado en nuestro Hecatón que el fin de los deseos significa igualmente el fin de los temores. «Si terminas de esperar, terminarás también de temer.» Puedes decirme: «¿Cómo es que cosas tan dispares

puedan ir de lado?». Así es, querido Lucilio; con todo y parecer divergentes, van juntas. Tal como la misma cadena ata el preso al soldado, así vemos que estas cosas tan dispares caminan una en pos de otra: el temor sigue a la esperanza.

No me maravilla que sea de este modo, ya que ambas son propias de un alma carente de resolución, angustiada ante el porvenir. La causa principal de aquellos dos sentimientos es que no sabemos acomodarnos a las circunstancias presentes, sino que remitimos el pensamiento hacia delante, a la idea de un futuro remoto. Así es como la previsión, bien supremo de la naturaleza humana, se torna en mal.

Las fieras huyen de los peligros que ven, y cuando han huido están tranquilas; nosotros nos atormentamos por el futuro y el pasado. Muchos de nuestros bienes nos dañan, ya que la memoria nos presenta el tormento del miedo y la previsión la anticipa. No hay nadie que sea desgraciado sólo por las cosas presentes.

*La sabiduría no corrige nuestros defectos naturales.  
Hemos de escoger un modelo de hombre virtuoso*

He conversado con tu amigo: es de natural excelente. A las primeras palabras se me hizo manifiesto su coraje, su talento, sus progresos. Me dio por adelantado indicio de que no iba a desmerecer, ya que hablaba muy poco preparado, antes bien, por sorpresa. En su recogimiento apenas si lograba deshacerse de su timidez; buena señal en un adolescente, tan profundamente lleva infiltrado el pudor. Esta costumbre, según puedo conjeturar, permanecerá en él incluso cuando se haya robustecido y liberado de todos sus defectos; no la perderá ni cuando haya llegado a la sabiduría. Ya que ninguna sabiduría puede borrar nuestras imperfecciones naturales; lo que aparece inscrito en nosotros congénitamente, el arte puede suavizarlo, pero no extirparlo.

Algunos, y aun entre los más firmes, no pueden comparecer ante el pueblo sin sudar, tal como suele acontecer a los que están fatigados y a los acalorados; a otros, al punto que toman la palabra les tiemblan las rodillas; a otros les castañetea los dientes, se les traba la lengua, no pueden abrir los labios. De estas cosas no pueden protegernos ni las lecciones ni la práctica, pues la naturaleza nos revela en ello su imperio; se hacen manifiestas hasta en los de ánimo más resuelto.

Entre ellas debemos contar también el rubor, que se difunde por el rostro aun de los más venerables varones. Es cierto que resulta más perceptible en los jóvenes, que poseen más calor natural y más delicado el rostro; pero tampoco deja de afectar a los más ejercitados y a los más

viejos. Algunos de ellos nunca son tan temibles como cuando se ruborizan, como si con ello se hubiesen librado de toda vergüenza.

Sila, cuando la sangre le subía a la cabeza, era cuando se mostraba más violento. Nadie ha sido, en este sentido, más impresionable que Pompeyo, que nunca pudo verse ante varios sin ruborizarse, especialmente ante una asamblea. Recuerdo que Fabiano, introducido en el Senado como testimonio, se ruborizó y este rubor le sentaba admirablemente.

Ello no se deriva de la timidez del carácter, sino de la novedad de la cosa, que a los que no están acostumbrados, cuando no los hace vacilar, los conmueve si son inclinados a ello por complexión natural, pues mientras unos tienen la sangre calmosa, otros la tienen excitable y movediza en forma que fácilmente afluye al rostro.

Esto, tal como dije, ninguna sabiduría lo podrá eliminar; ya que, por otra parte, si le fuese dable desarraigar todos los defectos, poseería un verdadero imperio sobre la Naturaleza. Todo aquello que nos procura la ley del nacimiento o el temperamento del cuerpo no nos abandonará por más que el alma trate por largo tiempo y con toda energía de desasirse de ello. No hay ninguna de estas cosas que pueda evitarse, ni tampoco que pueda provocarse.

Los actores escénicos, que imitan las pasiones, que expresan el miedo y el temblor, que representan la tristeza, para simular la vergüenza acuden al procedimiento de bajar el rostro, hablar en voz baja, fijar los ojos deprimidos en tierra. Pero no pueden hacer que nazca el rubor, ya que ni se evita ni se provoca. Contra

este hecho no promete nada la sabiduría, ni puede aprovecharnos; son cosas que se gobiernan solas; vienen sin orden nuestra, y sin orden nuestra se van.

Pero esta carta pide ya acabamiento. Acepta una sentencia útil y saludable que querría que quedase grabada en tu espíritu: «Es menester escoger y tener siempre ante nuestros ojos a algún hombre virtuoso, a fin de vivir como si nos viese y de obrar como si nos contemplase».

Esta frase, querido Lucilio, es un precepto de Epicuro, quien nos impone un vigilante y un maestro; y no sin razón, ya que una gran parte de los pecados se evitarían si los pecadores tuviesen testigos. Posea nuestra alma alguien a quien ésta venere y que logre purificar incluso nuestra propia vida íntima. ¡Oh cuán feliz aquel que hace volver mejor, no sólo con su presencia, sino hasta con su solo recuerdo! ¡Cuán venturoso el que tiene alguien a quien venerar, de tal suerte que el solo recuerdo de éste pueda ordenar y componer el alma de aquél! Quien pueda venerar de tal suerte, pronto él mismo será venerable.

Escoge a Catón; si te parece demasiado rígido escoge a Lilio, varón de espíritu benigno. Escoge aquel que más te haya agradado por su vida, por su palabra y aun por el rostro en que se revelaba su espíritu: propóntelo en todo instante como custodio y ejemplo. Nos precisa un modelo al cual puedan mostrarse conforme nuestras costumbres; sin una regla, no enderezarás las cosas torcidas.

*Evitar los males imaginarios. Procurar no ser  
desgraciado antes de tiempo*

Sé que tienes un ánimo esforzado: pues incluso antes de haberte armado con aquellos preceptos saludables, vencedores de las pruebas más duras, ya tenías bastante seguridad de ti mismo ante la fortuna, y mucho más cuando hubiste luchado con ella y probado tus fuerzas, las cuales sólo pudieron inspirar confianza cuando hubieron dejado tras de sí, en una y otra parte, numerosas dificultades que alguna vez habían atacado de muy cerca. Así es como se pone a prueba aquella verdadera valentía, la que no se somete fácilmente a la voluntad ajena, y esto significa su piedra de toque.

No puede acudir al combate con mucho valor el atleta que no ha recibido jamás algún daño; en cambio, aquel que ha visto correr su propia sangre y ha sentido crujir sus dientes bajo el puñetazo; aquel que, caído en tierra, ha tenido que soportar el peso del adversario tendido encima de él, que ha sido derribado sin perder el coraje; aquel que cada vez que ha caído se ha alzado de nuevo con mayor pertinacia, éste desciende al combate animado de una esperanza inmensa.

Asimismo, siguiendo con tal comparación, cabe decir que la fortuna te ha tenido muchas veces bajo su pie, y que tú, a pesar de todo, no te diste por vencido, antes bien, de un salto, volviste a levantarte y te le opusiste otra vez con redoblada valentía: a fuerza de golpes, crece en gran manera la virtud. Pese a todo ello, si te parece bien, acepta de mis manos otros auxilios con que fortalecerte más aún.

Más numerosas son, Lucilio, las cosas que nos asustan que las que verdaderamente nos atormentan, pues a menudo nos hace sufrir más la aprensión que la realidad. Y no te hablo en un lenguaje estoico, sino en otro más suave. Ya que nosotros, los estoicos, andamos diciendo que todas aquellas cosas que nos arrancan gemidos y lamentos son leves y despreciables; dejamos de lado esta gran palabrería, con todo, ¡oh dioses clementes!, verdadera. Lo que sí te recomiendo es que no te hagas desgraciado antes de tiempo, ya que tal vez no lleguen nunca aquellos males que has tenido por inminentes, y la realidad es que aún no han llegado.

Hay cosas que nos angustian más de lo debido, y las hay que nos angustian sin absolutamente ninguna razón. O nos exageramos el dolor, o nos lo forjamos, o nos lo anticipamos. Por lo que atañe al primer punto, estando todavía sometido a controversia, indeciso el pleito, podemos aplazarlo por ahora. Lo que yo juzgaré liviano, tú lo tendrás por muy pesado; hartos sé que los hay que ríen bajo los azotes y otros que gimen por un simple bofetón. Después veremos si estos males reciben su fuerza de ellos mismos o de nuestra flaqueza.

Otórgame tan sólo, cada vez que te rodeen para persuadirte que eres desgraciado, el no hacer caso de lo que oyes, sino de cómo te encuentras, el consultar con tu resistencia al sufrimiento, el preguntarte a ti mismo, que te conoces mejor que nadie: ¿Por qué me tiene que compadecer esa gente? ¿Qué es lo que les hace temblar, qué les hace temer hasta mi contacto, como si la tribulación pudiese contagiarse? ¿Hay en mi tribulación algún mal, o es que esta cosa puede tenerse más por mal

vista que por mala en sí misma? Pregúntatelo tú mismo: ¿No puede resultar que me atormente y me aflija sin motivo, que convierta en mal aquello que tal vez no lo es?

«¿Cómo conoceré —puedes decirme— cuándo mis angustias tienen un fundamento real o son fantásticas?» He aquí la regla: o nos atormentamos por las cosas presentes, o por las futuras, o por unas y otras. Por lo que se refiere a las presentes, el juicio es fácil: si tu cuerpo goza de libertad y de salud y no sientes el aguijón de injuria alguna, ya veremos lo que acontece mañana, pues por hoy no sentimos ninguna inquietud.

«Pero llegará.» Primeramente, examina si son ciertos los indicios del mal que tiene que venir, pues las más veces sufrimos de opresiones, engañados por la fama, que a menudo destruye ejércitos enteros, cuanto más a un simple individuo. Así es, querido Lucilio. Pronto nos allanamos a la opinión; nunca ponemos a discusión las cosas que nos inspiran temor, no las sometemos a examen alguno; no hacemos sino temblar y huir como soldados que pone en fuga la polvareda que levanta un rebaño en desbandada, o al que llena de pánico una falsa alarma de origen desconocido.

No sé qué sucede, pero los males quiméricos alarman más, tal vez porque los verdaderos tienen medida; todo cuanto proviene de lo incierto queda a merced de conjeturas y fantasías del alma atemorizada. Por tal razón no existen terrores tan perniciosos e irremediables como los terrores pánicos, ya que los otros nos arrebatan la reflexión, pero los primeros aun la misma razón.

Investiguemos, pues, la cosa con toda diligencia. Es probable que no sobrevenga un mal: pero no por esta razón es seguro. ¡Cuántos males han caído sobre nosotros

sin que los hayamos aguardado! ¡Cuántos que eran esperados no han llegado jamás! ¡Y aunque un mal deba venir, no veo por qué precisa que le salgamos al encuentro! Cuando haya llegado, bien presto te darás cuenta de ello; mientras, prométete cosas mejores.

¿Qué ganarás con ello? Tiempo. Numerosos accidentes pueden determinar que el peligro más próximo, el más inminente, se detenga, o cese, o vaya a caer sobre otro: un incendio ha abierto paso a la fuga, el hundimiento de una casa ha dejado a algunos suavemente en tierra, el cuchillo se ha retirado algunas veces cuando ya rozaba la garganta, no ha faltado quien sobreviviese a su verdugo. También el infortunio es voluble. Tal vez será, tal vez no será: pero de momento no es. Piensa lo mejor.

A veces, sin ninguna señal que anuncie la desgracia, el espíritu se forja imágenes falsas; o presta el peor sentido a una palabra dudosa, o se convierte en más grave de lo que realmente era una ofensa recibida mientras se piensa, no en la ira que dominaba al ofensor, sino a dónde alcanzaba su poder. La vida no tendría ya ningún valor, ni las desventuras medida alguna, si tuviéramos cuanto se puede tener; préstanos en ello ayuda la prudencia; con la energía del espíritu combate el miedo del mal, hasta cuando sea claramente justificado, y por lo menos atempera el temor con la esperanza, combatiendo un defecto con otro defecto. Por ciertos que sean los motivos de nuestro temor, lo es más aún que muchas cosas temidas se desvanecen, y que muchas cosas esperadas decepcionan.

Pondera, pues, la esperanza y el miedo, y siempre que el resultado sea dudoso, inclínate a lo más favorable, cree aquello que prefieras. Si el temor tiene mayores

probabilidades, a pesar de todo, inclínate a favor tuyo y abandona la preocupación: no echés en olvido que la mayoría de los mortales, cuando no padecen desgracia alguna ni ninguna ceguera les amenaza, se atormentan y agitan. No hay quien pueda, una vez puesto en marcha, resistirse a sí mismo ni que sepa reducir su temor a términos justos. Nadie dice: «Es una vana autoridad, es un insensato quien lo ha inventado y quien lo crea». Nos dejamos arrastrar, tememos las cosas dudosas como ciertas, no guardamos la medida natural, al punto la sospecha se torna temor.

Me avergüenza hablarte en un lenguaje parecido y de tratar de fortalecerte con tan endebles medicinas. Que otro diga: «Tal vez no será». Tú tienes que decir: «Y si es, ¿qué? Veremos quién vencerá; tal vez será para mí un bien, acaso sea la muerte que honrará toda mi vida». La cicuta hizo grande a Sócrates. Arrebata a Catón la espada vindicadora de la libertad y le dejarás sin una gran parte de su gloria.

Quizá te estoy exhortando con demasiada extensión, ya que, a ti, más que un exhorto te conviene un aviso. No te llevamos en un sentido contrario a tu naturaleza: has nacido para estas cosas que andamos diciendo. Pero tanto más has de procurar aumentar y embellecer estos bienes tuyos.

Pondré fin a esta carta marcando en ella el sello, o sea confiándole alguna magnífica sentencia: «Entre otros males, cuenta también este hombre con la zafiedad de comenzar siempre a vivir». Reflexiona bien, ¡oh Lucilio!, el mejor de los hombres, lo que quiere decir esta sentencia y llegarás a comprender toda la fealdad que significa la

ligereza de los hombres que ponen cada día nuevos fundamentos a sus vidas, que cada día conciben nuevas esperanzas, hasta en la hora de la muerte.

Contéplalos en derredor tuyo; vendrás a dar con ancianos que se preparan aún para la intriga política, para los largos viajes, para los negocios. ¿Hay algo más vergonzoso que un anciano que comienza a vivir? No añadiría a esa sentencia el nombre de su autor si no fuese porque es poco conocido y no consta entre aquellas sentencias de Epicuro ya divulgadas que yo me he permitido alabar y adoptar como mías.

*Debemos cuidar el cuerpo sin ser esclavos de él*

Nosotros, es menester confesarlo, tenemos un amor innato a nuestro cuerpo, del cual nos ha sido confiada la tutela. No niego que debemos tratarlo bien, pero sí que debemos servirle, pues servirá a muchos dueños quien sirva a él, quien se ocupe demasiado en él, quien todo lo refiera a él.

Es menester que nos comportemos, no como aquel que tiene que vivir para el cuerpo, sino como aquel que no puede vivir sin el cuerpo. Un amor excesivo a éste nos inquieta con temores, nos carga de afanes, nos expone a afrentas. Para quien ama demasiado al cuerpo la honestidad es cosa vil. Apliquemos a él la mayor solicitud, pero bien entendido que cuando la razón, el honor o el deber lo exijan sepamos lanzarlo a las llamas.

*Ejercicios del cuerpo y cultivo del espíritu. Educar la voz es educarnos a nosotros mismos*

Fue antigua usanza, observada aún en mis tiempos, añadir a las primeras palabras de una carta: «si tu salud es buena, me alegro de ello; la mía también lo es». Asimismo, con harta razón decimos nosotros: «Si te consagras a la filosofía, estoy contento de ello». Pues, a la postre, es ésta la verdadera salud, sin la cual el alma está enferma; y aun el mismo cuerpo, por muy vigoroso que sea, no tiene, por otra parte, las fuerzas como las posee un furioso o un frenético.

Ten, por lo tanto, siempre en cuenta de manera principal tal salud; después de ésta debe venir aquella otra, la del cuerpo, que no te costará mucho si quieres una salud verdaderamente buena. Ya que es cosa necia, querido Lucilio, y, en todo, bien poco adecuada a un hombre instruido, ocuparse en ejercitar los músculos y ensanchar el cuello y reforzar el pecho; por mucha fortuna que puedas tener en la empresa de engordarte, nunca podrás igualar las fuerzas de un corpulento buey ni llegarás a tener su peso. Añade, de otra parte, que una mayor pesadez corporal deprime el espíritu y lo torna menos ágil. Procura, tanto como puedas, poner hitos a tu cuerpo y ensanchar el espacio de tu espíritu.

Muchas incomodidades son resultado de dedicarse a semejantes curas. Primeramente, los ejercicios, que por el esfuerzo que exigen agotan el espíritu y lo tornan inhábil para la atención y los estudios serios; después, una alimentación abundante hace obtusa a la inteligencia. Y más aún, esclavos de la fuerza aceptados como maestros, hombres que reparten su tiempo entre el óleo y el vino y

tienen el día por bien aplicado cuando han sudado suficientemente, y para reparar el líquido que de esta suerte perdieron han ingerido ya en ayunas mucha bebida para que penetre más adentro. Beber y sudar constituye la vida de los que padecen de mal de corazón.

Hay ejercicios breves y fáciles que cansan el cuerpo con presteza y nos ahorran tiempo, que es lo primero que se precisa tener en cuenta: la carrera, el movimiento de las manos con algún peso, el salto, sea de altura, sea de extensión, sea aquel que podemos llamar «salto»,<sup>1</sup> o, menos decorosamente, «salto del fulón»;<sup>2</sup> adopta de cualquiera de estos ejercicios un uso simple y fácil.

Hagas lo que hagas, vuelve pronto del cuerpo al alma; ejércitala de día y de noche; un trabajo modesto basta para alimentarla. Ni el frío ni el calor, ni aun la ancianidad, pueden impedirte este ejercicio; cultiva, pues, esta riqueza que los años van mejorando.

No te pido que estés siempre de cabeza al libro o a las luchas; es menester dar al alma algún descanso que sin disiparla la distienda. El ir en litera tranquiliza el cuerpo, pero no impide el estudio: permite leer, dictar, hablar, escuchar, cosas que ni el caminar a pie nos impide.

No descuides tampoco la educación de la voz, pero no alzándola o bajándola en modulaciones graduadas. ¡Cualquier día saldrás queriendo aprender a caminar! Toma aquellos maestros a los cuales el hambre ha enseñado nuevos artificios; no faltará quien te mida los pasos y regule el movimiento de tu boca al comer, y llegarán tan adelante como permitan tu paciencia y tu credulidad. Pues, ¿qué? ¿Tu voz tendrá que comenzar por el grito o la fuerza de los pulmones? Es natural irse excitando gradualmente, que los mismos litigantes

comienzan en tono ordinario antes de pasar a las grandes voces: al comenzar, nadie reclama la ayuda de los ciudadanos.

Tal, pues, como te aconseje el impulso de tu espíritu ataca al enemigo, ya con vehemencia, ya con suavidad, según te señalarán también la voz y aun los mismos pulmones. Cuando refrenes la voz y quieras hacerla retroceder, bájala suavemente sin que llegue a caer; emítela en un tono mediano, que no se enfurezca a la manera de los ignorantes o de los rústicos. Ya que cuanto hacemos no es para ejercitar la voz, sino para ejercitarnos nosotros mismos.

He aquí que te he liberado de una situación molesta; pero a este beneficio añadiré aún un pequeño regalo, una sentencia griega. Aquí tienes un insigne precepto: «La vida del insensato es ingrata y llena de temores y lanzada hacia el porvenir». ¿Quién dijo estas palabras? El mismo de antes. ¿Qué vida crees tú que es tenida por necia? ¿La de Baba o la de Ixión? No ésta, antes la nuestra, arrastrada por una ciega codicia, incapaz de saciedad; la nuestra, a la que si algo pudiera satisfacer ya estaría satisfecha; que no piense jamás qué cosa tan dulce es no pedir nada, qué actitud tan noble es sentirse saciado y no depender ya de la fortuna.

Acuérdate, pues, a menudo, Lucilio, de los grandes bienes que has alcanzado, de considerar cuántos te han pasado delante, en pensar cuántos has dejado atrás. Si quieres mostrarte agradecido para con los dioses y para con tu destino, mira cuántos años han avanzado. Pero ¿qué tienes que ver con los demás? Te has avanzado a ti mismo.

Señálate un término más allá del cual no quieras pasar, aunque pudieses; apártense, por fin, esos bienes engañosos, mejores en esperanza que en posesión. Si contuviesen algo de consistencia, alguna vez te llenarían, pero no hacen otra cosa sino encender la sed de los que gozan de ellos. Fuera las engañosas apariencias, aquello que rueda según el incierto capricho del futuro, ¿por qué he de obtener de la fortuna que me lo procure y no de mí mismo el abstenerme de pedirlo? ¿Por qué he de pedirlo, olvidándome de la fragilidad humana? ¿Por qué me afano? He aquí que este día es el postrero de todos, y si no lo es, no le falta mucho.

*La filosofía se apoya en las obras, no en las palabras. Hay que seguir los principios de la naturaleza*

Bastante sé, Lucilio, que para ti es cosa clara que nadie puede llevar una vida feliz, ni tan sólo soportable, sin aspirar a la sabiduría; que la vida feliz es fruto de la sabiduría perfecta, y por otra parte la tolerable, de la sabiduría iniciada. Pero precisa consolidar y arraigar cada día más en la meditación este concepto tan claro, ya que es tarea más difícil realizar los propósitos que abrigar los virtuosos. Es menester preservar y aumentar las fuerzas mediante una asidua labor a fin de que la bondad del alma sea igual a la del deseo.

No precisa, pues, que me lo asegures con muchas y extensas razones; logro descubrir cuán grandes son tus progresos. Conozco ya que lo que inspira tus escritos no son palabras fingidas ni barnizadas. Pero yo te diré lo que siento: me inspiras esperanza, pero aún no confianza. Asimismo, querría que lo hicieses tú; es preciso que la esperanza en ti mismo no sea demasiado pronta ni demasiado fácil. Examínate tú mismo, estúdiate y obsérvate en todas tus facetas, y ante todo mira si es en el conocimiento de la filosofía en lo que progresaste o si es en la práctica de la vida.

No es la filosofía un arte propio para alucinar al pueblo ni para la ostentación; no consiste en palabras, sino en obras. Ni tampoco tiene por objeto hacer pasar el tiempo distraídamente ni disminuir el tedio de la vagancia, antes bien forma y modela el alma, ordena la vida, nos muestra lo que debemos hacer y lo que no, se sienta al gobernalle y dirige la ruta entre las dudas y fluctuaciones de la vida.

Sin ella nadie puede vivir libre de temor ni inseguridad, pues no pasa hora sin que acontezcan cosas que reclamen un consejo que sólo ella pueda dar.

Alguien dirá: «¿De qué me sirve la filosofía si existe la fatalidad? ¿Qué se saca si Dios gobierna, si la casualidad manda? Ya que no podemos cambiar las cosas ciertas ni existe precaución alguna ante las inciertas, por cuanto o Dios se ha adelantado a mi elección y ha decretado lo que yo he de hacer, o la fortuna no ha dejado nada a mi arbitrio».

Si cualquiera de estas opiniones es cierta, o, aunque lo fuesen todas, sea como fuere, es menester que filosofemos, ¡oh caro Lucilio! Tanto si los hados nos encadenan a su ley, como si Dios dispone a su arbitrio de todas las cosas del mundo, o la casualidad empuja y hace mover sin orden los destinos de los hombres, la filosofía tiene que ser nuestra defensa. Ella nos exhortará a la decidida obediencia a Dios, a resistir duramente la fortuna; la filosofía te enseñará a seguir a Dios, a soportar el hado.

Pero no es hora de entrar a discutir si la Providencia impera sobre todo o si una cadena de hados nos conduce prisioneros, o si es lo subitáneo e imprevisto lo que domina; yo, volviendo a mi objeto, te aviso y exhorto que no permitas que decaiga y se enfríe el impulso de tu alma. Sostenlo y afirmalo a fin de que aquello que es un impulso de tu espíritu se convierta en hábito.

Desde buen principio, si eres tal como te conozco, debes haber buscado qué presente te lleva esta carta; examínala y lo encontrarás. No es menester que me admires por magnánimo; aún soy generoso con los bienes de otro. Pero ¿por qué digo de otro? Cualquier cosa de otro, pero

bien dicha, es mía. También esto fue expresado por Epicuro: «Si vives al dictado de la Naturaleza, nunca serás pobre; pero si vives al dictado de la opinión, nunca serás rico».

La Naturaleza ambiciona bien poco; la opinión, la inmensidad. Que se acumule en ti todo lo que numerosos ricos poseyeron, que la fortuna te eleve más allá del nivel de las riquezas privadas, cubra tu casa de oro, te vista de púrpura, te conduzca a tal extremo de refinamiento y de opulencia que puedas pavimentar el suelo de mármoles; que no sólo puedas tener riquezas, sino aun pisarlas. Añade estatuas y pinturas y todo cuanto para el lujo inventaron las artes. Todo ello te enseñará a desear más aún.

Los deseos naturales tienen un término; los que brotan de una falsa opinión no se detienen, ya que lo falso carece de límite. Quien va por un camino encuentra un término, el andar fuera de camino no conoce acabamiento. Retráete, pues, de toda cosa vana, y cuando quieras saber si lo que deseas viene de la Naturaleza o de ciega codicia, mira si puede conocer límite. Si habiendo llegado lejos aún le queda un más allá, ten la certeza de que no es natural.

*Debemos buscar primero la sabiduría antes que la  
riqueza*

Tira todas estas cosas si eres sabio, y más aún si te afanas por serlo; a grandes pasos y con todas tus fuerzas tiende a la perfección de tu entendimiento: si alguna cosa te detiene, o desiste de tal empresa o córtala. «Me detiene —dices— el ansia del patrimonio; el querer componer las cosas en forma que me rindan bastante sin trabajar a fin de que la pobreza no pese sobre mí ni yo pese sobre otra persona.»

Al decir estas cosas no pareces conocer la fuerza y el poder del bien que meditas; ves, bien cierto, la parte poco profunda de la cuestión, es decir, el gran provecho de la filosofía, pero no distingues aún con la claridad necesaria, uno por uno, sus beneficios, ni llegas a comprender la gran ayuda que de ella recibimos en todo caso, cómo, usando una frase de Cicerón, nos asiste en las grandes necesidades y desciende hasta las más pequeñas. Llámala a consejo, créeme; ella sabrá persuadirte de que no es menester sentarte a sacar cuentas.

Lo que buscas, lo que quieres conseguir con estos aplazamientos es no verte en la necesidad de temer la pobreza. Pero ¿y si la pobreza fuese deseable? En muchos se da el caso de que para filosofar les estorban las riquezas; la pobreza resulta libre de obstáculos y segura. Cuando suena el clarín, sabe que no la llaman; cuando tocan a fuego, busca la manera de salir, pero no las cosas que tiene que llevarse. Cuando tiene que navegar, no llena de rumor los puertos, no conmueve las riberas con el

acompañamiento de un solo hombre siquiera; no le rodea una turba de esclavos, para alimentar a los cuales precisa toda la fertilidad de las regiones ultramarinas.

Es cosa fácil alimentar pocos vientres y bien acostumbrados, que no pretenden más que saciarse; el hambre sale barata, la desgana, muy cara. A la pobreza le basta con satisfacer las necesidades urgentes; ¿por qué, pues, rechazas este comensal del cual los ricos sensatos imitan las costumbres?

Si quieres cultivar el espíritu precisa que seas pobre o que te hagas semejante a los pobres. El estudio de las cosas saludables no puede hacerse sin atender a conservar la frugalidad, y la frugalidad no es más que una pobreza voluntaria. Abandona, pues, semejantes excusas: «Aún no tengo lo suficiente; en cuanto alcance tal suma me entregaré por entero a la filosofía». ¡Pero si lo primero que precisa preparar es esto que tú difieres y dejas para lo último! ¡Si por ahí se ha de comenzar! «Primero —dices— quiero adquirir lo suficiente para poder vivir.» Adquiérela mientras vas aprendiendo; la cosa que te impide vivir bien no te impide morir bien.

No existe ninguna razón que pueda hacernos creer que la pobreza, y ni tan sólo la indigencia, nos alejen de la filosofía. Los que se afanan por llegar a ella han de soportar incluso el hambre, como algunos han tenido que soportarla en ciudades sitiadas; ¿y qué premio podían recibir éstos de sus fatigas si no fuese el de no quedar a merced del vencedor? Cuánto mejor lo que aquí se promete: ¡la libertad perpetua y no vernos obligados a obedecer a ningún dios ni a ningún hombre! Hemos de alcanzar esta meta, aunque sea pasando hambre.

Los ejércitos han soportado, a lo peor, toda suerte de penalidades; a menudo han tenido que vivir de raíces, han tenido que saciar el hambre con cosas que produce asco mencionar. Y todo ello lo han padecido por un reino, y lo que maravilla más, por un reino que no era suyo. ¿Dudará nadie en soportar la pobreza a fin de liberar el alma de la furia de las pasiones? No precisa, pues, adquirir antes el dinero; a la filosofía puede llegarse incluso sin escote de viaje.

¿Es verdaderamente así? Cuando ya lo tengas todo, ¿querrás entonces también la filosofía? ¿Será la postrera cosa útil de la vida, y, para decirlo así, el añadido final? Tú, al contrario, si ya tienes alguna cosa —¿no has pensado si ya tienes en exceso?— entrégate a la filosofía; si no tienes nada, sea ella el primer bien de que vayas en pos.

«Pero me faltaría lo necesario.» En primer lugar, no puede faltarte, ya que la Naturaleza pide muy poca cosa y el sabio se acomoda a la Naturaleza. Pero si le sobrevienen calamidades extremas, procurará desasirse pronto de la vida y así terminará de ser molesto por sí mismo. Y si son estrechos y menguados los recursos que halle para prolongar la vida, tomará en pago la razón, y sin ansia ni angustia, por lo sobrero, pagará la deuda de alimento al vientre y de abrigo a las espaldas y se reirá con toda seguridad y alegría de los tráfigos y competencias de los ricos que andan desazonados tras las riquezas, diciendo:

«¿Por qué aplazas tanto tu bienestar? ¿Aguardas tal vez las ganancias de la usura, o los beneficios de una operación, o el testamento de un viejo rico, pudiendo así volverte rico de repente? La sabiduría sustituye a las riquezas, ya que las concede a aquel para el cual son

inútiles.» Elio no reza para ti, que te hallas cerca de la opulencia. Cambia de siglo y encontrarás que tienes demasiado; en cambio, la suficiencia es igual en todos los siglos.

Aquí podría terminar la carta si no fuese porque te tengo mal acostumbrado. Nadie podía saludar a los reyes partos que no fuese con un presente; de igual manera no es posible despedirse de ti con las manos vacías. ¿Qué haré, pues? Pediré prestado a Epicuro: «Para muchos, haber ganado riquezas no fue acabamiento de sus miserias, sino cambio de unas por otras».

No me causa esta sentencia ninguna extrañeza, puesto que el mal no está en las cosas, sino en nuestra alma. Aquello mismo que nos hacía insoportable la pobreza nos hará insoportable la riqueza. Tal como es indiferente que pongas un enfermo en un lecho de madera o en uno de oro, pues donde sea que le acomodes llevará consigo la enfermedad; tampoco tiene ninguna importancia que un alma enferma se encuentre entre la riqueza o entre la pobreza: su mal le sigue por todas partes.

*La gloria depende de la sabiduría y no de la fortuna.  
Séneca promete a Lucilio que sus cartas le darán  
celebridad*

Crees que tendrás que luchar con aquellas dificultades de las cuales me escribías; con quien más tendrás que luchar es contigo mismo: eres tú mismo quien te estorbas. No sabes bien lo que quieres; más pronto apruebas la rectitud que la sigues; ves dónde reside la felicidad, pero no tienes valor bastante para llegar a ella. La cosa que te lo impide, ya que tú no la ves, voy a decírtela: tienes por gran cosa lo que has de dejar, y en cuanto te propones aspirar a aquella seguridad que confías poder alcanzar, te detiene el brillo de la vida de la cual tienes que apartarte, supones que vas a caer en las tinieblas y el fango.

Te equivocas, Lucilio: pasar de esta vida a aquélla es ascender. Acontece a quien va de la primera a la segunda de estas vidas como a quien va del resplandor a la luz, ya que ésta tiene un origen bien determinado en sí misma, mientras el resplandor brilla con claridad prestada; la primera vida resplandece con un brillo que le viene de fuera, y cualquier cosa que se interponga proyecta una sombra oscura; la segunda fulgura con luz propia. Son tus estudios los que te harán glorioso y noble.

Te referiré un ejemplo de Epicuro. Escribiendo a Idomeneo para invitarle a pasar de la vida ostentosa a la gloria genuina y firme, diría a aquel ministro de un poder inflexible, ocupado en graves asuntos: «Si te mueve la gloria, más notorio te harán mis cartas que estas cosas de que te alabas y por las cuales eres alabado».

¿Dijo nada que no fuese verdad? ¿Quién conocería hoy a Idomeneo si Epicuro no hubiese tratado de él en sus cartas? El más profundo olvido ha borrado el nombre de todos aquellos magnates y sátrapas, y aun el del mismo rey del cual Idomeneo recibiera el poder. Las cartas de Cicerón salvan de la muerte el nombre de Ático, al cual de nada le habría servido tener por yerno a Agripa, por segundo yerno a Tiberio y a Bruto César por bisnieto; entre tan grandes nombres no sería mencionado por nadie si Cicerón no le hubiese asociado a su propia gloria.

Profundamente nos cubrirá la alta mar de los siglos, pocos genios asomarán la cabeza por encima de las aguas; antes de parar en el mismo silencio lucharán contra el olvido y por algún tiempo lograrán defenderse de él. Lo que Epicuro pudo prometer a su amigo, yo te lo prometo, Lucilio: yo gozaré del favor de la posteridad, tendré el privilegio de sacar a flote, junto a mi nombre, el de otros. Nuestro Virgilio prometió en la *Eneida* la inmortalidad a dos de sus héroes y se atuvo a ello:

*¡Bendita pareja! Si nada pueden mis versos,  
ningún tiempo os borrará de la memoria de los siglos  
mientras la stirpe de Eneas more sobre la roca capitolina  
y el dueño romano conserve el Imperio.*

Todos cuantos la fortuna pusiera en lugar visible, todos los que han sido instrumentos y actores del poder de otro, han visto florecer el favor de los demás, su casa frecuentada, mientras se han mantenido en pie; una vez caídos, su memoria se ha desvanecido con presteza. En cambio, el prestigio de los genios crece con el tiempo; y no es solamente a ellos a quienes se rinde honor, sino que halla buena acogida todo lo que va unido a su memoria.

A fin de que Idomeneo no haya entrado de balde en mi carta, será él quien pague el tributo. Epicuro le escribió una carta aconsejándole que no enriqueciese a Pítocles por la equivocada vía ordinaria. «Si pretendes —le decía— enriquecer a Pítocles, no precisa aumentarle el dinero, antes minorar sus apetencias.»

Bastante clara es esta sentencia para que no precise interpretarla, bastante decisiva para que no exija refuerzo. Te advierto solamente que no creas que lo dicho sólo pueda aplicarse a las riquezas: dondequiera que lo apliques revelará la misma eficacia. Si quieres hacer honorable a Pítocles, no tienes que aumentarle los honores, sino hacerle disminuir las pretensiones; si quieres que Pítocles se deleite perpetuamente, no le has de acrecentar los placeres, sino disminuir en él las apetencias; si quieres que Pítocles envejezca y alcance una vida plena, no debes aumentarle los años, sino disminuirle los deseos.

No creas que estas sentencias sean de Epicuro: son de todos. Yo creo que en la filosofía se tiene que intentar también aquello que se hace en el Senado: si alguien expone un parecer que me gusta parcialmente, hago dividir la proposición en partes y sigo la que me parece más aceptable. Es con especial complacencia como recuerdo las egregias sentencias de Epicuro, porque en ellas compruebo que los que acuden a ellas acuciados por la vil esperanza de encontrar encubrimiento para sus vicios, comprenderán que vayan a donde vayan les precisará vivir honestamente.

Al acercarnos al jardín de Epicuro encontraremos esta inscripción: «Huésped, aquí te encontrarás a gusto, aquí el bien supremo es el placer». El guardián de este jardín será

servicial, hospitalario, afable, te acogerá ofreciéndote polenta<sup>3</sup> y agua en magnífica abundancia, y te dirá: «¿Has sido bien recibido? Estos jardines no excitan el hambre, antes la satisfacen; no encienden con sus bebidas una sed más ardiente, sino que la apagan con medios naturales y gratuitos; entre tales placeres he llegado a la ancianidad».

Te hablo de aquellos deseos que nunca hallan consuelo, que para calmarse reclaman siempre alguna satisfacción. Por lo que se refiere a aquellos deseos extraordinarios que admiten aplazamiento, que no pueden mortificarse o reprimirse, sólo te haré presente que su goce nace de la Naturaleza, no de la necesidad. El vientre no escucha órdenes: reclama, exige. Pero no es un acreedor molesto; con poca cosa se le despacha mientras le des lo que le debes, no lo que podrías darle.

*Séneca reflexiona sobre cómo ayudar a dos amigos  
de distintas edades*

En lo que se refiere a nuestros dos amigos, es menester que procedamos por vía diferente; a uno de ellos es necesario enmendarle los vicios, al otro es preciso quebrárselos. Procederé con toda libertad; tengo que hacerle daño, pues de otro modo no le demostraría afecto. «Pues, ¿qué? —dices— ¿piensas mantener bajo tu tutela a un pupilo de cuarenta años? Considera su edad ya bastante madura; ya no puede ser reformado, porque sólo se amasa lo que es tierno.»

Ignoro si voy a sacar algún provecho, pero prefiero que me falte el éxito que la fe. No desesperes de poder sanar aun a los enfermos antiguos si te mantienes firme contra sus intemperancias y les fuerzas a hacer y soportar muchas cosas contra su voluntad. No tengo tampoco gran confianza en el otro; pero éste aún se avergüenza de pecar, y precisa alimentar este pudor que dejará lugar a la esperanza mientras tal pudor se mantenga en su espíritu.

A aquel inveterado creo que se le ha de compadecer más a fin de que no caiga en la desesperación. Ningún tiempo más a propósito que aquel intervalo de reposo en el cual toma el aspecto de uno que ha logrado corregirse. Otros fueron engañados por esta intermitencia; yo no me hago ninguna ilusión, pues no dejo de esperar que los vicios volverán y con gran usura; hartó sé que han cesado por ahora, pero que no han desaparecido. Emplearé todo el tiempo que precise, intentaré ver si puede hacerse alguna cosa o no se puede hacer nada.

Tú fortalécete como haces, y aligérate de cargas enojosas. Nada de lo que poseemos es necesario: precisa volver a la ley de la Naturaleza. Tenemos las riquezas a nuestro alcance, pues lo que te hace falta, o es gratuito, o es barato; la Naturaleza sólo nos obliga a pan y agua. Nadie, en realidad, carece de estas dos cosas; todo aquel que a ellas limite su deseo, podrá rivalizar en felicidad con el propio Júpiter, según dice Epicuro, del que te incluyo unas palabras en esta carta.

«Haz —dice— todas las cosas como si Epicuro te estuviese mirando.» Es, sin duda, cosa provechosa imponerse un vigilante y tener a quién levantar los ojos sabiéndole presente en tus pensamientos. Mucho más admirable es, ciertamente, vivir como si tuvieses encima la mirada de algún varón virtuoso y siempre presente, pero yo me daría por satisfecho con que realizases todos tus actos como si alguien, cualquiera, te estuviese contemplando, porque es la soledad la que nos sugiere todas las maldades.

Cuando hayas avanzado ya lo bastante para que puedas sentir respeto por ti mismo, sólo entonces te será permitido prescindir del instructor; mientras, mantente bajo la autoridad de alguien, sea Catón, sea Escipión, sea Lelio o cualquier otro, hombres ante cuya presencia aun los seres más perdidos suprimirían los vicios, hasta tal punto que te tornes como para no atreverte a pecar ni a solas. Cuando lo hayas alcanzado, cuando comiences a tener alguna estima de ti mismo, comenzaré a permitirte aquello que aconseja el propio Epicuro: «Más que nunca debes retirarte en ti mismo cuando te veas forzado a ponerte en contacto con la turba».

Es menester que te hagas diferente de la multitud. Mientras el retiro en ti mismo no te procure una seguridad suficiente, vuelve los ojos a los hombres que te rodean, pues no existe nadie que no se encuentre más seguro con cualquier otro que consigo mismo. «Más que nunca debes retirarte en ti mismo cuando te veas forzado a ponerte en contacto con la turba», siempre que seas hombre virtuoso, hombre pacífico, hombre temperante. De otra forma, debes ir con la turba para apartarte de ti mismo, pues yendo sólo contigo andas demasiado cerca de un malvado.

*La virtud se logra mediante el esfuerzo personal. La sabiduría ni se presta, ni se compra*

«Tú —me dices— andas siempre amonestándome. Pero ¿ya te has amonestado a ti mismo, ya has tratado de corregirte para preocuparte tanto de la enmienda de los demás?» No soy tan desvergonzado como para meterme a hacer curaciones estando enfermo; antes puedo decir que, yacente en la misma enfermería, hablo contigo del mal de ambos y te comunico los remedios. Escúchame, pues; es como si hablase conmigo mismo. Te admito a escuchar mi secreto, hago mi examen delante de ti.

Voy clamándome: «Cuenta tus años y te avergonzarás de querer las mismas cosas que anhelas de niño, de tener los mismos proyectos. Hazte por fin este servicio antes del día de la muerte; perezcan tus vicios antes que tú. Abandona estos turbios placeres, caros de expiar, pues no solamente nos pueden hacer daño los actos que podamos realizar en el futuro, sino también los del pasado. Así como en los crímenes, aunque no hayamos sido sorprendidos al realizarlos, no por eso se desvanece la angustia que despiertan en nosotros, así los placeres culpables encuentran, aun después de pasados, su escarmiento. No son constantes, no son fieles; aunque no perjudiquen, huyen.

»Procura buscar en derredor tuyo alguna utilidad permanente, en el bien entendido que no lo son más que aquellas que el alma encuentra en sí misma. Sólo la virtud nos procura un goce perpetuo y seguro. Aunque alguna cosa contraste en ella, acontece como con las nubes que pasan muy por debajo del cielo y nunca podrán vencerle.»

¿Cuándo me será permitido alcanzar semejante goce? Es cierto que aún no te has detenido, pero es preciso que te apresures. Te queda aún una gran tarea en la cual es menester que consumas tus vigiliass y tus esfuerzos si pretendes llegar a la perfección; es algo que no puede ser encomendado a otro.

En otros géneros literarios la ayuda es posible. Podemos recordar al rico Calvino Sabino, quien tenía el patrimonio, y el carácter, de un liberto. Nunca he visto un rico más repugnante. Tenía tan mala memoria que olvidaba, ya el nombre de Ulises, ya el de Aquiles, ya el de Príamo, tan bien conocidos por él como nuestros maestros lo son por nosotros. Ningún nomenclátor caduco, de aquellos que no repiten los nombres de la multitud de visitantes como hacía él con los de los troyanos y griegos; y, a pesar de todo, quería pasar por erudito.

Y tramó este expeditivo procedimiento: empleó una gran cantidad en comprar esclavos; uno que supiese Homero de memoria; otro, Hesíodo, y nueve más, uno para cada poeta lírico. No te extrañes que todo ello le costase mucho dinero, ya que no pudo encontrarlos formados y a punto, sino que tuvo que hacerlos enseñar. En cuanto se hubo procurado tan magnífica banda, comenzó a importunar a sus comensales. Situaba estos esclavos a sus pies, y a menudo les pedía versos a fin de repetirlos; a veces se detenía a media palabra.

Satelio Cuadrato, un mordaz criticador de ricos necios y, excusado es añadirlo, gran adulator de ellos, y, cosa que suele ir junta también, gran amigo de gastarles burlas, le persuadió de procurarse gramáticas, compiladores de vocablos. Habiéndole contestado Sabino que cada uno de sus esclavos le costaba cien mil sestercios, aquél le

respondió: «Por menos habría comprado yo otros tantos manuscritos». Pero el buen hombre andaba bien convencido de que poseía los mismos conocimientos que la gente que habitaba con él.

El mismo Satelio le aconsejó que se dedicara a la lucha, a pesar de ser el rico hombre pálido, enfermizo, débil. Y habiéndole respondido Sabino: «¿Y podría hacerlo si apenas me sostengo en pie?», le dijo: «No digas eso, ¿no ves cuántos esclavos robustos posees?». El buen sentido ni se compra ni se toma prestado, y si se vendiese, creo que no hallaría comprador. En cambio, la insensatez encuentra cada día partidarios.

Recibe ya lo que te debo, y me despido: «La pobreza limitada a lo que manda la Naturaleza es riqueza». Esto, en una u otra forma, lo dice a menudo Epicuro, pero nunca se ha dicho bastante aquello que nunca sería bastante aprendido. A algunos basta mostrarles remedios, a otros es menester imponérselos por la fuerza.

*Los viajes y la salud del espíritu. No hay que cambiar el lugar, sino el estado de nuestro espíritu*

¿Crees que sólo a ti te ha sucedido, y te sorprendes, como si fuera algo nuevo, si en un viaje tan largo y por tanta variedad de países no has conseguido liberarte de la tristeza y la pesadez de corazón? Es el alma lo que tienes que cambiar, no el clima. Ni que cruces el mar, tan vasto, ni que, como dice nuestro Virgilio, «se pierdan ya tierras y ciudades», los vicios te seguirán dondequiera que vayas.

A uno que le preguntaba esto mismo, le respondió Sócrates: «¿Por qué te admiras de que los viajes no te aprovechan para nada si por todas partes vas contigo mismo? Va en pos de ti la misma causa que te empujaba a marcharte». ¿De qué puede servir la novedad de las tierras, el conocimiento de ciudades y países? Todos estos cambios son en vano. ¿Me preguntas por qué no has hallado consuelo en tu huida? Porque escapaste contigo mismo. Es el peso del alma lo que precisas abandonar; sin haber hecho esto no encontrarás agradable ningún lugar.

Piensa que tu estado es el que Virgilio presta a aquella profetisa agitada y espoleada y llena de un espíritu extraño a ella:

*La profetisa se agita para expeler de su pecho al gran dios.*

Vas de acá para allá a fin de sacudirte el peso que te acongoja, que se vuelve más imperioso con las mismas oscilaciones, tal como en las naves los fardos fijos pesan menos; si se mueven de un lado para otro, hunden aquella

banda sobre la cual cargan. Cualquier cosa que hagas lo haces contra ti mismo, y hasta el movimiento te daña porque sacudes a un enfermo.

Pero cuando te hayas liberado de este mal, todo cambio de lugar te resultará delicioso; aunque te veas lanzado a las tierras más remotas o que te encuentres en un rincón cualquiera de un país bárbaro, toda estancia te resultará hospitalaria. Lo más importante no es a dónde vas, sino quién eres tú que vas. Es menester vivir con este convencimiento: «Yo no he nacido para un rincón, mi patria es todo el mundo».

Si vieses esto bien claro, no te extrañaría no encontrar consuelo en la diversidad de los países a los cuales emigras a menudo, fastidiado de aquellos donde vivías antes, ya que aquellos primeros te habrían gustado si todos los hubieses tenido por tuyos. Ahora, en realidad, no viajas, vas errante, eres impelido, y cambias de lugar, de un sitio a otro, siendo así que lo que buscas, es decir, vivir bien, se encuentra en todas partes.

¿Puede existir un lugar tan agitado como el Foro? Y, a pesar de todo, si precisa, se puede vivir allí tranquilamente. Pero si se pueden componer libremente las cosas, es preferible huir de la vista y de la vecindad del Foro; pues, así como los lugares malsanos atacan la más firme salud, existen también lugares poco sanos para el alma convaleciente, no llegada aún a la perfección.

Disiento de aquellos que se lanzan de cara a la borrasca y que, atraídos por la vida tumultuosa, luchan cada día con virilidad contra toda suerte de dificultades. El sabio lo soportará, pero no lo elegirá; preferirá mejor vivir en paz que en lucha. No servirá mucho haber abandonado los propios vicios si nos precisa luchar con los ajenos.

«Treinta tiranos —me dirás— rodearon a Sócrates y no pudieron quebrantar su espíritu.» ¿Qué importa el número de los dueños? La esclavitud es sólo una, y quien la ha menospreciado es libre, por numerosa que sea la banda de gente que le domine.

Es tiempo de acabar, si antes pago los portes. «Principio de la salud es el conocimiento del pecado.» Egregia me parece esta sentencia de Epicuro, pues quien ignora que ha pecado no quiere ser corregido; antes que quepa la enmienda debes reconocer tu culpa.

Algunos se jactan de sus vicios. ¿Crees que se preocupa de los remedios quien cuenta sus vicios como virtudes? Por esto, repréndete tú mismo tanto como puedas, infórmate contra ti mismo; desempeña primero el oficio de acusador, después el de juez, últimamente el de defensor y alguna vez castígate.

*Consejos para llegar a la vida perfecta. Es cosa hermosa completar la vida antes de morir*

Ando siempre preguntando por ti, y pregunto a todos los que vienen de ese país qué haces y con quién habitas. No me harás creer una cosa por otra, pues estoy siempre contigo. Vive como si yo tuviera que saber lo que haces; más aún, como si tuviese que verlo. ¿Quieres saber lo que más me agrada de cuanto de ti oigo contar? El no oír nada, pues la mayor parte de aquellos a quienes pregunto por ti ignoran lo que haces.

Cosa saludable es no conversar con los desemejantes, con los que tienen gustos diferentes a los nuestros. Pero tengo confianza que no te torcerás, que perseverarás en tu propósito, aunque te rodee una turba de tentadores. ¿Qué te diré? No temo que te cambien, temo que te estorben. Y ciertamente perjudica mucho quien nos detiene en una vida tan breve, que hacemos más breve con nuestra inconstancia comenzándola de nuevo repetidas veces. De esta manera la fraccionamos en partes, la desmenuzamos.

Apresúrate, pues, carísimo Lucilio, y piensa cómo redoblarías la velocidad de tu carrera si te persiguiese un enemigo, si sospechases que un jinete se te viene acercando pisando los calcañares de los fugitivos. Así es, en efecto: te persiguen; apresúrate a escapar, vete a un lugar seguro, y considera a menudo que es cosa bella completar la vida antes de morir, para aguardar después en seguridad los días que nos quedan, sin pedir nada para sí mismo, ya establecido en posesión de una vida feliz, que no se torna más feliz por tornarse más larga.

¡Cuándo llegará aquel día en que sabrás que el tiempo ya no te pertenece, en que vivirás tranquilo y sereno, descuidado del mañana y plenamente saciado en ti mismo! ¿Quieres saber lo que hace anhelantes del futuro a los hombres? Que nadie se pertenece. Otras cosas son las que para ti desearon tus padres, pero yo, al contrario, te deseo el menosprecio de todas aquellas de las cuales ellos te desearon abundancia. Los deseos de ellos expoliaron a muchos para enriquecerte a ti; todo lo que te traspasaron tuvieron que sustraerlo a otro.

Yo te deseo la libre disposición de ti mismo, y que tu alma, agitada de vagas fantasías, pueda, por fin, descansar y afirmarse, que se complazca en sí misma, y comprendiendo los verdaderos bienes (entenderlos es casi poseerlos) no sienta la necesidad de aumentar el número de años. Ha superado las necesidades, ha conseguido quedar emancipado y libre aquel que vive cuando su vida ha quedado ya cumplida.

*No importa leer muchos libros, sino buenos libros.  
Quien pretenda llegar al lugar de destino debe seguir  
un mismo camino*

Te lamentas que ahí padecéis de escasez de libros. Lo importante no es tener muchos, sino que sean buenos, pues una lectura fija procura beneficio y la variada sólo procura placer. Aquel que quiere alcanzar el fin que se ha propuesto siga un solo camino y no ande vagando de un lado para otro, porque hacerlo no es ir a ninguna parte, sino apartarse de la ruta.

«Querría —dices— que, en lugar de consejos, me diceses libros.» Estoy dispuesto a enviarte tantos como tengo, a vaciar mi granero; yo mismo, si pudiera, me trasladaría ahí, y si no fuese que aguardo que bien pronto abandonarás ese cargo, en mi vejez emprendería este viaje, sin que me hiciesen retroceder ni Caribdis ni Escila ni el feo celebrado por la fábula. No sólo lo cruzaría, sino que lo intentaría aun a nado, todo por poderte abrazar y juzgar de vista cómo ha crecido tu espíritu.

Por otra parte, aunque desees que te envíe mis libros, no me consideraré por ello más docto, como no me tendría por bello si me pidieses mi retrato. Sé que ello es fruto de la benevolencia, no del raciocinio, y si es acaso obra del raciocinio, la benevolencia te lo ha impuesto.

Pero sea como fuere, léelos en el bien entendido que no sé aún la verdad, aunque la voy buscando con persistencia. Como no me he puesto bajo la ley de nadie, no llevo el nombre de ningún maestro; concedo gran crédito al juicio de los grandes hombres, y también considero mío algún juicio. Ya que ellos no nos han

dejado solamente descubrimientos, sino también verdades que deben ser buscadas; y tal vez hubieran encontrado las que son necesarias si no hubiesen andado tanto en pos de las superfluas.

Les hicieron perder mucho tiempo las argucias de palabra, las discusiones engañosas que ejercitan una vana sutilidad. Atamos nudos confiriendo a las palabras significaciones ambiguas, y después los deshacemos. ¿De tanto tiempo disponemos? ¿Sabemos ya cómo vivir y cómo morir? Hemos de luchar con el mayor afán por alcanzar aquel punto en que debamos vigilar, no que no nos engañen las palabras, sino las cosas.

¿Por qué me haces notar semejanzas de palabras en las cuales nadie se engaña, excepto en aquellas disputas? Las cosas son las que nos engañan, ellas son las que es menester saber distinguir. Adoptamos el mal en lugar del bien; deseamos lo contrario de lo que antes deseábamos; pugnan en nosotros anhelos con anhelos, proyectos con proyectos.

¡Cuán parecido tiene la adulación con la amistad! No sólo la imita, sino que la vence y la aventaja; es recibida con oídos bien abiertos y propicios y desciende hasta el fondo del corazón, tanto más atractiva cuanto más traidora; enséñame dónde puedo descubrir la diferencia. Se me acerca un adulator usando maneras de amigo; los vicios nos asaltan disfrazados de virtudes; la temeridad se esconde bajo el nombre de fortaleza; la pereza se llama moderación; el tímido es tenido por cauto. He aquí donde es muy peligroso descarriarse; es aquí donde precisa que señales lo diferente.

Por otra parte, aquel que es preguntado si lleva cuernos, no es tan torpe que se toque la frente, ni tan obtuso o inepto que a fuerza de sutilidades puedas convencerle de ello. Es cierto que estas cosas engañan sin dañar, como los cubiletes y las fichas de los prestidigitadores, en los cuales el propio engaño nos deleita. Explicame cómo lo hace y habré perdido el interés. Igual cosa digo de aquellos engaños de palabra, pues ¿con qué otro nombre podría mencionar los sofismas? Ni dañan al ignorante ni sirven para nada al conocimiento.

Si quieres aclarar las ambigüedades de las palabras, enséñanos que no es venturoso aquel que es llamado así por el vulgo, aquel que ha reunido mucho dinero, sino el que ha puesto todos sus bienes en el alma, el hombre recto y elevado, enemigo de todo lo mudable, aquel que no encuentra nadie con quien se cambiaría, que aprecia al hombre más por su humanidad que por cualquier otra cosa, que siga el magisterio de la Naturaleza, que ordena las cosas según las leyes de ésta, que vive tal como prescribe, que cuenta con bienes que ninguna violencia puede hacer bambolear, que vuelve mal por bien, que es firme en sus juicios, inconcuso, intrépido, que puede ser movido por una fuerza, pero no perturbado por ella, un hombre en quien la fortuna se ha hincado, mas no ha podido herir cuando ha intentado clavarle con la mayor violencia uno de sus dardos más destructores; y aun raras veces, pues los otros dardos, los que aterrorizan al linaje humano, rebotan en él como el granizo que sin ningún daño para el que habita en la casa golpea y se funde al fin sobre el tejado.

¿Por qué me entretienes en aquello que tú mismo llamas falacia, sobre lo cual se han escrito tantos libros? Aquí tienes toda la vida que me miente: desenmáscala, y si tan sutil eres, redúcela a la verdad. Ella tiene por necesarias muchas cosas, una gran parte de las cuales es superflua, y que, aun cuando no resulte superflua, no tiene ninguna importancia para contribuir a hacernos afortunados y felices. Pues no porque una cosa sea necesaria debe seguirse que es buena, pues sería pisotear este nombre si tomásemos por cosas buenas el pan y la polenta porque sin ellos no se puede vivir.

Lo que es bueno es, sin duda, necesario; pero lo que es necesario no por esto es bueno, ya que ciertas cosas viles son ciertamente necesarias. Nadie tiene una tal ignorancia de la dignidad del bien que lo rebaje hasta esas cosas útiles al día.

Pues, ¿qué? ¿No harías mejor en dedicar tus afanes a demostrar cómo todos nosotros malbaratamos el tiempo buscando medios para vivir? Ve mirando hombre por hombre, considérales en conjunto; no hay ninguno que no viva pensando en el mañana.

Me preguntarás qué mal hay en ello. Incalculable, ya que éstos no viven, sino que esperan vivir: todo lo aplazan. Aunque estuviésemos atentos a ella, la vida nos pasaría por delante; ahora, pues, encontrándonos vacilantes, transcurre para nosotros como si no fuese nuestra; hasta el postrer día, pero cada día muere.

Con todo, para no exceder la medida de una carta que no tiene que llenar la mano izquierda del lector<sup>4</sup> aplazaré para otro día este pleito con dialécticos demasiado sutiles, los cuales no es que se ocupen en estas cosas, sino que sólo se ocupan en ellas.

*Aprovechemos la breve duración de la vida.*

*Acontece con frecuencia que haya vivido poco quien ha existido largo tiempo*

Sin duda, querido Lucilio, es hombre indiferente y olvidadizo aquel a quien precisa la visión de ciertos países para hacerle revivir el recuerdo de un amigo; y, con todo, los lugares que frecuentamos con él despiertan la añoranza adormecida en nuestro corazón y no permiten que se extinga su memoria, antes bien, la despiertan si duerme, de igual manera como el duelo por un difunto, algo amortiguado por el tiempo, se renueva por la visión de su esclavo favorito, de su vestido o de su casa. He aquí cómo, de manera casi increíble, la Campania, y sobre todo Nápoles y la vista de tu Pompeya, me han renovado las añoranzas de ti: te tengo por entero delante de los ojos. Es como si me encontrara de nuevo en nuestra despedida: te veo inundado de lágrimas, impotente para reprimir tu emoción, que brota por mucho que te esfuerces en reprimirla.

Parece como si te acabara de perder en aquel mismo instante; pero ¿qué cosa no parece recién acaecida cuando la recordamos? Parece cosa de hoy que me encuentre de niño sentado en la escuela del filósofo Sotión; cosa de hoy que comience a llevar pleitos; cosa de hoy que desista de esta ocupación; cosa de hoy que en realidad ya no pueda aplicarme a esos menesteres. Infinita es la velocidad del tiempo, más visible a los que dirigen la mirada hacia atrás. Porque él engaña a los que atienden sólo al presente, tan leve es el paso de su precipitada fuga.

¿Me pides la causa? Todo el tiempo pasado se encuentra en un mismo lugar; todo él se ha precipitado en las mismas honduras. Y, por otra parte, no podrían existir extensos intervalos en una cosa que es brevísima. Lo que vivimos es un punto, y aún menos que un punto, y por añadidura, esta cosa tan pequeña, para mayor engaño, la Naturaleza la ha dividido a fin de darle la apariencia de un prolongado espacio de tiempo; de una porción ha hecho la infancia, de otra la mocedad, de otra la adolescencia, de otra un cierto descenso de la adolescencia a la vejez, de otra la propia vejez. ¡En una cosa tan breve cuántos peldaños ha puesto!

No hace mucho que te despedía, y con todo, este poco es una parte de nuestra vida, cuya brevedad tiene que conducirla algún día a su total acabamiento. No me solía parecer tan veloz el tiempo, y ahora me resulta de una rapidez increíble, sea porque siento acercarse el término, sea porque he comenzado a darme cuenta de mis pérdidas y a contarlas.

Por esto me indigno mucho más que algunos empleen en cosas superfluas la mayor parte de este tiempo, que ni aun ahorrado con gran tiento podría bastar para las cosas necesarias. Dice Cicerón que ni que le duplicasen la vida tendría tiempo de leer los poetas líricos, y puedes poner en la misma cuenta los dialécticos, la ignorancia de los cuales es más ardua. Aquéllos dicen futilidades adrede; éstos piensan que están haciendo alguna cosa.

No niego que se les haya de mirar, saludándoles de paso, con el único objeto de no ser engañados, creyendo que contienen algún tesoro grande y secreto. ¿Por qué te torturas y te fatigas en un problema donde hay más astucia a despreciar que cuestión a resolver? Buscar

menudencias es propio de quien anda seguro y viaja cómodamente; pero cuando el enemigo muerde nuestros calcañares y el soldado tiene orden de avanzar, la necesidad sacude de encima nuestro todo cuanto en nosotros había dejado una tranquilidad ociosa.

No me sobra tiempo para andar a la busca de palabras de doble sentido y de poner a prueba en ellas mi sutilidad.

*Mira cómo se juntan los pueblos, cómo encerrados  
en sus murallas afilan el hierro en las puertas.*

Como cantó nuestro Virgilio, es con grandeza de alma como debo escuchar este estrépito bélico en derredor mío.

Con razón me tendrían por loco si, mientras ancianos y mujeres fuesen amontonando sillares para fortificar los muros, y la juventud en armas tras las puertas estuviese aguardando, o reclamase la señal de partida, mientras los dardos hostiles zumbasen en las puertas, y hasta el propio suelo retemblase, mientras la gente excavaba minas y pasadizos subterráneos, yo siguiese ocioso y planteara tan mínimos problemas. «Todo lo que no has perdido lo tienes; no has perdido los cuernos, por lo tanto, tienes cuernos.» Y otras agudezas combinadas, como en delirio, de manera semejante.

No debo, pues, parecerte ahora menos loco si aplico mi trabajo a cosas de ese tenor: pues yo también estoy sitiado. Mientras en aquel otro caso los dardos me amenazarían desde fuera y una muralla me separaría del enemigo, ahora los dardos mortíferos parten de mí mismo. No me sobra tiempo para estas ineptias, ya que llevo un grave asunto entre manos. ¿Qué haré? La muerte me sigue, la vida me huye.

Enséñame algo contra estos males. Haz que yo no huya de la muerte y que la vida no se me escape. Procúrame exhortaciones contra los males inevitables, ármame de igualdad de espíritu contra los males inevitables; ensancha las angosturas de mi tiempo. Enséñame que el bien de la vida no radica en su extensión, sino en su uso, y que harto puede acontecer, y muchas veces acontece, que el que ha vivido mucho haya vivido poco. Dime cuando me acuesto: «Puede ser que no despiertes». Adviérteme al despertar: «Puede ser que no duermas más». Dime cuando salgo: «Tal vez no volverás». Dime cuando regreso: «Tal vez no volverás a salir».

Andas errado si crees que sólo cuando navegamos estamos próximos a la muerte; en todas partes es muy escasa la distancia. No en todas partes se nos muestra la muerte igualmente vecina, pero en todas partes es igualmente vecina. Disipa estas tinieblas y me enseñarás más fácilmente las lecciones para las cuales estoy preparado. La Naturaleza nos ha hecho capaces de aprender dándonos una razón imperfecta, pero perfectible.

Delibera conmigo sobre la justicia, la piedad, la frugalidad, la castidad, tanto la que se abstiene del cuerpo de otro como la que tiene en cuenta el propio. Si no quieres conducirme por rodeos, llegaré más fácilmente adonde me dirijo. Pues, como dice aquel el célebre Eurípides: «la palabra de la verdad es simple»; y por ello es menester no complicarla, porque nada conviene menos a los espíritus de grandes aspiraciones que semejante forma de artera astucia.

*Reconozcamos nuestros defectos y procuremos  
corregirlos. Debemos moldear nuestra alma antes que  
la endurezca el vicio*

He recibido tu carta muchos meses después de haberla tú enviado; por tal razón consideré inútil preguntar a quien la trajo qué estabas haciendo. Muy buena memoria le hubiese precisado para acordarse, aunque confío que vives de una tal manera que doquiera que te encuentres puedo deducir lo que haces. Porque ¿qué otra cosa puedes hacer que no sea tornarte cada día mejor, andar deshaciendo algunos errores y comprendiendo que son defectos tuyos los que atribuías a las cosas? Pues, a veces, imputamos al lugar y al tiempo aquellos defectos que dondequiera que vayamos nos van siguiendo.

Ya sabes que en mi casa ha permanecido como una carga hereditaria Harpaste, la sirvienta boba que tenía mi esposa. Yo siento, en verdad, gran aversión hacia ese tipo de persona calamitosa; cuando me quiero divertir con un tonto, no he de andar muy lejos: me río de mí mismo. Esa mujer de que te hablo perdió súbitamente la vista, y te contaré una cosa increíble, pero bien cierta: ignora que está ciega, y, a menudo, ruega a su guía que cambien de estancia porque encuentra la casa oscura.

Esto que nos hace reír en ella, es menester que te conste claramente, es lo que sucede a todos nosotros: nadie se da cuenta de que es avaro, nadie de que es concupiscente. Y, con todo, los ciegos piden un guía y nosotros vamos errantes sin ninguno mientras andamos diciendo: «Yo no soy ambicioso, pero en Roma no se puede vivir de otra manera; yo no soy malbaratador, pero

la vida de la ciudad exige grandes dispendios. No es culpa mía si soy iracundo, si aún no me he señalado una norma de vida: es cosa de la juventud».

¿Por qué nos engañamos? Nuestro mal no es externo, está dentro de nosotros, reside en nuestras mismas entrañas; por eso sanamos difícilmente, andamos ignorantes de nuestra dolencia. Suponiendo que ahora comencemos a curarnos, ¿cuándo llegaremos a desembarazarnos de la virulencia de tantas calamidades? Pero ahora ni tan sólo buscamos el médico, el cual tendría labor más fácil si trabajara contra un vicio reciente: en cuanto consiga mostrar lo que es recto, las almas tiernas y juveniles le seguirán.

Nadie encuentra dificultad en volver a la Naturaleza si antes no nos hemos apartado mucho de ella, pues nos avergonzamos de aprender a tener juicio. Pero, ¡por Hércules!, si es cosa vergonzosa buscar maestro para alcanzar la perfección, no es preciso aguardar que un bien tan grande nos llueva por azar; hemos de esforzarnos en obtenerla y, en verdad, el esfuerzo no tiene que ser muy grande, ya que, según hemos dicho, comenzamos a modelar y corregir nuestra alma antes que la maldad la haya endurecido.

Pero yo no desespero ni de los endurecidos, porque no existe nada que no pueda ser vencido por un trabajo persistente y abnegado y un celo incansable. Enderezamos así los robles más retorcidos; el fuego extenderá las vigas curvadas, y las cosas que por naturaleza tienen otra forma toman la que exige nuestra utilidad; ¡cuánto más fácilmente tomará nueva forma el alma, flexible como es, y más moral que ningún fluido! Pues, ¿qué otra cosa es el

alma sino un determinado estado del aire? Y el aire ya ves que es tanto más dúctil que cualquier otra materia cuanto mayor su sutilidad.

No debe impedirte, querido Lucilio, tener buena esperanza en nosotros el hecho que la malicia ya nos tenga apresados, que desde tiempo estemos en su poder. No existe nadie que haya poseído el buen juicio antes que la insensatez. El mal nos posee a todos por adelantado: aprender la virtud es desaprender los vicios.

Y hemos de aplicarnos a nuestra enmienda con tanta mayor grandeza de espíritu cuando que el bien, una vez adquirido, se posee perpetuamente y la virtud jamás se olvida. Las cosas contrarias ligan mal con el sujeto extraño a ellas, y por tal motivo pueden ser repelidas y expulsadas; en cambio, quedan firmemente fijadas las que caen en lugar apropiado. La virtud es conforme a la Naturaleza; los vicios le son funestos y enemigos.

Pero, así como las virtudes adquiridas no pueden marcharse, y su guarda es fácil, vemos que es harto difícil el camino que a ellas conduce, ya que es propio de un alma frívola y enferma asustarse de las cosas desacostumbradas; es menester, pues, forzarla para que comience el buen camino. Por otra parte, no es una medicina amarga, pues cuando comienza a curar, ya deleita. Los otros remedios tienen buen gusto después de procurar la salud; la filosofía es a la vez saludable y dulce.

*Diferencia entre el placer y la alegría. Nos pierde la  
inconstancia y la vanagloria*

Un gran placer me procuró tu carta: permíteme expresión corriente, y no le confieras la significación estoica. Creemos que el placer es vicio. No podemos objetar nada; pero también solemos usar esta palabra para designar una impresión alegre del espíritu.

Bastante sé que el placer, si interpretamos tal palabra según nuestra fórmula, tiene mala fama y que la alegría sólo puede ocurrir en el sabio, ya que no es más que una expansión del alma confiada en los propios y verdaderos bienes. Vulgarmente, empero, hablamos así, y decimos que tenemos una gran alegría del Consulado de Tal, o de sus bodas, o del parto de su esposa, cosas que merecen tan poco el nombre de alegría que muchas veces son principio de tristezas futuras; la alegría importa que nunca cese y que nunca se revuelva contra ti.

Así, cuando dice nuestro Virgilio: «Las perversas alegrías del alma», habla sin duda elegantemente, pero de manera impropia, pues no hay ninguna alegría que sea perversa. Concede el nombre de alegrías a los placeres, y expresa así su pensamiento porque quiere exponer que los hombres estaban contentos de su desgracia.

Por otra parte, no es sin razón que yo haya dicho que tu carta me causó un gran placer, porque, por más que el hombre ignorante reciba alegría de una causa legítima, sea como fuere, yo llamo placer, placer nacido de la idea de un bien falso, falto de medida y buen sentido, su pasión inmoderada y pronta a inclinarse hacia el enojo. Pero volviendo a mi propósito, escucha lo que en tu carta me

ha dado placer: te muestras en ella señor de tus palabras; la frase no se te lleva, no te arrastra más allá de lo que te habías propuesto.

Son muchos los que son conducidos a lo que no se proponían escribir, por la golosina de una palabra agradable; cosa que no hallo en ti; todas tus palabras son precisas y adaptadas a la materia; dices todo lo que quieres y expresas más de lo que dices. Esto es indicio de un mérito mayor, porque pone de manifiesto que tu alma no contiene nada de redundancia, nada de hinchazón baldía.

Con todo, encuentro en ella algunas metáforas, si no propasadas, por lo menos atrevidas; encuentro imágenes que, si nos han sido vedadas, creyendo que sólo deben ser permitidas a los poetas, es porque no se ve a ninguno de los antiguos autores, que no rebuscaban el estilo para hacerse aplaudir. Aquellos antiguos que hablaban simplemente, con el único propósito de exponer su criterio, aparecen colmados de figuras que yo juzgo necesarias, no por las razones que las usan los poetas, sino porque sirven de ayuda a nuestra debilidad, situando con exactitud a quien habla y a quien escucha en relación con el tema de que se trata.

En estos momentos estoy leyendo a Sextio, varón perspicaz, que filosofaba con palabras griegas y costumbres romanas. Me sorprende una imagen que hace: un ejército marcha en forma de escuadra, dispuesto para la batalla, por cuanto el enemigo le puede atacar por todos los costados. «Lo mismo —dice— tiene que hacer el sabio: tiene que desplegar en derredor suyo sus virtudes, para que, por cualquier lado que surja el enemigo, las defensas se hallen perfectamente preparadas y respondan sin

confusión a la señal del que dirige.» Esto que vemos que sucede en ejércitos ordenados por grandes generales, en los cuales todas las tropas oyen a la vez las órdenes del jefe, dispuestos los hombres de tal suerte que la señal dada por uno recorre a la vez las líneas de los peones y las de la caballería, todo ello dice el mencionado autor que es harto necesario también para nosotros.

Pues aquéllos más de una vez han temido al enemigo sin fundamento y han encontrado segurísimo el camino que tenían por más sospechoso, pero a la estulticia no la deja nadie en paz. El miedo le llega tanto de arriba como de abajo, todos los costados amenazan ruina. Los peligros la siguen, le salen al encuentro, se asusta de todo; en ningún momento preparada, hasta las tropas auxiliares la aterrorizan. El sabio, empero, armado contra toda acometida, siempre atento, no hará retroceder ni un pie si le ataca la pobreza, el duelo, la ignominia, el dolor; caminará impertérrito contra esos azotes y por en medio de ellos.

A nosotros nos atan y debilitan muchos vicios. Mucho tiempo hemos yacido con ellos; harto difícil será purificarnos; no estamos manchados, sino infectados. Para no usar de una imagen a otra, iré en busca de una cosa que me ocupa el ánimo con frecuencia, a saber, ¿por qué la insensatez nos tiene tan fuertemente agarrados? Primeramente, porque no la repelemos con energía, ni nos esforzamos en el camino de la salud con todas nuestras fuerzas; después, porque no concedemos bastante fe ni captamos con el corazón abierto las verdades descubiertas por los sabios, antes, al contrario, es muy leve la atención que ponemos en cosa tan esencial.

Y ¿cómo podrá nadie adquirir doctrina contra los vicios si sólo le consagra los ocios que los vicios le dejan? Nadie de nosotros desciende al fondo de las cosas, sólo rozamos algunas ideas superficiales, y haber dedicado un breve espacio de tiempo a la filosofía ya nos parece, de puro atareados, más que suficiente.

Lo que más nos impide avanzar es que pronto nos sentimos contentos de nosotros mismos; si encontramos alguien que nos califique de buenos, prudentes o virtuosos, pronto estamos de acuerdo. No nos contentamos con un elogio módico, antes bien, cuanto acumula la impúdica adulación lo tomamos por cosa justa y debida. Asentimos a los que nos llaman excelentes y sapientísimos, a pesar de saber que muchas veces mienten; y de tal manera nos mostramos indulgentes con nosotros mismos, que queremos ser elogiados por algo contrario a lo que estamos haciendo en aquellos momentos. Tal, a pesar de decretar suplicios, se siente alabar de mansísimo; entre las rapiñas, de liberalísimo; entre las embriagueces y los desórdenes, de moderadísimo. Consecuencia de todo ello es que no queremos cambiar porque nos creemos inmejorables.

Alejandro, en los tiempos en que recorría la India y devastaba con las armas algunas naciones poco conocidas aun por sus propios vecinos, mientras sitiaba una ciudad, al reseguir los muros en busca del punto más flaco de las fortificaciones, fue herido por una flecha, pero continuó la comenzada empresa. Cuando después, restañada la sangre y seca la herida, fue creciendo el dolor y sintió entumecerse la pierna que le colgaba del caballo, obligado a detenerse, exclamó: «Todos juran que soy hijo de Júpiter, pero esta herida proclama que soy hombre».

Hagamos nosotros lo mismo. La adulación infatúa a todos, a cada cual en su esfera. Digamos, pues: «Vosotros decís que soy prudente, pero yo veo cuántas cosas inútiles ansío, cuántas dañosas deseo. Ni tan sólo logro entender lo que enseña a los animales la saciedad, es decir, la medida que deben tener de comida y bebida: aún ignoro cuál debe ser mi ración».

Ahora te mostraré la manera como conocerás que no eres sabio. El sabio es el hombre lleno de alegría, sonriente, sereno e incommovible; vive en el mismo nivel que los dioses. Ahora examínate tú mismo. Si nunca estás triste, si ninguna esperanza inquieta a tu alma con la expectación del futuro, si el tono de tu alma elevada y contenta se mantiene el mismo de día y de noche, has alcanzado la cumbre de la felicidad humana. Pero si andas ansioso de placeres, si vas a la zaga de todos éstos y en todas partes, es menester que sepas que estás tan falto de sabiduría como de alegría. Deseas llegar a ésta, pero andas errado si pretendes encontrar la alegría entre las riquezas y honores, es decir, entre los afanes. Estas cosas en las cuales te esfuerzas, aguardando que te procuren alegría y placer, son causa de dolor.

Todos tienden en verdad al goce, pero ignoran en absoluto el goce grande y estable: uno lo busca en convites y desórdenes; otro, en la ambición y en un numeroso cortejo de clientes; otro, en su amiga; otro, en la vana ostentación de los estudios liberales y en las letras, que no pueden curarnos de nada: todas estas gentes van engañadas por placeres breves y falaces, como la embriaguez, que paga con las horas de tedio la loca alegría de una hora; como los aplausos y las aclamaciones del favor popular, comprados y expiados con tantas inquietudes.

Reflexiona, pues, que el efecto de la sabiduría es una alegría siempre igual. El alma del sabio es como la del mundo superior a la Luna, donde siempre reina la serenidad. Aquí vemos, por lo tanto, un motivo para desear la sabiduría; que en ningún momento el sabio carece de alegría. Esta alegría sólo puede nacer de la conciencia de las propias virtudes: únicamente el fuerte puede estar alegre; sólo el justo, sólo el temperante.

«Pues, ¿qué? —me dices—, ¿los malos y los necios no gozan?» No mucho más que los leones cuando se han apoderado de una presa. Cuando los hombres se han fatigado en las orgías y el vino, cuando se les acaba la noche en plenos desórdenes, cuando ya los placeres, embutidos en sus cuerpos en mayor cantidad de la que podría caber en su flaqueza, les comienzan a supurar, entonces los desventurados podrían exclamarse con aquellos versos de Virgilio:

*Cómo la postrera noche entre falsos deleites hemos pasado, ya lo sabéis.*

Todas las noches las pasan los lujuriosos entre falsos deleites, y cada una como si fuese la última; pero aquella alegría que conviene a los dioses y a sus seguidores, no sufre interrupción ni acabamiento. Tendría fin si viniese de fuera. No siendo don de ningún extraño, no depende de ninguna extraña voluntad; pues aquello que nos ha sido dado por la fortuna no nos lo puede quitar.

*Combatir los deseos inmoderados. Los apetitos  
desenfrenados de los ricos y poderosos son contrarios  
a la naturaleza*

Me quejo de ti, disputo, me irrito. ¿Aún deseas lo que te deseaba tu nodriza, o tu preceptor, o tu madre? ¿Aún no has llegado a comprender el mal que te querían? ¡Ah, cuán contrarios nos son los deseos de los nuestros, y tanto más contrarios cuanto mayor éxito tienen! No me maravilla si desde nuestra primera infancia nos han ocurrido tantos males, ya que hemos crecido entre las execrables súplicas de nuestros padres. Que también nuestras súplicas desinteresadas sean escuchadas por los dioses.

¿Hasta cuándo pediremos cosas a los dioses como si nosotros no pudiésemos mantenernos? ¿Hasta cuándo llenaremos de sementeras los campos de las grandes ciudades? ¿Hasta cuándo todo un pueblo recolectará para nosotros? ¿Hasta cuándo toda una flota de navíos aportará, y no de un solo mar, las provisiones para nuestra mesa? El toro sacia su apetito con el pasto de poquísimas mojadadas; una sola selva basta para muchos elefantes: el hombre, para alimentarse, explota mar y tierra.

¿Pues, qué? ¿Un vientre tan insaciable nos diera la Naturaleza, habiéndonos concedido cuerpos tan pequeños, hasta el punto que llegásemos a vencer en glotonería a los animales más grandes y más voraces? En manera alguna; pues ¿a qué queda reducido el hombre que se da a la

naturaleza? Se contenta con poco; lo que resulta dispendioso no es el hambre de nuestro vientre, sino la vanidad.

Debemos contarnos, pues, no entre los hombres, sino entre los animales, a éstos que Salustio llama «servidores del vientre»; y algunos ni tan sólo entre los animales, sino entre los muertos. Vive realmente aquel que es útil a muchos, que es útil a sí mismo, pero no los que se embotan a la sombra, yacen en sus casas como en el sepulcro. En el mármol de su dintel podrías poner esta inscripción: «Acabaron antes de morir».

*Las virtudes y los bienes son iguales en distintas  
circunstancias*

He visto a mi condiscípulo Clarano después de muchos años; supongo que no aguardas que te diga que lo he encontrado viejo, pero, por Hércules, sí fresco y vigoroso de espíritu, luchando con su débil cuerpo. Ya que la Naturaleza se comporta injustamente colocando en mal lugar un alma semejante, o tal vez ha querido mostrarnos que un espíritu fuerte y vigoroso en extremo puede esconderse bajo cualquier carnadura. Él vence, empero, todos los obstáculos, y por el menosprecio de sí mismo ha llegado al menosprecio de las otras cosas.

A mi juicio anduvo errado aquel que dijo: «tiene más encanto la virtud cuando viene de un cuerpo bello». Pues la virtud no precisa de ningún embellecimiento; ella es el decoro de sí misma; ella presta al cuerpo prestigio de cosa sagrada. Sea como fuere, he comenzado a ver a nuestro Clarano con otros ojos; me parece ahora de bello aspecto y tan erguido de cuerpo como de espíritu.

De una choza puede salir un varón egregio, y de un cuerpo deforme y mísero, un alma grande y bella. Tengo por cierto que la Naturaleza engendra estas deformidades a fin de demostrarnos que la virtud puede estar en cualquier lugar. Si pudiese crear almas desnudas, lo haría; pero ahora ha hecho más aún: ha creado algunas aprisionadas en semejantes cuerpos que, a pesar de todo, logran romper sus ataduras.

Clarano me parece nacido para servir de ejemplo, para que lleguemos a saber que la deformidad del cuerpo no afea el alma, sino que es el alma la que se adorna con la

belleza del cuerpo. Por más que hemos estado juntos muy pocos días, a pesar de todo hemos sostenido numerosas conversaciones que yo iré poniendo por escrito para enviártelas.

El primer día tratamos de cómo pueden ser iguales todos los bienes cuando de ellos existen tres clases. Algunos nos parecen bienes de primer orden, como la alegría, el placer, la salvación de la Patria; otros, de segundo, nacidos en circunstancias desventuradas, como la paciencia en los tormentos y el dominio propio en una enfermedad grave; los primeros, en casos de necesidad. Existe además un tercer orden de bienes, como un semblante pacífico y honesto, un aire adecuado a un varón sensato.

¿Cómo pueden ser iguales estas cosas si las unas son reconocidamente deseables, mientras las otras nos invitan a apartarlas de nosotros? Si queremos distinguir estos bienes precisa que volvamos al primero de todos para considerar en qué consiste: un alma que contempla la verdad, bien ilustrada sobre lo que tiene que ir buscando y lo que ha de evitar, que no aprecia las cosas según la opinión, antes según la Naturaleza, que penetra en todo el mundo y lleva su contemplación a todos los fenómenos, vigilando tanto sus pensamientos como sus actos, siempre igual en grandeza y energía, invicta tanto ante las asperezas como ante las blanduras, no sometida a ninguna suerte de fortuna, emergiendo por encima de los acontecimientos favorables o adversos, bellísima, ordenadísima, tanto en gracia como en fuerza, sana y nervuda, imperturbable, intrépida, que ninguna fuerza puede abatir, que ningún azar puede vencer ni llenar de altanería: esta alma es la misma virtud.

Ésta es su faz, si se mira con una sola mirada y se nos muestra en conjunto; pero en realidad posee muchos aspectos que se nos van desplegando según los diferentes estados y acciones de la vida, sin que por ello se torne más grande o más pequeña. Ya que el bien supremo no puede disminuir ni es posible que la virtud pueda retroceder, antes bien, se nos puede presentar unas veces bajo una cualidad, otras bajo otra, adaptándose al carácter de las cosas que es menester que realice.

Todo lo que le atañe, lo atrae y tiñe a semejanza suya: acciones, amistades; a veces embellece familias enteras en las cuales ha penetrado para poner orden. Todo aquello en que influye lo vuelve digno de admiración, de estimación, de respeto. Por esto su fuerza y su grandeza ya no pueden llegar más arriba, puesto que lo que es máximo no puede tener crecimiento: no encontrarás nada más recto que la rectitud, ni más verdadero que la verdad, ni más temperado que la templanza.

Toda virtud consiste en una moderación, que es una cierta medida; la constancia no puede avanzar más allá, como tampoco la confianza, la verdad y la lealtad. ¿Qué puede añadirse a lo perfecto? Nada absolutamente. Por otra parte, una cosa no es perfecta si se le puede añadir algo. Como asimismo a la virtud, si le podemos añadir algo, es que le faltaba. Tampoco lo que es honesto admite incremento alguno, pues si es honesto es por aquellas virtudes de que he hablado. ¿Y no crees también que lo bello, lo legítimo, lo justo, tienen la misma ley y quedan comprendidos dentro de límites fijos? Poder crecer es señal de cosa imperfecta.

Todo bien está sujeto a las mismas leyes: juntas van la utilidad privada y la pública, tan ciertamente, ¡por Hércules!, como que lo loable y lo deseable no pueden separarse. Las virtudes, pues, son todas iguales como los hombres que las poseen.

En cambio, las virtudes de las plantas y los animales, mortales como son, son frágiles, caducas e inciertas; suben y bajan, y por esto no son estimadas a igual precio. Una sola es, empero, la regla que se aplica a las virtudes humanas, una cosa es la simple y recta razón: no hay nada más divino que lo divino, ni hay nada más celeste que lo celeste.

Las cosas mortales se fortalecen y caen, se desgastan y crecen, se agostan y colman. Así es que, dentro de una suerte tan incierta, son desiguales, mientras las cosas divinas tienen un natural constante. Y la razón no es otra cosa que una parte del espíritu divino inmerso en el cuerpo del hombre. Y si la razón es divina, y sin razón no hay ningún bien, todo bien es divino. Pero entre las cosas divinas no existe ninguna diferencia, por lo tanto, tampoco la hay entre los bienes. Iguales son, pues, la alegría y la fuerte y constante paciencia en las tormentas, ya que en una y otra hay grandeza de espíritu; en la una, floja y desplegada; en la otra, luchadora y tensa.

¿Qué? ¿Es que tú no tienes por igual la virtud de quien ataca fuertemente a las fortalezas enemigas a la de aquel que resiste con gran paciencia el sitio? Grande es Escipión sitiando a Numancia, apretándola, obligando a aquellos invencibles a volver sus manos contra la propia vida; pero es grande también el alma de aquellos sitiados que saben que no hay nada cerrado para el hombre que tiene abierto el paso de la muerte y que acaba con el abrazo de la

libertad. Asimismo, unas con otras, son iguales a todas las virtudes, la tranquilidad, la simplicidad, la ecuanimidad, por cuanto bajo todas ellas existe una sola virtud que mantiene el alma erguida e inflexible.

«Pues, ¿qué? ¿No hay diferencia entre la alegría y la infrangible paciencia del dolor?» Ninguna, en lo que se refiere a las virtudes en sí mismas; mucha en lo que se refiere a aquellas cosas en las que una y otra virtud se manifiestan. Pues en una existe una distensión y aflojamiento naturales; en la otra, un dolor contrario a la Naturaleza. Ello significa circunstancias que admiten un gran margen de variación: la virtud es igual en todas ellas.

La virtud no cambia según la materia sobre la cual se ejerce; ni la torna peor una materia dura y difícil ni mejor una alegre y sonriente; precisa, pues, que sea igual, ya que en ambas cosas lo que se hace se lleva a cabo con igual rectitud, con igual prudencia, con igual honradez; son, por lo tanto, dos estados igualmente buenos, más allá de los cuales ni uno puede comportarse mejor dentro de la alegría, ni el otro comportarse mejor en los tormentos; son, pues, dos cosas iguales que no permiten concebir nada mejor.

Porque si aquello que acierta a quedar fuera de la virtud puede hacerla aumentar o disminuir, lo honesto deja de ser el bien único. Y si concedes esto queda perdida toda virtud. ¿Por qué? Ya te lo diré: porque ninguna cosa honesta puede ser realizada de mal talante, por fuerza. Toda cosa honesta es voluntaria. Mezcla con ella la pereza, el rezongar, el andar remiso, el miedo, y habrá perdido lo que tiene de mejor, el contentamiento de sí misma. No puede ser honesto lo que no es libre, pues temor es servidumbre.

Toda virtud es segura y tranquila; si rechaza algo, si juzga alguna cosa como un daño, si deplora algo, ya la tienes perturbada y en un mar de confusiones. Pues por aquí la llama la apariencia del bien, por allá la asusta la sospecha del mal. Por tal razón, aquel que tiene que hacer honestamente alguna cosa, sea lo que fuere que contraste con ella ni que lo considere molesto, jamás debe considerarlo como un daño, antes, al contrario, es menester que lo quiera y que lo haga de buen grado. Todo acto virtuoso tiene que ser espontáneo y ajeno a cualquier coacción, sincero y sin ninguna mezcla de maldad.

Sé perfectamente lo que aquí se me puede responder: «¿Te esfuerzas en persuadirme que no hay ninguna diferencia entre encontrarse en la alegría o yacer en el potro fatigando al atormentador?». Yo podría responderte: el propio Epicuro dice que si el sabio es quemado en el buey de Falaris,<sup>5</sup> exclamará: «Es dulce, y no me atañe en nada». ¿Por qué te maravillas si declaro que es igual el bien de quien siente alegría al del que permanece en pie entre los tormentos con gran fortaleza, siendo así que Epicuro dice que es dulce sentirse tostar, lo cual, no obstante, casi parece increíble?

Pero respondo que existe gran diferencia entre la alegría y el dolor; y si tuviese que escoger entre una de estas dos cosas tomaría la alegría y dejaría el dolor; puesto que aquélla es conforme a nuestra naturaleza, mientras éste le es contrario. Si los consideramos en esta forma es grande la distancia que los separa; pero cuando se trata de la virtud, ambas cosas son iguales; tanto vale la virtud que avanza entre alegrías como la que avanza entre tristezas.

Ya no tienen ninguna importancia el sufrimiento, el dolor o cualquier otra molestia, pues la virtud todo lo supera. Así como el resplandor del sol aplasta con su grandeza dolores, molestias, injurias, y dondequiera que brilla es extinguida toda luz que aparezca sin ella, las molestias que caen sobre ella no le hacen mayor efecto que una nube sobre el mar.

Para que compruebes que las cosas son así, mira cómo el hombre honesto corre sin vacilar hacia toda bella acción; ni que vea al verdugo, ni que esté presente el atormentador o el fuego, perseverará sin atender a lo que ha de sufrir, antes bien, a lo que ha de hacer, y se confiará a la virtud como a un varón honorable, estimándola como útil, segura y propicia. Igual estimación tendrá por una situación honorable, pero triste y difícil, que por un hombre honesto, pero pobre, expatriado y que padece.

Supón, por ejemplo, por un lado, un varón bueno y colmado de riquezas; por otro, un varón bueno, pero carente de todo, aunque lo tenga todo en él: uno y otro serán igualmente buenos, aunque no hayan tenido una fortuna igual. El mismo juicio, según hemos dicho ya, vale tanto para las cosas como para los hombres: tan loable es la virtud que reside en un cuerpo robusto y libre como en uno enfermo y prisionero.

Por tanto, no elogiarás más tu virtud si la fortuna le ha prestado tu cuerpo íntegro que si se lo ha prestado mutilado de algún miembro o doliente, pues otra cosa sería juzgar al señor por el vestido de los esclavos. Puesto que todas estas cosas en que el azar ejerce su dominio, el dinero, el cuerpo, los honores, son débiles, huidizas, caducas, de posesión insegura; las obras de la virtud, al contrario, son libres e invictas, y no tienen que ser más

deseadas porque reciban buen trato de la fortuna, ni menos deseadas porque se vean oprimidas por alguna adversidad.

Lo que es la amistad entre los hombres, lo es entre las cosas el deseo. No creo que quisieras más al varón honesto y acaudalado que al pobre; ni al vigoroso y nervudo que al débil y de temperamento lánguido, y tampoco desearás más una cosa alegre y blanda que otra agitada y trabajosa.

Si lo hicieses así querriás más, al escoger entre dos hombres igualmente buenos, al más brillante y perfumado que al polvoriento y rústico; y de ello pasarías a querer más al hombre de cuerpo íntegro y sano que al lisiado y achacoso. Poco a poco tu desdén alcanzaría hasta el extremo de preferir entre dos hombres igualmente justos y prudentes el de cabello más bello y rizado. Donde la virtud es igual por ambas partes, no cuenta la desigualdad en las otras cosas, pues todas éstas no son partes esenciales, sino accesorias.

¿Existe alguien acaso que tenga una estima tan injusta de los suyos que quiera más a un hijo enfermo, o a uno esbelto y de elevada estatura, que a otro de figura baja o mediana? Las fieras no distinguen entre sus cachorros y se echan de manera que mamen todos lo mismo; las aves reparten por igual el cebo. Ulises se acerca a su Ítaca con el mismo deseo que Agamenón a las nobles murallas de Micenas, ya que nadie quiere a su patria por ser grande, sino por ser la suya.

¿A qué conduce esto? A hacerte ver que la virtud contempla con iguales ojos todas sus obras como a hijas suyas, y las quiere a todas por igual, con una predilección por las que sufren, pues asimismo el amor de los padres se

inclina más a favor de aquellos hijos que les inspiran compasión. Así también la virtud no es que quiera más aquellas obras suyas que ve en turbación y angustia, pero, a guisa de buen padre, las acaricia y las colma con especial preferencia.

¿Por qué no puede existir un bien mejor que otro? Porque no hay nada más apto que lo apto ni nada más llano que lo llano. No puede decirse que una cosa sea más igual a otra que a sí misma: por lo tanto, tampoco puede haber nada más honesto que lo honesto.

Si, por consiguiente, son de igual naturaleza todas las virtudes, también son iguales los tres géneros de bienes. Y yo afirmo: requiere la misma virtud gobernarse en la alegría que gobernarse en el dolor. Aquella alegría no puede vencer esta firmeza de espíritu que logra devorar los quejidos en medio de la tortura; aquél es un bien deseable, éste es un bien admirable; iguales ambos, a pesar de todo, pues cuanto puedan tener de molestia desaparece bajo un bien mucho mayor.

Quien las cree desiguales aparta los ojos de las virtudes para considerar las causas externas. Los bienes verdaderos poseen el mismo peso y la misma extensión, los falsos tienen mucho de vacío. Por ello, ni que a la mirada muestren esplendor y grandeza, al ser reducidos a peso desfallecen.

Así es, querido Lucilio: todo aquello que la razón aprueba es consistente y durable, fortalece el espíritu y lo eleva a la altura donde morará para siempre; pero aquello que se alaba sin juicio y es bueno en la opinión del vulgo, se hincha en vanas alegrías. Por otra parte, aquello que es

temido como un mal infiltra el miedo en los espíritus y los agita, de la misma manera como vemos que determina en los irracionales la apariencia del peligro.

Ambas cosas, pues, distienden y maltratan el espíritu sin motivo, pues ni aquélla es digna de alegría ni ésta de temor. Sólo la razón es inmutable y firme en su juicio, por cuanto no sirve a los sentidos, sino que los domina. La razón es igual a la razón, como la rectitud a la rectitud: así pues, la virtud también a la virtud, ya que ésta no es otra cosa que la recta razón. Todas las virtudes son racionales; son racionales si son rectas; si son rectas son todas iguales.

Tal como es la razón, tales son sus obras; todas, pues, son iguales, ya que, siendo semejantes a la razón, son también semejantes entre sí. Y digo semejantes entre sí en tanto que son honestas y rectas; por otra parte, presentarán grandes diferencias al variar la materia, la cual será, ya amplia, ya limitada, unas veces oscura, otras, brillante, unas veces perteneciente a muchos, otras, a pocos. Pero, en todos estos casos, lo que puede llamarse excelente es bien igual: la cualidad de honesto.

Así vemos que los buenos, por cuanto son buenos, son todos iguales; pero pueden presentar, por ejemplo, diferencia en lo que se refiere a la edad: uno es rico, otro es pobre; uno es influyente, poderoso, conocido en ciudades y pueblos; otro, oscuro, ignorado por la mayoría de los hombres. Pero, en lo que se refiere a lo que les hace buenos, todos son iguales.

Los sentidos no juzgan de bienes y males; ignoran lo que es útil y lo que es inútil. No pueden pronunciar sentencia alguna más que en presencia de objetos presentes. No son previsores del futuro ni recuerdan el

pasado, y desconocen las consecuencias de los actos. Y de tal manera es de todo esto de lo que aparece tejido el orden y la trama de los acaecimientos y la unidad de la vida que ha de caminar rectamente. El árbitro de bienes y males es, por lo tanto, la razón; tiene por cosas viles todas las extrañas y externas a ella, y las que no son ni buenas ni malas son juzgadas por ella como añadidos pequeños y volanderos; pues todo su bien radica en el alma.

Por otra parte, existen algunos bienes que ella juzga primarios y que intenta alcanzar con pleno conocimiento, tal como los buenos hijos se proponen alcanzar la victoria, es decir, la salvación de la patria. Otros bienes los juzga secundarios, bienes que sólo aparecen en las adversidades, como sufrir con resignación una grave enfermedad o el destierro. Otros hay, además, que el alma juzga indiferentes, ya que son más contrarios que conformes a la Naturaleza, como, por ejemplo, caminar discretamente o sentarse con modestia. Pues no es menos conforme a la naturaleza estar sentado que estar en pie o caminar.

Las dos primeras clases de bienes son distintas; pues los primeros son conformes a la Naturaleza, como, por ejemplo, gozar del amor de los hijos, de la seguridad de la patria, y los segundos van contra la Naturaleza, como, por ejemplo, resistir valientemente los tormentos y padecer sed mientras la enfermedad nos quema las entrañas.

«Pues, ¿qué? ¿Existe algún bien contrario a la Naturaleza?» En materia alguna, pero algunas veces va contra la Naturaleza aquello en que radica un bien. Porque estar herido, y consumirse entre llamas, y vivir afligido por una salud precaria, son cosas que van contra la Naturaleza, pero es conforme a ella mantener entre estos males un alma que no desfallece.

Para expresar brevemente lo que quiero manifestar, te diré que la materia del bien va alguna vez contra la Naturaleza, pero nunca el bien mismo; por cuanto el bien no puede existir sin la razón, y ésta sigue siempre a la Naturaleza. «¿Qué es, pues, la razón?» La imitación de la Naturaleza. «¿Cuál es el bien supremo del hombre?» Proceder conforme a la voluntad de la Naturaleza.

«No hay duda —me dices— que es una paz más venturosa la que nunca ha sido turbada por la conquista con sangre. No cabe duda que es cosa de mayor felicidad una salud inquebrantable que la que ha podido llegar a la seguridad entre enfermedades graves y amenazas de muerte. De igual manera es bien poco dudoso que la alegría es un bien mayor que un alma valerosa para sufrir los tormentos de las heridas y de las llamas.»

En manera alguna, pues, son las cosas que provienen del azar las que permiten grandes diferencias, ya que son juzgadas según la utilidad que reportan a los que las reciben. El propósito de todos los bienes es uno solo: templar la naturaleza, y esto es igual en todos. Cuando en el Senado seguimos la opinión de alguien, no se puede decir que uno sienta más que otro. Todos convienen en la misma opinión. Lo mismo digo de las virtudes: todas concuerdan con la naturaleza.

- <sup>43</sup> Uno muere adolescente, otro viejo; éste, infante, sólo ha podido vislumbrar la vida: todos éstos eran igualmente mortales, aunque la muerte permitiera pasar más adelante en la vida de unos, segase en flor la de otros o interrumpiera en otros los mismos principios. Tal individuo se ha muerto mientras cenaba; en este otro la muerte ha continuado el sueño; aquél se extinguió en el concúbito. Por delante de éstos los atravesados por el

hierro, o los muertos por mordedura de serpientes ponzoñosas, o los aplastados por derrumbamientos, o los torturados, punto por punto, por prolongadas torsiones de nervios. Puede llamarse mejor la muerte de unos, peor la de otros, pero la muerte es la misma para todos. Son diversos los caminos por los cuales viene; es uno solo el término donde acaba. No existe una muerte mayor o menor, pues en todo el mundo rige la misma regla: acabar la vida.

Lo mismo te digo de los bienes: tal bien no se encuentra más que entre delicias; este otro sólo entre amarguras y tristezas; aquél frena el favor de la fortuna, éste doma las violencias de ella; ambos son igualmente bienes, por más que uno vaya por una vía llana y suave y el otro por una senda fragosa. De tal manera, todos tienen un mismo fin: todos son buenos, son loables, acompañan a la virtud y la razón; la virtud iguala todas las cosas que reconoce pertenecientes a ella.

No es menester que te maravilles de encontrar entre los nuestros esta doctrina. Para Epicuro son dos los bienes de que está compuesta la suprema felicidad: la ausencia de dolor en el cuerpo y de perturbación en el espíritu. Estos bienes, cuando han sido cumplidos, no crecen; pues, ¿de dónde provendría el crecimiento a aquello que ha alcanzado la plenitud? El cuerpo queda libre de dolor: ¿qué puede añadirse a esta ausencia de pena? El alma está en paz consigo misma y goza de serenidad: ¿qué puede añadirse a esta tranquilidad?

Así como la serenidad del cielo no podría recibir mayor claridad cuando brilla limpio de toda nube, así es perfecto el estado del hombre que atiende al cuerpo y al alma, teje su bienestar de ambas, y alcanza a calmar sus deseos si no

padece ni de turbación en el alma ni de dolor en el cuerpo. Si de fuera te llegan algunas delicias, no aumentan su bien supremo, antes, por decirlo así, lo condimentan y lo hacen más deseable, ya que la felicidad absoluta de la naturaleza humana se contenta con la paz del cuerpo y del alma.

Te mostraré también en Epicuro una división de los bienes muy semejante a esta nuestra. Unos son los bienes que él prefería que le correspondiesen, como el descanso del cuerpo libre de toda molestia y el reposo del alma, jubilosa por la contemplación de sus bienes; otros son aquellos que, a pesar que preferiría no haberlos padecido, son alabados y aprobados por él, como aquellos de los cuales hablaba anteriormente, la falta de salud y el sufrimiento de dolores gravísimos, con los que vino a dar Epicuro en el último y más feliz día de su vida. Ya confiesa él mismo que sufre unas tales torturas de la vejiga y de las úlceras de vientre, que su dolor no tiene aumento posible, y, con todo, fue aquel día para él el día venturoso. Y vivir el día venturoso no es posible sino a quien ha podido alcanzar el bien supremo.

También, pues, en la escuela de Epicuro existen estos bienes que preferirías no tener que experimentar, pero que, si nos han sido aportados por la fortuna, es menester abrazarlos y alabarlos e igualarlos a los mayores. No cabe decir que no fuese un bien comparable a los mayores aquel que coronó una vida venturosa, por el cual diera gracias Epicuro con las postreras palabras de su boca.

Permíteme, oh Lucilio, el mejor de los hombres, que te diga una cosa aún más audaz: si algún bien puede ser considerado superior a los otros, yo pondría estos que

parecen tristes delante de los que son delicados y suaves; yo llego a tenerlos por más grandes. Ya que es más grande quebrantar las cosas difíciles que templar las agradables.

Sé que es la misma razón la que hace aguantar con sensatez la felicidad y con fortaleza la calamidad. Puede ser igualmente fuerte quien vigila la empalizada del campamento no atacada por ningún enemigo y quien, rotas las junturas de las piernas, se pone de rodillas sin abandonar las armas; pero las aclamaciones de «Honor al héroe» sólo se dan a quien regresa, cubierto de sangre, del campo de batalla. Alabaré, pues, con preferencia estas virtudes laboriosas y fuertes y dignas de luchar con la fortuna.

¿Cómo podría yo tener ninguna duda acerca de si he de alabar más aquella mano de Mucio, mutilada y tostada en las llamas, que la del hombre más valiente bien intacta? Menospreciador de los enemigos y las llamas, permaneció en pie contemplando cómo su mano goteaba sobre el fuego enemigo, hasta que el propio Porsena, para dar gusto al cual padecía el héroe, envidioso de su gloria, dispuso, a su despecho, que se retirara el fuego.

¿Cómo dejaría de contar este bien entre los primeros, y tenerlo por tanto más superior a los bienes tranquilos y respetados por los dardos de la fortuna, cuando vemos que es cosa más rara vencer al enemigo con la mano perdida que con la mano armada? «Pues, ¿qué? —me dices —, ¿este bien te desearías?» ¿Por qué no? ¡Esto no podría hacerlo quien no hubiese sabido desearlo!

¿Por ventura tendría que presentar mis miembros a mis esclavos para que les hicieran masaje, o que una mujerzuela, o un hombre tornado mujerzuela, me desentumeciesen las falanges de los dedos? ¿Cómo no he

de considerar más feliz a Mucio que manejaba el fuego como si alargase la mano a la delicia del masaje? Aquel hombre reparó cumplidamente su error: puso fin a la guerra desarmado y manco, y venció a dos reyes con aquella mano mutilada.

*Lo honesto es el bien supremo. Ningún viento es favorable a quien ignora a qué puerto se dirige*

A menudo me consultas cosas minuciosas, olvidando que nos separa la vastedad del mar. Siendo lo mejor de un consejo su oportunidad en el tiempo, por fuerza tiene que suceder que mi parecer sobre ciertas cosas te llegue cuando ya sería mejor lo contrario, ya que los consejos se adaptan a las cosas y nuestras cosas se nos van de continuo, o, mejor dicho, nos huyen rodando; por esta razón el consejo tiene que ser dado al día. Y aun dado al día llega retrasado, es menester que se procure, como suele decirse, de mano a mano. Cómo debe ser obtenido es lo que quiero mostrarte ahora.

Siempre que quieras saber qué es menester evitar y que es menester desear, posa tu mirada en el bien supremo como finalidad de toda tu existencia. Con este bien supremo es menester que concuerde todo lo que hagamos, pues no podrá ordenar ninguna de sus obras más que aquel que ha señalado un fin último a su vida. Ningún pintor, por más que tenga los colores a punto, logrará obtener un retrato si no tiene bien fijado lo que pretende pintar. En esto pecamos, en que deliberamos sobre las diferentes partes de la vida y nadie lo hace sobre toda ella.

Quien pretenda disparar una saeta tiene que saber en dónde se propone hacer blanco; entonces podrá apuntar y dirigir el tiro: nuestras decisiones fallan porque no sabemos a dónde apuntamos. A quien no sabe hacia qué puerto se encamina, ningún viento le será bastante propicio. No puede sino influir mucho el azar en nuestra vida, ya que vivimos al azar.

Acontece a algunos que ignoran que saben ciertas cosas; pues tal como a menudo andamos buscando personas que están con nosotros, así ignoramos a menudo que el bien supremo está muy cercano. No te precisan muchas palabras, ni un extenso rodeo, para aclarar cuál es: con el dedo puedes señalarlo sin que precises fragmentarlo en divisiones. ¿Qué se saca de dividirlo en partes cuando podemos decir: «El bien supremo es la honradez», y añadir, lo que aún te admirará más: «El único bien es la honradez, las otras cosas son bienes falsos y espurios»?

Sócrates, que redujo la filosofía al gobierno de las costumbres y definió que la sabiduría suprema es distinguir los bienes de los males, dice: «Si tengo alguna autoridad sobre ti, sigue a esos varones a fin de que seas feliz, y deja que alguien te tenga por estulto. Que te insulten y te injurien cuantos quieran, pero tú no sufrirás por ello si verdaderamente posees la virtud. Si quieres ser feliz, si quieres ser bueno de veras, pasa por el trance de verte menospreciado por algunos». Solamente será capaz de ello aquel que primero haya menospreciado toda cosa, aquel que haya señalado el mismo precio para todos los bienes, ya que no existe bien sin honradez y la honradez es igual en todos los bienes.

«Pero fue vencido.» Cuéntalo entre las negativas recibidas por Catón, el cual sufrió con igual grandeza de espíritu tanto que le estorbaran alcanzar la victoria como la pretura. El día en que fue rechazado lo pasó jugando; la noche en que había de morir la pasó leyendo; igual valor concedió a la pérdida de la pretura que a la de la vida, por cuanto se hallaba resignado a sufrir todos los males que le sobrevinieran.

¿Por qué no había de soportar con fortaleza y constancia de espíritu la caída de la República? ¿Qué cosa existe exenta del peligro de caer? Ni la tierra ni el cielo, ni este entrecruzamiento universal de todas las cosas, a pesar de estar todo ello movido bajo la acción de Dios, conservará siempre el orden actual, pues vendrá un día que este curso será quebrado.

Todo camina según su propio tiempo: todo tiene que nacer, crecer y morir. Todo aquello que ves correr por encima nuestro, y aquello otro que por su gran solidez nos sirve de soporte, sobre lo cual estamos asentados, camina hacia la destrucción y el dejar de ser: no hay nada que no conozca su decadencia. Con distintos intervalos la Naturaleza lo conducirá al mismo destino: todo aquello que es dejará de ser, no parando en la nada, sino disolviéndose.

A nuestro parecer disolverse y no ser es lo mismo; ya sólo miramos cerca de nosotros; el alma obtusa y afectada al cuerpo no mira el más allá, pues de otro modo sufriría con mayor fortaleza el fin propio y de los suyos, aguardando que, como todas las cosas del Universo, también la vida y la muerte alternasen, que los compuestos se disolvieran, los elementos se volviesen a combinar, a cuya tarea se aplica la sabiduría de Dios que gobierna todas las cosas.

Y así diría con M. Catón, recorriendo los siglos con el pensamiento: «Todo el linaje humano, el que es ahora y el que será, queda condenado a muerte; todas las ciudades que en cualquier país han obtenido el imperio, como las que han sido ornamento de imperios extranjeros, vendrá un día en que será preguntado dónde estaban, pues todas habrán caído borradas por diferentes suertes de

catástrofes: unas por la guerra, otras por la desidia y la paz indicada a la pereza, otras por el azote de las grandes prosperidades que es el lujo. Todos estos campos tan fértiles serán soterrados por una súbita inundación marina, o desaparecerán en una fosa formada por un hundimiento del suelo. ¿Por qué tendría que indignarme o dolerme si no hago más que adelantarme en unos breves momentos a la catástrofe universal?».

Muy pronto se puede dar esta enseñanza y en poquísimas palabras: el único bien es la virtud, sin ella no existe ningún otro, y reside en la mejor parte de nosotros, en la parte racional. ¿Qué es esta virtud? Un juicio verdadero e inmutable: de él partirá todo impulso del alma, él nos hará ver al desnudo las apariencias que mueven las pasiones.

Corresponde a este juicio reputar bienes, y bienes iguales entre sí, todas las cosas que habrán recibido la influencia de la virtud. Veamos ahora: los bienes corporales son, sin duda, bienes para el cuerpo, pero no lo son desde todos los puntos de vista. Ellos pueden poseer, ciertamente, algún precio, pero, por otra parte, carecer de dignidad; existiendo entre ellos grandes distancias, unos serán mayores, otros menores.

Incluso a los que vamos a la zaga de la sabiduría nos es forzoso confesar que existen grandes diferencias: uno ha avanzado tanto que ya se atreve a levantar los ojos contra la fortuna, pero no de manera sostenida, ya que sus ojos desfallecen cegados por el resplandor de aquélla; otro, empero, puede haber llegado tan allá, que le es posible contemplar la fortuna cara a cara, ya que ha alcanzado la cima y se siente lleno de confianza.

Las cosas imperfectas forzosamente tienen que vacilar: ora avanzan, ora resbalan y caen. Y ciertamente resbalarán si no perseveran en caminar y esforzarse; si aflojan un poco el deseo y la aplicación fiel, volverán hacia atrás. Nadie vuelve a encontrar sus progresos donde los había abandonado.

Tengamos, pues, constancia y perseverancia; nos quedan aún más enemigos de los que hemos vencido, pero ya es una buena parte del progreso querer progresar. En mí mismo tengo conciencia de ello: quiero, y quiero con toda el alma. También veo que eres arrastrado a alcanzar la más grande de las bellezas. Apresurémonos: entonces será, por fin, la vida un beneficio; de otra manera no es más que un pasatiempo, y un pasatiempo vergonzoso en el que no hacemos más que aplicarnos a cosas ignominiosas. Hagamos de manera que todo el tiempo sea nuestro, y ciertamente no lo será si no comenzamos por serlo nosotros mismos.

¿Cuándo tendremos la dicha de menospreciar la buena y la mala fortuna, de reprimir las pasiones, y teniéndolas sujetas a nuestro arbitrio podamos hacer oír aquella exclamación: «¡He vencido!». ¿Me preguntas a quién he vencido? No a los persas, ni a los medas más remotos, ni a ninguna de aquellas gentes belicosas que moran más allá de los dahe,<sup>6</sup> sino a la avaricia, a la ambición, al miedo de morir, que han vencido a los mismos vencedores de las naciones.

*Jornada habitual en la vida del viejo Séneca. Ideas y hechos aleccionadores contra la embriaguez*

Me pides que te explique qué hago cada día y cada hora: buen concepto tienes de mí si crees que en mis días no hay nada de que deba esconderme. Sin duda tendríamos que vivir como si siempre nos estuviésemos viendo, tendríamos que pensar como si alguien pudiera mirar incluso en nuestro interior; y, ciertamente, alguien puede hacerlo. ¿De qué sirve tener secretos para los hombres? Nada queda cerrado para Dios. Él está presente en nuestras almas e interviene en nuestros pensamientos. Interviene, digo. ¡Como si se hubiese apartado alguna vez!

Haré, pues, lo que me pides, y de buen grado te escribiré todo lo que hago y en qué orden. Desde hoy me observaré, y, cosa sumamente útil, haré el examen de cada día. El no examinar nuestra vida es lo que nos endurece en el mal. En realidad, pocas veces pensamos en lo que hemos de hacer; pero no pensamos nunca en lo que hemos hecho, aunque el consejo del comportamiento futuro resulte de la vida pasada.

El día de hoy ha sido un día pleno, nadie me ha podido robar ni una brizna de él. Todo ha quedado distribuido entre el lecho y la lectura; nada he concedido al ejercicio corporal, y doy muchísimas gracias a la vejez que esto me resulte muy poco difícil, pues, en cuanto me muevo, al punto me siento fatigado. No es sino éste el objetivo de todo ejercicio, aun de los de la gente más robusta.

Me preguntas a quién tengo por compañeros de mis ejercicios. Me basta con uno, aquel buen Fario, que, como sabes, es una persona muy amable, pero lo cambiaré:

quiero un compañero más joven. El buen hombre me dice que los dos estamos pasando la misma edad, ya que a ambos se nos caen los dientes. Pero a duras penas puedo alcanzarlo corriendo, y dentro de pocos días ya no podré; mira cómo aprovecha el ejercicio cotidiano. Entre dos que van en dirección contraria pronto la distancia se hace muy grande; él sube y yo bajo, al mismo tiempo, pero no ignoras que una cosa camina más aprisa que la otra. Y aún no he dicho toda la verdad; mi edad no desciende, se hunde.

Si me preguntas cómo ha resultado la pugna de hoy, te diré que nos ha acontecido aquello que raras veces sucede a los corredores: hemos ganado los dos. Después de haberme, más que ejercitado, fatigado de esa suerte, tomo el baño de agua fría, nombre con el cual designo la que no es muy fría. Yo, antes intrépido amante del agua helada, que en las calendas de enero saludaba al Euripo, que comenzaba el año nuevo bañándome en la fuente Virgo, tal como otros lo comienzan leyendo, escribiendo o hablando, de buenas a primeras decidí trasladar mi campamento al Tíber y después a esta bañera que en los días que me siento más fuerte y no se produce ningún desorden en mi organismo es templada únicamente por el sol. No falta mucho para significar un régimen de baños ordinarios.

Al terminar, pan seco y la comida fuera de la mesa, después de lo cual no precisa lavarse las manos. Duermo poco tiempo; ya sabes mis costumbres: mi sueño es muy breve y aun interrumpido. Me basta haber cesado de estar en vela. Algunas veces estoy cierto que he dormido, otras solamente lo sospecho.

He aquí el alboroto del Circo que me envuelve y casi me ensordece; una gritería súbita, un clamor de multitud, viene a herir mis oídos, pero ni ahuyenta mis reflexiones ni tan sólo las interrumpe. Soporto con gran paciencia tanto ruido; aquella profusión de voces distintas que se reúnen en una sola me da la impresión del oleaje marino, del viento que azota la selva o de cualquier otro de los clamores sin sentido.

¿En qué he ocupado, pues, mi espíritu? Te lo voy a decir. De ayer me quedó pendiente una meditación: con qué propósito hombres de gran sensatez imaginaron para los asuntos más importantes demostraciones tan flojas y ambiguas que, hasta cuando son ciertas, tienen una apariencia de mentira.

Zenón, varón egregio, fundador de nuestra escuela, la más valerosa y más austera, quiere infundirnos horror a la embriaguez. Escucha, pues, cómo demuestra que el hombre bueno no se embriagará: «Nadie confía un secreto al beodo; pero confiamos un secreto al hombre bueno, luego el hombre bueno no se embriaga». Ahora escucha cómo se puede burlar este argumento mediante otro contrario, pues basta mencionar uno entre muchos: «A quien duerme nadie le confía un secreto; pero confiamos uno al hombre bueno, luego el hombre bueno no duerme».

La única manera que puede y defiende Posidonio es la causa de nuestro Zenón, pero ni aun defendiéndola como él lo hace creo que pueda ser sostenida. Pues él dice que beodo puede entenderse de dos maneras: una, dándole el significado de lleno de vino, con el juicio alterado por la embriaguez; otra, dándole el significado de embriagarse a menudo, de estar inclinado a este vicio. Este segundo

significado es el que aplica Zenón, es decir, «el que suele embriagarse», no «el que está embriagado», y es evidente que nadie le confiaría un secreto que el vino podría hacerle traicionar.

Pero esta argumentación es falsa; porque el primer miembro de aquel razonamiento afecta al que está beodo, no al que lo estará. Y harto reconocerás que existe gran diferencia entre beodo y bebedor, pues el que está beodo puede estar por primera vez y no tener el vicio, y el bebedor muchas veces puede no estar beodo. Toma, pues, aquella palabra en el sentido ordinario, por añadidura usada por un hombre que siente gran preocupación por la exactitud y que pondera las palabras. Ten en cuenta también que, si Zenón lo entendió, y quiso que lo entendiésemos de ese modo, buscó engañarnos con la ambigüedad de la palabra, cosa que no debe hacerse cuando se busca la verdad.

Pero, aun suponiendo que lo entendiese así, es falsa la afirmación siguiente, que no se confíe ningún secreto a quien tiene por costumbre embriagarse. Piensa a cuántos soldados, no siempre sobrios en la bebida, el general y el tribuno y el centurión han confiado secretos rigurosos. El complot de la muerte de G. César, de aquel a quien la derrota de Pompeyo entregó la República, fue igualmente conocido de Tulio Cimbro y de G. Casio. Casio fue abstemio toda su vida y Tulio Cimbro era muy inclinado al vino y harto insolente de palabra. Él mismo se chanceaba de su vicio, diciendo: «¿Cómo he de soportar a nadie si no puedo soportar el vino?».

Cada uno puede recordar aquellos hombres a los que no se les puede confiar el vino, pero se les puede confiar un secreto; mas referiré, para que no se me olvide, un

ejemplo que se me ha ocurrido de pronto, pues es buena costumbre proveer nuestra vida de buenos ejemplos sin tener que recurrir siempre a los antiguos.

Lucio Pisón, gobernador de Roma, desde que le nombraron, siempre estaba embriagado. Pasaba la mayor parte de la noche de festín; dormía casi hasta mediodía, que era para él cuando comenzaba la mañana. A pesar de todo, cumplía las obligaciones de su cargo con gran diligencia, y eran las de vigilar la ciudad. El propio Augusto el Divino le había confiado órdenes secretas cuando le hizo gobernador de Tracia, que sometiera; como también las recibió de Tiberio al salir hacia la Campania dejando en Roma problemas peligrosos y desagradables.

Pienso que por haber dado buen resultado la embriaguez de Pisón, después Cosso fue prefecto de Roma, hombre de juicio moderado, pero tan dado al vino, que una vez que acudió al Senado desde un festín, le venció el sueño hasta tal punto que tuvieron que sacarle por no haberle podido despertar. Y, a pesar de todo, Tiberio le escribió de su mano cosas que ni confiaba a sus ministros, y nunca escapó a Cosso secreto alguno, ni político ni privado.

Apartemos, pues, las declaraciones de este estilo: «El alma aprisionada por la bebida no es dueña de sí misma; así como el vino nuevo rompe las vasijas y la fuerza de su calor hace ascender a la superficie todo lo que yacía en el fondo, así, con el calor del vino, todo cuanto yacía oculto en el fondo del alma es arrancado y sacado a la luz. Los que andan llenos de vino, de la misma manera como no pueden contener la comida, que les fluye junto con el vino, tampoco pueden contener un secreto: sueltan tanto los suyos como los de los demás».

Pero, aunque acostumbren pasar las cosas en esta forma, también acontece a menudo que consultemos sobre asuntos esenciales a hombres especialmente inclinados a la bebida. Es, por lo tanto, falso aquello que dicen como defensa: que no debemos confiar un secreto a quien acostumbra embriagarse. ¡Cuánto mejor sería atacar de cara el vicio de la embriaguez, exponiendo todos sus desórdenes, que aun un hombre corriente debería evitar, sobre todo el sabio, al cual basta con apagar la sed, e incluso cuando, para rendir honor a otro, es excitado a una prolongada alegría, se contiene mucho antes de llegar a la embriaguez!

Ya examinaremos más tarde si el exceso de vino perturba el alma del sabio y le hace decir aquellas cosas propias de los beodos; mientras, si quieres demostrar que el hombre bueno no debe embriagarse, ¿es menester proceder por silogismos? Muestra cuán vergonzoso es tragar más de lo que nuestro cuerpo puede contener y no conocer la medida del propio estómago; muestra cuántas cosas realizan los beodos, de los cuales se avergüenzan los que están en su cabal juicio, y cómo la embriaguez no es más que una locura momentánea. Prolonga por muchos días ese estado de embriaguez, y ¿cómo podrías dudar que es un caso de locura? La de ahora es más breve, pero no menor.

Recuerda el ejemplo de Alejandro de Macedonia, el cual, en un festín, atravesó a Clito, su amigo más caro y más fiel, y cuando se percató del crimen que había cometido, quiso morir, y, ciertamente, debiera hacerlo. La embriaguez inflama y descubre todos los vicios, destruyendo la vergüenza que se opone a las tentativas de maldad, pues son muchos los que se abstienen de pecar por vergüenza y no por buena voluntad.

Cuando la fuerza excesiva del vino se ha apoderado del alma, sale fuera todo el mal que se ocultaba en el interior de ésta. La embriaguez no engendra los vicios, pero los traiciona; entonces el incontinente ni siquiera aguarda a llegar al dormitorio, sino que permite a sus apetitos todo lo que piden y sin demora; entonces el impúdico descubre y publica su enfermedad; entonces el pendenciero no contiene ni la lengua ni la mano. Crece la soberbia del arrogante, la dureza del cruel, la mordacidad del envidioso: todo vicio se hincha y estalla.

Añade aquel desconocimiento de sí mismo, aquellas palabras dudosas y sin sentido, los ojos extraviados, el paso vacilante, la cabeza insegura, los techos moviéndose como si un huracán hiciera girar toda la casa, los tormentos del estómago cuando el vino fermenta y distiende las entrañas. Y entonces aún es soportable, mientras todavía puede mantenerse en pie, pero ¿qué pasa si degenera en sueño y lo que fue embriaguez se convierte en indigestión?

Reflexiona qué desastres ha ocasionado la embriaguez general de un pueblo. Ha entregado al enemigo poblaciones intrépidas y guerreras, ha abierto murallas defendidas durante años en lucha obstinada, ha dejado a merced ajena los hombres más tenaces en sacudir el yugo, ha domeñado por el vino a los que no podían serlo por las legiones.

Alejandro, a quien acabo de mencionar, que saliera sano y salvo de tantas expediciones, de tantas batallas, de tantos inviernos soportados a pesar de la intemperie y de la dificultad de los lugares, de tantos ríos de origen

desconocido, de tantos mares, fue derribado por la intemperancia en el beber, por aquella fatal copa de Hércules.

¿Qué gloria es tragar mucho? Cuando hayas ganado la palma, cuando los comensales, vencidos por el sueño y después de haber vomitado, rechacen la copa que les ofreces, cuando en todo el festín tú solo te mantengas en pie, cuando les hayas vencido a todos con tu magnífico valor en soportar más vino que nadie, serás derrotado por un odre.

Marco Antonio, ilustre varón y de elevados pensamientos, ¿por qué otra cosa fue dominado y conducido a adoptar costumbres extranjeras y vicios no romanos si no fue por la embriaguez y el amor de Cleopatra, no menos fuerte que el vino? Esto fue lo que le convirtió en enemigo de la República, esto fue lo que le hiciera inferior a sus enemigos; esto lo tornó cruel, cuando, estando en la cena, hizo traer a su presencia las cabezas de los principales ciudadanos; cuando, entre suntuosos festines y regias opulencias, reconocía los rostros y las manos<sup>7</sup> de los proscritos; cuando, ahído de vino, aún sentía sed de sangre. ¡Era intolerable que se embriagase cuando hacía estas cosas; cuánto más lo era que lo hiciese en la embriaguez!

Casi siempre de la embriaguez resulta la crueldad, porque vicia el alma sana y la vuelve furiosa. Así como las enfermedades largas vuelven a los hombres malhumorados e irritables y se encolerizan a la más pequeña contradicción, la embriaguez continua torna feroces los corazones. Porque sintiéndose muchas veces

fuera de sí, el hábito de la demencia los endurece, y los vicios engendrados por el vino se robustecen aun sin el vino.

Muestra, pues, que el sabio no debe embriagarse. Haznos manifiesta su fealdad y su inoportunidad con hechos, no con palabras. Demuéstranos, cosa bien fácil, que esto que llamamos placeres, cuando rebasan la medida, se convierten en penalidades. Porque si arguyes que el sabio no se embriaga ni con mucho vino, y que sostiene el juicio perfecto aun en la embriaguez, te será permitido también demostrar que no morirá ni aunque se tome un veneno, que no se dormirá ni bebiendo un narcótico, que ni habiendo ingerido eléboro expulsaría por arriba y por abajo todo lo que tuviese en las entrañas. Pero si le flaquean las piernas y la lengua no le obedece, ¿con qué derecho lo crees en parte sobrio y en parte ebrio?

*El incendio de Lyon y los avatares de la fortuna.  
Fortalecer el espíritu frente a los riesgos venideros*

Nuestro amigo Liberal<sup>8</sup> está ahora muy triste, porque ha tenido noticia de un incendio que acaba de destruir la colonia de Lyon. He aquí una calamidad que conmovería a cualquier hombre, no solamente a uno muy amante de su patria. Por esta razón ha perdido aquella firmeza de espíritu que él había ejercido contra aquellos males que creía que se podían temer. Pero, por este golpe tan imprevisto y casi inaudito, no me extraña que no sientas temor alguno, por cuanto es un mal sin ejemplo, ya que, aunque en muchas ciudades hiciera estragos un incendio, ninguna había sido destruida por entero. Incluso en aquellas a las cuales el incendio fue llevado por mano del enemigo, vemos que se apaga en muchos lugares, por más que vuelvan a encenderlo, y son muy raras las veces en que lo devora hasta el punto de no dejar nada para el hierro. Ni aun los mismos terremotos son tan devastadores y funestos que asuelen poblados enteros. En fin, nunca se había visto un incendio tan destructor que no dejara nada para otro incendio.

Construcciones tan magníficas que cada una de ellas habría honrado a una ciudad, las derribó una sola noche; en medio de tanta paz sobrevino un desastre, que ni siquiera de la guerra se hubiera podido temer. ¿Quién lo creería? Entre el reposo de las armas, reinando la seguridad en toda la Tierra, Lyon, famosa en toda la Galia, ha desaparecido. La fortuna, a todos los que ha afligido con calamidades públicas, les ha permitido temer lo que les reservaba para sufrir; a ninguna cosa grande le ha faltado algún tiempo para prevenirse ante la ruina; sólo en

esta ocasión una sola noche fue el intervalo entre una ciudad grandiosa y la nada. En una palabra, su hundimiento tuvo efecto en menos de lo que empleo en contarlo.

Estas consideraciones son las que doblegan la voluntad de nuestro Liberal, antes tan firme y enérgico; y no es sin causa que se haya sentido traqueteada. Los males inesperados abaten más; la novedad añade peso a los desastres; no existe ningún mortal que no se duela de los males que han venido acompañados de sorpresa.

Por esto nos hemos de prevenir contra todos, a todos tiene que anticiparse nuestro espíritu, no considerando solamente lo que suele suceder, sino lo que puede acaecer. Porque ¿qué cosa existe que la fortuna no pueda abatir en su estado más floreciente, que no pueda ser atacada y removida por ella, tanto más cuanto más ostentosamente brille? ¿Qué existe para ella costoso y difícil?

No va nunca por el mismo camino, ni por una ruta establecida: ya vuelve nuestras propias manos contra nosotros; ya, contentándose con sus propias fuerzas, nos crea peligros sin causa. Ningún tiempo se ha podido ver libre; de los mismos placeres surgen causas de dolor. La guerra estalla en plena paz y los auxilios que inspiraban seguridad se vuelven motivos de temor, de un amigo surge un enemigo; de un compañero, un adversario. La serenidad estival es agitada de pronto por tempestades más fuertes que las del invierno. Sufrimos hostilidades sin enemigos, y si faltan causas para calamidades, harto las encuentra la felicidad excesiva. La enfermedad asalta a los más temperantes; la tisis, a los más robustos; la pena, a los

más inocentes; el alboroto, a los más solitarios. El hado anda siempre buscando alguna cosa nueva, para descargar su fuerza cuando estamos distraídos.

Todo aquello que había sido construido tras una larga serie de trabajos, ayudados por el constante favor de los dioses, un solo día lo dispersa y desmenuza. Demasiado lentamente creyó que se acercan los males aquel que les asignó un día: una hora, un momento basta para hundir los Imperios. Sería un consuelo para nuestra flaqueza y la de nuestras cosas que todo tardase tanto en decaer como en hacerse; empero ahora el crecer es lento y la caída rápida.

Nada hay estable en los bienes privados ni en los públicos; el momento fatal se acerca tanto para los hombres como para las ciudades. El terror se encuentra en el seno de la mayor tranquilidad, y sin que por fuera vayan acumulándose los elementos adversos, el desastre estalla cuando menos se teme. Reinos que habían resistido guerras civiles y exteriores, caen sin que nadie los empuje. ¿Cuántos reinos han sostenido la prosperidad por mucho tiempo?

Es menester, pues, pensar en todos los males y afirmar el espíritu contra todo lo que pueda acaecernos. Destierros, tormentos de las enfermedades, guerras, naufragios; sobre todo ello debemos meditar. El azar puede privarte a ti de la patria y a la patria de ti; te puede precipitar en la soledad, puede sumirte en ésta allí mismo donde la muchedumbre se espesa. Sea puesta ante nuestra vista toda posible condición, y precavamos nuestro espíritu, no ya contra las cosas que acontecen a menudo,

sino contra las que pueden acontecer, si no queremos ser abrumados o aterrorizados por su novedad imprevista; es menester considerar la fortuna en todos sus aspectos.

¿Cuántas veces un terremoto ha devastado ciudades de Asia y de Acaya? ¿Cuántos poblados de Siria, de Macedonia ha devorado? ¿Cuántas veces este mismo azote asoló la isla de Chipre? ¿Cuántas veces la ciudad de Pafos se ha derrumbado sobre sí misma? A menudo se nos ha anunciado la ruina de ciudades enteras, y nosotros, entre los cuales semejantes nuevas se difunden con frecuencia, ¡qué pequeña parte somos del Universo! Resistamos, pues, a los golpes del azar, y, pase lo que pase, sepamos que nada es tan grande como lo pondera la fama.

Se ha quemado una ciudad opulenta, adorno de las provincias entre las cuales se hallaba situada, ciudad bien distinguida, levantada sobre un monte de escasa amplitud. De todas estas ciudades que oímos alabar como nobles y magníficas, el tiempo borraré hasta los vestigios. ¿No ves cómo en la Acaya han sido consumidos aun los cimientos de ciudades insignes y ya no queda de ellas ni señales por las que pudiera colegirse que han existido?

No caen únicamente las obras de los hombres, no sólo aquello que ha sido creado por el arte o el ingenio humano es destruido por el tiempo; las cimas de los montes se van fundiendo, se hunden regiones enteras, el mar cubre aquellas tierras que estaban lejos de él. La furia dispersa del fuego ha roído montañas sobre las cuales refulgía, y ha rebajado a ras de tierra cimas antes elevadas, consuelo y norte de navegantes. Si hasta las creaciones de la Naturaleza son maltratadas, bien es menester que soportemos con serenidad de espíritu que se hundan las ciudades.

Toda cosa se mantiene en pie para caer; a todas aguarda el mismo fin, sea porque una fuerza interior, un viento que no halla salida, sacuda violentamente el peso que le tiene cautivo, sea porque el turbión de los torrentes subterráneos rompa los obstáculos, sea porque la violencia de las llamas haga estallar la osamenta de la Tierra, sea porque la vejez, de la cual nada queda libre, haya atacado insensiblemente, sea porque un clima malsano haya expulsado los pueblos, y la miseria haya tornado pestilente el desierto. Serían largos de enumerar todos los caminos del hecho adverso. Una cosa sé: que todas las obras de los mortales están condenadas a muerte; vivimos entre cosas perecederas.

Estos consuelos y otros mejores presento a nuestro Liberal, encendido por un increíble amor a su Patna, que tal vez ha sido destruida para volver a levantarse mejor. A menudo la desgracia ha abierto paso a una fortuna más brillante; muchas cosas han caído para levantarse de nuevo más grandes y más prósperas. Timágenes, enemigo de la prosperidad de Roma, decía que los incendios de la ciudad sólo le daban pena porque sabía que aquellas ruinas serían reedificadas mejor que antes de haber sido quemada.

También para la ciudad de Lyon es de creer que todos rivalizarán en restaurarla más grande y gloriosa de como la perdieron. ¡Y cabe esperar que perdure, fundada para más larga edad bajo mejores auspicios! Pues esta colonia no contaba más que cien años desde su origen, lo que no es una edad extrema ni aun para un hombre. Establecida por Planeo, la excelencia del lugar la hizo crecer hasta convertirse en una gran población; pero ¡cuántos desastres tuvo que soportar dentro del plazo de una longevidad humana!

Eduquemos, pues, a nuestra alma en la comprensión de su suerte y en la resignación a ésta, y sepamos que no hay nada que sea respetado por la audacia de la fortuna, que tiene los mismos derechos sobre los Imperios que sobre los imperantes, el mismo poder contra las ciudades que contra los hombres. Nada de esto debe indignarnos, pues éstas son las leyes que rigen en el mundo donde hemos entrado. Si te placen, obedécelas; si no, sal por donde quieras. Indígnate si alguna condición inicua se ha establecido particularmente contra ti; pero si una misma necesidad obliga a los más grandes y a los más pequeños, reconcílate con el hado que conduce a la disolución de toda cosa.

No es caso que nos midas por estos sepulcros que bordean nuestras vías: a todos nos iguala la ceniza. Nacemos desiguales, morimos iguales. Lo mismo digo de las ciudades que de sus habitantes: igualmente ha sido tomada Ardea que Roma. El legislador de la humanidad no nos distingue por el nacimiento ni por la gloria del nombre más que mientras vivimos, pero en cuanto llegamos al fin de toda cosa mortal, nos dice: «Apártate, ambición, sea una sola luz la que pese sobre la Tierra». Nosotros somos iguales ante todos los sufrimientos, nadie es más frágil que otro, nadie tiene mayor seguridad del mañana.

Alejandro, rey de Macedonia, emprendió el estudio de la geometría para llegar a saber, el infeliz, cuán pequeña era la Tierra, de la cual sólo había conquistado una pequeña parte. Por esto le llamo infeliz, pues iba a comprender la falsedad del sobrenombre que llevaba. Porque ¿quién puede ser grande en un mundo pequeño? Las nociones que le enseñaban eran abstractas y reclamaban una atención demasiado atenta para ser

captadas por un hombre loco de soberbia, que tenía sus pensamientos al otro lado del mar. «Enséñame cosas fáciles», dijo. Y el maestro le respondió: «Son las mismas para todo el mundo e igualmente difíciles».

Figúrate que esto te lo dice la Naturaleza: «Estas cosas de que te quejas son iguales para todos. A nadie puedo conceder que sean más fáciles, pero todo el que quiera puede obtener que lo sean». ¿Cómo? Con la serenidad del espíritu. Es menester que pases penas, que sufras hambre y sed, que envejezcas si es que te toca permanecer mucho tiempo entre los hombres, y que estés enfermo, y que sufras pérdidas, y que mueras.

Lo que precisa es que no des crédito a estos rumores del mundo en derredor tuyo: nada de todo eso es un daño, nada es intolerable o pesado. El miedo que causan es convencional: tanto temes la muerte, como temes su fama. ¿Y qué más necio que un hombre que teme las palabras? Nuestro Demetrio suele decir ingeniosamente que hace tanto caso de las palabras de los necios como de los ruidos que le salen del vientre. «¿Qué me importa —dice— que suenen por arriba o por abajo?»

¡Qué demencia la de temer ser infamado por los infames! Tal como habéis temido, sin motivo, una fama, así habéis temido lo que no habríais tenido que temer si no lo hubiese mandado la fama. ¿Padecería, por ejemplo, ningún detrimento un hombre bueno porque se difundieran en derredor de él malos rumores?

En nuestro concepto, tampoco sufre detrimento la muerte pues también ella tiene mala fama. Nadie de los que la desacreditan la ha experimentado, y siempre es temeridad condenar aquello que se ignora. Lo que sí sabes

es a cuántos ha sido útil, a cuántos ha liberado de sus tormentos, de la necesidad, de las disputas, de los suplicios, del tedio.

*El valor de la vida. La vida es suficiente cuando la vivimos con plenitud*

En la carta en que te lamentabas de la muerte del filósofo Metronacte, como si hubiese podido y debido vivir más, encontré en falta la rectitud que muestras de sobra en todas tus funciones y en todos tus negocios, que faltabas en aquello que falta a casi todo el mundo. He conocido muchos hombres justos hacia los hombres, pero ni uno justo hacia los dioses. Cada día retamos al destino: «¿Por qué éste nos arrebató a la mitad de su carrera? ¿Por qué aquél no lo ha sido? ¿Por qué se prolonga una ancianidad gravosa para él y para los demás?».

Te ruego que me digas qué consideras más equitativo, ¿que tú obedezcas a la Naturaleza o la Naturaleza a ti? ¿Y qué importa cuán pronto salgas de donde ciertamente es menester salir? No hemos de esforzarnos en vivir mucho, sino en vivir lo bastante; pues para vivir mucho necesitas al destino, pero para vivir plenamente, la sola diligencia del espíritu. Larga es la vida si es plena, la manera de llenarla es que el alma se otorgue lo que es su bien propio y que se asegure el poder sobre ella misma.

¿De qué sirven a ese hombre sus ochenta años pasados en la vagancia? Éste no ha vivido, se ha demorado en la vida; no ha tenido una muerte tardía, sino larga. Ha vivido ochenta años. Sería preciso saber desde qué día cuentas su muerte.

Aquel otro ha muerto en la flor de la edad. Pero ha cumplido los deberes de buen ciudadano, de buen amigo, de buen hijo: en ningún punto se ha mostrado indolente. Por mucho que su edad sea incompleta, su vida es

completa. Ha vivido ochenta años. Mejor te expresaría diciendo que ha durado ochenta años, a menos que digas que ha vivido como se dice de los árboles. Yo te ruego, Lucilio, que procuremos que, como las cosas de gran precio, nuestra vida no sea grande en extensión, sino en valor. Midámosla por las obras, no por la duración. ¿Quieres saber la diferencia que existe entre un hombre enérgico y menospreciador de la fortuna que ha reñido todas las luchas de la vida y ha sido elevado al bien, y aquel que ha visto transcurrir numerosos años? El uno vive aún después de muerto, el otro antes de la muerte ya estaba difunto.

Alabemos, pues, y contemos entre la muchedumbre de los felices aquel que, por poco que haya sido el tiempo que le ha tocado vivir, ha sacado provecho de su vida. Pues éste ha visto la luz verdadera, no fue uno de tantos: vivió, y vivió vigorosamente. Unas veces había vivido días serenos; otras, el resplandor del astro poderoso había brillado, como de costumbre, entre nubes. ¿Por qué preguntas cuánto tiempo vivió? Él vive: se ha prolongado en la posteridad y se ha grabado en la memoria de los hombres.

No por eso rehusaría un aumento de años; pero no diré que le hubiese faltado nada para la felicidad si su duración hubiese sido cortada. No he realizado mis cálculos sobre el largo plazo que una ávida esperanza hubiese podido prometerme, antes no he dejado de considerar ningún día como el último. ¿Por qué me preguntas cuándo nací y si aún me cuento entre los más jóvenes? Harto llevo la cuenta.

De igual manera que dentro de una estatura exigua el hombre puede ser perfecto, la vida puede ser perfecta en una menor medida de tiempo. La edad se cuenta entre las cosas externas. La duración de la vida es algo que depende de otro; que mientras yo viva realmente, es cosa mía. Lo que me puedes exigir es que no pase la vida en una vergonzosa oscuridad; que guíe a la vida y no la deje pasar inútilmente.

¿Me preguntas cuál es la vida más durable? Vivir hasta alcanzar la sabiduría. Quien ha llegado a ello, ha conseguido, no el hito más lejano, sino el más grande. Entonces puede vanagloriarse audazmente y dar gracias a los dioses, y a sí mismo entre ellos, y atribuir lo que haya sido a la Naturaleza. Y se lo atribuirá con razón, pues le ha devuelto una vida mejor que la que había recibido. Ha ofrecido el ejemplo del hombre bueno, mostrando su carácter y su grandeza; cualquier poco de tiempo que hubiese añadido habría sido semejante al pasado.

Y, a fin de cuentas, ¿hasta dónde se extiende nuestra vida? Hemos gustado del conocimiento de todas las cosas. Sabemos cuáles son los principios que constituyen la Naturaleza, cómo establece el orden del mundo, a qué intervalos organiza el año, cómo encierra todas las cosas que nunca hayan sido, y cómo se ha puesto ella misma por término. Sabemos que los astros se mueven por propio impulso, que fuera de la Tierra no hay nada inmóvil, que toda otra cosa corre con velocidad incesante. Sabemos cómo la Luna avanza al Sol, cómo siendo más lenta deja atrás al que es más veloz, cómo recibe y pierde la luz, qué causa nos trae la noche y qué causa nos devuelve el día: es menester que vayamos donde estas cosas se ven de más cerca.

No es por esta esperanza, dice el sabio, de ver abrir ante mí la ruta hacia mis dioses, por lo que yo me pongo valerosamente en camino. Es cierto que he merecido ser admitido allí, y he permanecido ya entre ellos, y a ellos he conducido mi espíritu, y ellos a mí el suyo. Pero suponte que me aniquilo y que nada me queda de hombre después de la muerte: lo mismo mantengo la nobleza del alma, aunque no tenga que ir a ninguna otra parte.

No he vivido tantos años como podía. Existen libros de pocas líneas y, ciertamente, dignos de loa y útiles; pero tú sabes perfectamente lo extensos que son los *Anales* de Tanusio, y cómo se los juzga; la larga vida de algunos es igual que dichos *Anales*.

¿Crees, tal vez, que es más feliz el gladiador que es muerto al caer de la tarde que el que lo es al mediodía? ¿Es que acaso crees que exista alguien tan torpemente codicioso de la vida que prefiera ser estrangulado en el matadero antes que en la arena? No es mayor la distancia que nos separa a unos de otros. La muerte nos persigue a todos: quien mata alcanzará al muerto. Muy poca cosa es aquello por lo que nos inquietamos tan sobremanera. Por otra parte, ¿qué importancia tiene cuánto tiempo puedas evitar aquello que, a la postre, es inevitable?

*La vida es una lucha continua. Los infortunios son propios de la vida, como en un largo viaje lo son el polvo, la lluvia y el barro*

¿Es de veras que te indignas y lamentas, sin entender que en estas cosas no hay otro daño sino ese hecho de que te indignes y lamente? Si quieres que te diga la verdad, no creo que exista para el hombre otra calamidad sino la de pensar que existe en el mundo alguna cosa que para él es una calamidad. El día que ya no pueda soportar una cosa cualquiera, ya ni a mí mismo podré soportarme. Si tengo poca salud, es una parte de mi destino; si los esclavos se me mueren, si paso angustias por mis rentas, si se me hunde la casa, si me veo perseguido por daños, heridas, trabajos y temores, son cosas corrientes. Y más aún, son cosas obligadas. No vienen por azar, sino por decreto.

Si merezco de ti alguna fe, voy a declararte mis sentimientos íntimos: he procurado acostumbrarme de tal manera a todo aquello que es gravoso y adverso, que no obedezco a Dios, antes bien, consiento lo que me envía; le sigo por voluntad, no por necesidad. Nada puede acontecerme que me encuentre triste y con rostro adusto; no quiero pagar ningún tributo de mal talante. Y tributos de la vida son todas aquellas cosas que nos hacen gemir y nos atemorizan, respecto a las cuales, querido Lucilio, no debes aguardar la impunidad ni pedirla.

Un mal de piedra te acongoja, te han llegado cartas que te afligen, has tenido incesantes pérdidas, y yendo aún más allá, has temido por tu vida. ¿Por ventura ignorabas

que al desear la ancianidad deseabas todas estas cosas? Todo esto queda comprendido en una vida larga, tal como en un largo viaje encontramos polvo, lluvia y barro.

«Es que yo quería vivir, pero libre de toda incomodidad.» Palabras tan afeminadas no son propias de varón. Toma como quieras el voto que hago para ti, no sólo de todo corazón, sino también con corazón magnánimo: que ni los dioses ni las diosas te concedan vivir entre delicias.

Pregúntate a ti mismo si, en el caso de que los dioses te dejaran escoger, optarías por vivir en el mercado o en el campo de batalla. Así es, Lucilio; la vida es lucha. De igual manera, aquellos que son sacudidos de un lado para otro, que andan arriba y abajo por caminos duros y trabajosos, aquellos que acometen empresas arriesgadas, son los varones fuertes y los elegidos en los campamentos; pero aquellos que, mientras los demás trabajan, se entregan a un vergonzoso descanso, son perezosos a quienes dejamos vivir sólo para hacerles burla.

*Los viajes no curan los males del espíritu*

He huido hacia mi Nomento.<sup>9</sup> ¿De qué piensas? ¿De la ciudad? Más que de la ciudad, de la fiebre que ya me invadía. Ya había hecho presa en mí: el médico decía que el pulso agitado y desigual, perturbando la marcha natural, significaba el principio de la enfermedad. Así fue, pues, que mandé preparar inmediatamente el vehículo. A pesar de la resistencia de mi Paulina, insistí obstinadamente en la partida, poniéndome en la boca aquellas palabras de Galión, señor mío, el cual, comenzando a sentirse febril en Acaya, se embarcó sin tardanza exclamando que no era enfermedad del cuerpo, sino del lugar.

Así lo dije a Paulina, que me recomendaba mayor cuidado de mi salud. Porque no ignorando que su vida depende de la mía comienzo a pensar en mí por consideración a ella, y fortalecido por la edad para resistir muchas cosas, pierdo este beneficio de la vejez. Pues acude a mi pensamiento que con este anciano sufre una mujer joven a la que es necesario compadecer. Así es que, no pudiendo yo alcanzar de ella que me quiera con más fuerza, ella alcanza de mí que yo me quiera a mí mismo con mayor solicitud.

Es preciso condescender con estos afectos honestos; y numerosas veces, aunque ciertos motivos nos podrían inducir a la muerte, es menester retener, en honor a los nuestros, y aun entre tormentos, el espíritu que ya tenemos en la punta de los labios, por cuanto el hombre bueno tiene que vivir no mientras es agradable, sino mientras es conveniente; aquel que no cree dignos ni a la esposa ni al amigo del sacrificio de permanecer más

tiempo en la vida, es un hombre muelle. Es preciso que el hombre se imponga este deber cuando lo reclame la utilidad de los suyos, e interrumpa el camino, no tan sólo si desea morir, sino incluso si ya ha comenzado, a fin de ofrecerse a los suyos.

Es propio de un alma grande volver a la vida por causa de otro, cosa que los varones egregios realizaron a menudo. Pero creo también propio de una suprema piedad guardar con mayor cuidado la propia vejez, de cuya piedad las mayores ventajas son la vigilancia más segura de uno mismo y el uso más valeroso de la vida cuando consta que ello es dulce, útil o deseable a alguno de los tuyos. Por otra parte, esta cosa implica asimismo un goce y una recompensa que no son de menospreciar; pues, ¿qué puede resultar más agradable que ser tan querido por la propia esposa que ello te haga más querido por ti mismo? Así es que mi Paulina puede gloriarse no sólo del amor que me tiene, sino del que tengo a mí mismo.

¿Me preguntas cómo terminó aquel propósito de la partida? En cuanto hube dejado la pesadez de la ciudad y aquel olor que difunden las humeantes cocinas cuando se hallan en plena función, mezclado con el polvo, todo aquel vapor pestilente que estábamos tragando, sentí mi salud hartamente mejorada. ¿Cómo creerías que aumentaron mis fuerzas, cuando hube alcanzado mis viñedos? Lanzado a mis propios pastos, me veía entregado a mis propios alimentos. Entonces me fui recobrando: desapareció aquella sospechosa delgadez que no hacía pensar en nada bueno: ahora comienzo a estudiar con toda energía.

No es que el lugar sirva de mucho si no ayuda el espíritu, el cual puede crearse un refugio entre las ocupaciones; pero aquel que escoge los países en busca de

reposo, en todas partes encontrará cosas que le angustien. Lamentándose alguien a Sócrates de no haber sacado ningún provecho de sus viajes, dicen que le contestó: «No sin motivo te ha sucedido así, porque viajabas contigo mismo».

¡Oh, cuán bien sentaría a muchos alejarse de sí mismos! Pero lo que hacen es inquietarse, corromperse, aterrorizarse. ¿Qué se saca de atravesar el mar y de cambiar de ciudad? Si quieres huir de estas inquietudes que te atormentan, no precisa estar en otro paraje, sino ser otro. Hazte cargo que has ido a Atenas o a Rodas: escoge una ciudad a tu gusto; ¿qué importan en tu caso las costumbres de este lugar? Tú aportas las tuyas.

¿Crearás un bien la riqueza y la pobreza te dará tormento?; y algo más mísero aún, ¿la pobreza imaginaria? Ya que, por mucho que poseas, como hay quien posee más que tú, te crees necesitado de todo aquello en que aquel otro te aventaja. Tendrás por un bien los honores, y te amargará la vida la elección de aquel cónsul, la reelección de aquel otro, se te clavará el aguijón de la envidia cuando leas muchas veces el nombre de alguien en los Fastos.<sup>10</sup> Será tan grande la demencia de la ambición, que ya no te parecerá que exista nadie detrás de ti si existe siquiera uno sólo delante.

Tendrás a la muerte por el peor de los males, siendo la realidad que únicamente tiene de malo aquello que la precede: ser temida. Te asustarán no sólo los peligros, sino las alarmas; y vivirás siempre agitado por cosas vanas. ¿Pues de qué va a servirte, según Virgilio,

*haber escapado de tantas ciudades*

*griegas y haber huido a través de los enemigos?*

La misma paz te engendrará temores: una vez decaído el espíritu, no tendrás confianza ni en las cosas seguras; porque cuando el alma se ha acostumbrado al miedo irreflexivo, resulta inhábil aun para la propia conservación. Pues entonces ya no se sacude los males, sino que les huye, y nunca estamos tan expuestos como cuando les volvemos la espalda.

Tendrás por grande infortunio perder alguna de las personas que quieres y, con todo, está eso tan fuera de razón como llorar porque caigan las hojas de los deleitosos árboles que rodean tu casa. Contempla todo aquello que te causa placer con los mismos ojos de cuando aún verdeaba, pues, ciertamente, hoy uno, mañana otro, andarán cayendo a los golpes de la Fortuna; pero, así como la caída de las hojas es harto soportable, puesto que renacen, de la misma manera debes considerar la pérdida de aquellas personas que te son queridas y que deleitan, así lo crees, tu existencia; pues, aunque no renazcan, pueden ser sustituidas.

«Pero no serán las mismas.» Tampoco tú serás el mismo. Cada día y cada hora te cambian; sólo que en las otras cosas el cambio es más manifiesto, mientras en ésta permanece oculto, ya que no se realiza a la luz del día. Los otros nos son robados de súbito, pero nosotros somos robados insensiblemente a nosotros mismos. Tú podrás no reflexionar sobre ninguna de estas cosas y no aplicar remedios a tus heridas, pero andarás sembrándote causas de inquietud, ya aguardando unas cosas, ya desesperando de otras. Pero si tienes buen juicio, atemperarás una cosa con otra: ni tendrás esperanza sin desconfiar un poco, ni desconfiarás sin esperanza.

¿Qué provecho han podido reportar a nadie los viajes? No le han moderado los placeres ni le han frenado las ambiciones, ni le han reprimido los excesos de ira, ni le han dominado los impulsos del amor; en suma, no han eliminado de su alma ningún elemento perverso. No le han prestado buen juicio ni disipado el error, antes bien, le han entretenido unos breves momentos ante una cierta novedad de las cosas, como un niño maravillado ante lo que no conoce.

De otra parte, la inconstancia del espíritu, más enfermo entonces que nunca, ha sido puesta en movimiento, y el propio cambio de lugar ha tornado al espíritu más ligero y voluble. Así es como los lugares más ardientemente buscados son los más ardientemente abandonados; y volamos de un lado para otro como las aves, y nos volvemos más rápidamente de lo que habíamos venido.

Los viajes te procurarán conocimiento de los pueblos, te mostrarán nuevas formas de montañas, campos de nunca vista extensión y valles regados con aguas inagotables; la naturaleza misteriosa de algunos ríos, tales como el Nilo, que se hincha con las avenidas del verano, o como el Tigris, que desaparece a nuestra vista y, emprendiendo un curso bajo tierra, devuelve al fin su íntegro caudal; ya sea como el Meandro, tema de ejercicio y ficción de todos los poetas, que se repliega en numerosos recodos y, cuando vuelve cerca de su cauce, con frecuencia interrumpe su ruta antes de desembocar en el mismo; pero todas estas cosas no te harán mejor ni de juicio más ponderado.

Es menester consagrarse a los estudios y a los autores de la sabiduría, a fin de aprender sus descubrimientos y andar en busca de lo que ellos no descubrieron: así es

como el alma falta de redención se afirma en la libertad, escapa a la más miserable servidumbre. Mientras ignores lo que debes evitar y lo que debes desear, qué cosas son necesarias y cuáles son superfluas, dónde se halla lo justo y dónde lo injusto, lo que hagas no será viajar, sino andar errante.

Semejante agitación no te procurará ayuda alguna, porque viajas con tus pasiones y tus males te siguen. ¡Mejor sería que te siguiesen! Quedarían un poco más lejos: ahora no los conduces, los llevas encima. Por eso te acongojan en todas partes y en todas partes te consumen con las mismas molestias. El enfermo no tiene que buscar países, sino medicinas.

Si alguien se quiebra el hueso del muslo, o se disloca un pie, no sube a un vehículo o a un navío, sino que llama al médico a fin de componer la fractura o volver a su lugar el hueso dislocado. ¿Pues, qué? ¿Crees que el alma quebrada y dislocada por tantas partes puede sanarse con un cambio de lugar? Es demasiado poderoso este mal para que se cure conduciendo al enfermo en litera.

No hay nadie que viajando se haga médico u orador; no existe ningún arte que se aprenda por razón del lugar. ¿Y la sabiduría, la más grande de todas las artes, se aprendería yendo de camino? No existe, créeme, ningún viaje que te separe de las ambiciones, de los arrebatos de ira, de los temores; y si existiese alguno, el linaje humano, todo entero, lo emprendería. Aquellos males te herirán y te maltratarán, aunque andes vagando por tierras y mares, y ello mientras lleves contigo sus causas.

¿Te maravillas que tu huida resulte inútil? Las cosas de las cuales quieres huir están contigo. Emprende, pues, tu propia enmienda, sacude de ti todas aquellas cargas, y

trata de contener dentro de una medida saludable los deseos que es menester expiar más tarde: arranca de tu espíritu toda maldad. Si quieres realizar viajes agradables, cura al que es menester que tengas por compañero. Mientras tengas que convivir con un avaro y mezquino, se te agarrará la avaricia; no se separará de ti la arrogancia si tienes tratos con un soberbio; nunca te desasirás de la crueldad en compañía del sanguinario, y la proximidad del adúltero encenderá en ti las llamas de tu lujuria.

Si quieres desnudarte de los vicios, es menester que te apartes de sus ejemplos. El avaro, el corruptor, el cruel, el defraudador, que tanto daño te harían si estuviesen a tu vera, están dentro de ti. Ve con la compañía de los mejores: vive con los Catones, con los Lelios, con los Tuberones. Y si también te place convivir con los griegos, intenta tratar a un Sócrates, a un Zenón: el uno te enseñará a morir, si es necesario; el otro, antes de que lo sea.

*No debemos alimentar los vicios con los bienes  
materiales*

Yo te saludo desde mi finca de Nomento y te deseo la salud del alma, es decir, que tengas propicios todos los dioses, los cuales son clementes y favorables para todo aquel que se ha reconciliado consigo mismo. Deja de lado por ahora aquella creencia tan cara a algunos, a saber, que cada uno de nosotros recibe por guía un dios, no uno de los grandes, sino uno de categoría inferior, de la clase de aquellos que Ovidio llama «dioses plebeyos». Pero no sin recordarte que nuestros padres, que así lo creyeron, eran estoicos: ellos dieron a cada uno su Genio o su Juno.

Más tarde veremos si los dioses tienen ocasión de ocuparse en los negocios de los particulares; mientras, sabe que tanto si quedamos confiados a su guarda como si somos descuidados y abandonados a la Fortuna, para nadie podrías pedir nada peor que si le deseabas airarse contra sí mismo. Tampoco es necesario que invoques la cólera de los dioses sobre aquel que creas digno de castigo: por encima de él se cierne esta cólera, aunque parezca que lo encumbra el favor de los dioses.

Aplica tu sagacidad a ver qué son nuestras cosas, no cómo se llaman, y sabrás que nos llegan más desventuras de la buena fortuna que de la mala. ¿Cuántas veces fue de hecho causa y principio de felicidad aquello que había sido considerado como una desventura? ¿Cuántas veces una cosa recibida con bellos augurios vino a ser un peldaño para caer y ha elevado un grado más a un hombre ya encumbrado, como pensando que la caída del lugar donde estaba era aún de poco peligro?

Pero esta misma caída no tiene en sí nada malo si consideras la última salida, más allá de la cual la Fortuna ya no hace caer a nadie. Bien cercano es el término de toda cosa; bien cercano, repito, tanto aquel punto desde el cual el feliz es lanzado, como aquel otro desde el cual es precipitado el infeliz; uno y otro lo extendemos nosotros con la esperanza o con el temor lo alargamos. Pero si tienes buen juicio mide todas las cosas según la condición humana, acorta a la vez tus alegrías y tus temores. Harto vale la pena no gozar de nada por mucho tiempo, para no tener que temer nada por mucho tiempo.

Pero ¿por qué hablar de abreviar este mal? No hay nada que deba ser tenido por temible: son bien vanas aquellas cosas que nos conturban y nos hielan la sangre. Ninguno de nosotros ha investigado lo que tengan de real; es un temor del que unos contagian a otros. Nadie ha osado acercarse a la causa de su perturbación a fin de conocer la naturaleza y el aspecto bueno de aquello que teme. Así es como una cosa vacía y falsa conserva todo su prestigio, porque nadie viene a discutir su valor.

Convenzámonos de que vale la pena posar la mirada en estas cosas; pues llegaríamos a ver claramente cuán breves son las desdichas que tenemos, cuán inciertas, y, a lo mejor, cuán dignas de confianza. La turbación de nuestra alma es como la juzgara Lucrecio:

*Tal como tiemblan los niños y entre las densas  
tinieblas todo les da miedo, así nosotros temblamos a plena luz.*

Pues bien, ¿no son más insensatos que cualquier niño los que andan medrosos a plena luz? Pero Lucrecio es falso. No es que tengamos miedo a plena luz, ya que todo lo hemos convertido en tinieblas. No distinguimos nada, ni lo perjudicial ni lo conveniente; toda la vida caminamos sin tino, sin por ello detenernos ni mirar con mayor

atención dónde ponemos el pie. Harto comprenderás qué locura es correr en la oscuridad. Pero, ¡por Hércules!, si lo hacemos es porque la muerte ha de llamarnos de más lejos, y a pesar de no saber adónde somos conducidos, persistimos en nuestra rápida carrera hacia el lugar de nuestros deseos.

Pero si queremos puede clarear la luz del día. El único medio para ello es adquirir la ciencia de las cosas humanas y de las divinas, y no sólo teñirse, sino empaparse con ella; es volver a pensar estas cosas, aunque ya sean sabidas, y recordarlas a menudo; es andar buscando qué cosas son buenas, qué otras son malas y a cuáles se ha puesto este nombre indebidamente; investigar sobre lo que es honesto y lo que es vergonzoso y sobre la Providencia.

Ni aquí se detiene la penetración del pensamiento humano, pues se complace en extender la mirada más allá del cielo, para ver hacia dónde somos conducidos, de dónde surge y a qué fin se dirige el rapidísimo movimiento del Universo. Pero desviando el espíritu de esta contemplación divina, lo hemos arrastrado por las cosas innobles y abyectas a fin de hacerlo sirviente de la avaricia, y dejando el cielo y sus límites y los poderes que todo lo mueven le hemos hecho abrir cavernas en la tierra para extraer de ella algún aciago tesoro, no contentos con los frutos que de buen grado nos rinde.

Todo aquello que tenía que sernos un bien, Dios, padre nuestro, lo puso a nuestro alcance. No aguardó que nosotros lo anduviésemos buscando, nos lo dio espontáneamente: en cambio hundió muy profundamente las cosas dañinas. Sólo nos podemos quejar de nosotros mismos, que hemos sacado a la luz aquello que iba a

perdernos, pese a que la Naturaleza lo escondiera. Hemos entregado nuestra alma a los placeres, la licencia de los cuales es el principio de todas las maldades; la hemos abandonado a la ambición y al deseo de fama y otras pasiones no menos vanas y vacías.

- <sup>12</sup> ¿Qué te aconsejo, pues, que hagas? Nada nuevo, puesto que no son nuevos los males para los cuales buscamos remedio; primeramente, examina, pues, a solas lo que es necesario y lo que es superfluo. Las cosas necesarias saldrán por doquier a tu encuentro; las superfluas tendrás que buscarlas siempre y con el mayor ahínco. Y no tendrás motivo de vanagloriarte mucho si menosprecias los techos de oro y los muebles incrustados de piedras preciosas; por cuanto, ¿qué virtud sería esta de menospreciar las cosas superfluas? Podrías vanagloriarte si menospreciases las necesarias. No significa gran cosa poder vivir sin una fastuosidad regia, no desear jabalíes de mil libras, ni lenguas de fenicópteros, ni otros prodigios del lujo que ya desdeña los animales enteros y sólo escoge de cada uno ciertas partes. Te admiraré cuando desdeñes incluso el pan negro, cuando llegues a persuadirte de que, si es necesario, la hierba no nace solamente para los animales, sino también para el hombre; cuando tengas por cierto que los brotes de los árboles pueden servir para llenar el vientre, en el cual encierras viandas de gran precio, como si conservase las cosas que recibe. Hay que llenarlo sin golosinear; pues, ¿qué importa que lo llenes de unas cosas o de otras si tiene que destruir todo lo que reciba?

Te atraen por tan bien dispuestas tantas viandas escogidas en mares y tierras, en unas de las cuales agrada que sean presentadas a la mesa bien frescas; en otras, que sean cebadas de animales obligados a engordar hasta tal

punto que incapaces de retener la grasa casi les rezuma; te atrae el magnífico aspecto que el arte sabe darles. Pero, ¡por Hércules!, todo esto buscado y procurado con tanta diligencia, aliñado de tan diversas maneras, cuando penetre en el vientre será refundido en una misma sustancia. ¿Quieres menospreciar las delicias de los guisos? Mira en qué terminan.

Recuerdo que Atalo decía con gran admiración de todos: «Por mucho tiempo me deslumbraban las riquezas. Me pasmaba descubrir en este o aquel lugar refulgir algo de ellas; creía que el fondo que ocultaban era tal como aparecía por fuera. Pero en una solemne exhibición tuve ocasión de contemplar todas las riquezas de Roma: cincelados en oro y plata y en materiales más valiosos que el oro y la plata, colores exquisitos y vestidos importados no sólo de más allá de nuestras fronteras, sino también de las de nuestros enemigos; aquí, multitud de adolescentes admirables de belleza y atavío; allí, gran número de hermosas mujeres, y todo aquello de que, dándose cuenta de todas sus riquezas, podía jactarse la fortuna del más grande de los Imperios.

»¿Qué otra cosa es todo esto, sino encandilar los apetitos de los hombres, ya de suyo bastante encendidos? ¿Qué significa esa ostentación de dinero? ¿Es que nos hemos reunido para recibir lecciones de codicia? Pero, ¡por Hércules!, me llevé de allí menos ambición de la que había traído. Menosprecié las riquezas no por superfluas, sino por pequeñas.

- 17 »¿Viste en cuán pocas horas pasó aquel cortejo, a pesar de andar tan lentamente y ser tan ordenado? ¿Ocuparía toda nuestra vida lo que no ha podido ocupar un día entero? Y aquel mi desdén provenía también de pensar

que aquellas riquezas eran tan inútiles para sus poseedores como lo habían sido para sus espectadores. Pues cada vez que me deslumbra una cosa parecida, que aparece ante mi vista una cosa espléndida, un séquito brillante de esclavos, una litera sostenida por portantes de magnífica figura, he aquí lo que me digo: ¿De qué te maravillas? ¿De qué te pasmas? Todo junto no es más que pompa. Estas cosas se enseñan, pero no se poseen, y no placen sino de pasada.

»Antes bien, vuélvete a las verdaderas riquezas; aprende a contentarte con poco, y con espíritu grande y valeroso proclama aquella sentencia: “Tenemos agua, tenemos polenta, en felicidad podemos competir con el propio Júpiter”. Compitamos con él, te lo ruego, aun si estas cosas nos faltan. Es vergonzoso hacer consistir la felicidad en oro y plata, pero no lo es menos hacerla consistir en agua y polenta.

»¿Qué haré, pues, si no tengo estas cosas? ¿Me preguntas el remedio de la necesidad? El hombre acaba con el hambre; y, por otra parte, ¿qué importa que sean grandes o pequeñas las cosas que te fuerzan a la servidumbre? ¿Qué importa cuán pequeño sea aquello que te puede negar la Fortuna?

»Esa misma agua y esa misma polenta dependen del arbitrio ajeno; y ten presente que el hombre libre no es aquel en quien puede poco la Fortuna, sino aquel en quien no puede nada. Así es realmente: conviene que no desees nada si piensas desafiar a Júpiter, libre éste de todo deseo». Esta cosa nos dijo Atalo, pero la naturaleza las dice de continuo a todo el mundo; si quieres meditarlas a menudo, trabajarás para ser feliz, no para parecerlo; en todo caso, para parecerlo no ante los demás, sino ante ti mismo.

*Es preciso suprimir enteramente las pasiones. Hay que satisfacer las necesidades de la vida, pero ser excluyente con el vicio*

Muchas veces se ha discutido si es mejor tener pasiones, moderarlas o no tenerlas: nuestros estoicos las proscriben, los peripatéticos las moderan. Yo no comprendo cómo una media enfermedad puede ser saludable y útil. No tengas miedo: no quiero privarte de ninguna de aquellas cosas que no desees que te nieguen. Me mostraré fácil y condescendiente respecto a aquello a lo que tienes inclinación y que juzgas necesario, útil, agradable a la vida: lo que quiero arrancar de ti es el vicio. Porque aun cuando te vedaré el deseo, permitiré la voluntad, a fin de que realices aquellas mismas cosas sin temor y con resolución más firme y sientas más así los mismos placeres, que hartos te penetrarán más si los dominas que si los sirves.

«Pero —dices— es natural que la añoranza del amigo me atormente: concede licencia a las lágrimas tan justamente derramadas. Es natural quedar impresionados por el buen parecer de los hombres y entristecido por su juicio adverso; ¿por qué no me permites este temor tan legítimo del juicio desfavorable?» No existe ningún vicio que no tenga su defensa; no existe ninguno que no tenga su comienzo pudoroso y lleno de excusas, pero, una vez se ha iniciado, se propaga con la mayor lozanía. Si permites que comience, no conseguirás que cese.

Toda pasión se inicia débil, luego se excita ella sola y cobra fuerza a medida que avanza: es más fácil cerrarle el paso que expulsarla. ¿Quién puede negar que todas las

pasiones brotan en cierta medida de un principio natural? La Naturaleza nos ha encomendado el cuidado de nosotros mismos; pero cuando te muestras demasiado condescendiente, este cuidado se convierte en vicio. La Naturaleza ha mezclado el deleite en las necesidades, no porque lo andemos buscando, sino porque esta unión nos haga más agradables aquellas cosas sin las cuales no podemos vivir; pero cuando las buscamos por el deleite en sí, aparece la sensualidad. Resistamos, pues, a ellas cuando entran, puesto que, según he dicho, es más fácil no aceptarlas que hacerlas salir.

«Permíteme —dices— lamentarme de ello, andar un poco temeroso.» Pero este «poco» se alarga mucho y no se detiene a tu albedrío. El descuido en el guardarse a sí mismo puede ser cosa segura en el sabio, el cual detiene donde quiere sus lágrimas y sus gustos; pero nosotros, a quienes no es fácil retroceder, hacemos mejor en no avanzar un paso.

Muy justa me parece la contestación de Panecio a un adolescente que le preguntaba si el amor era cosa para el sabio. Del sabio, respondió, ya hablaremos; a ti y a mí, que andamos aún bien lejos de la sabiduría, no es recomendable que nos dejemos caer en una cosa tempestuosa, desenfrenada, que nos haga esclavos de otro y vil a nuestros propios ojos; pues si nos halaga, su benevolencia nos excita; si nos desdeña, inflama nuestro orgullo. Tanto nos daña la facilidad del amor como su dificultad: la facilidad nos cautiva, y la dificultad nos excita a la lucha. Conscientes, pues, como estamos de nuestra flaqueza, mantengámonos en sosiego; no abandonemos nuestra débil alma al vino, a la belleza, a la adulación ni a ninguna de aquellas cosas que nos atraen blandamente.

Lo que respondiera Panecio a quien le preguntaba sobre el amor, yo lo digo de todas las pasiones. Alejémonos tanto como podamos de todo terreno resbaladizo, que aun en el seco y firme nos mantenemos en pie con no sobrada firmeza.

Aquí me saldrás con aquellas frases vulgares contra los estoicos: «Vuestras promesas son demasiado grandes; vuestros preceptos, demasiado duros. Nosotros somos hombres pequeños y no podemos negárnoslo todo. Dejadnos afligir, pero poco; que tengamos ambiciones, mas atemperadas; que nos encolericemos para calmarnos a poco».

¿Sabes por qué no podemos cumplir aquellos preceptos? Porque no estamos persuadidos de que nos sea posible hacerlo. O mejor, ¡por Hércules!, porque la realidad es muy otra. Amamos a nuestros vicios, y por esto los defendemos y preferimos excusarlos a combatirlos. La Naturaleza ha dado al hombre bastante fuerza, si sabemos usarla, si recogemos nuestras energías y las excitamos a luchar por nosotros, o, por lo menos, no contra nosotros. La falta de voluntad es la causa; la falta de fuerza, el pretexto.

*Contra los trasnochadores y los que invierten el orden natural. Prolonguemos la vida: su razón de ser es la acción*

Ya el día disminuye, ya ha retrocedido bastante, pero, con todo, aún queda un buen espacio para aquel que, por decirlo así, se levanta con el día. Mejor y más diligente es el que lo aguarda despierto, arrancando a la noche la primera luz; vergonzoso quien yace medio dormido cuando el sol está ya muy alto y su vela comienza al mediodía. Y aun para muchos esta hora es antes del alba.

Ciertas gentes invierten las tareas del día y de la noche y no abren los ojos fatigados por la velada crapulosa antes que la noche vuelva a aparecer. Con la condición de aquellos hombres que la Naturaleza, como dice Virgilio, ha puesto bajo nuestros pies, en el lado opuesto de la Tierra, que, «cuando los resoplantes corceles de la Aurora alientan para nosotros, para ellos el Crepúsculo rojizo enciende los astros», la de éstos es contraria a la de todo el mundo, no por la situación geográfica, sino por la vida.

Dentro de la misma ciudad existen antípodas, los cuales, como dice M. Catón, no han visto nunca salir ni ponerse el sol. ¿Pensáis que saben cómo se tiene que vivir estos hombres que no saben cuándo? ¿Y éstos temen la muerte habiéndose acogido a ella en vida? Son de mal augurio, como las aves nocturnas. Aunque pasen sus noches en el vino y los perfumes, aunque consuman su vela en hartazgos desmesurados y servicios de cocina, estos hombres no banquetean, sino que celebran sus ágapes funerarios. Y aun a los mismos muertos las honras fúnebres les son dedicadas de día. Pero, ¡por Hércules!,

para el hombre trabajador no hay ningún día largo. Hagamos más extensa la vida que tiene en la actividad su deber y su manifestación.

Las aves criadas para los banquetes son mantenidas en lugares oscuros a fin de que en la inmovilidad engorden más fácilmente; privadas así de todo ejercicio, la blandura invade su corazón perezoso, y en un rincón sombrío les va creciendo una grasa fofa. Así también los cuerpos de los que se han consagrado a las tinieblas tienen un aspecto repulsivo. Su color, en verdad, es más sospechoso que el de los que han palidecido por una dolencia; tienen una lividez lánguida y fría, cuerpos vivos en carne cadavérica. Y aun diría que éste es el menor de sus males. ¡Cuántas más tinieblas moran en sus almas, que embotadas y torpes parecen tener envidia de los ciegos! Porque ¿quién ha existido que haya tenido ojos para las tinieblas?

¿Me preguntas cómo nace esta depravación del alma, de sentir aversión por el día, de transportar toda la vida a la noche? Todos los vicios luchan con la Naturaleza, todos abandonan el orden debido: el prurito de la lujuria es el de gozar las cosas trastornándolas, y no sólo apartarse de la rectitud, antes bien, alejarse de ella lo más posible hasta llegar al extremo contrario.

¿No te parece que viven contra natura los que beben el vino en ayunas, recibéndolo en las venas vacías y sentándose a la mesa embriagados? Y con todo, es éste un vicio frecuente en los jóvenes que cultivan la fuerza muscular, los cuales, casi en el mismo dintel de los baños, beben y aun se embriagan entre hombres desnudos y con frecuencia se secan el sudor que han provocado con la abundancia de bebidas hirvientes. Beber después de comer o de cenar es cosa que hace el hombre ordinario. Esto lo

hacen los padres de familia rústicos, desconocedores del verdadero placer: el vino que delecta es el que no hace sobrenadar los alimentos, sino que penetra libremente en los nervios; la embriaguez deleitosa es la que encuentra vacío el organismo.

¿No te parece que viven contra la naturaleza los que truecan los vestidos con las mujeres, los que aguardan que la mocedad mantenga su esplendor más allá del tiempo debido? ¿Qué podría hacerse más cruel y más miserable? ¿No será nunca hombre para poder ser mucho tiempo víctima de las pasiones de otro hombre, y habiéndole podido librar el sexo de un ultraje, no le libraré de esto ni la edad?

¿No viven contra la naturaleza los que desean rosas en invierno, los que, por medio de aguas calientes y del cambio oportuno de lugar, arrancan al invierno el lirio primaveral? ¿No viven contra la naturaleza los que plantan jardines en lo alto de las torres y poseen arboledas que se cimbrean en los terrados y cimborrios de sus casas, que hunden sus raíces donde sus copas difícilmente alcanzarían? ¿No viven contra la naturaleza los que asientan los cimientos de sus termas en el mar, y creen que no pueden nadar voluptuosamente si sus estanques de agua caliente no son batidos por el oleaje y la tempestad?

Habiéndose propuesto querer todas las cosas contra el orden de la Naturaleza, acaban poniéndose en oposición completa. «¿Apunta el alba? Es hora, pues, de dormir. ¿Todo reposa? Venga ahora, el ejercicio, la litera, la comida. ¿Ya se acerca la aurora? Es hora de cenar. Es menester apartarse de lo que hace el pueblo: es cosa baja

y vulgar vivir a la manera corriente y acostumbrada. Dejemos el día para la gente común: hagámonos una mañana propia y exclusiva para nosotros.»

Para mí estos hombres son como muertos; porque ¿qué distancia separa del entierro, y aun del prematuro,<sup>11</sup> a esos que pasan la vida entre antorchas y velas? Recuerdo que esta vida llevaban muchos hombres en unos mismos tiempos, entre ellos el pretor Acilio Buta, el cual, habiendo consumido un gran patrimonio y confesado su pobreza a Tiberio, hubo de oír de éste: «Te has despertado tarde».

No es menester que te admires de encontrar tantas formas particulares de vicios: son muy variados, muestran innumerables rostros, no es posible abarcar todas sus especies. La atención que reclama la rectitud es sencilla; la de la perversidad es múltiple y comprende toda suerte de desviaciones, hasta las más nuevas. Igual acontece con las costumbres: las de los que siguen a la Naturaleza son fáciles, expeditas y no muy diferentes entre ellas; empero, los hombres de costumbres extraviadas ofrecen entre sí grandes diferencias, tal como con los demás.

Pero la causa principal de esos errores es, a mi entender, el menosprecio de la vida que se acostumbra llevar entre los hombres. Así como se separan de los demás por el vestido, por la delicadeza de la mesa, por el lujo de los vehículos, quieren separarse también de ellos por la distribución del tiempo. No se contenta con pecados vulgares quien, como recompensa del pecado, busca el escándalo, aspiración de todos aquellos que, por decirlo así, viven al revés.

Por esto, querido Lucilio, es menester que sigamos la vía que nos ha prescrito la Naturaleza, sin apartarnos nunca de ella. Para los que la siguen, toda cosa es fácil y

expedita; para los que se obstinan en ir contra ella, la vida no es otra cosa que remar contra la corriente del agua.

*Elogio de la vida frugal*

Fatigado de una caminata más incómoda que larga, he llegado a altas horas de la noche a mi quinta de Alba. No encuentro allí nada preparado, si no es yo mismo. Pongo, pues, mi gran cansancio sobre el lecho y procuro tomarme con paciencia la tardanza del cocinero y del panadero. Porque voy reflexionando a solas que no hay nada pesado si se toma suavemente, ni nada indignante si es que no haces que lo sea indignándote.

Mi panadero no tiene pan, pero sí lo tienen el mayordomo y el portero y el colono. «Pan malo», dices. Espérate y se tornará bueno; el hambre hará que lo encuentres incluso blando y candeal. Por tal razón no se debe comer antes que ella lo mande. Así pues, aguardaré y no comeré hasta que, o tenga pan bueno, o acabe de desdeñar el malo.

Es menester acostumbrarse a la escasez. Muchas dificultades de lugar y de tiempo se presentan y cierran el paso al placer hasta a la gente acomodada y bien provista. Nadie puede tener todo lo que quiere; lo que podemos hacer es no querer lo que no tenemos y servirnos alegremente de las cosas que se nos ofrecen. El vientre morigerado y conforme con la escasez es un gran elemento de la libertad.

Es inapreciable el placer que encuentro en el hecho de que mi fatiga se haya acostumbrado a componerse sola: no pido unturas, ni el baño, ni ningún otro remedio que el del tiempo. Pues aquello que el trabajo ha contraído, lo cura el reposo. Esta cena ordinaria será más sabrosa que un banquete de obsequio.

He aquí una prueba de mi valor puesta de manifiesto súbitamente, o sea de una manera más simple y más sincera. Porque cuando el ejército se ha preparado y se ha armado de paciencia, no aparece la verdadera medida de su firmeza; las pruebas más ciertas son las que damos de pronto, como cuando uno considera las molestias no sólo con valor, sino con serenidad; cuando el espíritu no se exalta ni discute; cuando compensa con la renuncia al deseo el derecho que tenía a recibir alguna cosa y piensa que falta algo a su costumbre, no a él.

De muchas cosas no hemos llegado a comprender hasta qué punto nos eran superfluas hasta que han comenzado a faltarnos, por razón de que gozábamos de ellas no porque nos hiciesen falta, sino porque las teníamos. Y ¡cuántas cosas nos hemos proporcionado porque los demás se las habían procurado, porque la mayoría las tenían! Una de las causas de nuestros males es que vivimos por imitación y en lugar de gobernarnos por la razón nos dejamos conducir por lo que es costumbre. Lo que no queríamos imitar si lo hacían pocos, lo hemos seguido cuando han comenzado a hacerlo muchos, como si el ser más frecuente lo hiciese más honorable; hasta el error cuenta en nosotros por derecho natural si se ha convertido en cosa corriente.

Ya todo el mundo viaja llevando por delante un escuadrón de jinetes núbidas, precedidos por un grupo de corredores: sería vergonzoso que no hubiese nadie para apartar a los que fuesen encontrados en el camino o para dar muestras con una gran polvareda que se acerca un hombre ilustre. Ya todo el mundo tiene mulos para transportar sus cristales, sus vasos murrinos, su vajilla cincelada por grandes artistas: sería vergonzoso si se viese que tienes unos equipajes que se pueden traquetear sin

peligro. Todo el mundo hace viajar a sus esclavos con el rostro cubierto de ungüento, a fin de que ni el sol ni el frío ofendan su piel delicada; sería vergonzoso que entre los muchachos de tu cortejo hubiera uno que no fuese de tez tan fresca que no requiriese protección.

Es menester evitar la conversación con todos éstos: son ellos los que nos pegan los vicios y propagan por todas partes el contagio. Parecía que peor raza de estos hombres eran los difundidores de malas habladurías, pero existen además los difundidores de vicios. La conversación de estos hombres es muy perniciosa; pues, por más que no triunfe inmediatamente, deja sus semillas en el espíritu y es un mal que nos sigue hasta cuando nos separamos de ellos para resurgir después.

Así como los que han escuchado una sinfonía se llevan dentro de los oídos aquel dulzor y melodía de los cantos que impiden los pensamientos y no los dejan aplicar a cosas serias, así también las palabras de los aduladores y sus alabanzas de cosas reprobables perduran en el corazón más tiempo que sus sonidos en el oído. Y no es cosa fácil al espíritu sacudir un dulce sueño, pues persiste y dura y vuelve de vez en vez. Por esto es menester cerrar los oídos a las palabras perversas, y sobre todo a las primeras; pues cuando han hecho su entrada y han sido admitidas, adquieren osadía.

Es por este camino por el que se llega a palabras semejantes. «Virtud, filosofía y justicia no son más que sonidos y vocablos vacíos; la única felicidad es darse buena vida: comer, beber, gozar del patrimonio, esto es vivir, esto es acordarse de que el hombre es mortal. Los días pasan y la vida va fluyendo irreparable. Y si dudamos de nuestro buen juicio, ¿qué se ganará en imponer la

frugalidad a una edad aún apta y exigente de placeres que no siempre podrá obtener, y a avanzar de tal manera hacia la muerte, que todo aquello que ella nos habrá de quitar acabe ya desde ahora? No tienes una amiga, no tienes un muchacho para darle envidia, cada día sales de casa en ayunas, cenas como si tuvieses que someter la jornada a la aprobación de tu padre: esto no es vivir, sino asistir a tal vida de otro.

»¡Qué gran demencia es trabajar para la fortuna del propio heredero y privarse de todo porque la cuantía de la herencia lo convierta de amigo en enemigo, pues él se alegrará tanto más de tu muerte cuanto más tenga que heredar! No concedas ni el valor de un as a esos tristes y ceñudos censores de la vida ajena, enemigos de sí mismos, pedagogos del pueblo, y no dudes de preferir la buena vida a la buena fama.»

Es menester huir de estas palabras, igual que de las aguas que Ulises no quiso atravesar sino atado, por temor a ser arrastrado por su oleaje. Tienen el mismo poder que aquéllas: nos desvían de la patria, de la familia, de las virtudes, y a una vida vergonzosa añaden la vergüenza aún mayor de hacer que en ella se estrellen los demás miserables. ¡Cuánto mejor es seguir el camino derecho y elevarse hasta aquel estado en que sólo las cosas honestas nos resultan agradables!

Y esto lo podemos conseguir si tenemos bien presente que existen dos clases de cosas: las que nos atraen y las que nos repelen. Nos llaman las riquezas, los placeres, la ambición, y todas las demás cosas suaves y sonrientes; nos repelen el trabajo, la muerte, el dolor, la ignorancia, la mezquindad de los medios de vida. Es menester, pues, que nos ejercitemos a no temer estas cosas ni a codiciar

aquellas otras. Afanémonos, al contrario, en apartarnos de las cosas que nos atraen y a dar la cara a las que nos atacan.

¿No ves cuán distinta es la actitud de los que bajan una cuesta de los que la suben? Quien va cuesta abajo echa el cuerpo hacia atrás; quien va cuesta arriba, lo inclina hacia delante. Porque abalanzar el cuerpo hacia delante cuando bajas, o hacia atrás cuando subes, sería, querido Lucilio, consentir en la caída. Los placeres van cuesta abajo; las asperezas y trabajos, cuesta arriba; en éstas es necesario empujar el cuerpo; en aquéllas, frenarlo.

¿Piensas que quiero decir que sólo son perniciosos de escuchar los que alaban el placer, los que tratan de infundirnos el miedo al dolor, bastante temible en sí mismo? También creo que nos hacen daño aquellos que bajo apariencia de estoicismo nos exhortan a los vicios. Éstos, como de hecho es así, predicán que únicamente el sabio y el docto pueden estar enamorados. «Sólo ellos son aptos para este arte; como son los más entendidos en el arte de beber y de banquetear. Indagan hasta qué edad tienen que ser amados los muchachos.»

Dejemos estas cosas para las costumbres de los griegos; para nosotros sería antes preferible que tuviésemos el oído atento a estas otras sentencias: «Nadie es bueno por azar; la virtud quiere un aprendizaje. El placer es una cosa baja y mezquina, indigna de cualquier suerte de estima, común con los animales mudos, buscada con afán por los más pequeños y menospreciables. La gloria es cosa vana y que se desvanece, y más móvil que el viento. La pobreza es mala sólo para aquel que se rebela contra ella. La muerte no es ningún mal». Y si me preguntas qué es, te diré que es la única ley igual para todo el linaje humano.

La superstición es una cosa mala en sí misma: teme a quien debe amar y profana a los que debe reverenciar. Pues, ¿qué diferencia existe entre negar a los dioses e infamarlos?

Es preciso aprender estas máximas, y aprenderlas de memoria: la filosofía no tiene que sugerir excusas al vicio. El enfermo a quien el médico invita a la intemperancia no tiene ninguna esperanza de salud.

## *La razón es la facultad que percibe el bien supremo*

*Yo no puedo referirte muchos preceptos de los antiguos, si no huyes ni desdeñas conocer los pequeños detalles*

Tú no lo rehúyes, ni ninguna futilidad te es repelente, como dicen los versos de Virgilio, pues no es propio de tus buenas maneras poner afecto solamente a las cosas grandes. Así es que te apruebo que toda cosa la refieras a algún provecho y sólo te sientas contrariado por las grandes sutilidades que no conducen a nada. Cosa que procuraré que ahora no acontezca. Se pregunta si el bien se percibe con los sentidos o con la inteligencia, y se añade que estos conocimientos no los encontramos en los irracionales ni en los niños.

Todos aquellos que ponen el placer en la cumbre suprema creen que el bien es sensible; pero nosotros, que lo atribuimos al espíritu, creemos que es inteligible. Si los sentidos discernieran el bien, no rehusaríamos ningún placer —pues no hay ninguno que no invite, que no deleite—, como tampoco sufriríamos voluntariamente ningún dolor, porque no hay ninguno de ellos que no ofenda la sensibilidad.

Por otra parte, no serían dignos de reprensión los que gustan demasiado del placer y nada temen tanto como el dolor. Sea como fuere, nosotros desaprobamos a los que se entregan a la gula y a la lujuria, y menospreciamos a los incapaces de enfrentarse con algo viril por miedo a padecer. Y ¿cómo pecarían si obedeciesen a los sentidos, jueces del bien y del mal? Pues es a éstos a los que vosotros habéis dado el arbitraje del deseo y de la fuerza.

Pero, en realidad, es la razón la que preside el negocio: ella es la que, igual que la vida venturosa, la virtud y la honestidad, define también el bien y el mal. Porque para aquéllos, la sentencia sobre la cosa mejor es confiada a la facultad más vil; de tal manera que sobre la naturaleza del bien tiene que decidir el sentido, cosa embotada y grosera y más lenta en el hombre que en los otros animales.

¿Qué diríais de alguien que quisiera distinguir objetos pequeños con el tacto y no con los ojos? Para esto no hay penetración tan fina y tan atenta como la de los ojos, y, a pesar de todo, ¿dejaría la vista al tacto el discernimiento del bien y del mal? Ya ves en cuánta ignorancia de la realidad se encuentra y cómo echa por tierra las cosas excelsas y divinas aquel para quien es el tacto el que juzga del bien y del mal supremos.

«Así como —dice— toda ciencia y todo arte tiene que tener alguna cosa de manifiesto y perceptible por los sentidos, a partir de lo cual nazcan y crezcan, también la vida venturosa tiene el fundamento y el principio, en cosas manifiestas y que caigan bajo la acción de los sentidos. Hasta vosotros mismos creéis que la felicidad tiene que principiar en cosas palpables.»

Nosotros decimos que es feliz lo que es según su naturaleza, que aparece pronta y manifiestamente de manera semejante a las cosas enteras. Lo que es según su naturaleza, aquello que encontramos en el recién nacido, no digo que sea el bien, sino el principio del bien. Tú otorgas el placer supremo, o sea el placer, a la infancia a fin de que comience como de nacimiento por aquello a que llega el hombre ya hecho: pones la copa en el lugar de las raíces.

Si alguien dijese que el feto, oculto todavía en el claustro materno, de sexo aún indeciso, cuando no es más que una masa blanda, incompleta e informe, ya goza de algún bien, es evidente que se equivocaría. Y ¡cuán poca diferencia existe entre aquel que acaba de recibir la vida y el que es una simple carga oculta en las entrañas maternas! Tanto uno como otro son igualmente prematuros en lo que atañe al bien y al mal; tan incapaz del bien es el recién nacido como un árbol o cualquier irracional. ¿Y por qué el bien no se encuentra en el árbol ni en el irracional? Porque no se encuentra en ellos la razón. Y por esto mismo no se halla en el niño, pues también en él falta la razón. Alcanzará el bien quien alcance la razón.

Existe el animal irracional, existe también el no racional, y hasta el racional imperfecto; en ninguno de ellos se encuentra el bien que sólo en la razón va implicado. ¿Cuál es, por lo tanto, la diferencia entre estas cosas que acabo de mencionar? Que en el irracional no estará nunca el bien; en el aún no racional no puede encontrarse en aquel entonces; en el racional, pero imperfecto, podría existir, mas aún no está.

Te digo, pues, querido Lucilio, que el bien no se halla en cualquier cuerpo ni en cualquier edad, y queda tan lejos de la infancia como lo último de lo primero, la perfección del inicio; por lo tanto, tampoco se encuentra en el embrión tierno, en vías de formación. ¿Cómo podría encontrarse? No está allí más que en su semen.

Y si dices que conocemos algún bien del árbol y de la planta, este bien no se encuentra en el primer retoño, acabado de brotar, que hiende la tierra. El trigo posee su bien, pero aún no la hierba latesciente ni la tierna espiga

que sale de la cáscara, sino el candelal sazonado por el tiempo y la debida madurez. Así como cualquier naturaleza no presenta su bien hasta que ya está cumplida, igualmente el bien del hombre no está en ésta hasta que posee la razón perfecta.

¿Y qué bien es éste? Yo te lo diré: un alma libre y recta que sujete toda cosa a ella y ella a ninguna. Tan poco capaz de este bien es la infancia, que la mocedad no la aguarda y la juventud la aguardaría muy difícilmente: con quien perfectamente se aviene es con la ancianidad, si hemos llegado a ésta después de un estudio largo e intenso. Si el bien es esto, es objeto propio de la inteligencia.

«Has afirmado —dices— que hay un bien del árbol y un bien de la planta: pues también puede haber un bien del niño.» El verdadero bien no se encuentra ni en los árboles ni en los animales mudos; el bien que hay en ellos se llama bien por denominación prestada. «¿Qué bien es?», dices. Aquel que se aviene con la naturaleza de cada cual. El bien no puede encontrarse en manera alguna en un animal mudo, pues es de naturaleza más noble y más feliz. Sólo encontramos el bien donde hay razón.

- 15 Existen cuatro especies de naturalezas: la del árbol, la del animal, la del hombre y la de Dios; las dos últimas, que son racionales, tienen la misma naturaleza, y lo que las distingue es que una es inmortal y la otra mortal. El bien de una de éstas, es decir, de Dios, lo da la misma Naturaleza; el de la otra, esto es, la del hombre, lo da el esfuerzo. Las otras dos son perfectas sólo en su especie, no verdaderamente perfectas, ya que les falta la razón. Pues verdaderamente perfecto es lo que lo es según la naturaleza universal, y ésta es racional; las otras cosas

pueden ser perfectas en su género. El ser que es incapaz de felicidad lo es también de la causa de la felicidad; ahora bien, la causa de la felicidad son los bienes. En el animal mudo no encontramos la felicidad: pues en él no hay bien.

El animal mudo percibe con los sentidos las cosas presentes; recuerda las pasadas cuando los sentidos son advertidos de ellas por azar; así, el caballo recuerda el camino cuando le ponen en el comienzo de él, pero en el establo no lo recuerda, por muchas veces que haya pisado tal camino. Pero el tercer tiempo, es decir, el futuro, no pertenece a los irracionales.

¿Cómo, pues, podría parecer perfecta la naturaleza de unos seres que no tienen el uso de todos los tiempos? Pues el tiempo consta de tres partes: el pasado, el presente y el futuro. Sólo el presente, que es la parte más breve, ha sido dado a los animales; la memoria del pasado es en ellos muy rara y únicamente se despierta con el concurso de las cosas presentes.

No puede, por lo tanto, encontrarse en una naturaleza imperfecta el bien de la naturaleza perfecta, y si una tal naturaleza lo tiene, también habrían de tenerlo las plantas. No niego que los animales mudos muestren impulsos grandes e impetuosos hacia aquellas cosas que parecen conformes a la Naturaleza, pero son impulsos desordenados y turbulentos. Y el bien no es nunca desordenado ni turbulento.

«Bien —dices—, ¿así los animales mudos se mueven perturbada y desordenadamente?» Diría que se mueven perturbada y desordenadamente si su naturaleza fuese capaz de orden: ahora bien, se mueven según su naturaleza. Pues la cosa perturbadora es aquella que algún día puede dejar de ser perturbada; como sólo es inquieto

aquello que puede ser tranquilo. Nadie puede tener un vicio si no puede tener virtud; y los animales mudos tienen por naturaleza aquella manera de moverse.

Pero, a fin de no detenerte demasiado tiempo, te otorgo que el animal mudo posee algún bien, alguna virtud, alguna perfección, pero no será ni el bien ni la virtud ni la perfección absolutos. Pues éstos únicamente pueden encontrarse en los animales racionales, a quienes ha sido dado saber la causa, el alcance y la manera. El bien, por lo tanto, sólo se encuentra en el ser dotado de razón.

Me preguntas adónde conduce esta discusión, y qué provecho puede reportar a tu alma. Te lo explicaré: la ejercita, la agudiza y la mantiene a tono con una ocupación honesta cuando tiene que emprender alguna obra. Por otra parte, también es provechoso aquello que entretiene al hombre cuando tiende a la maldad. Pero asimismo te diré que de ninguna manera podría serte más provechoso que si te mostrara tu bien propio, si te separara de los irracionales y te acercara a Dios.

¿Por qué, pues, alimentas y ejercitas las fuerzas del cuerpo? Más grandes que las tuyas son las que la Naturaleza ha dado a los animales domésticos y salvajes. ¿Por qué te preocupas tanto de la belleza? Después de todos los esfuerzos, los irracionales te ganarán en belleza. ¿Por qué compones con tanta diligencia tu cabellera? Tanto si la llevas suelta a la manera de los partos, como recogida a la manera de los germanos, o desparramada según costumbre de los escitas, cualquier caballo sacudirá unas crines más espesas, y cualquier león erizará otra más hermosa; cuando te habrás adiestrado a correr aprisa no igualarás a la más pequeña liebre.

¿Querrás, pues, dejando todas las causas en las cuales forzosamente tienes que ser vencido, por cuanto te esforzarás en empresas que te son extrañas, volverte hacia tu bien? ¿Hacia qué bien? El alma rectificada y pura émula de Dios, elevada sobre las cosas humanas y sin que sitúe ningún bien fuera de ella misma. Eres un animal racional. ¿Cuál es, pues, tu bien? La razón perfecta. ¿La elevas ya hasta que quede cumplida, haciéndola crecer tanto como puedas?

Considérate feliz cuando todos tus goces nazcan de ella; cuando, consideradas todas las cosas que los hombres se arrebatan unos a otros, todas las cosas que son ansiadas y atesoradas por ellos, no encuentres nada, no diré que prefieras, antes bien, que ni tan sólo quieras. Te procuraré una fórmula breve para medir tu progreso, con la cual conocerás si eres perfecto: habrás alcanzado tu bien cuando comprendas que los más infelices son los más felices.

## II

### LA AMISTAD, LOS AMIGOS

Séneca fue posiblemente el mejor amigo de sus amigos, pues la amistad fue para él el sentimiento más bello y poderoso que une a los seres humanos. De modo que el sentido de la alteridad y la práctica de la amistad deben conjugarse en una vida generosa y plena. La amistad es una práctica, una manera de ser, en la que deben confluír la reflexión, la confianza y el cariño. Según la norma de Teofrasto, debemos juzgar antes de elegir al amigo, antes de encariñarnos de él, y no al revés: encariñarnos del amigo y después juzgar. En el verdadero amigo debemos confiar tanto como en nosotros mismos. Sin compañía no es grata la posesión de ningún bien, ni de ningún saber. Hay que compartir y convivir con el amigo, aunque sea a distancia: para eso están las cartas, verdaderas conversaciones entre amigos ausentes. En la amistad, como en la vida, es indispensable la conducta, el ejemplo de la vida práctica, y no quedarse sólo en los preceptos, que la enredan y la hacen ineficaz. Debemos acercarnos a la amistad como a la cosa más bella, sin sentirnos atraídos por ninguna ganancia, ni amedrantados por un cambio de fortuna. Quien se acerque a la amistad por intereses personales, la despoja de su grandeza. Ella establece una comunidad de bienes entre nosotros: si quieres vivir para ti mismo, has de vivir para otros. Estar con el amigo es estar con uno mismo. Para el sabio de Córdoba los conceptos de amistad y amor son desemejantes: quien es amigo, ama; quien ama, no siempre es amigo. De modo que la verdadera amistad es siempre provechosa; el amor a veces hasta puede ser nocivo. De ahí que definiera el amor como una amistad enloquecida o una locura en la amistad.

*La elección de los amigos*

Según me escribes, has encomendado a un amigo tuyo la carta que tiene que serme librada; pero después me adviertes que no le comunique todos los asuntos que a ti se refieren, ya que tú mismo no sueles hacerlo: con lo cual en una misma carta me dices que eres amigo suyo y lo niegas. Sea, pues, si has empleado este vocablo tan restringido como denominación general y le has dicho amigo de la misma manera que llamamos varones honorables a todos los candidatos, y como cuando no recordamos el nombre, saludamos con el de señor a cuantos venimos a dar.

Pero si tienes a alguien por amigo y no confías en él tanto como en ti mismo, te equivocas gravemente y no alcanzas a conocer bastante la fuerza de la verdadera amistad. Delibera sobre toda cosa con el amigo, pero en primer lugar sobre él mismo; y contraída ya aquella amistad, es menester confiarse a ella; mas, antes de contraerla, precisa juzgarla. Pero aquellos que, quebrando el precepto de Teofrasto, juzgan antes de amar y no aman después de juzgar, invierten el orden de los deberes. Medita durante largo tiempo si alguien tiene que ser admitido en tu amistad; y en cuanto llegues a complacerte en admitirlo, acéptalo de todo corazón y háblale con tanta libertad como a ti mismo.

Procura vivir de manera que no haya en ti cosa secreta, nada que no puedas confiar hasta a tu enemigo; pero, atendiendo a que ocurren ciertas cosas que la costumbre nos manda mantener ocultas, comparte con tu amigo todos tus afanes, todos tus pensamientos. Si le tienes por fiel le forzarás a serlo, pues algunos han enseñado a

engañar temiendo ser engañados y con sus sospechas conceden derechos a ser infiel. ¿Por qué tengo que ocultar palabra alguna ante mi amigo? ¿Por qué delante de él no tengo que sentirme como si estuviese solo?

Algunos refieren al primero que encuentran las cosas que sólo deben confiarse a los amigos, y descargan en cualquier amigo aquello que hurga en su interior; otros, al contrario, ahogarían todo secreto dentro de sí mismos, desconfiando incluso en este caso. No debe hacerse ni una cosa ni otra, ya que ambas son viciosas: tanto confiar en todos como no confiar en ninguno, aunque yo diría que la primera es algo más noble y la segunda más segura.

De manera semejante, harás reproche tanto de mostrarse siempre inquieto como de permanecer siempre en inacción; por cuanto aquella actividad que se goza en la agitación, más que actividad, es el rebullir de un alma acongojada; y, de otra parte, aquel reposo que tiene todo movimiento por molesto no es reposo, sino lasitud y desfallecimiento.

Así pues, guarda en tu memoria aquello que he leído en Pomponio: «Algunos se refugian de tal manera en rincones sombríos, que tienen por turbio todo lo que está a la luz». Es menester mezclar adecuadamente estas cosas: precisa que el ocioso trabaje, y que el trabajador repose. Consulta a la Naturaleza, y ella te dirá que ha creado el día y la noche.

*La verdadera amistad*

Comprendo, Lucilio, que no solamente me enmiendo, sino que me transformo, sin que por ello me prometa o aguarde que no quede en mí nada que no deba cambiar. ¿Cómo sería posible que no hubiese en nosotros mucho para abarcar, recortar o realzar? El mismo hecho de ver los propios defectos, antes ignorados, ya es una muestra de que el alma ha mejorado. Hay muchos enfermos que al declarárseles la dolencia son felicitados. Harto desearía hacerte partícipe de tan subitáneo cambio de mi espíritu, puesto que entonces comenzaría a tener mayor confianza en nuestra amistad, en esta verdadera amistad que no es desgarrada por la esperanza, ni por el temor, ni por el afán del propio provecho; una amistad por la cual los hombres llegan hasta la muerte, por la cual van a la muerte.

Te mencionaré a muchos que no anduvieron faltos de amigos, sino de amistad, cosa que no puede acontecer cuando lo que atrae las almas a la unión es la común querencia de la ambición de honorables costumbres. ¿Y cómo puede ello acontecer? Sabiendo que todas las cosas les son comunes, y por añadidura las adversas. No puedes imaginar cómo llego a comprender cuánto progreso me procura cada día.

«Envíanos —dirás, tal vez— unos remedios que por experiencia sabes tan eficaces.» Sin duda querría poderte transmitir todos mis bienes, y me gozo aprendiendo para poder luego enseñar. Cosa alguna, por exquisita y saludable que fuera, me deleitaría si la supiera para mí solo. Si la sabiduría se confiriera con la condición de mantenerla encerrada, sin que pudiese transferirse, la rechazaría; sin compañía, ningún bien se posee a gusto.

Te enviaré, pues, mis propios libros, a fin de ahorrarte la tarea de andar buscando por todas partes las cosas provechosas, y añadiré notas para que puedas hallar al momento cuanto yo apruebo y admiro. Harto más te aprovechará la viva voz y la convivencia que la palabra escrita; es menester que vengas a verlo, de una parte, porque los hombres creen más a los ojos que a los oídos; de otra, porque es largo el camino que pasa por los preceptos, breve y eficaz el que lo hace por los ejemplos.

Cleantes no habría podido reproducir con tanta exactitud la imagen de Zenón si sólo le hubiese escuchado; pero estuvo presente en su vida, pudo contemplar sus secretos y observar si vivía de acuerdo con su doctrina. Platón y Aristóteles, y todo aquel grupo de sabios llamados a seguir rutas tan diversas, sacaron más provecho de las costumbres de Sócrates que de sus palabras; a Metrodoro, a Hermarco, y a Polieno, no les hizo grandes la escuela de Epicuro, sino la convivencia con ese filósofo. Y no te invito a venir solamente para que te aproveches, sino también para que me seas provechoso, puesto que nos haremos uno a otro grande bien.

Mientras, como te debo el pequeño presente de cada día, te diré lo que hoy me ha deleitado en Hecatón: «¿Me preguntas qué progresos he realizado? He comenzado a ser amigo de mí mismo». Grande fue el progreso que hizo: nunca más se encontraría solo. Puedes estar cierto que este hombre es amigo de todos.

### *La amistad del sabio*

Deseas saber si Epicuro lleva razón al censurar en una de sus cartas a aquellos que andan diciendo que el sabio se basta a sí mismo, que no le precisa amigo alguno. Epicuro expuso estas razones para atacar a Estilpón y a otros, que veían el bien supremo en el alma impasible.

No podemos escaparnos de la ambigüedad si queremos traducir la palabra «*apáttheia*» con un solo vocablo, diciendo «*impaciencia*», puesto que podría entenderse lo contrario de lo que queremos significar. Nosotros nos referimos a aquel hombre que rechaza toda sensación de mal, y podría interpretarse como si nos refiriésemos a aquel para quien todo mal resulta insoportable. Considera, pues, si no sería mejor traducir aquel concepto por «*alma invulnerable*», o bien por «*alma situada por encima de todo padecimiento*».

La diferencia entre nosotros y ellos estriba en que nuestro sabio vence ciertamente cualquier calamidad, pero la siente; el sabio de ellas, ni siquiera la siente. El punto común entre ellos y nosotros es que el sabio se contenta con él sólo, pero en nosotros, por mucho que se baste a sí mismo, desea tener un amigo, un vecino, un camarada.

Mira si se contenta con él únicamente, que alguna vez se contenta con una parte de sí mismo. Si una enfermedad, o un enemigo, le corta una mano; si un azar le arranca un ojo, o los dos, se sentirá satisfecho con los miembros que le queden, y con un cuerpo amputado y disminuido se sentirá tan gozoso como se había sentido

con un cuerpo íntegro; pero los miembros por los cuales no suspira cuando le faltan, preferiría, en verdad, que no le faltasen.

Si el sabio siéntese satisfecho con sólo él mismo, no es que quiera carecer de amigo, sino que le es posible estar sin él. Y cuando digo que le es posible, quiero significar que sufre pacientemente la pérdida del amigo. El sabio, en verdad, jamás carecerá de amigo, ya que tiene en su poder el poderlo reemplazar. Tal como Fidias, si pierde una estatua, puede sin tardanza hacer otra, así aquel artista hábil en crearse amistades logrará colocar otro amigo en el lugar del que ha perdido.

¿Me pides cómo nos podemos hacer un amigo rápidamente? Te lo diré si te avienes a que te pague en el acto lo que te debo y quedemos en paz por lo que a esta carta se refiere. Dice Hecatón: «Te enseñaré una receta para hacerte amar sin drogas, ni hierbas, ni versos mágicos de bruja; si quieres ser amado, ama». Procura gran placer no sólo la costumbre de una amistad antigua y firme, sino también el comienzo y la adquisición de otra nueva.

La diferencia que media entre el agricultor que siembra y el que recoge existe también entre el que ha ganado una amistad y el que va a ganarla. A menudo decía el filósofo Atalo que es más dulce hacerse un amigo que retenerlo, «tal como para un artista es más dulce pintar que haber pintado». Ocupado entonces el artista con gran afán en su obra, encuentra en ello gran delectación. No halla ya tanto placer cuando retira la mano de la obra acabada; ahora goza del fruto de su arte; antes, cuando pintaba, gozaba del propio arte. En nuestros hijos rinde mayores frutos la adolescencia, pero posee más encantos la infancia.

Volvamos a nuestro propósito. El sabio, por más que se baste a sí mismo, con todo, desea tener un amigo, aunque solamente sea para ejercer la amistad, a fin de que tan grande virtud no permanezca sin cultivar, y no, como dice Epicuro en esta misma carta, «por tener quien le asista en la enfermedad, quien le socorra en la prisión o en la escasez», sino por tener alguien a quien asistir en la enfermedad, a quien procurar libertar cuando se vea rodeado de enemigos. Quien no mira más que a sí mismo, y, según este criterio, contrae una amistad únicamente en interés propio, piensa indignamente. Acabará tal como haya comenzado. Ha querido prepararse un amigo para que le socorra en el cautiverio, y este amigo, en cuanto ha percibido ruido de cadenas, se ha apartado. Éstas son aquellas amistades que la gente llama oportunistas. Quien haya sido admitido por utilidad, agradará mientras sea útil. De ahí aquella muchedumbre de amigos en derredor de las fortunas florecientes; en derredor de los arruinados sólo hallaremos soledad, ya que los amigos huyen de aquellos lugares donde son puestos a prueba. De ahí tantos ejemplos de deslealtad, de unos que abandonan por cobardía, de otros que por cobardía traicionan. Es menester que haya concordia entre el principio y el fin. Quien comience a ser amigo por conveniencia, acabará de serlo también por conveniencia. Llevará la ventaja a la amistad cualquier recompensa si en la amistad preferimos cualquier cosa distinta de ella misma.

«¿Por qué contraer una amistad?» A fin de tener por quien poder morir, de tener alguien a quien seguir en el exilio, a quien salvar la vida a expensas de la nuestra. Esto que describes no es una amistad, es negocio, ya que acude a cualquier provecho y siempre anda mirando qué ganancia podrá realizar.

Indudablemente existe alguna semejanza entre la amistad y el afecto que se tienen los enamorados: el amor puede definirse como una amistad enloquecida. ¿Por ventura existe alguien que se enamore por afán de lucro, por ambición o por gloria? Es por razón de él mismo por lo que el amor, olvidando cualquier otro interés, enciende las almas en el afán de la belleza, no sin la esperanza de mutua estimación. ¿Pues, qué? ¿Una causa más noble produciría un afecto vergonzoso?

«Ahora —me dices— no se trata de saber si la amistad es deseable en sí misma.» Bien al contrario, esto es lo que, más que cualquier cosa, precisa demostrar; puesto que, si la amistad es deseable en sí misma, puede acercársele quien tiene puesto todo su contentamiento en sí mismo. «¿Cómo se acerca, pues, a ella?» Como a la cosa más bella, sin que le seduzca la ganancia ni le amedranee un cambio de fortuna. Despoja a la amistad de su majestuosa grandeza quien se acerca a ella buscando intereses personales.

«El sabio se contenta consigo mismo.» Pero esto, Lucilio, la mayor parte lo interpretan mal: excluyen al sabio de todo lugar y lo recluyen en su pellejo. Pero es menester penetrar muy bien el sentido y el alcance que promete esta sentencia. El sabio se basta a sí mismo para vivir feliz, pero no para vivir. Para vivir le precisan muchas cosas, pero para vivir feliz sólo le hace falta un alma sana y elevada que sepa desdeñar a la fortuna.

Quiero hacerte notar una distinción de Crisipo, el cual dice que el sabio no siente necesidad de nada, pero le hacen falta muchas cosas, «mientras el necio, al contrario, no siente necesidad de nada, porque no sabe servirse de ninguna cosa, pero le hacen falta todas». Al sabio le hacen

falta las manos, los ojos y otras muchas cosas indispensables para los usos cotidianos, pero no siente necesidad de ninguna de estas cosas, ya que experimentar una necesidad es hacerse esclavo de ella: para el sabio no existe nada necesario.

Y así es como, por más que el sabio se baste a sí mismo, le hacen falta amigos y los desea cuanto más numerosos puedan ser, pero no para vivir felizmente, pues sin ellos también sería feliz. El bien supremo no busca sus medios fuera de sí mismo; es dentro de su propia casa donde es honrado, y surge por entero de sí mismo. En cuanto el hombre busca una parte de él fuera de sí mismo, cae bajo la esclavitud de la fortuna.

«¿Cuál será, pues, la vida del sabio si, falto de amigos, es encerrado en una prisión o se encuentra solo en una nación extranjera, o si es retenido por una larga navegación o lanzado a una playa desierta?» Será como la de Júpiter cuando, disuelto el Universo y confundidos en un solo caos los dioses y la Naturaleza dejando por un momento de existir, se recoge en sí mismo entregándose a sus pensamientos. Cosa parecida realiza el sabio: se repliega en sí mismo, queda en compañía de sí mismo.

Con tal que le sea permitido ordenar las cosas a su gusto, el sabio se basta solo; pero toma esposa, y se basta solo; engendra hijos, y se basta solo, y, a pesar de todo, no viviría si le fuese menester estar solo. Lo que le conduce a la amistad no es la utilidad propia, sino una exaltación natural, ya que, de manera igual a las demás cosas, también la amistad tiene para nosotros una dulzura innata. De la misma manera que la soledad es odiosa y la

compañía deseable, y la Naturaleza acerca a los hombres entre sí, un natural estímulo determina que las amistades nos agraden.

A pesar de todo, amantísimo de los amigos que se ha procurado, y que a menudo ha preferido a sí mismo, el sabio confina todos sus bienes dentro de sí mismo y dice aquello que dijera aquel Estilpón, a quien ataca la carta de Epicuro. Caída su patria, perdidos los ojos y la esposa, habiendo salido del trance en vida, sólo él, y a pesar de todo contento, del incendio general, le preguntó Demetrio, aquel a quien llamaron Poliorcetes, por el número de ciudades que había destruido, si había perdido algo; y el filósofo contestó: «Todos mis bienes están en mí».

He aquí el varón fuerte y valeroso, que supo hacer suya la victoria del enemigo. «Nada he perdido», dijo, haciendo dudar de su victoria al vencedor. «Todos mis bienes están en mí»: la justicia, la firmeza, la prudencia, y aquel mismo sentir como bienes sólo aquellas cosas que no pueden sernos arrebatadas. Admiramos a ciertos animales que cruzan por entre el fuego sin experimentar daño corporal alguno: ¡cuánto más admirable no fue aquel varón que cruzó ileso entre el hierro, las ruinas y los incendios, que consiguiera salir incólume de trance parecido! ¿No ves que es más fácil vencer a toda una nación que a un hombre? Esta palabra de Estilpón es la misma del estoico, que también lleva consigo intactos sus bienes a través de las ciudades incendiadas, ya que se basta a sí mismo y confina su ventura dentro de aquellos límites.

No creas que seamos nosotros los únicos que decimos palabras valerosas: el propio Epicuro, el denigrador de Estilpón, pronunció palabras semejantes a las mías, las

cuales deberás rebajar de mi cuenta, aunque la deuda de hoy era ya libre: «Si alguien cree que lo que posee no es bastante, será un miserable, aunque sea el dueño del mundo».

Verás que tales sentencias son de sentido común, es decir, son dictadas por la Naturaleza, cuando las encontramos en un poeta cómico: «No puede ser *feliz* quien no cree serlo». ¿Qué te importa cuál sea en realidad tu situación, si a ti te parece mala?

«Pues qué —me dices— si aquel hombre acaudalado, enriquecido vergonzosamente, y aquel dueño de muchos esclavos, pero esclavo de muchos más dueños, se proclama feliz, ¿esta sentencia contribuirá a que lo sea?» No es lo que dice, sino lo que siente, la cosa que importa, y no lo que sienta un día, sino habitualmente. No es menester que andes temiendo que una cosa excelsa caiga en manos de un hombre indigno: sólo al sabio agradan los bienes propios. Toda necedad sufre del hastío de sí misma.

*La amistad basada en la sabiduría es perdurable*

Cuando tan encarecidamente te ruego que estudies, obro en interés propio. Quiero poseer tu amistad, y este bien no me correspondería si no siguieras perfeccionándote como comenzaste. Porque ahora tú me quieres, pero no eres amigo mío. ¿Pues, qué? ¿Son distintas ambas cosas? Distintas y aún más: desemejantes. Quien es amigo, quiere; quien quiere, no siempre es amigo. Por tal razón la amistad es en todo caso provechosa; el amor, a veces, hasta puede ser nocivo. Si no por otra cosa, progresa para poder amar.

Afánate, pues, ya que podría darse el caso de que perfeccionándote para mí fuera otro quien se aprovechara. Es cierto que yo voy recogiendo el fruto cuando imagino que nosotros dos formaremos una misma alma, cuando pienso que todo el vigor que mi edad ha perdido la tuya me lo devolverá, pues no queda la tuya a mucha distancia de la mía; pero, a pesar de todo, quisiera gozar de una verdadera realidad.

Recibimos gozo de los que amamos, aunque se hallen ausentes, pero es un gozo leve y huidizo; el aspecto, la conversación, nos ofrecen un deleite vivo, claro que siempre que el amigo que tienes delante no sea solamente el que quieres, sino como lo quieres. Apórtame, pues, el gran presente de ti mismo, y a fin de apresurarte en tu presente, piensa que eres mortal y que yo soy viejo.

Ven sin demora hacia mí, pero antes hacia ti mismo, progresa por el buen camino; mas antes de cualquier otra cosa, esfuérzate en ser coherente contigo mismo. Siempre que quieras hacer la prueba de si has progresado algo, mira si hoy quieres lo mismo que ayer; el cambio de

voluntad delata un alma fluctuante que aparece, ya en un lugar, ya en otro, como a merced del viento. Lo que es firme y está bien fundamentado no anda errante; pero esta firmeza es un don del sabio y perfecto y, en cierta medida, de quien va avanzando y deja ya tras de sí mucho camino. ¿Qué diferencia existe? Éste se conmueve, mas no se mueve de lugar, aunque se balancee; el sabio, ni siquiera se conmueve.

*Comunidad de intereses en la amistad*

A la carta que me escribiste yendo de camino, tan larga como el propio camino, contestaré más tarde, puesto que me precisa retirarme y estudiar bien lo que he de aconsejarte. Pues, tú mismo que me pides consejo, te demoraste mucho antes de pedirlo; ¡cuánto más no tendré que demorarme yo, puesto que precisa más largo tiempo para resolver una cuestión que para proponerla! Y por añadidura, siendo tu conveniencia diferente de la mía.

¿Hablo otra vez con un epicúreo? Mi interés y el tuyo son uno mismo, pues yo no sería tu amigo si todo asunto tuyo no fuese también mío. La amistad establece entre nosotros comunidad de bienes: ninguna adversidad ni prosperidad afecta a uno solo de los dos, puesto que tenemos una misma vida. No es posible que viva feliz quien no dirige sus ojos más que a sí mismo y todo lo refiere a la propia utilidad: si quieres vivir para ti mismo es menester que vivas para otro.

La vigilancia diligente y fiel de esta hermandad que junta al hombre con el hombre y establece un derecho común en el linaje humano, ayuda mucho también a cultivar el íntimo compañerismo de amistad de que te hablaba, pues tendrá toda cosa común con el amigo quien tiene mucha con el hombre.

¡Oh Lucilio, el mejor de los hombres! Harto preferiría yo que estos sutiles maestros me enseñasen mis deberes hacia el amigo, hacia el hombre, que no cuántos significados tiene la palabra «amigo» y cuántos la palabra «hombre». La sabiduría y la estulticia siguen rutas muy opuestas. ¿A cuál de ellas me acercaré? ¿Qué partido quieres que tome? Para uno es igual hombre que amigo;

para otro, «amigo» no es equivalente a «hombre»; aquél toma el amigo para ventaja suya, éste se entrega en ventaja del amigo. Tú, mientras, andas torturando palabras y separando sílabas.

*Evocación del amigo desde el reposo*

Me apeo de la litera tan cansado como si hubiese hecho a pie todo el camino que he realizado sentado. Pues ser conducido por otro es también una fatiga tanto más grande, tal vez porque es contraria a la Naturaleza, que nos ha dado pies para caminar y ojos para ver por nosotros mismos. Las delicias no han contagiado la flaqueza y acabamos por no poder hacer aquello que por largo tiempo no quisimos.

A mí, empero, me era necesario traquetear mi cuerpo para hacer descender la hiel de la garganta, si es que allí se encontraba, o bien, si por cualquier razón la respiración se me hubiese hecho demasiado fuerte, para que el mismo traqueteo la rebajase, pues éste se había demostrado beneficioso en tales apuros. Por esto continué paseando en litera más tiempo de lo que la propia ribera me invitaba, pues ésta, entre Cumas y la quinta de Servilio Vacía, describe una curva y queda aprisionada, formando un estrecho sendero, entre el mar por un lado y el estanque por otro. En un temporal reciente la arena se había endurecido, pues, según sabes, un oleaje frecuente e impetuoso la apisona y una prolongada tranquilidad la torna otra vez suelta cuando ya ha desaparecido la humedad que la mantenía amasada.

Con todo, siguiendo mi costumbre, me puse a mirar en derredor para ver si encontraría alguna cosa que pudiese prestarme ayuda, y mis ojos se posaron en la villa que por algún tiempo había sido de Vacía. En aquella villa había envejecido aquel rico pretoriano, no famoso por ninguna otra cosa que no fuese el ocio, y por esto sólo era tenido por feliz. Porque cada vez que la amistad de Asinio Galo, o

su odio, y después el amor de Sejano, había hundido a alguien —pues resultaba igualmente peligroso haberle amado que haberle ofendido— la gente solía exclamar: «¡Oh Vacia, sólo tú sabes vivir!».

Pero lo que éste sabía era esconderse, no vivir, y, ciertamente, existe mucha diferencia entre una vida reposada y una vida perezosa. Nunca había pasado por delante de aquella villa sin decir: «Aquí yace Vacia». Pero la filosofía, caro Lucilio, es de tal manera sagrada y venerable, que hasta cuando alguna cosa se le parece, este parecido, aunque engañoso, nos resulta agradable. El vulgo cree en reposo al hombre retirado, lo cree seguro y contento de sí mismo, lo cree viviendo para él mismo, cosa que sólo es don exclusivo del sabio. Únicamente él sabe vivir para sí mismo, pues posee la primera de las ciencias, que es la de saber vivir.

Porque quien huyera de los negocios y los hombres, quien fuera lanzado al retiro por el fracaso de sus ambiciones, quien no pudiera sufrir ver a los demás más afortunados, quien se ocultara por miedo igual que un animal tímido y falto de energía, no viviría para sí mismo, antes, cosa vergonzosísima, viviría para su vientre, para su cama, para darse gusto: quien no vive para nadie no deja claro que viva para sí mismo. A pesar de todo, es cosa tan grande la constancia y la perseverancia en los propósitos, que hasta de la persistencia en la pereza puede lograrse un prestigio.

Por lo que hace a la propia villa, no te puedo escribir nada de ella, pues sólo he podido ver la fachada y los alrededores, es decir, aquello que queda a la vista de los transeúntes. Hay allí dos grutas de un trabajo inmenso, de un grandor igual al de los atrios más capaces, hechas a

mano, una de las cuales no recibe nunca el sol, mientras la otra lo recibe hasta que éste se pone. Un canal, que va del mar al estanque Aquerusio, divide por medio un platanar, igual que el Euripo; el canal es un buen criadero de peces, aunque se pesque continuamente. Cuando hace buena mar, procuran ahorrar la pesca, pero cuando la tempestad deja a los pescadores desocupados, se valen de esta reserva.

Con todo, la comodidad mayor de tal villa es que se encuentra muy cerca de Bayas: libre de las molestias de ésta, goza de todas sus delicias. He aquí las cualidades que le reconozco; creo que es un excelente refugio para todo el año, por cuanto recibe de lleno el viento de poniente, en tal forma que no lo deja llegar a Bayas. No se equivocó en absoluto Vacía al escoger este lugar, donde pasara su ocio perezoso y senil.

Pero no es el lugar lo que más contribuye a la tranquilidad; es el alma la que puede hacerte agradable toda cosa. En esta villa amena y sonriente vi hombres tristes; en plena soledad les vi semejantes a los atareados. No precisa, pues, que pienses que si no estás bastante tranquilo sea debido a que no vives en la Campania. ¿Y por qué no acudes a ella? Transporta allí tu pensamiento.

No es cosa imposible convivir con los amigos ausentes, tantas veces y tanto tiempo como queramos; de este placer, que es el mayor de todos, cuando más gozamos de él es cuando estamos ausentes. Pues la presencia nos hace melindrosos; y sólo porque hemos hablado y paseado juntos, nos hemos sentado juntos, al separarnos ya no pensamos en los que veíamos hace un momento.

Por esto hemos de soportar con resignación la ausencia, por cuanto no existe nadie que no permanezca ausente muchos instantes, aun de los presentes. Cuenta primero las noches que se pasan separados, después las diversas ocupaciones de uno y otro, los afectos secretos, las excursiones al campo y verás que no es gran cosa aquello de que nos priva la lejanía.

El amigo se ha de poseer de corazón, y el corazón no está nunca ausente; cada día puede ver a quien quiera. Así pues, estudia conmigo, cena conmigo, pasea conmigo; viviríamos en un lugar demasiado angosto si existiera algo que permaneciese cerrado para el pensamiento. Yo te veo, caro Lucilio, y a cada momento te oigo; y de tal manera estoy contigo, que dudo si comenzar a escribirte billetes en lugar de cartas.

*Cuando me doy a mis amigos, no me alejo de mí mismo*

Mienten aquellos que quieren hacer ver que la multitud de asuntos les impide atender a los estudios liberales, simulan ocupaciones y las multiplican, y se estorban ellos mismos; yo, querido Lucilio, tengo mi ocio, y dondequiera que me encuentre me pertenezco. No me entrego a las cosas, sino que pie doy a ellas de prestado; no ando corriendo detrás de las ocasiones de perder tiempo, antes bien, me detengo en cualquier lugar, me entrego a mis pensamientos y medito alguna cosa saludable.

Cuando me doy a los amigos, no por ello me sustraigo a mí mismo, ni me detengo con aquellos con quienes me ha reunido alguna circunstancia o algún deber cuidadoso, sino que permanezco con los mejores de los hombres: en cualquier lugar, en cualquier siglo que hayan existido, hacia ellos dirijo mi alma.

Siempre traigo conmigo a Demetrio, el mejor de los hombres, y, abandonando a los purpurados, hablo con aquel hombre medio desnudo y le admiro. ¿Por qué no admirarle si veo que no le falta nada? Podemos menospreciar todas las cosas, pero a nadie le es posible tenerlas todas: el camino más breve hacia la riqueza es el menospreciarla. Y nuestro Demetrio vivió no como quien menosprecia todas las cosas, sino como quien las cede a los otros.

*Conversación entre amigos. Elogio de Quinto Sextio  
y de los antiguos sabios*

Ayer estuviste con nosotros. Podrías quejarte si sólo hubieses dicho ayer; y por esto he añadido «con nosotros», pues conmigo estás siempre. Acertaron a encontrarse aquí algunos otros amigos, en honor de los cuales se encendió más fuego, no aquel que arde en las cocinas de los glotones, la humareda del cual asusta a los guardias nocturnos, sino un fuego moderado que anuncia que han llegado huéspedes.

La conversación fue variada, como acostumbra ser en un convite, sin que ningún asunto fuese conducido hasta el fin, antes bien, fuimos saltando de uno a otro. Después fue leído el libro de Quinto Sextio, el padre, gran varón, y si te merezco algún crédito, estoico, aunque él lo negase.

¡Qué vigor posee, oh dioses, qué valor! Esto no lo encontrarás en todos los filósofos, los escritos de muchos de los cuales sólo tienen un nombre ilustre, pero muy poca energía. Enseñan, argumentan, sutilizan, pero no infunden espíritu, porque no lo tienen; leyendo a Sextio dirán: «Aquí hay vida, vigor, libertad; este hombre parece sobrehumano, nos deja llenos de confianza».

El estado de espíritu en que me encuentro cuando lo leo, te lo confesaré: me complazco en desafiar todos los azares y en exclamar: «¿Por qué reposas, Fortuna? Ven a la lucha, mírame dispuesto». Me revisto del espíritu de quien busca la manera de experimentarse, de mostrar su virtud, a la manera del pequeño Ascanio, quien en la *Eneida*

*Anhela que se presente entre los rebaños indefensos el jabalí, o que el rojo león descienda de la montaña.*

Me complace estar obligado a vencer alguna cosa, para que me ejercite en el sufrimiento. Ya que Sextio muestra también el mérito insigne de mostrarnos la grandeza de la vida feliz sin hacernos desesperar de alcanzarla: te hace ver que se encuentra en las regiones elevadas, pero que, para el hombre resuelto, es asequible.

La virtud determinará asimismo que la admires y no desesperes. A mí, la sola contemplación de la sabiduría es cierto que me ocupa mucho tiempo; la contemplo tan maravillado como contemplo al propio Universo, que siempre me ofrece un espectáculo nuevo.

Venero, pues, los descubrimientos de los sabios y los que los han realizado, ya que constituye una sensación agradable penetrar en ellos como en una herencia común. Estas cosas fueron adquiridas para mí, elaboradas para mí. Pero es menester que hagamos como un buen padre de familia, que mejora los bienes recibidos; esta herencia pasará, aumentada, de mí a la posteridad. Queda aún mucha tarea y mucha irá quedando, y ni dentro de mil siglos existirá ningún hombre nacido a quien quede encerrada toda ocasión de añadir alguna cosa.

Pero, aunque los antiguos lo hubiesen descubierto todo, siempre volverá a presentarse el estudio de la manera de hacer uso de los descubrimientos de los demás, de su conocimiento y ordenación. Imagínate que nos han dejado unos medicamentos para curar los ojos; no tengo que buscar otros, pero los tengo que acomodar a las diferentes enfermedades y a las diferentes circunstancias. Tal cosa combate el dolor de los ojos, tal cosa hace bajar la hinchazón de los párpados; tal cosa saca el repentino fuego de la fluxión; tal cosa afina la vista; pero es menester que prepares estos remedios y que escojas la

ocasión y señales la cantidad de cada uno. Los remedios del alma fueron encontrados por los antiguos; es tarea nuestra buscar cómo y cuándo tienen que aplicarse.

Mucho hicieron los que vinieron antes que nosotros, pero no lo dejaron terminado; a pesar de ello, tienen que ser respetados y venerados como dioses. ¿Por qué no he de tener los retratos de los grandes hombres para que infundan valentía al alma? ¿Por qué no he de celebrar sus natalicios? ¿Por qué no he de nombrarles siempre con espíritu de elogio? La misma veneración que debo a mis maestros la debo a los maestros del linaje humano, de los cuales brotaron los principios de tantos bienes.

Si veo un cónsul o un pretor, les rendiré todo el honor debido a personajes tan encumbrados: me apearé del caballo, me descubriré la cabeza, les cederé el paso. ¿Pues, qué? ¿Recibiría en mi alma sin el más elevado homenaje a los dos Catones, a Lelio el Sabio, a Sócrates con Platón, a Zenón y a Cleantes? Yo, bien al contrario, los venero y me levanto siempre ante nombres tan ilustres.

*También el sabio necesita amigos para compartir el  
bien más elevado*

Deseas saber si el sabio es útil al sabio. Nosotros andamos diciendo que el sabio se halla colmado de todo bien, que ha alcanzado la cumbre; se pregunta ahora cómo puede ser útil al que posee el bien supremo. Los buenos son útiles entre sí, pues practican las virtudes y conservan la sabiduría en su estado; cada uno de ellos desea otro con quien conversar e investigar.

Los hábiles en la lucha se mantienen en forma mediante el ejercicio; el músico es estimulado en su arte por el maestro. El sabio necesita la práctica de las virtudes; tal como él se ejercita es ejercitado por otro sabio.

¿Qué utilidad reportará el sabio al sabio? Prestarle impulso, mostrarle las ocasiones de los actos virtuosos. A más de esto le manifestará algunos pensamientos, mostrándole lo que ha descubierto. Pues siempre quedarán al sabio descubrimientos por hacer en cuya busca pueda expandir su inteligencia.

El malo mueve al malo y lo torna peor, excitándole la ira, aprobándole la tristeza, alabándole sus placeres. Nunca son más temibles los perversos que cuando muchos de ellos juntan sus vicios y asocian sus maldades. Por la ley de los contrarios, pues, el bueno será útil al bueno.

¿Me preguntas cómo? Le procurará alegría, le hará más firme la confianza, y la contemplación y la seguridad mutuas harán crecer la alegría de ambos. Además, le facilitará el conocimiento de muchas cosas. Pues el sabio

no lo sabe todo, y aunque lo supiese, otro puede descubrir y mostrar vías más breves por las cuales pueda ponerse toda aquella máquina en movimiento.

El sabio puede ser útil al sabio, no sólo con sus fuerzas, sino hasta con las de aquel a quien ayuda. Es cierto que el sabio, aun dejado solo, puede desplegar sus facultades; se servirá de su propia velocidad, pero, sea como fuere, quien corre es también ayudado por quien exhorta: «Tienes que saber que el sabio no aprovecha al sabio, sino a sí mismo. Quítale la fuerza propia y no hará nada». De igual manera que la miel no tiene dulzor, por cuanto aquel que ha de comerla debe estar de tal manera dispuesto de lengua y de paladar para este sabor que el dulzor le resulte agradable, ya que de otro modo le ofendería, pues hay hombres que encuentran la miel amarga por causa de enfermedad, conviene que uno y otro estén sanos, porque el uno pueda ser útil y el otro prestarle material adecuado.

«Si —dices— sería cosa superflua calentar un cuerpo que se halla en el grado más alto de calor, asimismo lo es querer procurar provecho al hombre que ha ascendido al bien supremo. El agricultor provisto de todas sus herramientas, ¿iría, por ventura, a pedir otra? El soldado lo bastante armado para salir a la batalla, ¿siente necesidad de alguna otra arma? El sabio tampoco: cuenta con todas las herramientas y armas que le precisan.»

A ello respondo: el cuerpo que se encuentra en el más alto grado de calor, ¿no necesita que se le añada aún más de éste para mantenerse en aquel grado tan alto? «Pero el calor —me dices— se conserva solo.» Primeramente, hay mucha distancia en estas cosas para comparar. Pues el calor es uno, y la utilidad es varia. Además, el calor no es ayudado a ser caliente por la añadidura de calor, pero el

sabio no puede permanecer en igual situación de espíritu si no acepta algunos amigos semejantes a él a los que comunicar sus virtudes.

Añade aún que todas las virtudes son amigas entre sí. Es, por lo tanto, útil a su semejante quien ama sus virtudes y, a su vez, le ofrece las suyas propias para que sean amadas por aquél. Las cosas semejantes deleitan, sobre todo cuando son honestas y saben seducir y ser seducidas.

Nadie ha podido aún poseer el arte de influir en el alma del sabio que no haya sido sabio, de igual manera que nadie puede mover racionalmente al hombre si no es otro hombre. Así como para mover la razón es necesaria la razón, para mover la razón perfecta precisa la razón perfecta.

Se dice también que nos reportan provecho aquellas cosas que nos procuran medios, como dinero, influencia, seguridad, y otras cosas que nos son caras o necesarias para los usos de la vida y mediante las cuales hasta el hombre más torpe puede ser útil al sabio. Pero ser útil es mover el alma según la Naturaleza por obra de la virtud propia, como también mediante la de aquel que es movido. Y ello no puede acontecer sin provecho de quien influye en el otro, por cuanto al ejercitar la virtud de otro es menester que ejercite la suya propia.

Pero aun prescindiendo de estos bienes supremos o de las causas que los producen, los sabios pueden ser útiles unos a otros. Ya que para un sabio es cosa deseable encontrar otro, puesto que todo lo que es bueno tiene naturalmente simpatía por lo bueno, y por esto cada uno de ellos toma afecto al hombre bueno como a sí mismo.

A fin de seguir mi argumento me es necesario pasar de esta cuestión a otra. Se pregunta si el sabio deliberará solo o llamará a alguien en busca de consejo. Será necesario que lo haga cuando descienda a la vida civil y doméstica, a la vida, por decirlo así, de las cosas mortales; en estos asuntos el consejo de otro le es tan necesario como al médico, al piloto, al abogado o al iniciador de procesos. El sabio, pues, será alguna vez útil al sabio porque le aconsejará. Pero también en aquellas cosas grandes y divinas, según ya hemos dicho, le será útil, ya que juntos podrán discurrir sobre las cosas honestas y juntar sus almas y sus pensamientos.

Además, es algo muy conforme con la Naturaleza abrazar a los amigos y alegrarse de sus progresos como de los propios. Porque si no lo hacemos así no quedará en nosotros ni aquella virtud que tiene su fuerza en el ejercicio de la sensatez. Pero la virtud aconseja ordenar bien las cosas presentes, proveer a las futuras, deliberar y tener el ánimo siempre diligente. Y le será más fácil mostrar ánimo activo y bien desplegado a aquel que se haya juntado con un compañero. Para ello debe buscar un varón perfecto, o uno que se halle en camino de perfección y muy cerca de ella, y este hombre perfecto le será útil si le hace, debido a la prudencia de ambos, más firmes las resoluciones.

Se dice que los hombres ven más claro en los negocios de los demás. Esto es un defecto que tienen los hombres cegados por el amor propio y a los cuales el temor quita la visión de la utilidad: comenzamos a cobrar buen juicio cuando nos sentimos más seguros y libres de temores. Pero, por otra parte, existen cosas que hasta los sabios ven más claramente en otro que en sí mismos. Y, en fin, el

sabio podrá dar al sabio aquello tan dulce y tan egregio de «querer y no querer ambos las mismas cosas»: una empresa nobilísima les conducirá bajo el mismo yugo.

He satisfecho tu exigencia, por más que esto entraba en el orden de materias que hemos alcanzado en nuestros volúmenes de filosofía moral. Según tan frecuentemente acostumbro decirte, piensa que estas cosas no ejercitan más que la sutilidad del ingenio. Pero vuelvo siempre a lo mismo: ¿de qué nos sirve tal cosa? Tórnase más valeroso, más justo, más temperante. No es hora aún de dedicarme a los ejercicios, necesito todavía al médico.

¿Por qué me pides una ciencia inútil? Me has prometido grandes cosas y no veo más que cosas pequeñas. Decías que me tornaría intrépido, aunque en derredor mío brillasen las espadas o el puñal rozase mi garganta; decías que permanecería tranquilo, aunque en derredor mío llameasen los incendios o una súbita borrasca arrastrase mi navío por todos los mares; proporcióname el afán de menospreciar el placer y la gloria. Luego me enseñarás a resolver cuestiones complicadas, a distinguir las que son ambiguas, a aclarar las oscuras; ahora enséñame lo que necesito.

### III

## PRIVILEGIOS DE LA VEJEZ, PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

Séneca visita su quinta de Nomento, a pocos kilómetros de Roma, y en su decrepitud ve reflejada su propia vejez, un buen pretexto para reflexionar sobre ésta, haciendo un repaso de sus privilegios y sus desventajas. La vejez es la edad debilitada, pero puede ser también la edad del alma vigorosa y creativa: los años y la experiencia tienen que ser causa de sabiduría. Por eso debemos tenerla en la más alta estima, con la mejor acogida y el mayor afecto, ya que es una fuente de variadas satisfacciones, si sabemos hacer uso de sus privilegios. La fruta es más sabrosa cuando se llega al final de la cosecha. A través de ella hemos agotado y abandonado los deseos, que tantos placeres y dolores de cabeza nos han ocasionado a lo largo de la vida. La vejez, precisamente porque nos señala el horizonte cercano de la muerte, nos instala en otra clase de satisfacciones tranquilas: es el reino, no de las cosas abandonadas, sino de las experiencias vividas plenamente. Todos los círculos de la vida se han encadenado y agotado para que los contemplemos desde su señorío, y así podamos exclamar, como Dido en la *Eneida*: «¡He vivido, he recorrido el curso que la fortuna me había concedido!».

Debemos comenzar a preparar el equipaje en la vejez. Algo perdemos en el retiro, pero encontraremos la serenidad que no nos conceden la vida pública y la social. Las cosas serán menos brillantes, pero nos saciarán más plenamente. No hay que desaprovechar el presente por miedo al futuro. Vivamos cada día con plenitud ante la inminencia de la muerte. Lo único que se debe temer es el temor mismo a la muerte y al dolor. Es una gran cosa aprender a morir. Morimos cada día. No es la hora en que morimos la que causa la muerte, ella sólo la consume, sino todas nuestras horas pasadas. Epicuro censuró por igual a los que temen la muerte y a los que la desean: «Es ridículo correr a la muerte por tedio a la vida, cuando es la manera de vivir lo que hace correr a la muerte». En general cada ser humano muere, pues, de su propia vida.

*Ventajas de la vejez. Acojámosla con serenidad y  
afecto*

Dondequiera que vaya veo señales de mi vejez. Fui a mi casa de campo, cerca de Roma, y me lamentaba de los gastos extraordinarios que exigía edificio tan ruinoso. El colono me dijo que no era por negligencia suya, ya que él había hecho cuanto era preciso, pero que la casa era muy vieja. Esta casa de campo fue levantada bajo mi dirección; ¿qué debe suceder en mí si las piedras de mis tiempos caen ruinosas?

Como ando irritado, aprovecho la primera ocasión para atacar de nuevo. «Se ve claramente que estos plátanos están mal cuidados; carecen de frondosidad. ¡Qué ramas tan nudosas y requemadas, qué troncos tan feos y amarillentos! Esto no acontecería si alguien se ocupase en descalzarlos y regarlos.» El buen colono jura por mi genio que hace todo lo que puede, pero que aquellos plátanos son viejos. Queda entre nosotros: yo los había plantado, yo había visto sus primeras hojas.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta. «¿Quién es aquel hombre decrepito que has hecho bien de hacer sentar a la puerta, pues ya casi parece que va con los pies por delante? ¿Dónde has hecho este hallazgo? ¡No comprendo tus ganas de enterrar el cadáver de otro!» Y él me responde: «Yo soy Felición, aquel a quien tú solías llevar juguetes: soy el hijo de Filosito; era tu favorito». «Este hombre está chocheando a no poder más, ¿este infante favorito mío? Pero sí, bien podría ser porque veo que no tiene dientes.»

Debo a mi casa de campo el haber visto a mi vejez dondequiera que me volviese. Démosle buena acogida, tengámosle afecto, ya que si usamos de ella como corresponde, veremos que nos aporta numerosas satisfacciones. Nunca es tan sabrosa la fruta como cuando se llega al final de la cosecha; el mayor encanto de la infancia se encuentra en el momento en que termina; el postrer sorbo es el que procura mayor placer a los bebedores, aquel sorbo que sumerge en la embriaguez, que da a ésta la última mano.

Lo más voluptuoso que haya en todo placer se guarda para el final. La vida es más agradable cuando ya comienza a decaer, pero aún no ha parado en decrepitud, y también cuando está a punto de perecer creo que tiene sus placeres, o, cuando menos, en esta sazón, en lugar de tales placeres nos gozamos de no precisar de ninguno de ellos. ¡Cuán dulce es haber fatigado y abandonado los deseos!

«¡Es molesto —me dices— tener la muerte ante los ojos!» En primer lugar, tanto la tiene delante el joven como el viejo: no es según la cuenta de la edad como somos llamados. En segundo lugar, nadie es tan viejo que no pueda aguardar un día más. Y un día es un peldaño más de la vida, el conjunto de la cual consta de distintas partes, a manera de círculos, los menores encerrados dentro de los mayores. Y hay uno que los abraza y ciñe a todos, el que se extiende del nacimiento a la muerte. Otro comprende los años de la adolescencia; otro encierra dentro de su ámbito toda la infancia; viene después el año que en su espacio contiene todos los tiempos, la multiplicación de los cuales forma la vida. Un círculo más

estrecho ciñe al mes; una curva más reducida encierra al día, el cual también va de un principio a un fin, de la aurora al ocaso.

He aquí por qué Heráclito, a quien por su estilo se concedió el sobrenombre de «el Oscuro», dijo que «un día se parece a todos», frase que ha sido interpretada de diferentes maneras. Uno entendió que los días son iguales en el número de horas y que había dicho la verdad; porque si el día consta de veinticuatro horas, es menester que todos los días sean iguales: lo que se pierde de noche se gana de luz, y viceversa. Otro entendió que un solo día era semejante al conjunto de todos ellos, por cuanto en un solo día se encuentra todo aquello que tiene la duración de tiempo más larga: luz y oscuridad resultan iguales en las alternas transmutaciones del cielo, siendo la noche ya más breve, ya más larga.

Dispongamos, pues, de cada uno de los días como si cerrase la serie, como si acabara y completase la vida. Pacuvio, que se adueñó de Siria por permanencia, después de haber celebrado con vino y banquetes sus propios funerales, se hacía trasladar de la mesa al lecho entre los aplausos de sus compañeros de orgía, que cantaban al son de los instrumentos: «Ha vivido, ha vivido». No pasaba día sin celebrar su propio entierro.

Esto, que él realizaba por motivos reprobables, debemos hacerlo nosotros con mejor propósito y exclamar antes de acostarnos, como Dido antes de suicidarse, según lo canta Virgilio: «¡He vivido, he recorrido el curso que la fortuna me había concedido!». Si Dios nos otorga un día más, aceptémoslo con alegría. Goza venturosamente, con

seguridad, de la posesión de sí mismo aquel que cada día se dice: «He vivido»; cada día se levantará para nuevas ganancias.

Pero ya es hora de terminar la carta. «Así, pues —me dices—, me llegará sin ningún presente.» No tengas miedo. Algo lleva consigo. ¿Por qué he dicho «algo»? Lleva mucho. Pues, ¿qué cosa más excelente podría encontrar que esta sentencia que le encomiendo que te entregue? «Mala cosa es vivir en necesidad, pero no es forzoso vivir.» ¿Cómo podría serlo? Por doquier se abren hacia nuestra liberación multitud de vías breves y fáciles. Demos gracias a Dios de que nadie pueda ser retenido en la vida por fuerza: aun las necesidades pueden ser holladas.

«Esta sentencia es de Epicuro —me dirás—, ¿qué tenemos que ver con un extraño?» Siento como mío todo lo que es verdadero. Persisto en inculcarte ideas de Epicuro, a fin de que cuantos juran por las palabras del maestro sin atender a lo que se dice, sino a quien lo dijo, sepan que las grandes sentencias pertenecen a todos.

*Necesidad del retiro y preparación del equipaje*

Salto de puro contento cada vez que recibo carta tuya, pues ellas me colman de buena esperanza y me aportan, no ya promesas de ti, sino verdaderas garantías. Hazlo así: te lo suplico y te exhorto a ello (¿qué mejor puedo suplicar a un amigo que aquello que le suplico por su bien?); si puedes sustráete a tantas ocupaciones, y si no, arráncate de ellas. Bastante tiempo has malbaratado; viejos como somos, comenzamos a recoger nuestro equipaje.

¿Es que por ventura podemos despertar en alguien envidia? Hemos vivido en agitación, morimos en el puerto. Pero tampoco te aconsejaría que te crearas fama de ocioso. El ocio no lo has de esconder, pero tampoco tienes que jactarte de él. Jamás, en mi condenación de las locuras del linaje humano, te reduciré a un escondrijo a buscar el olvido; procede de manera que tu ocio no sea ostentoso, sino solamente visible.

Aquellos que aún pueden elegir, que no han contraído compromiso alguno, pueden considerar si quieren pasar la vida en la oscuridad; tú ya careces de opción. El vigor de tu talento, la elegancia de tus escritos, tus ilustres y nobles amistades, te han puesto a la vista de todos; la fama te ha invadido por entero, y por mucho que quieras hundirte en lo más profundo y te hagas tan invisible como puedas, siempre tus hechos anteriores te pondrán de manifiesto.

Ya no puedes rodearte de tinieblas; una gran parte de la luz anterior te seguirá dondequiera que vayas; lo que puedes hacer es defender tu reposo sin molestia para nadie, sin añoranza alguna, sin remordimiento en tu alma. Pues, ¿qué abandonarás que puedas decir que lo has

abandonado a la fuerza? ¿Los clientes? Ninguno de ellos va tras de ti por ti mismo, todos van tras de alguna cosa tuya. Antes se buscaba la amistad; hoy, la presa. Si los viejos solitarios cambian el testamento, sus aduladores llamarán a otra puerta. Una cosa grande no puede resultar a poco precio; es menester que ponderes bien si prefieres abandonarte o abandonar alguna cosa tuya.

¡Ojalá que te hubieren destinado a envejecer en la modestia de tu nacimiento y que la fortuna no te hubiese colocado tan alto! Tan arriba que no pudieses otear ya una vida saludable te condujo una rápida prosperidad, y el gobierno de una provincia, y una intendencia, y cuanto estos cargos implican; cargos más importantes ocuparás más adelante, y tras éstos, otros aún.

¿Cuál será el resultado? ¿Por qué andas aguardando que no te quede nada por desear? Nunca llegará la hora. Tal como dicen que es la serie de las causas de las que aparece tejido el hado, asimismo las de los apetitos: una causa nace del acabamiento de otra. Andas sumergido en una vida que jamás pone fin a la miseria o a la esclavitud. Libera tu cabeza del yugo que la oprime; sería preferible que te la cortasen de una vez que sentirla maltratada a cada momento.

Si te retiras a la vida privada tus bienes serán más pequeños, pero te llenarán lo suficiente, cosa que no consiguen tantos bienes mayores como a ti afluyen de todas partes. ¿Preferirás, pues, a la pobreza que sacia, la riqueza que nos hace hambrientos? La prosperidad es ambiciosa y está expuesta a las ambiciones de los demás; mientras tú no encuentres nada que te baste, no bastarás a los otros.

Pero ¿cómo salirme de ello? Por donde quieras. Piensa en cuántas temeridades incurriste por amor al dinero, cuántos trabajos soportaste por amor a los honores. Bien puedes intentar algo por el ocio; por otra parte, en medio de los afanes del gobierno de provincias y de las magistraturas ciudadanas, envejecerás entre el tumulto y la agitación siempre renovados, que ninguna templanza podrá evitar, ni suavidad alguna del vivir. Pues, ¿qué importa que quieras reposo? Tu fortuna no lo quiere. ¿Y qué acontecerá si le permites crecer más aún? Cuanto más se avecina a los éxitos, tanto más se avecina a los temores.

Quiero referirte aquí una frase de Mecenas, quien, entre los tormentos de la grandeza, manifestó esta verdad: «La propia altura atruena las cimas». Si quieres saber en qué libro lo dijo, te comunicaré que fue en el que lleva por título *Prometeo*. Con esa frase quiso significar que las cimas están expuestas a las tempestades. ¿Es que existe en el mundo un poder lo bastante valioso para que puedas entregarte a una tal embriaguez de lenguaje? Mecenas fue, en verdad, hombre de genio, que habría podido ofrecer a Roma un gran modelo de elocuencia de no haber sido enervado por la felicidad, la cual casi puede decirse que le castró. Este resultado es el que te aguarda si no arrias pronto tu vela, si no buscas pronto la orilla, cosa que aquél intentó hacer tardíamente.

Tras esta sentencia de Mecenas podría quedar en paz contigo; pero me moverías guerra, harto te conozco, pues lo que te debo sólo quieres recibirlo en moneda legítima y de buen cuño. Como la cosa viene rodada, es Epicuro quien aportará el importe. «Primero —dice— es menester considerar con quién comes y bebes, antes de considerar lo que comes y bebes, pues comer y beber sin un amigo es vivir como los leones y los lobos.»

Ello sólo lo conseguirás retirándote, pues de otro modo tendrás que soportar comensales escogidos de entre la turba de los aduladores por el nomenclátor. Y se equivoca quien busca un amigo en el atrio y lo prueba en la mesa. El hombre atareado y agobiado por sus bienes no hallará peor mal que el de creer amigos suyos aquellos de los cuales él no es amigo; o el de creer que sus beneficios le sirven para ganarse los corazones, cuando, en realidad, muchos le odian tanto más cuanto más le deben. Una deuda ligera hace un deudor; una deuda importante, un enemigo.

«Pues, ¿qué? ¿Por ventura los favores no procuran amistades?» Procuran amistades si hemos podido escoger los favorecidos. Si en lugar de facilitarlos a voleo los colocamos. Así, mientras comienzas a pertenecerte, aprovecha este consejo de los sabios: conceder mayor importancia a quién es el favorecido que a la índole e importancia del favor.

*Preparación para la muerte. Todas nuestras horas  
pasadas son la causa de nuestra muerte*

Me escribes que te sientes inquieto por el resultado de un proceso que un enemigo furioso intenta contra ti, y ya cuentas que yo te persuadiré que puedes permitirte la esperanza del más halagüeño éxito, que puedes descansar en esta esperanza. Porque ¿qué necesidad existe de llamar a los males que pronto acudirán a hacernos sufrir, de tenerlos que soportar antes de hora y de echar a perder el tiempo presente por temor del futuro? Es, sin duda, cosa necia ser ya desgraciado porque tendremos que serlo en lo venidero. Yo, empero, te conduciré a la seguridad por otra vía.

Si quieres librarte de toda inquietud, cualquier mal que puedas temer imagínalo, ciertamente, como venidero y, sea lo que fuese, pónédalo en tu consideración, compara con él tu temor, y bien pronto comprenderás que aquello que temes, o no es cosa grave, o no es cosa larga.

Ejemplos para cobrar buen ánimo pronto conseguirás reunirlos, ya que se han producido en toda época. Cualquier edad de la historia romana o extranjera que traigas a tu memoria te ofrecerá caracteres de gran saber y de gran energía. Si pierdes el proceso, ¿por ventura puede acontecerte algo más duro que verte enviado al exilio o encerrado en una prisión? ¿Puede alguien temer nada más fuerte que ser quemado o muerto violentamente? Representate cada una de estas pruebas y evoca aquellos que las despreciaron, a los cuales, más que buscar, tendrás que escoger.

Cuando Rutilio fue enterado de su sentencia, no le dolió más que la injusticia de ella. Metelo soportó varonilmente el destierro. Rutilio lo emprendiera casi de buen grado; el uno hizo a la República la concesión de regresar del destierro; el otro negó el propio regreso a Sila, a quien entonces nada se le negaba. Sócrates disertó en la cárcel, y habiéndole alguien ofrecido la fuga, no quiso salir sino permanecer allí para hacer perder a los hombres el temor a dos cosas gravísimas: la muerte y la cárcel.

Mucio puso su mano en el fuego. ¡Terrible suplicio es el fuego; y cuanto más si uno mismo se lo aplica! Ahí tienes un hombre no instruido, ni fortalecido por ninguno de los preceptos contra el dolor y la muerte, solamente armado con el valor militar, aplicándose a sí mismo el castigo de un intento fallido; él se mantuvo siempre en pie, contemplando cómo su mano se iba fundiendo gota a gota sobre el brasero enemigo, y no retiró los huesos descarnados y quemados de ésta hasta que el enemigo hubo apartado el brasero. En aquel campamento podía realizarse algo más afortunado, pero no más valeroso. Considera cómo es más valiente la virtud en afrontar los peligros que la crueldad en infligirlos; más fácilmente perdona Porsena a Mucio de haberle querido matar, que Mucio a sí mismo de no haber matado.

«Todo ello —dices— son fábulas repetidas en todas las escuelas; ya veo venir que cuando lleguemos al menosprecio de la muerte me contarás la de Catón.» ¿Y por qué no contaría yo lo que en su última noche aquel gran hombre decía a Platón con una espada a la cabecera del lecho? Había buscado estas dos cosas para su hora postrera, una para querer morir, la otra para poder. Ordenados, pues, todos sus negocios, tal como a negocios fallidos y ruinosos, se creyó en el deber de procurar que a

nadie fuese permitido matar a Catón o salvarlo. Y desenvainando la espada, virgen hasta aquel momento de toda sangre, dijo: «Nada has conseguido, ¡oh Fortuna!, oponiéndote a todos mis esfuerzos. No he luchado por mi libertad, sino por la de mi patria; no he trabajado con tanta constancia para vivir libre como para vivir entre libres. Ahora, desesperanzado de todos los negocios del género humano, Catón tiene que refugiarse en lo seguro».

Entonces infligió a su cuerpo la herida mortal. Vendada después por los médicos, cuando ya tenía menos sangre y menos fuerza, airado, no solamente contra César, sino contra sí mismo, se desgarró la herida con ambas manos desnudas, y expulsó, más que exhaló, aquel generoso espíritu menospreciador de toda prepotencia.

Si multiplico los ejemplos no es para ejercitar el ingenio, sino para procurarte valor contra aquello que parece más terrible. Y saldré más fácilmente airoso de mi empeño si te hago comprender que han despreciado aquel momento de exhalar el espíritu no sólo los varones fuertes, sino que aun algunos, cobardes en otras ocasiones, han igualado en ésta a los más valerosos, según vemos en Escipión, suegro del gran Pompeyo, quien, lanzado a las costas de África por un viento contrario y viendo su nave apresada por los enemigos, se traspasó con una espada y contestó a los que le preguntaban dónde estaba el general: «El general se halla en lugar seguro».

Estas palabras lo sitúan en el rango de los mejores y evitan que sufriese interrupción la gloria de los Escipiones, pronosticada en África. Fue grande empresa vencer a Cartago, pero mucho más vencer a la muerte. «El general —dijo— se halla en lugar seguro.» ¿Es que podía morir de otra manera un general y un general de Catón?

No te remito a las historias, ni recogeré por todos los siglos a los que desdeñaron la muerte, que son muchísimos. Fíjate en nuestra época, de cuya molicie y languidez nos lamentamos, y verás que nos ofrece hombres de todo orden, de toda condición y de toda edad, que con la muerte dieron fin a sus malandanzas. Créeme, Lucilio, de tal manera no es temible la muerte, que gracias a ella no debemos temer ningún mal anterior.

Escucha, pues, tranquilamente las amenazas de tu enemigo, y aunque tu conciencia te dicte cierta confianza, a pesar de todo, siendo tantos los elementos que pueden influir, sin contar con la justicia, espera la sentencia más justa, pero prepárate para la más injusta. Mas, antes que nada, acuérdate de eliminar en cada cosa cualquier exageración que pudiese rodearla y pronto verás que no hay nada terrible, si no es el propio temor.

Sucede en nosotros aquello mismo que vemos en los niños, al fin niños crecidos nosotros: los pequeños se asustan de ver disfrazadas a las personas a las cuales quieren, al trato de las cuales andan acostumbrados, con las que han jugado tantas veces. No sólo a las personas, sino también a las cosas precisa arrancar la careta, restituir el propio rostro.

Pero ¿por qué me señalas las espadas y las llamas y la turba de los verdugos agitándose en derredor tuyo? Aparta este espantajo bajo el cual aterrorizas y asustas a los necios: eres la muerte, a la que no ha mucho supo despreciar una esclava mía, una sirvienta. ¿Por qué presentas otra vez ante mí el gran aparato de los azotes y del potro, y de tantas máquinas de tortura adaptadas a cada miembro, y mil instrumentos para descarnar al hombre poco a poco? Retira estas cosas que nos

aterrorizan, que callen los gemidos y los gritos y el clamor de tortura arrancados por los suplicios: no son sino el dolor que aquel gotoso tiene por poca cosa, que aquel dispéptico soporta aun en medio de las delicias, que aquella mujer ha sufrido en el parto.

Medita en tu espíritu estas cosas que tantas veces has dicho, pero haz la prueba de si las has oído o dicho de veras. Ya que es verdaderamente vergonzoso aquello que tantas veces se nos ha reprochado: hacer filosofía de palabras, pero no de obra. ¡Cómo! ¿Hasta ahora no te has dado cuenta de que te amenazan la muerte, el destierro, el dolor? Has nacido para estas cosas; es menester que tengamos como futuro todo lo que puede ser.

- <sup>17</sup> Sé de cierto que has hecho lo que te he aconsejado. Ahora te advierto que no sumerjas tu alma en la preocupación de este proceso, porque se paralizaría y perdería el vigor para cuando le precisara erguirse. Transporta tu caso particular al de todo el mundo: observa que tienes un cuerpo débil, al cual puede provenir dolor, no sólo del poder, y de la injusticia de los más fuertes, pues aun los mismos placeres lo conducen al tormento; ya que las grandes comidas pueden aportarte la indigestión, la mucha bebida, somnolencia y temblor de miembros, los placeres sensuales, lisiaduras de manos y otros miembros. Si me torno pobre me podré contar entre los más. Si voy al destierro, procuraré imaginar que he nacido en aquel país. Me atarán. ¿Y qué? ¿Es que por ventura ando desatado? He aquí que la Naturaleza nos ata a la pesadez del cuerpo. Moriré. Y con esto no me dirás sino que cesaré de poder estar enfermo, de poder estar atado, de poder morir.

No soy tan torpe como para seguir ahora la música de Epicuro, añadiendo que son vanos los temores del Infierno, que ni Ixión gira con su rueda, ni Sísifo empuja la roca con sus hombros, ni es posible que unas entrañas renazcan continuamente para ser devoradas. No hay nadie tan niño que tema al Cerbero y a las tinieblas y a los fantasmas que sólo constan de huesos descamados. La muerte, o nos aniquila, o nos despoja. Si salimos del cuerpo, abandonando el peso, nos queda la mejor parte; si somos aniquilados, no nos queda nada; bienes y males, todo nos ha sido quitado.

Permite que traiga aquí a colación un verso tuyo, advirtiéndote antes que no lo escribiste para los demás, sino también para ti. Es deshonroso decir una cosa y sentir otra, ¡y mucho más aún escribir una cosa y sentir otra! Recuerdo que tratabas de este tópico: que no paramos en la muerte de súbito, sino que nos encaminamos a ella paso a paso.

- <sup>21</sup> Cada día morimos, cada día perdemos una porción de nuestra vida, y hasta cuando crecemos, nuestra vida decrece. Perdimos la infancia, después la mocedad, después la juventud. Hasta el día de ayer, todo el tiempo pasado está muerto, y aun el propio día de hoy lo repartimos con la muerte. Tal como no es la postrera gota la que interrumpe el chorro en la clepsidra, sino todas las que habían manado anteriormente, así aquella postrera hora en que dejamos de ser no es la única en producir la muerte, sino en consumarla; entonces, llegamos a la muerte, pero ya hace tiempo que hemos ido caminando hacia ella. Exponiendo esta idea con tu acostumbrada elocuencia, siempre grande, pero nunca tan penetrante como cuando tomas prestadas las palabras a la verdad, dijiste: «La muerte no viene toda a la vez: la que se nos

lleva es la última muerte». Prefiero que leas esto y no mi carta, pues de esta suerte verás que la muerte que tememos es la postrera, pero no la única.

Veo hacia dónde miras: buscas lo que llevo colgado en mi carta, qué frase valerosa, qué precepto útil. Te envío algo sobre esta materia que hemos tratado. Epicuro censura por igual a los que temen la muerte y a los que la desean, y dice: «Es ridículo correr a la muerte por tedio de la vida, cuando es la manera de vivir lo que hace correr a la muerte».

Asimismo, dice en otro lugar: «¿Qué cosa podría ser tan ridícula como desear la muerte cuando el miedo a la muerte te ha angustiado toda la vida?». Puedes añadir a ello otra sentencia del mismo estilo, o sea que es tanta la imprudencia, y más la locura, de los hombres que algunos se ven forzados a morir por temor a la muerte.

En cualquiera de estas sentencias que medites cobrarás fuerzas para sufrir la muerte, o para soportar la vida, ya que precisa consejo y valor para ambas cosas, para no amar demasiado ni odiar demasiado la vida. Aun cuando la razón nos persuada que hemos de poner fin a nuestra vida, no hemos de tomar ímpetu temerariamente, de golpe.

El hombre sabio y fuerte no tiene que huir de la vida, sino saber salir de ella. Y antes que cualquier otra, tiene que saber evitar aquella pasión que ha dominado a tantos: el afán de morir. Porque, querido Lucilio, existe también, como para otras cosas, una inclinación desordenada hacia la muerte, que con harta frecuencia ha dominado, ya a varones generosos e incorruptibles, ya, también a menudo, a hombres cobardes y muelles; aquéllos menosprecian la vida, éstos la encuentran poco llevadera.

A algunos les entra la desgana por tener que ver y hacer siempre las mismas cosas; no el odio, sino el aburrimiento de la vida, en el cual caemos empujados por la propia filosofía cuando andamos diciendo: «¿Hasta cuándo las mismas cosas? Despertar y dormir, tener apetito y saciarse, tener frío, tener calor. No hay nada que acabe, antes puede decirse que todas las cosas de la Naturaleza quedan enlazadas, huyen, se persiguen. La noche empuja al día, el día a la noche, el verano termina en el otoño, el otoño es espoleado por el invierno, el cual es empujado por la primavera; así vemos que todas las cosas pasan para tornar. Ni hago nada nuevo ni veo nada nuevo; a la postre, esto también produce náuseas». Existen hombres que no encuentran la vida amarga, sino superflua.

*Elogio de la vejez. Es una gran cosa aprender a morir*

No hace mucho te andaba diciendo que tengo la ancianidad a la vista; y aun llego a temer que ya la he dejado atrás. Es muy distinto el mundo que corresponde a mis años, y, sin duda, a mi cuerpo, pues la ancianidad es el mundo de la edad cansada, aunque no de la edad aplastada; cuéntame entre los decrepitos, entre los que tocan el fin.

Yo, empero, me felicito de ello ante ti, pues no siento la molestia de la edad en el alma a pesar de sentirla en el cuerpo. Lo único que ha envejecido son los vicios y sus órganos, pero el alma está vigorosa y se goza de no sentir grandes ataduras con el cuerpo: ha dejado ya gran parte de su carga. Por esto salta de gozo y anda desmintiendo su pretendida senectud; afirma sin rebozo que ésta es la flor de sus años. Creámosla; dejémosla gozar de su ventura.

Ella me manda entrar en reflexión y de aclarar qué parte de esta tranquilidad y suavidad de costumbres debo a la sabiduría, qué parte a la edad, y de ponderar diligentemente, de provechoso, a la hora de marcharme, qué es lo que no puedo y qué es lo que no quiero hacer. De otra parte, si no quiero alguna cosa, me alegro de no poderla realizar; pues, ¿qué queja, o qué incomodidad puede ser motivada por haber fallado en aquello que es menester que acabe?

«Es una gran pena —dices— ir perdiendo y decayendo, y para hablar más propiamente, irse fundiendo. Porque no recibimos súbitamente el empujón que nos hace caer, sino que nos vamos marchitando, y cada día que pasa nos roba un poco de fuerza.» ¿Y qué mejor salida encontraríamos que resbalar poco a poco hacia el fin, que aflojar poco a

poco los lazos que nos unen a la Naturaleza? No quiero decir que sea un mal golpe el que nos saca de súbito de la vida, sino que ser apartado de ella poco a poco es más suave. Yo, tal como si ya estuviera en el momento de la prueba y me hubiese llegado aquel día en que han de ser juzgados todos mis años, me examino y me hablo así:

«No es nada aún todo aquello de que hemos dado prueba en actos o en palabras. Unos y otras no son más que leves y engañosas prendas del espíritu, y viven envueltas aún en mucho falaz aderezo; es de la muerte de la que debo esperar que ponga de manifiesto los progresos que realmente he realizado. Me preparo sin ningún miedo para aquel día en el cual me tendré que enjuiciar sin ninguna trampa ni oropel, tendré que decidir si dije palabras valerosas, si realmente las sentí, si eran simulación y comedia todos los conceptos audaces que pronuncié contra la fortuna.

»No hagas caso de la opinión de los hombres, siempre dudosa y dividida entre dos bandos. No hagas caso de los estudios que has cultivado durante toda tu vida; será la muerte la que dará el juicio de ti. Harto puedo asegurarte que ni las discusiones filosóficas, ni las conversaciones literarias, ni las sentencias recogidas en las enseñanzas de los sabios, ni la conversación culta, nos muestran el verdadero vigor del espíritu, pues aun los más tímidos hablan con audacia. Lo que has hecho aparecerá cuando rindas el espíritu. Acepto tu condición, un juicio semejante no me asusta.»

He aquí lo que me digo a mí mismo, pero considera que también te lo digo a ti. ¿Qué importa que seas más joven? Los años no cuentan. Es incierto el lugar en que te

aguarda la muerte; tú, sin embargo, espérala en todo lugar.

Ya quería acabar y mi mano iba a cerrar la carta, pero es necesario cumplir con el acostumbrado rito y procurar a ésta el medio para emprender su camino. No precisa que te anuncie de dónde lo tomaré prestado, pues ya sabes a qué arcas suelo acudir. Aguarda un poco y te pagaré de mi patrimonio; mientras, le pediré prestado a Epicuro, quien ha dicho: «Medita la muerte». O si prefieres que lo exprese de otra manera: «el tránsito a los dioses». El sentido es bien manifiesto:

«Que es una gran cosa aprender a morir.» Aunque tal vez tengas por sobra una ciencia que sólo se ha de usar una vez. Precisamente es menester meditar, pues siempre hemos de aprender bien aquello que no podemos experimentar si lo sabemos.

«Medita la muerte.» Quien dice esto nos exhorta a meditar la libertad. Quien aprende a morir, desaprende a servir: asciende por encima de todo poder, por lo menos quédate fuera del alcance de todo poder. ¿Qué te importarán entonces las cárceles, los guardianes, los candados? Tienes la puerta bien libre. El amor a la vida es la única cadena que nos tiene atados, y aunque este amor no se tenga que rechazar, se ha de rebajar de tal manera que, si alguna vez se nos exige, nada debe detenernos ni debe impedir que estemos dispuestos a dar de pronto todo aquello que, a la corta o a la larga, nos será preciso entregar.

*Séneca se dispone a morir atacado de asma*

Mi mal me había concedido alguna tregua, pero, de pronto, ha vuelto al ataque. Me preguntas qué especie de mal es, y no sin motivo, pues no hay ninguno que me sea desconocido. Existe un mal al cual parece que yo he sido dedicado, mal que no sé nombrar con nombre griego, pues simplemente le podría llamar *suspirium* [cortedad de aliento]. Su ataque es muy breve y semejante a una brusca tempestad; acaba en cosa de una hora, pues ¿quién echa más tiempo en expirar?

Todas las molestias y peligros del cuerpo han pasado por mí, pero no encuentro ninguno más molesto que éste. ¿Por qué? Porque todos los demás hacen estar enfermo, pero éste hace librar el alma. Por esto los médicos lo llaman «el aprendizaje de la muerte», por cuanto el alma realiza al fin aquello que con el asma ha ensayado tantas veces.

¿Crees que describo así estas cosas muy contento de haber salido del trance? Si hallase alegría en esta liberación, como si fuese realmente la salud, obraría tan ridículamente como aquel que cree haber triunfado en un pleito porque ha obtenido una dilación. Sea como fuere, en pleno ahogo, no he dejado de reposarme en pensamientos alegres y valerosos.

«¿Por qué debe ser —me decía— que la muerte me experimenta tantas veces? Que lo haga, pero yo también la he experimentado mucho tiempo.» «¿Cuándo?», me dirás. Antes de nacer. La muerte es el dejar de ser. Harto sé lo que ello es: después de mí será como antes de mí. Si

algún tormento existe en el estado de muerte debería existir también en el estado de antes de nacer, cuando es bien cierto que no experimentábamos ningún malestar.

Di, ¿me tendrías por muy torpe si creyese que una lámpara es peor cuando está apagada que antes de haber sido encendida? También nosotros nos apagamos y nos encendemos: en lo que queda en medio padecemos alguna cosa, pero a uno y otro lado reina profunda imposibilidad. Pues nos equivocamos, o yo me engaño, querido Lucilio, cuando pensamos que la muerte sigue a la vida, cuando en realidad la precedió y la sigue. Todo el tiempo que hubo antes de nosotros fue como una muerte, pues ¿qué tiene más no comenzar que acabar, siendo el no ser el mismo efecto de ambas cosas?

Con estas exhortaciones y otras por el estilo —es claro que de pensamiento, porque de palabra no podía—, no cesé de hablarme; después aquel ahogo, que ya comenzaba a ser aliento, fue poco a poco dejando intervalos mayores, retardándose, hasta cesar. Pero, incluso cuando ya me hubo dejado, la respiración no me salió natural, pues la noté un poco dificultosa y tardía. Sea como fuere, mientras la angustia no me salga del alma.

Recibe de mí esta seguridad: en la hora postrera no temblaré, estoy preparado para ella, nunca aguardo pasar un día entero. Tú alaba e imita al hombre a quien no duele morir siéndole grata la vida; porque ¿qué virtud hay en salir de ella cuando nos lanza fuera? Con todo, puedo decir que tampoco en mí ha faltado virtud: es cierto que soy lanzado fuera de la vida, pero igualmente que si saliese por mi gusto. Por esto el sabio no es nunca lanzado fuera de la vida, pues ser lanzado fuera quiere decir ser expelido de donde estás contra tu voluntad, y el sabio no

hace cosa alguna de mala gana. Escapa a la necesidad, por el hecho de que el sabio quiere de buen grado aquello a que ella puede obligarle.

*La frugalidad puede prolongar la vejez, como le  
sucedió a Platón*

El mismo Platón alcanzó la ancianidad gracias a su atenta vigilancia. Ciertamente estaba dotado de gran salud corporal y de gran vigor, y que le dio renombre la anchura de su pecho, pero sus viajes por mar y los peligros a que se viera expuesto habían hecho disminuir en mucho sus fuerzas. Por otra parte, la sobriedad y la moderación en todo aquello que espolea a los apetitos, y una diligente solicitud de sí mismo, le condujo a la ancianidad a pesar de las causas que la dificultaban.

Pues supongo que sabes ya que murió el aniversario del día de su natalicio, habiendo cumplido ochenta y un años, sin faltarle un día. Por esta razón, unos magos que por aquel entonces se encontraban en Atenas le ofrecieron sacrificios, opinando que era de condición más que humana, por cuanto había alcanzado en su edad el número perfectísimo que resulta de multiplicar el nueve por nueve. No dudo que hubiese estado dispuesto a sacrificar algunos días de esta suma para liberarse de tales sacrificios.

La frugalidad puede alargar la vejez, la cual, por más que no la considera deseable, no la juzga rechazable. Es un placer permanecer consigo mismo la mayor cantidad posible de tiempo, cuando nos hemos hecho dignos de gozar de nosotros mismos; por tal razón es menester que decidamos ahora si precisa menospreciar los últimos años de la senectud y no esperar el fin, sino hacérselo uno mismo. No anda muy alejado de temer la muerte quien la

espera cobardemente, de la misma manera que podemos considerar en extremo dado al vino quien agota el ánfora bebiendo hasta dar con las heces.

Vamos a considerar ahora, sea como fuere, si la época postrera de la vida constituye las heces de ésta, o, al contrario, la parte más pura y más fluida, mientras el alma sea vigorosa, los sentidos ayuden a la inteligencia y el cuerpo no se encuentre desfallecido y muerto antes de hora, pues es harto diferente alargar la vida o alargar la muerte.

Pero si el cuerpo es inepto para sus oficios, ¿por qué no ha de ser preciso librar al alma de sus penas? Y, además, tal vez será menester hacerlo antes de lo debido, no sea el caso que cuando lo tengas que hacer no puedas; y resultando más peligroso vivir mal que vivir pronto, demuestra gran estulticia quien, por el precio de unos pocos días, no se rescata del peligro de una gran calamidad. Una prolongadísima senectud en pocos conduce a una muerte sin sufrimientos, pues muchos acaban yaciendo en una vida que ya no aprovecha; ¿cuánto más cruel no juzgas haber perdido un poco de vida que el derecho de acabar con ella?

No escuches de mal grado, como si este precepto te correspondiese ya, y pondera lo que voy a decirte: no abandonaré la vejez si ésta me conserva en mi integridad, entero en la mejor parte de mí; pero si comienza a cuartear mi entendimiento, a arrancar pedazos de él, si no me deja la vida, sino el aliento, saldré a escape de un edificio consumido y ruinoso.

No huiré de una enfermedad por el camino de la muerte, a menos que sea dolencia incurable y que ataque al espíritu. No me daré la muerte para escapar del dolor,

pues morir así es ser vencido. Pero si conozco que tengo que sufrirla perpetuamente, me marcharé; y no a causa de ella, sino porque me sería un estorbo para todo aquello que es el precio de la vida. Débil y cobarde es el que muere porque sufre: necio el que vive para sufrir.

Pero me extiendo demasiado: puede decirse que hay tema para todo un día, y ¿cómo podría poner fin a la vida quien no puede ponerlo a una carta? Ahí tienes, pues, el adiós, palabra que leerás de mejor talante que todas mis disquisiciones fúnebres.

*La buena disposición de Séneca para la muerte.  
Antes de llegar a viejo procuraba vivir bien; en la vejez  
procuro morir bien*

Acabemos de querer lo que queríamos; así pues, yo, de viejo, procuro rechazar las cosas que quise de niño. A esto tienden mis días y mis noches, ésta es mi obra, éste es mi pensamiento, dar fin a mis males inveterados. Me esfuerzo para que cada día sea para mí como toda una vida. Y ¡por Hércules! no me aferró a él como si fuera el último, pero, en verdad, lo contemplo como si también pudiese ser el último.

Te escribo esta carta en una tal situación de espíritu como si mientras la escribo tuviese que llamarme la muerte: estoy presto para salir, y por esto mismo gozaré de la vida, porque no me preocupa la mayor o menor duración que pueda alcanzar ésta en el futuro. Antes de llegar a viejo procuraba vivir bien; en la vejez procuro morir bien, y morir bien es morir de buen grado.

Esfuézate en no tener que hacer nunca nada a la fuerza, aquello que es forzoso para quien le repugna, no lo es en absoluto para quien lo quiere. Por esto te digo que quien acepta los mandamientos de buen grado, se libra de la parte más amarga de la esclavitud, o sea, de tener que hacer lo que no queremos. No es desgraciado quien hace una cosa por mandamiento, sino quien la hace por fuerza. Compongamos, pues, nuestro espíritu en forma que pueda querer cualquier cosa que se le exija, y en primer lugar que podamos pensar en nuestro fin sin tristeza.

Antes hemos de prepararnos para la muerte que para la vida. La vida anda bastante provista, pero nosotros vamos buscando ansiosamente provisiones para ella; nos parece que nos falta algo, y siempre nos parecerá así, ya que no son los años ni los días, sino el alma lo que hace que vivamos bastante. Yo he vivido, querido Lucilio, tal como convenía: bien saciado de vivir, aguardo la muerte.

*Sabiduría y serenidad ante la muerte. La vida no queda incompleta cuando se ha vivido honestamente*

Un viaje queda incompleto si te detienes a medio camino, o antes del lugar al cual te dirigías: la vida nunca queda incompleta si es honesta. Dondequiera que la acabes, si la acabas bien, queda cumplida. Muchas veces precisa incluso acabarla valerosamente uno mismo, y no por causas muy importantes, que tampoco lo son las que nos retienen.

No hay nadie tan ignorante que no sepa que un día u otro habrá de morir, pero cuando ve vecina la muerte le vuelve la espalda, tiembla y llora. ¿No te parecería el más necio de todos aquel que llorase por no haber vivido mil años atrás? Lo es igualmente aquel que llora por no vivir dentro de mil años. Una misma cosa es no haber existido antes que no existir después: uno y otro tiempo no nos pertenecen.

Has sido colocado en este punto del tiempo; si quieres ampliarlo, ¿hasta dónde lo ampliarás? ¿Por qué estos lloros? ¿Por qué estos deseos? Es trabajo en vano, como dijo la Sibila:

*Cesa de aguardar que tus súplicas dobleguen los decretos divinos.*

Son firmes e irrevocables, conducidos por una necesidad suprema y eterna: irás a donde van todas las cosas. ¿Por qué te viene de nuevo? Bajo esta ley has nacido; ésta fue la suerte de tu padre, la de tu madre, la de tus abuelos, la de todos los que te han precedido, la de todos los que te seguirán. Una cadena irrompible, que esfuerzo alguno lograría alterar, ata y arrastra todas las cosas.

¿Cuánta muchedumbre de mortales te arrastrará a la tumba? ¿Cuánta te acompañará? Tengo por cierto que serías más valeroso si contigo murieran muchos miles de hombres; pero muchos miles de hombres y de animales rinden su espíritu en el momento que tú lo rindes. ¿Y tú no pensabas que tenías que llegar algún día allí hacia donde en todo momento te encaminabas? No existe camino alguno que no tenga término.

Temes la muerte: pero ¿cómo querías menospreciarlo todo regalándote con guisos de sabrosas setas? ¿Quieres vivir? ¿Sabes cómo se hace? Temes la muerte. ¿Por ventura esta vida no es una muerte? Cierta vez que Calígula atravesaba la vía Latina, uno de entre un grupo de forzados, con una barba que le descendía hasta el pecho, le pidió la muerte. «¿Es que acaso vives?», le respondió César. He aquí lo que precisa responder a aquellos para los cuales la muerte sería un beneficio: «¿Temes la muerte? Pero ¿es que acaso vives?».

«Pero yo —dice uno— quiero vivir porque hago mucho bien: me separo con pena de los deberes de la vida, que cumplo con fidelidad y buen celo.» ¿Pero, qué? ¿Ignoras que morir es también uno de los deberes de la vida? No dejas ningún deber, porque los que tienes que cumplir no existen en número definido.

No existe ninguna vida que no sea breve si la comparas con la duración del Universo; resultan breves incluso la de Néstor y la de Satia, aquella mujer que hizo inscribir en su sepulcro que había vivido noventa y nueve años. He aquí una que se jactaba de su prolongada ancianidad; ¿quién habría podido resistirla si hubiese cumplido los cien años? La vida, lo mismo que la representación de un drama, no importa cuánto haya durado, sino la manera como haya

sido representada. Poco importa en qué momento se termina. Termine donde termine, sólo precisa que tenga un buen remate.

*Ante las perspectivas de la muerte. El estudio y la amistad como remedios de la enfermedad*

Los catarros que tan a menudo te atormentan y los pequeños accesos de fiebre que producen los resfriados prolongados y que ya se han hecho crónicos, me causan tanto mayor pena cuanto que yo he pasado también por esta especie de dolencias de las cuales no hacía caso al principio, ya que mi juventud podía entonces soportar sus acometidas y comportarse valientemente ante los achaques. Más tarde he tenido que sucumbir y he llegado a tal situación que me he ido agotando hasta llegar al más extremado enflaquecimiento.

Muchas veces sentí el impulso de quitarme la vida; pero me contuvo la ancianidad del más tierno de los padres, porque consideraba, no la fortaleza con que yo era capaz de morir, antes la que él no tendría para soportar la añoranza de no poseerme. Así pues, me impuse el deber de vivir, ya que, a veces, aun el propio vivir es una prueba de valor.

Te diré ahora lo que entonces me trajo consuelo, anunciándote por anticipado que estos consuelos obraron en mí como verdaderas medicinas. Los esparcimientos honestos pueden convertirse en medicinas, ya que todo aquello que levanta el espíritu aprovecha también al cuerpo: nuestros estudios me fueron favorables. Atribuyo a la filosofía mi restablecimiento, el retorno a la salud: le debo la vida, la menor de las cosas que debo agradecerle.

Mucho contribuyeron a mi curación los amigos, las exhortaciones, las veladas y conversaciones con las cuales me procuraban solaz. Nada recupera y conforta tanto a un

enfermo, oh Lucilio, el mejor de los hombres, como el afecto de los amigos; nada le sustrae tanto a la espera y al temor de la muerte. Yo no creía morir dejando a ellos supervivientes. Pues yo calculaba que no viviría con ellos, sino para ellos: no me parecía que rendía el espíritu, sino que se lo transmitía. Esto fue lo que me inspiró la decisión de ayudarme a mí mismo y de soportar cualquier sufrimiento; pues sería una gran miseria no tener el valor de vivir cuando se ha abandonado la resolución de morir.

Confíate, pues, a estos remedios. El médico te indicará cuánto has de caminar, cuánto ejercicio tienes que hacer: te prescribirá que no te entregues a la pereza, tendencia de toda salud en declive, que leas en voz alta y que te ejercites en la respiración, las vías de la cual hacia el pecho están enfermas, que navegues a fin de mecer suavemente tus entrañas; te indicará qué alimentos tienes que tomar, cuándo tienes que emplear el vino para fortificarte, y cuándo lo tienes que abandonar del todo para que no te irrite y provoque la tos. Lo que yo te prescribo es un remedio no sólo contra este mal, sino contra todos los de la vida: el menosprecio de la muerte. Cuando le hemos perdido el miedo, no hay tristeza posible.

La enfermedad tiene tres cosas agobiantes: el miedo a la muerte, el dolor del cuerpo, la interrupción de los placeres. De la muerte ya hemos hablado bastante: sólo te diré que no es la enfermedad, sino la Naturaleza, lo que nos hace tener miedo. Para muchos la enfermedad fue un aplazamiento de la muerte, y el parecer de que pronto iban a morir fue para ellos la salvación.<sup>12</sup> Morirás no porque estés enfermo, sino porque estás vivo. Este paso te aguarda aun estando bueno y sano, pues cuando recobras la salud no te escapas de la muerte, sino de la dolencia.

Volvamos ahora a las molestias propias de la enfermedad: nos aporta grandes sufrimientos, pero los intervalos los hacen tolerables. Por la razón de que la extrema intensidad del dolor conduce al fin, no es posible que nadie sufra mucho y por mucho tiempo: la Naturaleza ha dispuesto, con gran amor hacia nosotros, que el dolor sea breve o soportable.

Los dolores más grandes residen en las partes más enjutas del cuerpo: los nervios, las articulaciones y todos los órganos de poco grosor sufren muy vivamente cuando tienen que encerrar el mal dentro de su estrechez. Pero no cuando estas partes se marchitan pierden la sensación de dolor, sea porque el espíritu vital, impedido en su curso ordinario, degenera y pierde su fuerza, con la que nos anima y despierta el sentido, sea porque el humor vital, no teniendo dónde expansionarse, se disipa y destruye la sensibilidad de los órganos que congestionaba.

Así, el reuma de pies y manos y todos los dolores de las vértebras y de los nervios reposan de tanto en tanto cuando han embotado los órganos que atormentaban: su primera punzada es muy dolorosa; un ataque más largo, la propia duración lo calma, y todo dolor termina en entumecimiento. El dolor de muelas, de ojos y de oídos es agudísimo porque nace en partes del cuerpo muy estrechas, y no lo son, ¡por Hércules!, menos que el dolor de cabeza. Si es un dolor más vivo, también termina muy pronto en aturdimiento e insensibilidad.

El consuelo del dolor de los grandes sufrimientos es, pues, que pronto dejarás de sentirlos si los sientes demasiado. Y lo que hace desgraciado al vulgo grosero en los padeceres corporales es que no anda acostumbrado al contentamiento del espíritu, antes se ha entregado

demasiado al cuerpo. Por esto el varón grande y prudente levanta el alma por encima del cuerpo y se ocupa mucho en su parte mejor y divina y sólo lo necesario en la parte gimiente y frágil.

«Pero es cosa molesta —dirían— andar falto de los acostumbrados placeres, abstenerse de comer y beber, y padecer hambre.» Los primeros días de aquella prueba son penosos, pero después el deseo va languideciendo a medida que sus órganos se fatigan y desfallecen; pronto viene la falta de avidez del estómago, y la repugnancia por los manjares antes tan codiciados. Los propios deseos llegan a morir, y entonces ya no resulta doloroso pasar necesidad de aquellas cosas que no deseas.

Añade que no existe dolor que no tenga interrupciones o, en todo caso, alivios. Y, además, que puedes prevenir su llegada y resistirlos con preventivos, pues siempre vienen precedidos de síntomas, especialmente los que acostumbran volver. El sufrimiento de la enfermedad es tolerable cuando es menospreciado el mal más grande de los que amenazan.

No agraves tus males, ni hagas más difícil la situación con tus quejas, pues el dolor es leve si la preocupación no le añade nada. Al contrario, si te das ánimo diciéndote: «No es nada, o por lo menos es cosa leve; resistamos, ya se acabará», entonces, creyendo ligera tu dolencia, haces que lo sea. Todo depende de la opinión que de un mal se tiene; no sólo la ambición, la lujuria, la avaricia se conforman a ella, sino que también el dolor la tiene por medida. Cada hombre es tan desgraciado como cree serlo.

Me parece que sería menester suprimir aquellas lamentaciones que hacemos por los sufrimientos pasados, todas aquellas expresiones: «¡Nunca nadie ha sufrido

cosas peores, qué tormentos, qué suplicios! Nadie creía que yo saliese de aquel trance. ¡Cuántas veces me han llorado los míos por muerto; cuántas veces me han desahuciado los médicos! No han sufrido tales tormentos aquellos a quienes atan al potro». Aun siendo cierto todo ello, ya pasó. ¿De qué sirve volver a los sufrimientos pasados y ser infeliz porque tiempo atrás lo fuimos? ¿Por qué tiene que suceder que la gente exagere en mucho sus males y se engañe a sí misma? Por otra parte, aquello que fue un suplicio cuando lo sufrimos, cuando ya pasó se torna agradable, pues es natural que nos gocemos del fin de los males propios. Existen dos cosas que es menester cortar: el temor a lo futuro y la memoria de las molestias pasadas: éstas ya no me atañen, aquél aún no.

Y el que se encuentre en medio de las dificultades debe decir:

*Tal vez en tiempos venideros me placera recordarlo.*

Luche contra ellas con toda el alma: si cede será vencido; pero vencerá si se rebela contra su dolor. Lo que muchos hacen es atraer sobre sí la ruina a la cual tienen que resistir. Esto que te oprime, que te pesa, que te hunde, si quieren sustraerte a ello te andará siguiendo y te gravará con mayor rigor; si, al contrario, te mantienes firme y pretendes resistir, conseguirás alejarlo.

¿Cuántas heridas reciben los atletas en la cara y cuántas en todo el cuerpo? Sea como fuere, soportan todos los tormentos por anhelo de gloria, y sufren estas cosas, no sólo porque luchan, sino para poder luchar: el propio ejercicio es un tormento. Superémoslo nosotros también todo; nosotros que por premio no aguardamos una corona, ni una palma, ni que una trompeta imponga silencio antes de proclamar nuestro nombre, sino la

virtud, la firmeza del ánimo y la paz ganada para el resto de nuestros días, si en algún combate hemos conseguido vencer de una vez a la fortuna.

«Pero siento un dolor muy grave.» ¿Pues, qué? ¿No lo sentirás si lo soportas afeminadamente? De igual manera que el enemigo es más peligroso para los que escapan, así toda molestia de la fortuna aflige más a quien cede y quiere huir. «Pero es cosa que oprime.» ¿Y qué? ¿Es que nosotros somos fuertes para llevar sólo cargas leves? ¿Quieres que la enfermedad sea larga, o violenta y corta? Si es larga, tiene momentos de descanso, da lugar a algún respiro, nos hace merced de muchos momentos, y será menester que acabe tal como ha venido; la enfermedad breve y precipitada realiza dos cosas: o se extingue, o te extingue. ¿Y qué importa más, que acabe ella o que acabe yo? En ambas cosas el sufrimiento terminará.

También es provechoso distraer el alma en otros pensamientos, apartándola de pensar en el dolor. Recuerda tus actos de virtud y tus actos de valor; considera el aspecto bueno de tu vida; solaza tu memoria en las cosas que más has admirado. Entonces evoca los varones fortísimos y vencedores del dolor: aquel que mientras se hacía cortar las varices seguía leyendo un libro; aquel que no cesó de reír mientras sus verdugos, indignados por estas mismas risas, ensayaban en él todos los instrumentos de la crueldad: ¿y no será el dolor vencido por la razón si lo fue por la risa?

Ya puedes ahora andar diciendo lo que quieras; catarros, tos violenta y continua que arranca los pulmones, fiebre que reseca las entrañas, sed, articulaciones torturadas por un mal que las desencaja: mucho más que todo esto es el fuego y el potro y las

planchas calientes, y el hierro hundiéndose en las heridas inflamadas, a fin de renovarlas y hacerlas más profundas. Con todo, ha habido quien entre tales tormentos no se ha quejado; y más aún, no ha implorado; y más aún, se ha negado a responder; y más aún, se ha reído y de buena gana. ¿Después de esto harás caso del dolor?

«Pero la enfermedad —dices— no me deja hacer nada, me ha separado de todas mis ocupaciones.» La enfermedad afecta a tu cuerpo y no a tu alma. La enfermedad detiene los pies del corredor, pone impedimento a las manos del zapatero y del artesano; si estás acostumbrado a hacer trabajar la inteligencia, aconsejarás y aleccionarás, y aprenderás, investigarás y recordarás. ¿Pues, qué? ¿Piensas no hacer nada siendo un enfermo que no pierde el propio dominio? Demuestra que la enfermedad puede ser superada, o por lo menos soportada.

Créeme, también en una cama hay lugar para la virtud. No sólo las armas y los combates revelan un alma valerosa e intrépida ante el terror: un varón fuerte se conoce incluso en el vestido. Tienes por delante una buena tarea: luchar bravamente con la enfermedad. Si no te hace hacer nada ni por fuerza ni por ruegos, das un insigne ejemplo, ¡Oh, qué gran ocasión tendríamos de alcanzar gloria, si en las enfermedades tuviésemos espectadores! Contéplate tú mismo, alábate tú mismo.

Por otra parte, existen dos clases de placeres. La enfermedad no nos priva de los corporales, no nos los aparta para siempre: antes bien, si lo consideras con atención nos los despierta. La bebida agrada más al que tiene sed; los manjares, al que tiene apetito: todo placer conseguido después de una abstinencia es aceptado con

mayor avidez. Pero los placeres del espíritu, mayores y más seguros que los otros, no son prohibidos por ningún médico: quien los busca y los conoce bien menosprecia todas las blanduras de los sentidos.

«¡Oh desdichado enfermo!» ¿Por qué? ¿Porque no funde la nieve sobre el vino? ¿Porque no renueva el frescor de su bebida dejando caer trozos de hielo en la ancha copa donde ha sido combinada? ¿Porque no le abren en la mesa las ostras lucrinas?<sup>13</sup> ¿Porque no circula en sus cenas la turba de cocineros conduciendo los guisos en los mismos hornillos? Pues nuestro hijo ha inventado ya estas cosas: a fin de que los guisos no se enfríen y no resulten poco calientes para el paladar ya embotado, junto con la cena entra la cocina.

«¡Oh infeliz enfermo!» Sólo comerá aquello que pueda digerir; no extenderán delante de él un jabalí, que ha sido retirado de la mesa por ser carne demasiado grosera, ni amontonarán en su plato pechugas de aves, porque sería demasiado empalagoso verlas enteras. ¿Qué daño se te hace? Cenarás como un enfermo; mejor dicho, cenarás, por fin, como un hombre sano.

Pero nosotros soportamos fácilmente el caldo y el agua caliente y todo aquello que resulta intolerable a los viciados que se regalan a todo lujo, más enfermos de alma que de cuerpo, ya que nosotros hemos dejado de tener horror a la muerte. Y dejaremos de tenérselo si conocemos los límites de los bienes y de los males, puesto que entonces ni la vida será desabrida ni temible la muerte.

Pues el tedio no puede recaer en una vida que medita cosas diversas y grandes y divinas; y al odio de ella misma sólo le conduce la vagancia del ocio. A quien explora la

Naturaleza nunca la verdad podrá causarle enojo: son las falsedades las que empalagan.

Por otra parte, si la muerte se le acerca y le llama, ni que sea prematura, ni que venga a segar una vida a media edad, ya ha podido saborear el fruto de una existencia larguísima. Él conoce en gran parte la Naturaleza y sabe que la honestidad no crece en razón del tiempo; pero los que miden la vida por los placeres vanos, y como a tales faltos de medida, por fuerza tienen que encontrar la vida breve.

Reconfortate con estos pensamientos y dedica de vez en cuando un poco de tu tiempo a nuestras cartas. Tiempo vendrá que nos juntará de nuevo y nos refundirá en uno. Por corto que este tiempo haya de ser, lo prolongará la ciencia de usarlo bien. Porque, como dice Posidonio: «Un día del hombre instruido dura más que la vida más larga de los ignorantes».

Mientras, afirmate en este principio, aférrate a él: no sucumbir ante las adversidades, no confiarse a las alegrías, no perder nunca de vista los caprichos de la fortuna, ya que ésta nos hará todo lo que pueda hacernos. Aquello que es esperado desde largo tiempo nos ataca más levemente.

*Vivamos cada día con plenitud ante la inminencia de la muerte*

Cada día, cada hora, nos revela la nada que somos y viene a recordarnos con nuevo testimonio nuestra olvidada fragilidad: entonces, si meditamos las cosas eternas, nuestras miradas tendrán que dirigirse a la muerte. ¿Me preguntas qué significa este comienzo? Tú conocías a Seneción Cornelio,<sup>14</sup> caballero romano magnífico y servicial; de origen humilde, se elevó por sus propias fuerzas y llegó a tener abierto el camino de las más altas dignidades. Pues las dignidades crecen más fácilmente que comienzan.

También el dinero es más perezoso en venir a nosotros cuando somos pobres; cuando ya nos ha sacado de la pobreza, ya no se aparta de nosotros. Seneción estuvo a punto de poseer grandes riquezas, a las cuales le conducían dos virtudes eficacísimas: el arte de adquirirlas y el de guardarlas, una sola de las cuales habría bastado para enriquecerle.

Este hombre dotado de gran sobriedad, tan atento a su patrimonio como a su salud, aquella mañana me había visitado como de costumbre, había asistido todo el día y parte de la noche a un amigo enfermo y desahuciado, y después de haber cenado alegremente, sufrió el ataque de una dolencia fulminante, la angina, que, apretándole la garganta, lo tuvo agonizando hasta la madrugada. Hete, pues, que luego de pocas horas de haber cumplido con los oficios de un hombre sano y robusto, falleció.

Él, por cuyas manos había pasado tanto dinero, que no habiendo dejado intacta ninguna suerte de negocios había intentado también los públicos, entre las corrientes de riquezas que a él afluían, fue arrebatado de entre nosotros. «Ahora, Melibeo, injerta los perales; ahora dispone en orden las cepas.», recordemos las palabras del personaje de Virgilio.

¡Qué locura es que haga planes para una larga vida quien no es dueño ni del mañana! ¡Qué gran demencia son las largas esperanzas de los hombres emprendedores! «Compraré y edificaré, pondré dinero a rédito, cobraré, me encargaré de cargos honoríficos —dicen tales hombres—, y, entonces, por fin, fatigado de tantos trabajos y cargado de días, ¡pasaré una tranquila ancianidad!»

Harto debes creermelo cuando digo que todo anda lleno de incertidumbre, aun para los hombres afortunados; nadie puede prometerse cosa alguna en el futuro, pues aquello mismo que poseemos se nos escapa de las manos, y aun la hora que nos sirve de sostén nos la corta el azar. El tiempo se desarrolla según leyes fijas, pero que quedan en la oscuridad: ¿qué me importa que sea cierto para la Naturaleza aquello que es incierto para mí?

Nos proponemos largas travesías y un lejano retorno a la patria, después de haber recorrido playas extranjeras; nos prometemos campañas militares y las remotas recompensas de los méritos de guerra, gobiernos de provincias y ascensos de cargos, y, mientras, llevamos la muerte a nuestro lado, en la cual sólo pensamos en la persona de los demás, de donde proviene que los ejemplos de mortalidad, que tan a menudo podemos observar, no nos causen más que una primera sorpresa.

Y ¿qué cosa más necia que admirarse de algo que cada día puede suceder? Nuestro término queda bien firme donde lo ha fijado la inexorabilidad del destino, pero ninguno sabe a qué distancia nos encontramos de aquél. Es menester, pues, que dispongamos de nuestra alma como si hubiésemos llegado a nuestro fin. No aplacemos nada: saldemos cada día nuestras cuentas con la vida.

El mayor mal de ésta es que siempre es incompleta, que siempre nos reservamos una parte para el futuro. Aquel que cada día sabe dar a su vida el último golpe de mano, no necesita tiempo. Es de esta falta de tiempo de donde nace el temor al futuro y el afán de alcanzarlo que nos roe el alma. Nada tan lleno de miseria como la duda sobre la manera como acabarán las cosas que nos acontecen: cuán larga será mi vida, cuánto de ella me queda y qué cualidad tendrá. He aquí lo que agita a nuestra inquieta alma con inacabables terrores.

¿Cómo podremos escapar a esta tortura? Sólo un medio existe: no calcular muy larga nuestra vida, antes concentrarla; porque si el futuro mantiene en suspenso nuestro ser, es porque nuestro presente es inútil. Pero cuando ha cumplido todo lo que debía, cuando el alma llena de firmeza sabe que entre un día y un siglo no existe diferencia alguna, podremos contemplar desde una magnífica altura todos los días y todas las cosas que tienen que venir y sólo pensaremos con gran ironía en la copia de años. ¿Cómo podría perturbar a nuestra alma la variedad e inconstancia de los azares, si se siente firme contra las cosas inseguras?

Apresúrate, pues, querido Lucilio, a vivir, y ten cada día por toda una vida. Quien se halle con el ánimo dispuesto de esta suerte, quien cada día viva toda su vida, se sentirá

seguro; los que viven de esperanzas, ven caer el tiempo en cuanto llega, y les invade el temor y la avidez de la muerte, sentimiento miserable y que torna miserables todas las cosas. De aquí nace aquel vergonzosísimo deseo de Mecenas, que no habría rehusado ni la mutilación ni la deformidad, ni tan sólo el tormento de la cruz, si estas calamidades tuviesen que prolongarle la vida:

*Que me vuelva manco,  
que sea cojo de un pie,  
ponme una joroba en la espalda,  
que se me meneen los dientes;  
mientras me quede la vida todo lo acepto;  
aun colgado de una torturante cruz  
desearía conservar la vida.*

Aquello que si sucediese representaría la mayor desventura, es deseado; se pide la prolongación del suplicio, como si esto fuese la vida. Yo le consideraría ya harto despreciable si quisiera vivir hasta llegar a la cruz. «Pero, tú —dice— mutilame, si quieres, mientras en el cuerpo maltrecho e inútil permanezca el espíritu; córtame los miembros, mientras este ser monstruoso y desfigurado pueda disponer aún de un poco de tiempo; querría vivir, aunque me hicieses estar sentado sobre un palo puntiagudo.» ¿Vale la pena de pisar la propia herida y de ser colgado en un patíbulo con los brazos extendidos, sólo para aplazar el mayor bien que puede haber entre los males, es decir, el final de los suplicios? ¿Vale la pena respirar para expirar?

¿Qué desearías para éste, sino unos dioses condescendientes? ¿Qué significa el vergonzoso afeminamiento de esos versos y el pacto con la más

desdeñosa de las torturas? ¿Qué viene a ser ese andar mendigando tan bajamente la vida? ¿Crees que Virgilio dijo para éste aquel verso suyo:

*¿Hasta ese extremo es lamentable el morir?*

Se desea el mayor de los males y el más difícil de soportar, ser crucificado y sostenido en una cruz. ¿Para qué recompensa? Para alargar la vida. Pero ¿qué vida es una muerte prolongada?

¿Ha sido posible encontrar a un hombre que quiera languidecer entre suplicios y morir miembro a miembro, vertiendo gota a gota la vida que podría exhalar de una vez; ¿un hombre que, clavado en el leño de desventura, ya desfalleciente y desfigurado, y oprimido el pecho y las espaldas por un tumor repugnante, temiendo, sin la cruz, muchas causas de muerte, quiera arrastrar aún su alma que ya arrastra consigo tantas torturas? ¡Y todavía me negarás que la necesidad de morir es un gran beneficio de la naturaleza!

No pocos estarían dispuestos a pactos aún mucho peores: a traicionar a un amigo para vivir más tiempo, a entregar sus hijos para ser violados con tal de ver durante más tiempo la luz, conocedora de tantos crímenes. Es menester librarse del deseo de vivir, y aprender que no tiene importancia el tiempo en que hayas de padecer aquello que es preciso que padezcas alguna vez. Lo que importa no es que vivas mucho, sino que vivas bien; y a menudo vivir bien consiste en no vivir mucho.

## IV

### LA MUERTE

Desde que nacemos caminamos hacia la muerte. La muerte llega por igual a todos los hombres. Alcanzó a los más grandes y poderosos. Siendo el último de ellos, la muerte no puede ocasionarnos grandes males. Debiéramos temerla si se quedara junto a nosotros, pero una de dos: o nos alcanzará, o pasará. La mayoría oscila entre el miedo a la muerte y los tormentos de la vida, y no quieren vivir, pero no saben morir. Debemos procurarnos una vida agradable sin preocuparnos por ella: sólo es útil verdaderamente aquel bien para cuya pérdida estamos preparados. Partir con espíritu sereno, cuando se acerca la hora inevitable, exige largo aprendizaje.

Es tan necio quien teme la muerte como quien teme la vejez, porque, así como la vejez sigue a la juventud, la muerte sigue a la vejez. Se niega a vivir quien se niega a morir. Si hemos de temer la muerte, hemos de temerla siempre, pues todos nuestros momentos están tocados por ella: la vida nos ha sido concedida con su limitación, y, en el curso de nuestra existencia, ella misma se ejerce como una sucesión de vida y de muerte: nacemos muriendo y vivimos muriendo.

Hemos de vivir haciendo el aprendizaje de la muerte. Morir más pronto o más tarde no es la cuestión: es morir bien o mal. Cada cual debe hacer su vida aceptable a los demás; su muerte, a sí mismo. Ésta, que tanto nos asusta y que rechazamos, interrumpe la vida, no la arrebat. En nuestro mundo nada se extingue, todo perece y vuelve y se levanta. La muerte es ese estado de transición para que todo vuelva a revivir.

Séneca lloró en exceso la muerte de su amigo Anneo Sereno, pensando que era más joven que él, como si los hados tuvieran en cuenta la edad. La muerte de un amigo es la mayor de todas las pérdidas, pero el dolor excesivo en el duelo de su muerte puede implicar cierta vanidad, aunque nada quita que la congoja tenga también su placer. Debemos mostrarle nuestro afecto al amigo en vida, no en la muerte, pues no sólo ésta nos lo quita: también la vida lo hace a cada rato. Aunque la muerte nos los haya quitado, una gran parte de los que hemos querido se queda con nosotros: el tiempo pasado es nuestro, y nada está en lugar más seguro que lo que ya ha sido.

*El temor a la muerte nos distrae de la realización de la vida. Desde que nacemos caminamos hacia la muerte*

Persevera tal como has comenzado y apresúrate tanto como puedas a fin de poder gozar por más tiempo de un alma en trance de enmienda y buen orden. Ciertamente, hallarás elevado placer tanto durante la enmienda como durante la ordenación; pero es bien otra la delectación que podrás gustar al contemplar el alma resplandeciente y libre de toda mancha.

Seguramente debes recordar todo el gozo que experimentaste cuando, dejando la pretexto, tomaste la toga viril y fuiste conducido al Foro; pero te aguarda otro harto mayor cuando abandones un alma pueril y la filosofía te inscriba entre los varones. Porque no es la infancia lo que nos queda, sino algo más grave, la puerilidad. Y lo peor es que tenemos la autoridad de los ancianos y los defectos de los mozos, y no sólo de los mozos, sino de los niños: aquéllos se asustan por cosas leves; éstos, por cosas falsas; nosotros, por unas y otras.

Únicamente precisa que vayas avanzando para comprender que ciertas cosas son menos terribles por lo mismo que inspiran mucho pavor. No es grande mal aquel que es el mal último. La muerte se te avecina; deberíamos temerla si pudiese permanecer con nosotros, pero, por necesidad, o no llega, o pasa.

«Es cosa difícil —me dices— conducir el alma a tal desprecio de la vida.» ¿No te has percatado por qué causas tan frívolas se las desprecia? Uno se ha colgado de una cuerda ante la puerta de su amiga, otro se ha

precipitado de un tejado abajo para no oír las malhumoradas reprimendas del amo, otro se clava un puñal en las entrañas por miedo a que le hagan volver de su huida; ¿no crees que pueda lograr la virtud aquello que obtiene un desmesurado temor? Nadie puede gozar de una vida segura si se preocupa demasiado de prolongarla, si entre las mayores venturas cuenta la de conocer muchos consulados.

Medita esto cada día, para que puedas abandonar con serenidad la vida, esa vida a la cual tantos se abrazan y agarran desesperadamente, igual que aquellos que arrastrados por la corriente del agua se agarran hasta de las rocas y abrojos. Los más fluctúan miserablemente entre el temor de la muerte y los tormentos de la vida sin querer vivir ni saber morir.

Hazte, pues, agradable la vida abandonando toda preocupación por causa de ella misma. Sólo logramos gozar en la posesión de aquellos bienes a cuya pérdida nuestra alma se siente dispuesta, y de cosa alguna es tan fácil la pérdida como de aquella que una vez perdida no puede ser añorada. Exhórtate, pues, y hazte fuerte contra aquellos golpes que pueden acometer aun a los más poderosos.

Un pupilo y un eunuco decidieron la sentencia de muerte de Pompeyo; la de Craso, un parto insolente y cruel; Calígula mandó a Lépido que presentase su cabeza al tribuno Dectro, pero él la presentó a Querea; y a nadie encumbró tanto la fortuna que no le amenazase tantos males como había tenido en su mano hacer. No confíes en la calma de hoy: el mar se revuelve de pronto y engulle los navíos en el mismo lugar donde se habían solazado aquella misma mañana.

Piensa que un ladrón, un enemigo, pueden colocarte el puñal sobre el pecho; que, a falta de un poder superior, no existe ningún esclavo que no sea árbitro de tu vida y tu muerte. En verdad, todo aquel que menosprecia su vida es señor de la tuya. Recuerda los ejemplos de aquellos que fueron muertos en insidias domésticas, ya por declarada violencia, ya por engaño, y alcanzarás a comprender que no fueron menos los que cayeron bajo la ira de los esclavos que bajo la de los reyes. ¿Por qué razón te preocupa, pues, el poder que pueda tener aquel a quien temes si no existe nadie que no pueda realizar el daño por el cual le temes?

Si acaso vienes a dar en manos de enemigos, el vencedor te conducirá a la muerte: o sea, a aquello hacia lo cual siempre has sido conducido. ¿Por qué te engañas a ti mismo y no te das cuenta hasta ahora del peligro que siempre has estado corriendo? Yo te digo que desde que naciste caminas hacia la muerte. Estos pensamientos y otros semejantes hemos de meditar en nuestro corazón si queremos aguardar con placidez aquella hora postrera, el temor a la cual presta angustia a todas las demás.

Pero, y para terminar la carta, recibe la máxima que hoy me ha complacido retener, cogida también en ajeno jardín: «Gran tesoro es la pobreza atemperada por ley de la Naturaleza». ¿Y sabes qué nos impone esta ley de la Naturaleza? No padecer hambre, no padecer sed, no padecer frío. Para librarnos del hambre y de la sed no precisa que andemos asediando el umbral del poderoso, no es menester soportar grandes desdenes, ni deshonrosas protecciones, ni aventurarse por los mares, ni huronear en los campamentos. Lo que la naturaleza reclama es asequible y fácil de hallar.

Es andando en busca de cosas superfluas cuando hallamos fatigas y afanes; lo suficiente está al alcance de la mano. Es rico quien de buen grado se acomoda con la pobreza.

*Cómo debemos esperar la muerte. A propósito del  
ejemplo del historiador Aufidio Baso*

He visto a Aufidio Baso, historiador varón excelente, maltratado por la vejez, luchando con ella. Pero tal carga es ya demasiado pesada para que el buen hombre pueda levantarse; encima de él se amontona la vejez con todo su enorme peso. Ya sabes que él siempre tuvo el cuerpo enfermizo y débil. Durante mucho tiempo supo mantenerlo y, para decirlo así, supo componerlo, hasta que de súbito se hundió.

Así como en una nave que hace agua se puede tapar la primera y la segunda vías, pero cuando revienta y cede por muchos lugares la embarcación se hunde sin socorro posible, asimismo en el cuerpo del hombre la flaqueza senil puede ser sostenida y apuntalada por algún tiempo. Pero cuando toda juntura se deshace, como en todo edificio ruinoso, y mientras se repara una cosa se descompone otra, es menester hallar una salida.

Pero nuestro Baso mantiene el espíritu gozoso. He aquí un don de la filosofía: mostrarse sonriente a la vista de la muerte, fuerte y alegre ante cualquier situación del cuerpo, sin mostrar desfallecimiento, aunque el cuerpo desfallezca. Quien es gran piloto navega aun con la vela rasgada, y aun desarbolado compone los restos de la nave para seguir la ruta. Esto es lo que vemos en nuestro Baso, que aguarda la muerte con tal valentía y serenidad como si se tratara de la de otro, que lo tendrías por indiferencia excesiva.

Gran cosa es ésta, Lucilio, y que exige largo aprendizaje: cuando llegue aquella hora inevitable, debemos retirarnos con alma serena. Otros tipos de muerte presentan una mezcla de esperanza: la enfermedad cesa, el incendio se apaga, el hundimiento deja simplemente en tierra aquellas cosas que parecía que iba a aplastar; el mar, con la misma fuerza que los engullía, nos trajo sin daño a los que había arrastrado; el soldado retira la espada del cuello del que iba a degollar; pero el que es conducido a la muerte por la vejez no abraza esperanza alguna. Sólo para éste queda cerrada toda intercesión. Es la manera más dulce de morir, pero también la más larga.

Nuestro Baso me daba la impresión de que él mismo se enterraba, y se hacía los funerales, y aguantaba sabiamente su añoranza. Pues nos anda diciendo muchas cosas de la muerte y se esfuerza sin cesar en persuadirnos de que, si este negocio implica algún temor o algún sufrimiento, es defecto del moribundo, no de la muerte, pues en ella no hay más molestia que después de ella.

Y que es tan insensato quien teme lo que no ha de padecer como el que teme lo que no ha de sentir. ¿Existe por ventura alguien que imagine que vaya a sucedernos algo cuando ya no sentiremos nada? «De tal manera —nos dice— anda la muerte exenta de todo mal, que aparece libre aun de todo temor de mal.»

Bastante oí que estas cosas se han dicho muchas veces, y que seguirán diciéndose por mucho tiempo todavía, pero nunca me hicieron tanto provecho, ni cuando las leía ni cuando las oía a otros, gente que negaba que fuesen temibles cuando aún las veían de lejos; pero este hombre ha ejercido sobre mí mayor autoridad por cuanto me hablaba desde la proximidad de la muerte.

Pues yo te diré lo que pienso: creo más valeroso al que se halla próximo a la muerte. Porque la muerte ya presente, hasta al rústico presta una especie de valor para no intentar evitar lo inevitable. Así, el gladiador más atemorizado durante la lucha presenta el cuello al adversario y dirige la espada que torpemente no acierta. Pero cuando la muerte se nos va acercando y ciertamente tiene que llegar, exige una firmeza tenaz, cosa mucho más rara y que sólo puede pedirse del sabio.

Yo le escuchaba de buen grado, pues, como exponía sus opiniones sobre la muerte, juzgaba cuál debía ser la naturaleza de aquél, un hombre que había visto la muerte tan cercana. Me imagino que ante ti tendría más crédito y más peso uno que volviese a la vida y contase cómo la muerte no le había producido ningún dolor; pero qué perturbación ocasiona la proximidad de la muerte te lo podrán decir mejor que nadie aquellos que se encontraron delante de ella, que la vieron venir y la acogieron.

Entre éstos puedes contar a Baso, el cual no quiso que anduviéramos engañados; él nos dijo que es tan necio temer la muerte como temer la vejez, pues así como la vejez sigue a la juventud, la muerte sigue a la vejez: quien no quiere morir no quiere vivir. Ya que la vida nos ha sido dada bajo la condición de la muerte y a la muerte nos conduce. Temerla es propio de un demente, porque las cosas ciertas se esperan, las dudosas se temen.

La muerte es una necesidad igual e ineludible para todos; ¿quién puede quejarse de encontrarse bajo una condición que alcanza a todo el mundo? El elemento principal de la equidad es la igual; pero es trabajar en vano tomar la defensa de la Naturaleza, la cual no quiso

que nuestra ley fuese distinta de la suya: todo lo que la Naturaleza compone, lo descompone luego, y todo lo que descompone, lo vuelve a componer.

El hombre que ha sido lo bastante afortunado para verse despedido suavemente por la vejez, en lugar de arrancado de súbito a la vida; el hombre que ha podido retirarse de la vida paso a paso, ¿no es cierto que ha de dar gracias a todos los dioses de haber llegado bien rico de días a aquel reposo necesario a todos, agradable para el fatigado? Encontrarás hombres que desean la muerte más de lo que suele anhelarse la vida. No sabríamos decir si nos infunden más valor los que reclaman la muerte o los que la esperan sosegados y sonrientes, ya que aquéllos obran a menudo en un transporte de furia o en una indignación súbita, y éstos con la calma de un seguro buen juicio. Hay quien va a la muerte airado, pero sólo la recibe con una sonrisa aquel que se ha preparado largo tiempo para semejante trance.

Reconozco, pues, que he visitado con harta frecuencia a este hombre que me es tan caro, y que lo he hecho por más de un motivo; quería saber si lo encontraría siempre igual, si con sus fuerzas físicas no decaería su vigor de espíritu, el cual empero crecía del mismo modo como se acrecienta la alegría del corredor cuando se acerca al séptimo estado y a la palma.

Él decía, obediente a los preceptos de Epicuro, que aguardaba, en primer lugar, que el postrer suspiro no tuviese nada de doloroso, y que, si en la muerte alguna cosa hubiera que lo fuese, traería consuelo en su misma brevedad, pues no hay ningún gran dolor que sea de larga duración. Por otra parte, que también le consolaría en aquella separación del alma y del cuerpo, ni aunque fuese

dolorosa, el pensamiento de que después de ella todo dolor sería imposible. Él tenía por cierto que el alma del anciano se halla ya a flor de labios, y que sin gran violencia se separaría del cuerpo. «El fuego, cuando ha prendido en materia apta para alimentarlo, tiene que ser extinguido con agua, y aun con el hundimiento del lugar donde arde; pero cuando le falta materia que lo alimente, se apaga por sí solo.»

De buen grado escucho, querido Lucilio, estas cosas, porque me ponen delante de un hecho presente. ¿Pues, qué? ¿Por ventura no has visto a muchos quitarse la vida? Ciertamente los he visto, pero merecen más respeto a mis ojos los que van a la muerte sin odio a la vida, que aceptan la muerte sin buscarla.

Sea como fuere, él decía que es culpa nuestra si experimentamos aquel tormento, porque temblamos cuando vemos la muerte cerca de nosotros; porque ¿de quién no se halla ella cerca, ella que en todo lugar y en todo momento está preparada? «Consideramos empero — decía él—, cuando parece avvicinarse alguna causa de muerte, que otras pueden estar más cerca y no ser temidas.» Uno estaba amenazado de muerte por un enemigo, pero una indigestión tomó la delantera.

Si queremos distinguir las causas de nuestro temor, veremos que unas son reales, y otras, aparentes. No es la muerte lo que tememos, sino el pensamiento de la muerte, pues de ésta siempre estamos a igual distancia. Así pues, si la muerte debiera ser temida, precisaría temerla siempre, porque ¿qué tiempo está exento de su peligro?

Pero ya es cuestión de temer que estas largas cartas no te lleguen a ser tan odiosas como la misma muerte. Pongámosles fin, pero si tú no quieres temer nunca a la

muerte, piensa siempre en ella.

### *Aprendizaje del desprecio a la muerte*

Exhorta a tu amigo a menospreciar valerosamente a aquellos que le censuran por haberse refugiado en la sombra y el reposo, de haber dimitido de sus dignidades, y porque, habiendo podido subir mucho más, haya preferido el ocio a todo ello. Que cada día les muestre cuán provechosamente ha conducido su negocio. Las personas a quienes la turba envidia no dejarán de pasar: unos serán aplastados, otros caerán. La prosperidad es inquieta: ella misma se atormenta, confunde de diferentes maneras el buen sentido, excita diversamente a los hombres: a unos hacia la ambición del poder, a otros hacia la lujuria; a unos los hincha, a otros los afemina, y a todos los ablanda y deshace.

«Pero hay quien lo soporta bien.» Sí, como el vino. Conviene que no te dejes engañar por aquellos que andan diciendo que tal es feliz porque se ve asediado por muchos; corren a ellos como a un estanque: para vaciarlo y ensuciarlo. «Le llaman espíritu fútil y perezoso.» Ya sabes que muchos hablan con el sentido extraviado y dicen lo contrario de lo que quieren decir. Antes le llamaban feliz. ¿Pero, qué? ¿Lo era?

Tampoco me preocupa que otros lo encuentren demasiado adusto y sombrío. Decía Aristón que prefería un adolescente pensativo a uno risueño y amable para la turba; el vino se torna bueno cuando resultaba nuevo, duro y áspero, pero se sostiene aquel vino que ya en el lagar era agradable. Deja que le vayan diciendo triste y enemigo de sus propios progresos. Esta tristeza se convertiría en un bien para la vejez con sólo perseverar en

el cultivo de la virtud empapándose de estudios liberales; no de aquellos con los cuales basta rociarse, sino de aquellos por los cuales es menester dejarse penetrar.

Éste es el tiempo de aprender. ¿Pero, qué? ¿Existe alguno en que no debamos aprender? En manera alguna; pero así como es cosa honorable estudiar en toda edad, no en todas lo es ser enseñado. Es cosa fuera de lugar y ridícula un viejo aprendiendo el abecedario; es menester adquirir de joven para practicar de viejo. Realizarás, pues, una cosa utilísima, aun para ti mismo, si lo tornas lo mejor posible. Los mejores beneficios para desear y hacer, los que indudablemente son de primer orden, son los que resultan tan provechosos de dar como de recibir.

Y finalmente él ya no es libre: ha dado su palabra y es menos vergonzoso faltar a un acreedor que a una promesa de virtud. Para pagar una deuda de dinero necesita el comerciante una navegación próspera; el agricultor, la fecundidad del campo que cultiva y el favor del cielo; nuestro amigo, en cambio, puede pagar lo que debe con sólo su voluntad. La fortuna carece de poder sobre la vida moral.

Regule él mismo sus costumbres, con la mayor tranquilidad, hasta que alcance la perfección de su alma, la cual, cualquiera que sea el giro que tomen las cosas, no sienta que nada le ha sido dado ni le ha sido quitado, antes bien, mantenga siempre el mismo temple. Si le han sido prodigados todos los bienes vulgares, emerge por encima de todos ellos; si el hado le roba alguno, no por ello pasa a ser inferior.

Si hubiese nacido en la Partia, desde pequeño combaría el arco; si en la Germania, su mano de adolescente blandiría la ligera espada; si hubiese vivido en tiempo de

nuestros abuelos, hubiera aprendido a montar a caballo y a atacar al enemigo de cerca. Éstas son las cosas que recomienda y prescribe a cada uno el sistema educativo de su nación.

¿Qué es, pues, lo que tiene que estudiar? Aquello que defiende de todos los dardos y de toda suerte de enemigos, es decir, el menosprecio de la muerte, de la cual nadie duda que deje de contener algo terrible que repugna al amor a sí mismo con que la Naturaleza ha formado nuestras almas; pues no precisaría animarnos y prepararnos para una cosa a la cual fuésemos por una especie de instinto voluntario, tal como nos sentimos inclinados a la propia conservación.

Nadie aprende, por si un día lo precisa, a resignarse a yacer en un lecho de rosas, pero es menester endurecerse a no abatir su fe entre los tormentos, y, por si es necesario, velar en pie y herido en la trinchera sin apoyarse ni en la lanza, ya que el sueño acostumbra invadir a los que se apoyan en alguna cosa. La muerte no implica ningún sufrimiento, puesto que precisa existir para percibir alguno.

Y si tantas ansias experimentas de más prolongada vida piensa en que todas aquellas cosas que desaparecen de nuestra vista para volver al seno de la Naturaleza, pues de ella surgieron y de ella volverán a surgir, no son aniquiladas. Acaban su carrera, pero no desaparecen, y la muerte, que tanto tememos y evitamos, interrumpe la vida, pero no la quita, Volverá el día que nos restituirá a la luz que muchos rehuían como si hubiesen perdido la memoria de ella.

Poco más tarde explicaré con mayor tiento que todo cuanto parece morir no hace sino mudar. Quien tiene que volver será menester que sufra de buen grado. Observa el giro de las cosas que se resuelven a emprender su ruta; no verás que se extinga nada en este mundo, antes bien, toda cosa se hunde y vuelve a surgir. Se nos va el verano, pero otro año nos lo volverá a traer; cae el invierno, pero tornará a comenzar en sus meses propios; la noche se traga al sol, pero el día, dentro de poco, nos lo recobrará. El curso de los astros vuelve a pasar por los mismos lugares que deja; incesantemente se eleva una parte del cielo mientras la otra se hunde.

Y al fin pondré término a mi carta añadiendo que ni los niños ni los enajenados temen la muerte, y que sería gran vergüenza que la razón no nos procurase aquella seguridad a la cual conduce la falta de juicio.

*Moderación en el duelo por el amigo muerto. El duelo exagerado tiene su vanidad*

Me duele mucho que se haya muerto Flaco, tu amigo, pero aún me disgusta más que a ti te duela más de lo que es de razón. Apenas me atrevo a exigirte que no te duela, a pesar de estar convencido de que sería lo mejor; pero ¿a quién corresponderá esta firmeza de espíritu sino al que ya está muy elevado por encima de la fortuna? También éste sentirá el pellizco de esa pena, pero sólo el pellizco. Pero a nosotros, cuando rompemos a llorar, se nos pueden perdonar estas lágrimas si no han corrido en exceso, si nos hemos esforzado en reprimirlas. Ante la muerte de un amigo nuestros ojos no tienen que permanecer secos, pero tampoco tienen que deshacerse en lágrimas: no han de llorar, sino lagrimear.

¿Te parece que te impongo una ley dura, cuando el máximo poeta griego concede el derecho de llorar, pero sólo durante un día, cuando dice que hasta la propia Níobe pensó en tomar alimento? ¿De dónde vienen, me preguntas, las lamentaciones, de dónde los lloros inmoderados? Es que tomamos las lágrimas por muestras de duelo, y al llorar no obedecemos al dolor, sino que lo ponemos de manifiesto. Nadie está triste por motivos propios. ¡Oh infeliz estulticia! Existe una vanidad del dolor.

«Pues, ¿qué? —me dices—, ¿debo olvidar al amigo?» Breve es el recuerdo que le prometes si tiene que durar lo que tu dolor. Pronto cualquier azar transmutará en sonriente tu triste faz. No lo aplazo para un tiempo largo, que endulza toda añoranza y calma el duelo más acerbo. Tan pronto como dejarás de observarte, desaparecerá este

aspecto de la tristeza; ahora tú mismo eres el guardián de tu dolor, pero también cae para aquel que lo guarda, y cuanto más vivo es este dolor, más pronto termina.

Procuremos que el recuerdo de los que hemos perdido nos sea agradable. Nadie vuelve de buen grado a aquellas cosas en las cuales no puede pensar sin sentirse dolorido; en verdad, no puede dejar de ser que el nombre de los difuntos que amamos nos sea recordado sin que veamos nuestro corazón transido, pero aun esta emoción tiene su deleite.

«Porque —como solía decir nuestro Atalo— la memoria de nuestros amigos difuntos es como algunas manzanas que tienen una suave aspereza, como el vino muy viejo en el cual encontramos un amargor delectable; pero cuando ha transcurrido una temporada, todo lo que nos angustiaba se extingue y sólo recibimos la pura delectación.»

Si debemos creerle, «pensar en los amigos vivientes es miel sobre hojuelas»; pero el recuerdo de los que fueron procura una satisfacción un poco acerba. Y ¿quién negaría que estas cosas agrias, que muestran cierta aspereza, estimulan el vientre?

Yo no pienso igual, porque a mí el pensamiento de los amigos difuntos me resulta dulce y suave, ya que los tuve cerca de mí como quien tiene que perderlos, y luego los he tenido perdidos, como si aún los tuviese. Procura, pues, querido Lucilio, como corresponde a tu ecuanimidad, no seguir interpretando injustamente el beneficio de la fortuna: si te lo ha quitado, primero te lo había dado.

Por estas razones es menester que nos apresuremos a gozar de nuestros amigos, ya que es cosa incierta cuánto tiempo durará semejante suerte. Pensemos cuántas veces

les habíamos abandonado para emprender un largo viaje, con cuánta frecuencia, incluso viviendo en el mismo lugar, dejábamos de verles, y comprenderemos que, con los amigos en vida, en realidad perdimos la mayor parte del tiempo. ¿Puedes soportar a aquellos hombres que, habiendo tratado a los amigos con el mayor desdén, luego los lloran desesperadamente, que no aman a nadie que no lo hayan perdido? Por esta razón vierten en tales momentos una inundación de lamentos, porque temen que dudemos los demás del afecto que habían tenido al desaparecido: son pruebas tardías de su afecto las que tratan de aportar.

Si nos quedan otros amigos, les hacemos injuria, les mostramos poca estima, ya que en tan poco pueden consolarnos de la muerte de uno; si no tenemos ningún otro, hacemos a nosotros mismos una injuria mayor que la que hemos recibido de la fortuna, pues ella nos ha quitado un amigo y nosotros tantos como no hemos sabido ganar.

Por otra parte, no quiso en exceso a un amigo quien no pudo amar más que a uno solo. ¿No te parecerá gran estulticia que un hombre expoliado, habiendo perdido su túnica, la única que tenía, prefiriese lamentarse a buscar manera de guardarse del frío y encontrar otra pieza con que abrigarse las espaldas? Has enterrado aquel a quien querías: busca otro a quien puedas querer. Vale más reemplazar un amigo que llorarlo.

Sé que lo que voy a decir ahora es sobradamente conocido, pero no porque esté en boca de todos quiero omitirlo: quien no pone fin al duelo con su voluntad, lo pondrá con el tiempo. Y es cosa vergonzosa para el hombre de buen juicio que el remedio de la tristeza sea su

propio cansancio; prefiero que dejes al dolor y no que él te abandone; cesa lo más pronto que puedas de hacer aquello que, aunque no quieras, no podrás hacer mucho tiempo.

Nuestros mayores establecieron un año de lloro para las mujeres, no para que estuviesen llorando todo aquel tiempo, sino para que no llorasen más. Para los varones, empero, no existe ningún tiempo señalado por la ley, ya que ninguna época de lloro sería decorosa. ¿Cuál podrías citarme de aquellas mujeres que apenas pudieron ser separadas de la pira funeraria, que apenas pudieron ser desasidas del cadáver, a quien las lágrimas durasen un mes entero? Nada se torna tan pronto repulsivo como el dolor que, muy reciente aún, se busca consuelo y se rodea de amistades; inveterado, al contrario, produce risa, y no sin motivo, pues, o es fingido, o es torpe.

Y te escribo esto, yo que lloré tan inmoderadamente a mi carísimo Anneo Sereno, yo que, y en manera alguna, habría querido hacerlo, soy un ejemplo de los vencidos por el dolor. Hoy, empero, condeno mi conducta y comprendo que la principal causa de haberlo llorado de aquella suerte fue que nunca había pensado que pudiese morir antes que yo. Yo sólo pensaba que era más joven que yo, y mucho más, como si el hado siguiese orden alguno.

Meditemos, pues, asiduamente tanto nuestra mortalidad como la de todos aquellos que queremos. Yo hubiese tenido que decir entonces: «Mi Sereno es más joven que yo; y esto ¿qué importa? Tendría que morir después que yo, pero puede morir antes». Por no haberlo

hecho me encontré desprevenido ante el súbito golpe de la fortuna. Ahora pienso que todo es mortal y sin ley fija; puede acontecer hoy lo que puede acontecer cualquier día.

Pensemos, pues, carísimo Lucilio, que pronto llegaremos allí donde nos lamentamos que él haya llegado. Y tal vez, si es verdadera la opinión divulgada por los sabios, existe un lugar que nos acoge, y el que pensamos muerto no ha hecho más que pasarnos delante.

*Frente a la vida humillada, la muerte deliberada.*

*Morir bien es huir del peligro de vivir mal*

Después de mucho tiempo he vuelto a ver tu Pompeya y he vuelto a vivir los días de mi mocedad. Cuanto hice allí en mi juventud me parecía poderlo hacer aún y que lo había hecho no hacía mucho tiempo.

Hemos pasado navegando, Lucilio, por la vida, y de igual manera que en el mar, como dice nuestro Virgilio, «tierras y ciudades se retiran», asimismo, en esta carrera rapidísima del tiempo, primero perdemos de vista la infancia, después la adolescencia, después aquella edad, como quieras llamarla, que media entre la juventud y la ancianidad, puesta en los confines de estas dos; después los mejores años de nuestra senectud; sólo al final comienza a anunciar el acabamiento común a todo el linaje humano.

Somos tan insensatos que lo tomamos por un escollo, cuando en realidad es un puerto al cual un día u otro tenemos que arrumbar, que nunca hemos de rechazar y al cual, si alguien llega en sus primeros años, no debe quejarse más que un pasajero de haber hecho una rápida travesía. Pues, según ya sabes, uno es conducido como en juego por las auras ligeras, hasta fatigarle con su calma indolente y enojosa; otro es arrebatado con gran presteza por un soplo persistente.

Piensa que igual cosa nos acontece: la vida conduce a unos rapidísimamente al lugar donde han de atracar finalmente, aunque se retrasen; a otros los consume con demoras. Pero ya sabes que no debemos aferrarnos a la

vida, pues la buena cosa no es vivir, sino vivir bien. Por esto el sabio no vivirá tanto como pueda, sino tanto como deba.

Él considerará dónde tiene que vivir, con quién, y qué cosas debe realizar. Siempre piensa en la calidad, no en la cantidad de la vida; si le acontecen cosas molestas que enturbian su tranquilidad, es él quien sale de la vida sin dudar. Y no sólo debe hacerlo en la última necesidad, antes bien, en cuanto comience a resultarle sospechosa la fortuna, es menester que dilucide con toda diligencia si ha de acabar con su vida. Nada le importa si el fin se lo ha de procurar o tiene que recibirlo, si tiene que ser más pronto o más tarde; no teme la muerte como si significase un gran daño. No ha de representar gran cosa la pérdida de aquello que se nos va gota a gota.

Morir más pronto o más tarde no tiene importancia; lo que sí la tiene es morir bien o mal, y es, ciertamente, morir bien huir del peligro de vivir mal. Por tal razón tengo por muy afeminada la voz de aquel rodio que habiendo sido lanzado por un tirano al fondo de un precipicio y alimentado como un animal salvaje, respondió a uno que le aconsejaba dejar de comer: «El hombre, mientras vive, puede aguardarlo todo».

Aunque esto sea verdad, no vale la pena conservar la vida a cualquier precio. Los bienes mayores, los más ciertos, no querría comprarlos al precio de una confesión vergonzosa. Antes que pensar que la fortuna lo puede todo en el hombre que vive, pensaré que la fortuna no puede nada en el hombre que sabe morir.

A veces, sin embargo, aunque sepa inminente la muerte, que le aguarda un suplicio, el sabio no empleará su fuerza en aplicarse la pena, sino en soportarla. Es

necedad morir por miedo a la muerte; si viene quien tiene que matarte, aguárdale. ¿Por qué te anticipas? ¿Por qué te tornas agente de la crueldad de otro? ¿Es que por ventura compadeces a tu verdugo o le envidias?

Sócrates hubiese podido terminar su vida dando pruebas de tenacidad muriendo antes de hambre que por el veneno, pero, a pesar de todo, pasó treinta días en una cárcel aguardando la muerte, no con la idea de que pudiesen sobrevenir muchos cambios, ni que un plazo tan largo pudiera permitirle abrigar muchas esperanzas, sino para acomodarse a las leyes y para permitir a los amigos gozar de los últimos días de Sócrates. ¿Qué estulticia podía ser mayor que la de menospreciar la muerte y temer el veneno?

Escribonia, severa matrona, era tía de Druso Libón, adolescente tan estúpido como noble, más lleno de ilusiones de las que aquel siglo podía satisfacer, ni él en ningún siglo. Como hubiera sido expulsado del Senado en su litera, no ciertamente acompañado de un gran séquito —pues todos los parientes y amigos lo habían abandonado sin piedad, viendo en él menos un acusado que un cadáver —, comenzó a deliberar si tenía que darse la muerte o había de aguardarla. Pero Escríbonia le dijo: «¿Qué ganas haciendo la tarea de otro?». No pudo, sin embargo, hacérselo entender, pues se dio la muerte, y, en verdad, no sin motivo. Teniendo que morir tres o cuatro días después, a merced del enemigo, se anticipó a hacerle el trabajo.

No es, por lo tanto, posible decidir en general si es menester prevenir o aguardar la muerte cuando una violencia externa nos la anuncia, pues existen muchas circunstancias que pueden decidirte en uno u otro sentido.

Si la opción queda situada entre una muerte atormentada y una simple y fácil, ¿por qué no echar mano de esta última? Tal como si tengo que navegar escogeré una nave, y si tengo que procurarme morada escogeré una casa, para salir de la vida escogeré la muerte.

Por otra parte, tanto como es mejor una vida más larga, es peor una muerte más larga. En nada como en la muerte hemos de obrar a merced de nuestra alma. Salga el alma por donde tomara el impulso: tanto es que haya preferido el hierro como el lazo, como algún brebaje que penetre en las venas, embista hacia delante y quiebre las ataduras de la servidumbre. Debemos querer la vida aprobada por los demás; la muerte, empero, aprobada por uno mismo: la mejor muerte es aquella que agrada.

Necios son estos pensamientos: «Dirán que he obrado con poco valor, que he procedido temerariamente, que existen otras suertes de muerte más valiente». Lo que debes pensar es que tienes a tu arbitrio un designio con el cual la gente no tiene nada que ver. Fíjate solamente en que debes liberarte de la fortuna lo más pronto que puedas; de otra suerte, nunca faltará quien pensará mal de tu proceder.

Encontrarás también hombres que profesan la sabiduría que niegan que el hombre pueda atentar contra la propia vida y que consideran una iniquidad hacerse el asesino de sí mismo: según ellos, es menester aguardar la salida tal como la Naturaleza lo haya decretado. Quien afirma semejante cosa no sabe que se cierra el camino de la libertad. La cosa mejor que ha hecho la ley eterna es que, habiéndonos dado una sola entrada a la vida, nos ha procurado miles de salidas.

¿Yo tengo que aguardar la crueldad de una enfermedad o de un hombre, pudiendo escapar de entre los tormentos y apartar por mí mismo los estorbos? Aunque no sea más que por esta razón no podemos quejarnos de la vida, pues ella no nos retiene a la fuerza. Buena es esta disposición de la vida humana en la cual nadie es infeliz si no es por culpa suya. Si te place, vive; si no te place, estás perfectamente autorizado para volverte al lugar de donde viniste.

Muchas veces te has hecho una sangría para librarte de un dolor de cabeza, o para adelgazar el cuerpo te has abierto una vena; con una lanceta se abre el camino hacia aquella libertad, y la seguridad no cuesta sino una picadura. ¿De dónde nos viene, pues, tanta pereza y tanta desidia? Ninguno de nosotros piensa que a la corta o a la larga tendrá que salir de semejante morada; como a los viejos inquilinos, nos retiene la afección a la casa y la costumbre, aun en medio de las mayores incomodidades.

¿Quieres liberarte de este cuerpo? Habita en él como quien ha de emigrar. Piensa que algún día tendrás que dejar este alojamiento y te sentirás más fuerte ante la necesidad de tener que salir de él. Pero ¿cómo pueden tener idea de este fin los que no ponen ningún límite a sus ambiciones?

En ninguna otra cosa es tan necesaria la meditación, pues con las otras cosas puede suceder que nos ejercitemos en vano. Si tenemos el alma preparada para la pobreza, a lo mejor la riqueza no quiere abandonarnos. Nos hemos armado para menospreciar el dolor, y a lo mejor la buena conformación de un cuerpo íntegro y sano nunca nos exigirá la práctica de tal virtud. Nos hemos impuesto el deber de padecer valerosamente las añoranzas

de nuestros difuntos más queridos, y la fortuna mantiene incólumes a todos los que amamos. Respecto a esta ciencia del morir, sólo de ella podemos decir que llegará sin falta el día en que nos será exigida su aplicación.

No es menester que creas que sólo los grandes caracteres tuvieron aquella fortaleza de romper las barreras de la esclavitud humana; no precisa que creas que esto sólo puede hacerlo Catón, que arrancó con su mano el alma que no había podido sacar con el hierro. Hombres de condición bajísima salieron hacia el lugar seguro con un esfuerzo gigantesco, y no pudiendo morir a su gusto ni escoger a su arbitrio los instrumentos de la muerte, asieron los primeros que hallaron a mano, convirtiendo en dardos mortíferos cosas inocuas por naturaleza.

No hace mucho, en el circo de las fieras, un germánico que se preparaba para el espectáculo matinal se apartó para una necesidad del cuerpo, que era el único momento en que le dejaban sin guarda, y tomando el bastón que tiene adherida la esponja para limpiarse se lo hundió todo él en la garganta, muriendo asfixiado. Ello fue una injuria a la muerte. Sin duda fue poco delicada y poco decente esta manera; pero ¿qué puede existir más necio que mostrarse delicado en la manera de matarse?

¡Oh varón valeroso, bien digno de haber podido escoger la muerte! ¡Con qué fortaleza habría asido la espada, con qué valor se hubiera hundido en el profundo mar, se hubiese precipitado por un despeñadero! Privado de todo medio, supo no deber más que a sí mismo la muerte y el arma mortífera a fin de que sepas que para morir sólo puede detenernos la voluntad. Juzgue cada cual como le

plazca el acto de ese hombre enérgico, con cuya acción queda firmemente asentado que la muerte más grosera es preferible a la servidumbre más elegante.

Ya que he comenzado a mencionar ejemplos de gente humilde, proseguiré, pues seremos más exigentes con nosotros mismos cuando veamos que la muerte es menospreciada aun por los hombres más despreciables. Los Catones, los Escipiones y otros que estamos acostumbrados a oír mencionar con admiración, son tenidos por imposibles de imitar; pero yo demostraré que su virtud encuentra más ejemplos en los juegos de fieras que entre los caudillos de la guerra civil.

Siendo conducido entre guardas uno que estaba destinado al espectáculo matinal, bajó la cabeza, como si el sueño lo venciese, hasta colocarla entre los radios de la rueda, y se mantuvo firme en su asiento hasta que el movimiento de la rueda le segó el cuello: de esta suerte consiguió huir de la pena mediante el vehículo que le conducía.

A quien quiere desasirse y escapar, nada puede serle obstáculo: la Naturaleza nos ha puesto en una prisión abierta. Que se busque una salida suave aquel a quien su necesidad lo permita; quien tenga a mano muchos recursos para liberarse, haga la selección y vea con cuál de ellos andará más seguro a la libertad; empero, aquel para quien la ocasión se presente difícil, agarre lo primero que encuentre, aunque sea algo insólito y sin precedentes. A quien no le falte valor para morir, tampoco le faltará habilidad.

Ya ves, pues, cómo los sirvientes más abyectos, si les agujunea el dolor, despiertan y burlan la guardia más vigilante. Es un varón grande aquel que no sólo se impone

la muerte, sino que sabe encontrarla. Te he prometido muchos ejemplos del mismo orden.

En el segundo espectáculo de la naumaquia, uno de los bárbaros se hundió en la garganta la lanza que había recibido para luchar contra los adversarios. «¿Por qué —se dijo—, por qué no escapar de todos los tormentos, de todos los vilipendios? ¿Por qué, armado como estoy, ando aguardando la muerte?» Fue éste un espectáculo tanto más bello cuanto que es más decente que los hombres aprendan a morir que a matar.

¿Pues, qué? Lo que tienen aquellos corazones degradados, de malas inclinaciones, ¿por ventura no lo poseerán los que han sido armados contra aquellos azares por una larga meditación y por la razón, maestra en toda cosa? Ella nos muestra cuán distintos son los caminos de la muerte, cómo no existe más que un solo fin, y cuán poco interesa el punto por donde comienza lo que va a sucedernos.

La propia razón te advierte que debes morir de la manera que puedas, que debes valerte de la primera cosa que encuentres a mano para inferirte violencia. Es cosa vergonzosa vivir de lo robado, pero es cosa magnífica morir de ello.

*Los falsos silogismos de Zenón sobre la muerte. La muerte debe menospreciarse más de lo que se suele hacer*

Y lo que te hará firme es la meditación continua, con tal que no ejercites la lengua, sino el alma; con tal que te prepares para la muerte, contra la cual no te servirá de exhortación ni de incitación al buen ánimo quien pruebe de persuadirte con simples sofismas de que la muerte no es un mal. Es cosa placentera, oh Lucilio, el mejor de los hombres, reírse de las ineptias griegas, de las cuales aún no me he desasido, no sin extrañeza por mi parte.

Nuestro Zenón utiliza este silogismo: «No existe ningún mal glorioso; pero la muerte es gloriosa, por lo tanto, no es ningún mal». Me has hecho un gran servicio: ya estoy libre de temor; al oír esto, no vacilaré en entregarte mi cuello. ¿No podrías hablar más seriamente, sin hacer reír al que se halla junto a la muerte? Por Hércules, no te podría decir quién fue más insensato, si el que creyó destruir el temor de la muerte con semejante silogismo, o quien pretendió rebatirlo como si valiese la pena.

Pues él mismo le opone un silogismo contrario, deducido del hecho de que nosotros contamos la muerte entre aquellas cosas que los griegos llaman *adiáphora* [indiferentes]. «Nada que sea indiferente —dice— es glorioso; pero la muerte es gloriosa; luego no es indiferente.» Harto debes distinguir dónde falla este argumento: la muerte no es gloriosa, pero es glorioso morir con entereza. Cuando tú dices «nada que sea indiferente es glorioso», te lo concedo, en el bien

entendido que todo aquello que es glorioso se refiere a cosas indiferentes, comprendiendo entre éstas, es decir, entre las que no son ni buenas ni malas, la enfermedad, el dolor, la pobreza, el destierro, la muerte.

Ninguna de estas cosas es gloriosa en sí misma, pero nada lo es sin ellas. Ya que no se alaba a la pobreza, sino a aquel que no es subyugado ni anulado por la pobreza; no es alabado el destierro precisamente, sino aquel Rutilio que fue al destierro con un gesto que no hubiera sido más enérgico si hubiese enviado a otro; no es alabado el dolor precisamente, sino aquel que no cede a su coacción. Nadie alaba la muerte, excepto aquel a quien la muerte arrancó el alma antes de podérsela turbar.

Ninguna de estas cosas es en sí misma honorable ni gloriosa, pero cualquiera de ellas a la cual se acerque la virtud, que sea manejada por la virtud, se torna honorable y gloriosa; por lo que a ellas se refiere, se mantienen en una zona medianera. Lo que importa es si lo que se relaciona con ellas es la virtud o la maldad, pues aquella muerte que en Catón fue gloriosa, pronto se convirtió en deshonesta y vergonzosa en Bruto. Quiero decir aquel Bruto que en el momento que tenía que morir, buscando dilaciones, se retiró a descargar el vientre, y habiendo sido llamado entonces para morir, para que presentase su cuello, dijo: «Lo presentaré si ello me permite vivir». Y poco faltó para que añadiese: «Aunque sea bajo Antonio». ¡Oh hombre digno de ser abandonado a la vida!

Por otra parte, tal como he comenzado a decir, ya ves que ni la propia muerte es ni buena ni mala: Catón ganó con ella gran gloria; Bruto, un gran deshonor. Toda cosa

recibe de la virtud la belleza que le faltaba. Decimos de una estancia que es clara, pero de noche es oscurísima; el día le presta luz, la noche se la roba.

De igual manera vemos que la maldad o la virtud confieren el nombre de bueno o malo a aquellas cosas que nosotros llamamos indiferentes o neutras: riquezas, fuerza, belleza, honores, realeza, y, en el lado contrario, muerte, destierro, falta de salud, dolores, y otras cosas más o menos temidas por nosotros. Una masa material no es en sí misma caliente ni fría; puesta al horno, se calienta; lanzada al agua, se enfría. La muerte es honorable por obra de aquello que es honorable, y esto no puede ser más que la virtud y el alma menospreciadora de las miserias.

Existen también, Lucilio, grandes diferencias entre estas cosas que llamamos neutras. Pues la indiferencia ante la muerte no es la misma que ante el hecho de si tienes los cabellos cortados de manera regular; antes la muerte debe contarse entre aquellas cosas que ciertamente no son malas, pero tienen toda la apariencia de tales; el amor a sí mismo, la voluntad de permanecer y conservarse y la repugnancia a la disolución, son cosas que encontramos naturalmente en nosotros, por cuanto la muerte parece robarnos mucho y sacarnos de esta abundancia a la cual estamos acostumbrados. También se nos hace repulsiva la muerte por el hecho de que las cosas presentes ya las conocemos, pero desconocemos aquellas a las cuales hemos de pasar, y sentimos el horror de lo desconocido. Es, por otra parte, natural el miedo a las tinieblas, a las que creemos que la muerte nos conduce.

Así pues, aunque la muerte sea indiferente, no puede ser dejada de lado fácilmente; el alma tiene que endurecerse a fuerza de arduos ejercicios, a fin de poderla mirar cara a cara y acercarse a ella. La muerte debe menospreciarse más de lo que suele hacerse. Muchas cosas nos han hecho creer de ella; muchos hombres de genio han rivalizado en aumentar su mala fama: se ha escrito la prisión infernal y la región sumergida en noche perpetua, en la cual

*... el fiero guardián del Infierno,  
echado en su antro sobre un montón de huesos medio roídos,  
ladrando sin cesar, aterroriza las sombras exangües.*

Aunque llegues a la persuasión de que todo ello son fábulas y que no encuentran los difuntos nada tan temible, nos asalta otro temor, pues el mismo miedo nos causa estar en el infierno como no estar en ninguna parte.

Contra tantas prevenciones, que una larga persuasión ha hecho arraigar en nosotros, ¿cómo no sería cosa gloriosa, y una de las mayores proezas del alma humana, sufrir la muerte valerosamente? Y nunca el alma humana se elevará hacia la virtud si cree que la muerte es un mal; pero se elevará hacia ella si cree que es indiferente. No cabe en la Naturaleza que nadie se acerque con grandeza de espíritu a aquello que tiene por un mal; lo hará perezosamente y de mal talante. Y no puede llamarse glorioso lo que se hace de mala gana y volviendo la cabeza; la virtud no hace nada por fuerza.

*Debemos perseverar en el recuerdo en la muerte de  
un ser querido*

Te he enviado la carta que escribí para Marcelo cuando perdiera a su hijo aún pequeño y se decía que lo soportaba con flaqueza de ánimo; en ella no seguí mi costumbre de siempre, ya que creí que no debía tratarlo con suavidad por cuanto merecía más reprensión que consuelo. Pues con el afligido que no soporta bien una gran herida es menester mostrarse condescendiente y permitir que se sacie de sus lágrimas, desahogando por lo menos sus primeras emociones.

Pero aquellos que lloran como por gusto, es menester que sean castigados y que aprendan que también en las lágrimas puede haber necesidad. ¿Aguardas consolaciones? Recibirás reproches. ¿Tan flojamente soportas la muerte de un hijo? ¿Qué harías si hubieses perdido un amigo? Ha fallecido un hijo que, de tan pequeño, no ofrecía unas esperanzas muy seguras: es bien escaso el tiempo que se ha perdido.

Andamos buscando motivos de dolor y nos queremos quejar injustamente de la fortuna, como si ella no tuviese que darnos bastantes motivos justos de queja; pero, ¡por Hércules!, yo te creía lo bastante valeroso, aun contra los verdaderos males, y no sólo contra estas sombras de males de los que los hombres se lamentan únicamente por seguir la costumbre. Si hubieses perdido un amigo, que es la más grande de las pérdidas, antes tendrías que alegrarte de haberlo poseído que entristecerte por haberle perdido.

Pero la mayoría de los hombres no valora los bienes que han recibido, los goces en que se han solazado. Este mal, entre otros, tiene esta pena: no solamente es superfluo, sino ingrato. Pues ¿por haber tenido un tal amigo, se han perdido del todo los esfuerzos de éste? ¿No han servido para nada tantos años, tanta unión en estas vidas, tanto compañerismo en los estudios? ¿Es que, por ventura, entierras con el amigo la amistad? Entonces, ¿por qué te duele haberlo perdido, si no te ha sido provechoso tenerle? Créeme, de aquellos a quienes hemos querido, aunque el azar nos los haya quitado, la mejor parte permanece con nosotros. El tiempo pasado es nuestro y nada se halla en lugar más seguro como lo que fue.

En la esperanza del futuro somos desagradecidos respecto a los bienes que poseímos, como si aquello que tiene que venir, en el supuesto que realmente llegue a sucedernos, no tuviera que caer bien pronto en el pasado. Bien mezquinamente estima la utilidad de las cosas el que sólo se alegra de las presentes; también las futuras y las pasadas pueden deleitarnos, éstas con el recuerdo, aquéllas con la esperanza; sólo que el futuro se halla en suspenso y puede no suceder, mientras el pasado no puede dejar de haber sido. ¿Qué locura es, por lo tanto, la de dejarse perder lo más cierto? Debemos estar contentos de los bienes que ya hemos gozado, a no ser que los hayamos disfrutado con un alma agujereada que iba perdiendo todo lo que recibía.

Son innumerables los ejemplos de los que han enterrado hijos jóvenes sin verter una lágrima, de los que de la pira funeraria han acudido al Senado o a cualquier otro oficio público, para ocuparse inmediatamente en otra cosa. Y no sin razón; pues, en primer lugar, es inútil lamentarse si lamentándote no puedes obtener nada; en

segundo lugar, es cosa inicua quejarse de lo que nos ha pasado a nosotros, pero está reservado para todos los demás; finalmente, es pura estulticia una lamentación de añoranza, cuando la distancia entre lo perdido y el que lo añora se ha hecho lo más pequeña posible. Tanto más ecuanimes debemos ser cuanto que andamos en pos de lo que hemos perdido.

Considera la velocísima rapidez del tiempo, piensa en la brevedad de este espacio por el cual corremos apresurados, observa la muchedumbre del linaje humano que se dirige al mismo lugar, con separaciones de mínimos intervalos, aun allí donde han podido parecernos mayores: quien crees que ha muerto, no ha hecho más que precederte. ¿Qué cosa más falta de entendimiento es llorar al que se te ha adelantado, teniendo que recorrer tú el mismo camino?

¿Hay quien llora por un acaecimiento que fatalmente tiene que llegar? Si es que algún hombre no prevé la muerte, se engaña. ¿Hay quien llora por un suceso que decía que no podía acaecer? Todo aquel que se lamenta de la muerte de un hombre, se lamenta de que haya sido hombre. Una misma ley obliga a todos: cuando vemos que alguien nace, sabemos que le está reservada la muerte.

Nos separan distancias, pero el fin nos iguala. Aquello que cae entre el primer día y el último es vario e incierto: si lo cuentas por las molestias, aun para el pequeñuelo es largo; si por la rapidez, incluso para el anciano es breve. No hay nada que no sea resbaladizo y falaz y más variable que ninguna tempestad: toda cosa es sacudida y alterada en contrarios sentidos por los golpes de la fortuna, y entre tanta agitación como vemos en todas las cosas humanas,

no hay otra sino la muerte que sea cierta para todos. Y a pesar de ello todo el mundo anda lamentándose de aquella cosa sobre la cual nadie es engañado.

«Pero murió niño.» No digo aún que es más afortunado aquel que halla pronto el término de la vida: pasemos por ahora al que ha conseguido envejecer. ¿En cuánto aventaja al niño? Considera la vastedad del abismo del tiempo y trata de concebir la eternidad; después compara con tal inmensidad aquello que llamamos la vida humana y verás cuán pequeño es lo que deseamos y pretendemos extender.

Y de este tiempo, ¿cuánto es ocupado por el lloro, cuánto por las cuitas?, ¿cuánto por la muerte deseada antes de su venida, cuánto por las enfermedades, cuánto por el temor? ¿Cuánto nos reservan los años de ignorancia e inutilidad? Una mitad de la vida la pasamos durmiendo. Añade los trabajos, los desastres, los peligros, y verás que hasta en la vida más larga es bien poco lo que se vive.

Pero ¿quién te concederá que no es más afortunado aquel al que ha sido permitido marcharse bien aprisa y que ha terminado el camino antes de cansarse? La vida no es ni bien ni mal, es una ocasión para el bien o para el mal. Así vemos que no ha perdido otra cosa sino la ocasión de juego, y con lo poco de mala fortuna que ello representa. Hubiera podido tornarse modesto y prudente, siguiendo tus enseñanzas hubiese podido educarse para una vida más noble; pero lo que cabía temer con mayor probabilidad es que se volviera semejante a la mayoría.

Fíjate en aquellos jóvenes que la lujuria ha lanzado del seno de las familias más nobles a la arena; fíjate en aquellos que, impúdicos, satisfacen su baja pasión unos

con otros, que no terminan ningún día sin una embriaguez, sin cometer algún gran crimen: queda harto manifiesto que todo ello da lugar más al temor que a la esperanza. No tienes, pues, que andar en busca de motivos de dolor ni exagerar con tu falta de resignación ligeras causas de pena.

No te exhorto a hacer una corazonada para mantenerte erguido: no tengo de ti tan mal concepto que llegue a creer que te sea preciso poner a contribución toda tu virtud para contrarrestar semejante desventura. Esto no es una herida dolorosa, sino un mordisco, y tú lo conviertes en una herida. ¡Qué gran servicio te ha prestado, sin duda, la filosofía, si encuentras en falta con fortaleza de alma a tu hijo pequeño, aunque fuese más conocido de la nodriza que del padre!

¿Qué? ¿Te aconsejo la dureza, y que en el mismo entierro vayas con la cabeza erguida, sin tolerar la angustia del corazón? En manera alguna. No es virtud, sino inhumanidad, esto de contemplar el entierro de los suyos con los mismos ojos que cuando estaban vivos y no conmoverse en el primer momento de su separación. Aun suponiendo que te lo prohibiese, hay cosas que permanecen fuera de todo dominio: las lágrimas fluyen aun en aquel que intenta detenerlas, y procuran alivio al espíritu.

¿Qué haremos, pues? Les permitiremos que caigan, pero sin forzarlas a ello; que fluyan las que derramen el sentimiento, no las que exijan la imitación. Pero no añadamos nada a la tristeza ni debemos aumentarla con el ejemplo ajeno. La ostentación del dolor es más exigente que el dolor mismo. ¿Cuántos hay que están triste para sí solos? Cuando pueden ser escuchados, gimen con mayor

violencia, pero más calladamente, con mayor serenidad, en secreto; en cuanto ven a alguien, se sienten excitados a nuevos lloros. Entonces se golpean la cabeza, cosa que hubiesen podido hacer más libremente cuando nadie podía impedirlo; entonces invocan a la muerte y se revuelven sobre el lecho; el espectador se va, y cesa todo aquel dolor.

También en ésta, como en otras cosas, caemos en el vicio de comportarnos según el ejemplo de la mayoría y de no atender a lo que conviene, sino a lo que se acostumbra. Nos apartamos de la Naturaleza y nos entregamos al arbitrio del pueblo, que no suele ser ejemplo de nada bueno, y en esta cosa, como en tantas otras, se muestra lleno de inconsecuencia. Ve a alguien entero en su dolor, y le califica de poco afectivo y áspero; ve a alguien caído en tierra y abrazado al cadáver, y le llama afeminado y flojo.

Es menester, por lo tanto, regularlo todo según la razón. Y no existe nada más necio que pretender darse fama de triste y alabarse de las lágrimas, pues, a mi parecer, el sabio permite a unas que caigan mientras otras brotan por sí mismas. Te indicaré la diferencia. Cuando nos hiere la primera nueva de una muerte sentida, cuando nos abrazamos a aquel cuerpo que tiene que pasar de nuestras manos a las llamas, una necesidad natural nos hace verter lágrimas, y los suspiros impulsados por el golpe del dolor maltratan, tal como hacen con todo el cuerpo, también los ojos, en los cuales oprimen y hacen brotar las lágrimas.

Estas lágrimas vertidas por compresión nos caen involuntariamente; pero existen otras a las cuales damos salida cuando refrescamos la memoria de los seres que

hemos perdido, y entonces la tristeza tiene un punto de dulzor al acordarnos de sus alegres conversaciones, de su trato jovial, de su cierta ternura: entonces se nos dilatan los ojos como en el placer. En éstas somos complacientes; en aquéllas, vencidos.

No precisa, pues, que retengas las lágrimas, o que las esparzas atendiendo a los que te rodean y te hacen compañía; nunca será tan vergonzoso retenerlas o darles curso como fingirlas; dejemos que corran como les plazca. Pueden correr de manera serena y modesta; a menudo dejan intacta la autoridad del sabio, pues han sido vertidas con tanta moderación, que no les ha faltado ni humanidad ni dignidad.

Podemos afirmar que es posible obedecer a la naturaleza conservando la mayor gravedad. He visto hombres venerables, los rostros de los cuales rebosaban amor, que no mostraban aparatosidad de lágrimas: no había en ellos nada que no hubiese sido concedido a un afecto sincero. Asimismo, las dudas tienen su decoro: y éste es el que debe guardar el sabio; como en las demás cosas, también en las lágrimas es menester que haya una suficiente medida: en los poco cuerdos se desbordan tanto los dolores como los goces.

Acepta con ecuanimidad las cosas inevitables. ¿Qué cosa increíble ha sucedido, qué cosa nueva? Cuántos en estos momentos encargan oficios fúnebres, a cuántos se compra la mortaja, ¡cuántos llorarán aún después de tu duelo! Siempre que pienses que era un niño, piensa también que era hombre, al cual no ha sido prometido nada cierto ni viene la fortuna obligada a conducirlo hasta la ancianidad; se despidе donde le parece.

Por otra parte, habla a menudo de él y celebra tanto como puedas su memoria, que acudirá a ti con mayor frecuencia si no viene acompañada de amargura. Pues a nadie place convivir con los tristes, y mucho menos con la tristeza. Si escuchaste con placer alguna de sus conversaciones, o presenciaste algunos juegos suyos, aunque fueran infantiles, piensa en ello a menudo, y asegura sin temor que aquel niño hubiese podido satisfacer las esperanzas que en él concebiste con espíritu paternal.

Es propio de un corazón inhumano olvidarse de los suyos y enterrar junto con el cuerpo su memoria, llorarlos a lágrima viva y ahorrarse el recuerdo. Así quieren a sus hijos las aves y las fieras, el amor de las cuales es contenido y violento y casi rabioso, pero en las que, en cuanto los han perdido, se extingue totalmente. Esto es indigno del hombre prudente, en el cual el recuerdo tiene que ser perseverante y breve la lamentación.

En manera alguna puedo aprobar lo que dice Metrodoro, a saber, que la tristeza implica cierta delectación y que es ésta la que es preciso procurarse en tales ocasiones. Transcribo las propias palabras de Metrodoro en la *Colección de cartas de Metrodoro a su hermana*: «Existe una especie de goce unido a la tristeza que es preciso procurarse en aquellos momentos».

No dudo de tu parecer sobre esta sentencia, pues, ¿hay algo más vergonzoso que buscar el placer en el propio dolor, buscar una cosa que nos agrade aun en las propias lágrimas? Éstos son los que nos acusan de un rigor excesivo y tildan nuestros preceptos de demasiado duros, porque andamos diciendo que el dolor, o no tiene que admitirse en el espíritu, o tiene que ser expulsado de él sin

tardanza. ¿Qué cosa es más cruel o más inhumana, no sentir dolor alguno en la pérdida del amigo, o procurarse un deleite en el propio dolor?

Lo que nosotros prescribimos es cosa honesta: cuando el sentimiento se ha evaporado, por decirlo así, vertiendo algunas lágrimas, el alma no tiene que entregarse al dolor. ¿Cómo te atreves a decir que es menester mezclar el deleite con el dolor? De la misma manera consolamos a los niños con un dulce; así obtenemos que deje de llorar si le hacemos caer la leche en la boca. ¿Ni en aquellos momentos en que el cuerpo de tu hijo es consumido por el fuego, o en que tu amigo fallece, toleras que cese el placer, antes bien, pretendes que la tristeza lo deje rezumar? ¿Qué es más honesto, expulsar el dolor del alma, o acoger en el alma la voluptuosidad junto a la tristeza? ¿Debo admitirla allí? Andar buscándola, y, por cierto, en el mismo dolor.

«Existe —dice— cierta delectación nacida conjuntamente con la tristeza.» Esto lo podemos decir nosotros, pero no vosotros. No conocéis otro bien que el placer, ni otro mal que el dolor. Entre el bien y el mal, ¿qué parentesco puede existir? Pero, sentado que existiese alguno, ¿es justamente ahora cuando llegáis a comprenderlo? ¿Es que debemos escrutar incluso el mismo dolor para ver si encierra algo placentero y agradable?

Algunos remedios para ciertas partes del cuerpo no pueden usarse en otras por feos y vergonzosos, y aquello que en un lugar sería provechoso sin detrimento de la vergüenza, tornase indecoroso según la situación de la herida. ¿No te avergüenzas de curar el duelo por medio del placer? Esta herida tiene que ser curada más

severamente. Mejor harías en notar que la sensación del mal ya no alcanza a los difuntos, porque si les alcanzase, ya no lo serían.

Ninguna cosa, repito, puede emocionar a uno que ya no vive, porque si se emocionase estaría vivo. ¿Es que tal vez andamos pensando que no existir es ser desgraciado, o que la desgracia es ser aún alguna cosa? Pues ni del hecho de no existir puede provenirle algún tormento —puesto que, ¿qué sensación puede tener quien no existe?—, ni del hecho de existir, porque entonces queda libre del mayor mal de la muerte, que es el no ser.

Y digamos también a quien llora al hijo que le ha sido arrebatado que, por lo que se refiere a la brevedad de la vida si la comparamos con la eternidad, todos, jóvenes y viejos, somos iguales. Pues lo que nos ha correspondido de la totalidad del tiempo es menos de lo que pueda imaginarse más pequeño, porque aun lo más pequeño de una cosa es una parte de ella, y este tiempo que vivimos es casi la nada. Y con todo, ¡oh demencia nuestra!, disponemos de él largamente.

Te he escrito estas cosas, no porque tengas que aguardar de mí un remedio tan tardío —pues estoy cierto de haberte dicho de palabra todo lo que tienes que leer—, sino a fin de castigarte por aquellos breves momentos en que te has olvidado de ti mismo y para exhortarte que de ahora en adelante tengas coraje contra la fortuna y preveas sus dardos, no como posibles, sino como algo que indefectiblemente llegará.

## OTRAS CARTAS

Cuando hablamos, nada de lo que decimos precipitada y apresuradamente evidencia un orden. Así que la vehemencia en la expresión, precipitada y copiosa, es más propia de un charlatán que de alguien que se ocupa de un asunto serio y noble. El discurso empeñado en la verdad debe ser sencillo y sin adornos. El que gusta al pueblo no contiene mayores verdades, pues pretende conmover a la turba y embelesar con su ímpetu al oyente irreflexivo. Cicerón, que enalteció la elocuencia romana, hablaba pausadamente. Convendría que evitemos el enrojecimiento y que nos escuchemos a nosotros mismos. La atención puesta en los asuntos hay que aplicarla también en las palabras. Debemos ser lentos en el hablar.

Todos podemos ser esclavos, le recuerda Séneca a Lucilio al expresarle su satisfacción de que conviva con sus esclavos en su casa familiar de Siracusa. Unos son esclavos de la lujuria; otros, de la avaricia; otros, de los honores; todos somos esclavos de la esperanza y del temor. Y no existe esclavitud más deshonrosa que la voluntaria. Pero hubo nobles que fueron esclavos por asuntos del destino: fueron esclavos Platón, la madre de Darío, Hécuba y Diógenes. Hemos de tratar a los esclavos como quisiéramos que nos trataran nuestros superiores. Sí, son esclavos, pero son humanos, humildes amigos que comparten el mismo techo y el mismo final con nosotros. Debes, pues, sentar a los esclavos a la mesa contigo igual que a todos los hombres libres. Porque unos son dignos, y otros para que se hagan dignos. El amigo no sólo lo encontramos en el foro o en la curia.

Para Séneca las cartas deben ser una conversación sencilla, como si estuviéramos junto al amigo, sin una pulcritud afectada, en las que no haya nada rebuscado o falso. La autenticidad de nuestros sentimientos tiene dos fases: el sentirlos y el expresarlos, pero es preferirle mostrarlos antes que expresarlos. En todo caso, debemos expresar lo que sentimos y sentir lo que expresamos, siendo así que nuestra manera de hablar se corresponda con nuestra vida. Nuestras palabras deben ser de aprovechamiento y no de deleite.

No debemos tan sólo leer, ni tan sólo escribir: es preciso hacer lo uno y lo otro, conjugando ambos ejercicios. Si no asimilamos lo que leemos, va al acervo de la memoria, no al de nuestra inteligencia. Es preciso convertir el discurso de las palabras en el decurso de nuestra vida. Por mucho que admiremos a un autor que nos ha llegado profundamente en el alma, nuestra semejanza con él debe ser la de un hijo, no la de un retrato: pues el retrato es un objeto sin vida. Como las abejas al elaborar su miel, que la toman de distintas fuentes y luego le dan un sabor armonioso y único, nosotros debemos distinguir cuantas ideas acumulamos de diversas lecturas; luego, gracias a nuestra propia asimilación e ingenio, fundir en un sabor y discurso únicos los diferentes conocimientos e ideas, de suerte que el modelo sea distinto de la obra nuestra, de nuestra propia reflexión.

Como Sócrates y Virgilio, como Cicerón y Atalo, Escipión el Africano fue uno de los hombres que más admiró Séneca. Conmovido, como pocas veces se muestra el pensador a lo largo de sus cartas, le escribe a su amigo Lucilio desde la misma quinta del héroe romano, después de «haber adorado sus manes y el altar que sospecho que sea el sepulcro de tan egregio varón». Como pocos romanos, el gran general, el «terror de Cartago», sirvió a su patria y siguió sirviéndola cuando renunció y se retiró a su casa de campo en la Campania. Aquí Séneca no sólo está conmovido por visitar el último hogar del gran héroe de Roma, sino acaso por la comprobación íntima de que también él se encuentra al final de su vida en una situación parecida a la de Escipión: por haber servido a Roma y a los hombres de Roma, ha tenido que renunciar a todo, a excepción de sus amigos y de su esposa Paulina, y retirarse a una vida frugal en su quinta de Nomento.

*El discurso de la verdad debe ser sencillo y sin adornos. El que gusta al pueblo no tiene nada de verdadero*

Me complace que me escribas tan a menudo, pues así te me muestras de la única manera que puedes. No recibo ninguna carta tuya que al punto no me haga sentir como si estuviésemos juntos. Si los retratos de los amigos ausentes nos causan alegría, por cuanto nos renuevan la memoria y aligeran la añoranza, aunque con un consuelo vacío y falso, ¡cuánto más agradables resultan las cartas que nos muestran las verdaderas huellas del amigo ausente, sus inconfundibles maneras de expresarse! Pues aquello que nos resulta más grato en la presencia del amigo, las características que nos lo hacen reconocible, nos lo proporciona la huella de su mano en la carta.

Me escribes que escuchaste al filósofo Serapión cuando desembarcó en ese país: «Suele lanzar las palabras en precipitado curso; no las emite una a una, sino que las comprime y rechaza, porque le vienen a la boca muchas más de las que puede pronunciar una sola voz». No apruebo esto en un filósofo, pues es menester que tenga la pronunciación mesurada, como la vida, y nada puede ser bien medido cuando sale precipitadamente de la boca. Por esto Homero atribuye la palabra presurosa, lanzada sin interrupción, como los copos de la nieve, al orador joven, y al orador anciano, empero, la palabra suave y más dulce que la miel.

Ten, pues, por cierto que esa vehemencia de la palabra rápida y abundante corresponde más a los charlatanes ambulantes que al hombre que trata y enseña una materia

noble y grandiosa. Tan poco apruebo que dejen gotear las palabras como que las precipiten: ni es menester mantener en tensión los oídos ni ensordecernos. Un habla pobre y seca no logra sostener la atención del auditorio, aburrido por aquella lentitud entrecortada; con todo, más fácilmente penetra lo que se hace aguardar que lo que pasa volando. Finalmente, se dice que los maestros transmiten preceptos a sus discípulos, y no puede ser transmitido aquello que huye.

Añade que la elocuencia consagrada a la verdad ha de ser austera y simple, mientras que aquella que le gusta al pueblo no tiene nada de verdadera. Lo que ésta se propone es conmover a la turba, y arrastrar de golpe un auditorio inexperto; no se deja guiar, antes se precipita. Y ¿cómo podría gobernar lo que no puede ser gobernado? Por otra parte, el discurso que se usa para curar los espíritus tiene que penetrar en lo más profundo del hombre, pues los remedios no determinan un provecho si no permanecen en nosotros.

Además, aquella elocuencia muestra gran vaciedad y fatuidad, suena mucho más de lo que vale. Es menester calmar las cosas que me aterrorizan, contener las que me irritan, disipar las que me engañan; es menester reprimir la sensualidad, castigar la avaricia; ¿cuál de estas cosas puede hacerse al desgaire?, ¿qué médico puede curar a los enfermos de pasada? Y aun aquel estrépito de palabras que brotan sin elección alguna, que no producen ningún placer.

Pero tal como muchas cosas que no habías creído posible hasta haberlas vivido una vez, así también es necesario que te baste y te sobre haber oído una vez a semejantes comediantes de la oratoria. ¿Qué queríamos

aprender en ellos, qué queríamos imitar de ellos? ¿Qué podemos pensar de sus almas si las palabras salen con precipitación y sin poder reprimirse?

Así como el que desciende por una pendiente no detiene sus pasos en el lugar que se propone, sino que arrastrado por el peso de su cuerpo es lanzado y llega más allá de lo que quería, así también esta rapidez de palabra ni es dueña de sí misma ni adecuada a la filosofía, la cual no tiene que lanzar las palabras, antes colocarlas, y de esta suerte avanzar paso a paso.

«Pues, ¿qué? ¿No podrá nunca elevarse?» ¿Por qué no? Pero manteniendo la dignidad moral que esta fuerza violenta y excesiva no permite. Que posea grandes fuerzas, pero gobernadas; que sea como una ola constante y no como un torrente. Difícilmente aconsejaría, ni siquiera a un orador, esa velocidad irrefrenable y sin ley en el decir, pues ¿cómo ha de poder seguirle el jurado, más de una vez inhábil y poco seguro? El orador, hasta cuando se ve arrastrado por el afán de brillar o por una emoción irreprimible, no debe apresurarse ni apretujar las palabras en mayor cantidad de lo que pueden recibir los oídos.

Harás bien, pues, en no escuchar más a aquellos hombres que pretenden decir mucho sin preocuparse de la forma, y en todo caso, si lo prefieres, en hablar como Publio Vinicio. «¿Quién era éste?» Habiendo sido preguntado Arelío sobre cómo hablaba Publio Vinicio, respondió: «Arrastrando las palabras». Y Gémino Vario dijo: «No entiendo cómo podéis llamar elocuente a un hombre que no puede pronunciar tres palabras seguidas». ¿Por qué no tendrías que preferir ese hablar de Vinicio?

Y esto aunque saliere un impertinente como aquel que oyendo cómo se iba arrancando las palabras de la boca una a una, como si en lugar de pronunciarlas las dictase, le dijo: «Di, ¿tienes algo por decir?». Por lo que se refiere a la precipitación de Quinto Haterio, orador celeberrimo en su tiempo, creo que era un orador sensato que se guardaba mucho de este defecto. Era hombre que no dudaba nunca, que no se detenía nunca; que comenzaba y acababa de un arranque. Creo, con todo, que estas cosas convienen más o menos según las naciones: entre los griegos es más soportable semejante licencia; nosotros mismos, cuando escribimos, acostumbramos separar las palabras. El propio Cicerón, a partir del cual tomó empuje la elocuencia romana, iba paso a paso. La elocuencia romana es más circunspecta: aprecia el propio valor y se hace apreciar.

Fabiano, varón egregio por la virtud y la ciencia, y, lo que no vale tanto, por la elocuencia, se expresaba, más que apresuradamente, expeditamente, en forma que hubiera podido ser calificado de orador fácil, pero no rápido. Apruebo, aunque no exijo, esta facilidad en el varón sabio; aunque su discurso salga sin tropiezos, prefiero que nos sea librado con mesura a que surja a borbotones.

Querría alejarte de esta calamidad, tanto más cuanto que no podrías entregarte a ella sin perder el respeto a ti mismo; sería menester que perdieras toda vergüenza y que ni tú mismo te oyese. Pues aquella carrera irreflexiva arrastra muchas cosas que después querrías hacer retroceder.

Lo repito: no podrías caer en estas cosas sin perder la vergüenza. Además, precisa grandes ejercicios cotidianos y consagrarse, apartándose de las cosas, al estudio de las palabras. Y aunque las palabras te vinieren solas a las mientes y brotasen sin trabajo, aun entonces sería menester templarlas; pues tal como corresponde al varón sabio un caminar modesto, también le conviene una palabra concisa y poco audaz. Sea, pues, éste el postrer resumen: te recomiendo que seas lento de palabra.

*Trato humano con los esclavos. Todos somos  
esclavos*

Por los que han venido de donde tú te encuentras, he sabido que vives familiarmente con tus esclavos. Así corresponde a tu prudencia y a tu cultura. «Son esclavos.» Pero, además, hombres. «Son esclavos.» Pero, además, familiares tuyos. «Son esclavos.» Pero, además, amigos tuyos de modesta condición. «Son esclavos.» Pero, además, compañeros de esclavitud, si reflexionas que igual poder tiene la fortuna sobre ellos que sobre nosotros.

Por tales razones me río de aquellos que desdeñan cenar con su esclavo, y no por otra cosa que por la orgullosísima costumbre que ha querido que el señor, mientras cena, aparezca rodeado de un grupo de esclavos en pie. Tal come más de lo que puede engullir, y con insaciable avidez sobrecarga su vientre hinchado y desacostumbrado ya de oficios propios, para después vomitar los manjares con más pena de la que puso en ingerirlos.

Pero a los inferiores esclavos no les permite mover los labios, ni tan sólo hablar. La verga reprime todo murmullo, y ni los ruidos involuntarios como la tos, el estornudo, el hipo quedan libres de azotes; con grandes castigos se paga el haber interrumpido con cualquier sonido el silencio; tienen que pasar toda la noche en ayunas y con la boca cerrada.

Así hablan mal de su señor aquellos a quienes no es permitido hablar ante su señor. Al contrario, aquellos que no sólo hablaban delante del señor, sino aun con éste

mismo, aquellos a quienes no se cosía la boca, se mostraron dispuestos a poner el cuello por su señor, a desviar cualquier peligro que a éste amenazara; hablaban en los convites, pero callaron en el tormento.

Hete aquí un proverbio inventado por este orgullo señorial: «Tantos esclavos, tantos enemigos». No es que sean enemigos nuestros, es que los convertimos en enemigos. Dejo de lado otras crueldades, otras cosas inhumanas, como también el abusar de todos ellos más como animales que como seres humanos, en forma que cuando nos inclinamos a la cena, uno esté limpiando los salivazos, otros anden por debajo de la mesa recogiendo los vómitos de los beodos.

Uno trincha las aves de gran precio haciendo pasar su mano derecha, que corta con seguridad, por la pechuga y por los muslos, lo deshace todo en pequeñas porciones; desgraciado mortal que no vive más que para despedazar convenientemente las aves si no fuese más desgraciado aquel que lo enseña por prurito de placer que aquel que lo aprende por necesidad.

Otro esclavo escanciador del vino, vestido a manera de mujer, lucha con los años; no le está permitido pasar de la mocedad, es empujado violentamente hacia ella; y alcanzada ya la talla militar, tiene el cuerpo liso, afeitado todo pelo, o completamente depilado; pasa la noche en vela, dividiéndola entre la embriaguez del señor y sus propios desórdenes, varón en el lecho y mocito en el convite.

Otro aún, a quien se ha encomendado la censura de los invitados, permanece el infeliz en pie tratando de aquilatar a quienes la habilidad en la adulación o la intemperancia de la gula o la lengua les vale ser invitados

otro día. Añade los proveedores, finos conocedores del paladar del dueño, que saben muy bien qué sabores le excitan el apetito, qué espectáculos le deleitan, con qué novedad se le puede alejar la desgana, qué es lo que le molesta cuando ya está saciado, qué le place aquel día. Cenar con esta gente el dueño no podría resistirlo, pues creería grave disminución de su autoridad ponerse a la mesa junto al esclavo. ¡Oh justos dioses! Muchos de estos esclavos han llegado a veces a mandar.

He visto en el umbral de Calixto<sup>15</sup> a su antiguo señor, aquel que le había hecho poner el rótulo de vendible, que le había precipitado entre los esclavos de desecho; y ahora veía yo al antiguo señor excluido mientras otros esclavos eran admitidos. Así le devolvía la manera como había sido tratado aquel esclavo relegado antaño al primer grupo, el grupo con el cual el pregonero ensaya su voz; ahora era él, el antiguo esclavo, quien podía juzgarlo y considerarlo indigno de su casa. El amo vendió a Calixto. ¡Pero cuántas cosas hizo pagar éste a su antiguo amo!

Piensa que este hombre que llamas tu esclavo ha nacido de la misma simiente, goza del mismo cielo, respira, vive y muere igual que tú. Tanto puede ser que le veas libre como que él te vea esclavo. En la derrota de Mario, la fortuna abatió a muchos que la dignidad militar hacía augurar la senatorial; a uno le hizo pastor, a otro guardián de una cabaña; ahora tú menosprecias al hombre de aquella condición a la cual puedes pasar mientras le menosprecias.

No quiero extenderme desmesuradamente sobre el uso de los esclavos, con los cuales nos mostramos superbísimos, crudelísimos, ofensivos en extremo. Con todo, ahí tienes el resumen de mi doctrina: vive con el

inferior tal como quisieras que un superior viviese contigo. Siempre que te pase por las mientes lo que debe serte permitido hacer con el esclavo, no olvides que es lo mismo que tu señor debería hacer contigo.

Pero tú me respondes que no tienes señor alguno. Estás en la mejor edad: tal vez tendrás alguno. ¿No sabes a qué edad comenzó a vivir en esclavitud Hécuba, a cuál la madre de Darío, a cuál Platón, a cuál Diógenes?

Vive de forma bondadosa con el esclavo, hasta en compañerismo; acéptalo en la conversación, en la deliberación a la mesa. Así veremos que exclamará contra mí toda la turbamulta de la gente consentida: «Nada tan bajo como esto, nada tan vergonzoso». Y a estos mismos tal vez les sorprenderé besando la mano a los esclavos de otro.

¿Por ventura no recordáis cómo nuestros padres supieron quitar toda odiosidad al dominio, todo deshonor a la esclavitud? Llamaron al señor padre de familia, y a los esclavos, familiares, según vemos que perdura aún en las representaciones mímicas. Establecieron un día de fiesta que no fuese el único, pero sí el más señalado entre los días que los señores comían con los esclavos; les permitieron gozar honores dentro de la casa, declarar en justicia considerando la casa como una pequeña república.

«Pues, ¿qué? ¿Tendré que aceptar a los esclavos a mi mesa?» Sí, igual que a los hombres libres. Te equivocas si piensas que yo rechazaré algunos de profesión denigrante, como son el muletero y el vaquero: no los apreciaré por el oficio, sino por las costumbres. Las costumbres se las hace cada cual; el oficio, lo señala el azar. Es menester que algunos cenén contigo porque son dignos de ello, otros

para que lo sean; pues si algo servil les ha quedado de la convivencia con gente grosera, lo borrará el trato con gente más noble.

Precisa, caro Lucilio, que no busques los amigos solamente en el Foro y en el Senado: si lo consideras bien, podrás encontrarlos incluso en tu casa. A menudo excelentes materiales se pierden por falta de un artista: inténtalo, haz la prueba. Así como resulta un modelo de estulticia quien teniendo que comprar un caballo no examina el bruto, sino la silla y el freno, asimismo es harto manifiesta la de aquel que aprecia al hombre por sus ropas o por su condición social, cosa que llevamos superpuesta a manera de vestido.

«Es esclavo.» Pero puede ser libre en espíritu. «Es esclavo.» ¿Y esto tiene que perjudicarlo? Enséñame un hombre que no lo sea; uno sirve a la lujuria, otro a la avaricia, otro a la ambición, todos al temor. Yo podré mostrarte un cónsul sirviendo a una vieja, un rico sirviendo a una criada. Te podré señalar jóvenes nobilísimos sirviendo a actores de pantomima. Ninguna servidumbre tan vergonzosa como la voluntaria. Por tales razones no existe motivo alguno para que estos seres viciados se atrevan a echarle en cara que sonrías a los esclavos y no muestras la altanería del superior: pero tú debes procurar que más que temerte te respeten.

Alguien dirá que dirijo a los esclavos una llamada a la libertad y que busco que los señores caigan de su pedestal, y eso porque ando repitiendo que no es preciso que teman al señor, sino que le respeten. «Así —dirán—, ¿es menester que lo respeten como a clientes o como a visitantes?»

Quien dice esto olvida que no es poco para un señor lo que es suficiente para Dios. Quien es venerado es amado; el amor no puede confundirse con el miedo.

Haces muy bien, pues, cuando no quieres ser temido por tus esclavos, cuando únicamente les castigas con palabras. Sólo debe corregirse con azotes a los animales. No todo lo que nos enoja es una ofensa, pero nuestras costumbres voluptuosas nos conducen a la iracundia en tal forma, que todo lo que no se doblega a nuestra voluntad despierta nuestra cólera.

Todos poseemos alma de rey, puesto que los reyes, olvidando tanto sus fuerzas como las flaquezas de los demás, se arrebatan, se tornan crueles, como si realmente hubiesen recibido una injuria, siendo la realidad que su grandeza les guarda de cualquier peligro con la mayor seguridad. No es que lo ignoren, pero con sus mismas lamentaciones encuentran ocasión de poder hacer daño. Fingen recibir la injuria a fin de poderla practicar.

No quiero entretenerme más, ya que no te precisan exhortaciones. Las buenas costumbres poseen entre otras ventajas las de la propia complacencia y la perseverancia: la maldad es ligera y cambia de continuo, no para mejorar, sino simplemente por amor a la mudanza.

*Sencillez en el estilo. Expresar lo que sentimos y  
sentir lo que expresamos*

Te quejas de que mi estilo carece de pulimento. Pero ¿quién es el que pretende hablar con elegancia sino aquel que desea hablar amaneradamente? Tal como sería de llana y espontánea nuestra conversación si estuviéramos sentados platicando, o anduviésemos juntos de camino, así quiero que sean mis cartas, que no tengan nada de rebuscado ni de fingido.

Si fuese posible, preferiría mostrar mis sentimientos antes que expresarlos. Ni en una discusión patearía, o agitaría la mano, o levantaría la voz, antes bien, dejaría estas cosas a los oradores, contentándome con que mis pensamientos llegasen a ti sin adornarlos ni envilecerlos.

De una sola cosa querría convencerte: de que siento cuanto digo, y no solamente lo siento, sino que le tengo afecto. Los hombres besan de una manera a su amiga, y de otra a sus hijas; con todo, también en este beso, tan honorable y casto, se manifiesta claramente el afecto. No querría, ¡por Hércules!, que fuesen secas y áridas las palabras que expresen tan grandes cosas, pues la filosofía no renuncia al ingenio, pero tampoco es menester gastar grandes esfuerzos en las palabras.

Todo nuestro propósito debe reducirse a decir lo que sentimos y a sentir lo que andamos diciendo: nuestra palabra tiene que estar de acuerdo con nuestra vida. Ha cumplido rectamente su encomienda aquel que encuentras igual tanto cuando es visto como cuando es oído.

Ya veremos qué especie de hombre es y dónde llega, pero sea primero sólo un hombre. No es placer, sino provecho lo que tienen que producir nuestras palabras. Pero si podemos contar con la elocuencia sin buscarla, si se tiene a mano, lléguese en buena hora a ponerse al servicio de las ideas nobles, pero compórtese de manera que más que enseñarse ella misma nos enseñe las ideas. Las otras artes sólo atienden al ingenio de la expresión, pero aquí se trata del gran negocio del alma.

El enfermo no busca un médico que sea elocuente; mas si acierta a suceder que el que sabe curar sea por otra parte capaz de expresarse con elegancia, todo eso tendrá de más. Pero no hallará motivo alguno para felicitarse de estar en manos de un médico elocuente, pues esta cualidad es para un médico como la belleza para un piloto hábil.

¿Por qué me cosquilleas los oídos? ¿Por qué me los llenas de delicias? Bien otra cosa es lo que conviene: el cauterio, el cuchillo, la dieta. Para ello has sido llamado: tienes que curar una enfermedad antigua, grave, general; tienes entre manos un asunto tan serio como el de un médico en una epidemia. ¿Y te preocupas de las palabras? Puedes sentirte contento si prestas alcance a las cosas. ¿Cuándo aprenderás tantas como precisa aprender? ¿Cuándo las asimilarás tan íntimamente que ya no puedas olvidarlas? ¿Cuándo las probarás con la experiencia? Pues no es suficiente, como en otras materias, confiarlas a la memoria: precisa ensayarlas en la práctica.

«Pues, ¿qué? ¿No existen entre los sabios grados intermedios? ¿No hallamos el precipicio junto a la sabiduría?» No lo creo así, pues aquel que progresa se puede contar aún entre el número de los faltos de juicio,

pero ya le separa de éstos una gran distancia, y aun entre los mismos que progresan existen grandes diferencias. Según algunos, se dividen en tres clases.

Los primeros son aquellos que aún no han adquirido la filosofía, pero ya han conseguido sentar la planta en sus contornos; mas una cosa cercana queda, a pesar de todo, todavía fuera. ¿Me preguntas quiénes son éstos? Aquellos que ya han dejado todas las pasiones y todos los vicios, que ya han escogido aquellas cosas en las que pretenden asentar su afecto, aunque la confianza que abrigan no ha sido experimentada aún. No gozan todavía del uso de su bien, pero ya no pueden recaer en aquellas cosas de las cuales huyeron. Ya han alcanzado aquel punto del cual no se puede resbalar hacia atrás, mas esto no consta aún a su propio espíritu: según recuerdo haber escrito en una carta, en aquella sazón «no sabemos que sabemos». Tienen la fortuna de gozar de su bien, pero no la de confiar en él.

Algunos definen esta especie de proficientes de que estoy hablando diciendo que ya se han liberado de las dolencias del alma, pero aún no de las pasiones, y que se encuentran todavía en terreno resbaladizo; por cuanto nadie se encuentra fuera de todo peligro de mal si no se lo ha sacudido del todo de encima, y sólo lo ha sacudido del todo quien ha puesto en lugar de él la sabiduría.

La diferencia entre las enfermedades del alma y las pasiones ya ha sido expuesta por mí repetidas veces. Pero te la voy a recordar una vez más: las enfermedades son los vicios inveterados y endurecidos, como la avaricia y la ambición, las cuales han atado el alma con gran violencia y se han convertido en dolencias permanentes. Para definirla brevemente te diré que la enfermedad del alma

es la pertinacia del juicio en el mal, como, por ejemplo, creer que es deseable en gran manera aquello que sólo lo es levemente; pero, si lo prefieres, podemos definirla así: buscar con demasiado afán las cosas poco deseables o indeseables del todo, o tener en gran estima aquello que sólo merece poca o ninguna.

Las pasiones son movimientos reprobables, súbitos e impetuosos del alma, los cuales, si se hacen frecuentes y son desatendidos, acarrean la enfermedad, tal como un catarro que no se ha tornado crónico causa tos, pero un catarro persistente e inveterado produce la tisis. Así vemos que los que han progresado mucho quedan fuera del alcance de las enfermedades, mas a pesar de hallarse cerca de los perfectos experimentan todavía las pasiones.

La segunda clase es la de aquellos que han abandonado las más peligrosas dolencias del alma y también las pasiones, pero no tienen una posesión firme de su seguridad, ya que pueden recaer en aquéllas.

La tercera clase se ha liberado de muchos y grandes vicios, mas no de todos. Se ha desasido de la avaricia, pero aún experimenta la ira; ya no le tienta la lujuria, aunque sí la ambición; ya no tiene apetitos, pero todavía tiene temores en los cuales se muestra bastante firme delante de ciertas cosas, pero cede delante de otras; menosprecia la muerte, mas le asusta el dolor.

Meditemos un poco sobre esta clase. Estemos contentos de nuestra suerte si somos admitidos en aquélla. Precisa un temperamento muy afortunado y una asidua aplicación al estudio para ocupar el segundo rango, pero el tercero tampoco es despreciable. Piensa cuánta copia de males ves en derredor tuyo, fíjate cómo no hay ningún

crimen sin ejemplo, cómo de día en día avanza la maldad, cómo se peca en privado y en público, y entenderás que bastante hemos conseguido si no somos de los pésimos.

«Pero yo —dices— espero poder penetrar en un rango más honorable.» Para nosotros lo desearía más que lo prometería: el mal nos ha captado por adelantado, nos esforzamos hacia la virtud con el impedimento de los vicios. Da vergüenza tener que decirlo: cultivamos la virtud en los momentos de ocio. ¡Pero qué premio tan grande nos aguarda si quebramos todos los estorbos y las malas tendencias tan tenaces!

Ya no nos maltratarán los apetitos ni el temor; inmóviles ante todos los terrores, incorruptibles ante todos los deleites, ni la muerte ni los dioses nos aterrorizarán, pues sabremos que la muerte no es ningún mal y que los dioses no son poderes malignos. Tan débil cosa es lo que mueve como lo que es movido. Las cosas excelentes están faltas de virtud nociva.

Si llegamos a levantarnos de este fango hacia aquella región sublime y excelsa, nos aguarda allí una gran tranquilidad de espíritu y una absoluta libertad franca de todo error. ¿Preguntas qué libertad? No temer a los hombres, ni a los dioses; no desear nada deshonesto, ni desmesurado; tener absoluta posesión de sí mismo. Es un tesoro inestimable hacerse dueño de nuestro propio ser.

*En la lectura debemos imitar a las abejas, que escogen las flores más apropiadas para elaborar su miel*

Tengo por cierto que estas excursiones que me sacuden la pereza son provechosas a mi salud y a mis estudios. Cómo favorecen a mi salud, ya lo ves: como el amor a las letras me torna dejado y negligente con mi cuerpo, hago ejercicio por cuenta de otro. En qué forma favorecen a mis estudios, ya te lo diré: me distraen de las lecturas. Las cuales, pese a todo, las considero necesarias; de una parte, porque me guardan de contentarme conmigo mismo; de otra, porque, conociendo los descubrimientos de los demás, juzgo las doctrinas que ya han sido descubiertas y medito sobre las que pueden descubrirse. La lectura alimenta el pensamiento y nos recupera de la fatiga del estudio; no, empero, sin entregarnos a otro estudio.

Ni hemos de escribir tan sólo ni solamente hemos de leer, pues la primera cosa disipa y agota las fuerzas (hablo de la composición) y la otra las disuelve y enerva. Es menester pasar de una cosa a otra y hacer que se atemperen mutuamente, a fin de que la pluma preste una estructura de unidad a todo aquello que ha recogido la lectura.

Es menester, tal como suele decirse, imitar a las abejas, las cuales van rondando de aquí para allá en busca de las flores más apropiadas para extraer la miel, y después disponen y almacenan en panales todo lo que recogieron, y como decía Virgilio:

*... destilan las fluidas mieles,  
llenar las colmenas de néctar dulcísimo.*

No consta de cierto si chupan el jugo de las flores ya en forma de miel, o si transforman con alguna mezcla y mediante alguna propiedad de su aliento los jugos recogidos y les prestan aquel sabor. Algunos quieren que no tengan la facultad de hacer la miel, sino de recogerla. Dicen que en la India se encuentran ciertas cañas que tienen miel en las hojas, producida por el rocío de aquel cielo o por el humor dulce y abundante de la misma caña, y que hasta en nuestras hierbas se encuentra la misma propiedad, pero de manera menos manifiesta y perceptible, miel que es la que busca el animal nacido para ello. Otros creen que es por aderezo y elaboración como las abejas prestan a los jugos extraídos de las hojas y flores más tiernas aquella calidad, añadiendo una especie de fermento que presta unión a tan diversos elementos.

Pero, a fin de no verme arrastrado fuera de mi asunto, te repetiré que hemos de imitar a esas abejas, separando todo lo que hemos recogido en diversas lecturas —pues las cosas ordenadas se conservan mejor—, fundiendo después en un solo sabor todas las cosas reunidas, por obra del cuidado e ingenio de nuestra inteligencia, en tal forma que no aparezca de dónde han sido tomadas, y ofrezcan bien manifiesto que poseen ahora un ser bien diferente del de antes, lo cual vemos que sin intervención nuestra es realizado por la naturaleza en nuestro cuerpo.

Los alimentos que tomamos, mientras se mantienen en su ser y nadan en el estómago sin disolverse, son para nosotros peso y molestia; pero cuando han terminado su transformación, se nos convierten en sangre y fuerzas. Hagamos lo mismo con los alimentos del pensamiento; no toleremos que nada de lo que hemos ingerido permanezca intacto, que todo deje de pertenecer a otro ser.

Digirámoslo, pues de lo contrario no pasaría a la inteligencia, sino que quedaría depositado en la memoria. Asimilémoslo confiadamente y hagámoslo nuestro, a fin de que su multiplicidad se convierta en unidad, de igual manera como de muchos se hace un solo número, como se reúnen en una sola suma otras cantidades pequeñas y desiguales. Haga esto nuestra alma: oculte todos los elementos de que se ha nutrido y muestre solamente lo que, a base de aquéllos, ha sabido elaborar.

Y aunque surja el parecido con alguien que haya penetrado profundamente en tu admiración, quiero que te le parezcas como un hijo, no como un retrato: el retrato es una cosa muerta. ¿Pues, qué? ¿No tiene que reconocerse de quién imitamos el estilo, el razonamiento, las sentencias? Creo que a veces ni se puede reconocer, cuando es una gran mentalidad la que, habiendo tomado las ideas de su modelo escogido, les presta el cuño de su forma para que tiendan a la unidad.

¿No compruebas cuántas voces forman un coro? Y, con todo, de todas ellas no resulta sino una. Una es aguda, otra grave, otra intermedia; las voces de mujer se unen con las de hombre, las flautas acompañan el conjunto: cada una de estas voces queda ahogada y sólo se percibe la de todos.

Hablo del coro tal como lo conocieron los antiguos filósofos. En nuestros conciertos hay más cantores que antiguamente en los teatros: todos los pasadizos aparecen llenos de filas de cantores, la platea está rodeada de trompetas y el proscenio resuena de flautas e instrumentos de toda suerte; entonces, de sonidos tan diversos resulta una armonía. Así querría que fuese

nuestra alma; que contenga muchas artes, muchos preceptos, muchos ejemplos de las más diversas épocas, pero que todo tienda a la unidad.

«¿Cómo puede obtenerse esto?», me dirás. Con una constante solicitud, no haciendo ni evitando nada que no sea siempre bajo el consejo de la razón. Si quieres escuchar a ésta, te dirá: Deja por fin estas cosas que andas persiguiendo: deja las riquezas, peligro o carga de sus poseedores; deja las delicias del cuerpo y del alma, que ablandan y enervan; deja la ambición, hinchada de vacuidad, de vanidad, de viento, desconocedora de toda medida, tan inquieta por los que tiene delante como por los que tiene al lado, trabajada por la envidia, y por una envidia doble. Harto comprendes cuán miserable es aquel que envidia y es envidiado.

¿No ves las casas de los potentados, aquella lucha de los visitantes bajo los umbrales por saludar? Muchas afrentas es necesario soportar para penetrar en ellas; muchas más cuando ya lo has obtenido. Pasa de largo ante las escaleras de los ricos y ante los vestíbulos sostenidos sobre grandes terrazas: te pondrías en la pendiente de un abismo, resbaladiza por añadidura. Ven por este camino, por el que conduce a la sabiduría, en busca de bienes tranquilísimos y abundantísimos.

A todo aquello que emerge por encima de las cosas humanas, por más que sea pequeño y sólo se eleve por comparación con las cosas más bajas, únicamente se va por senderos difíciles y penosos. Escarpada es la vía que conduce a la cima de la dignidad, pero si te agrada ascender hasta tal cima, a la cual se rinde la fortuna,

contemplantas por debajo de ti todas aquellas cosas tenidas por mäs elevadas, pero llegaräs, sin embargo, a la cima por un camino llano.

*Elogio de Escipión el Africano, modelo de héroe y de  
patriota*

Hoy te escribo desde la villa de Escipión el Africano, donde reposo, no sin haber adorado sus manes y el altar que sospecho que sea el sepulcro de tan ilustre varón. En cuanto al alma, estoy persuadido de que volvería al cielo, de donde procedía, y no por haber conducido grandes ejércitos, pues también los condujo Cambises, aquel hombre furioso y afortunado en su furia, sino por su egregia moderación y su patriotismo, que encuentro más admirable cuando abandonó la patria que cuando la defendiera. O Escipión tenía que permanecer en Roma, o Roma tenía que permanecer libre.

«No quiero —dijo— romper en nada nuestras leyes ni nuestras instituciones. Que el derecho quede igual para todos: goza, ¡oh patria!, sin mí de mis beneficios. Yo te he ganado la libertad, yo seré también una prueba de ella. Yo me marchó si he crecido más de lo que te conviene.»

¿Cómo no admiraría yo esta grandeza de alma que se destierra voluntariamente a fin de aligerar la ciudad? A tal punto habían llegado las cosas, que, o la libertad dañaba a Escipión, o Escipión a la libertad. Ambas cosas eran nefandas; por esto cedió el lugar a las leyes, y se retiró a Literno, dejando a la República la responsabilidad de su destierro, igual que del de Aníbal.

Yo he visto esta villa edificada con sillares, la muralla que rodea el bosque, las torres levantadas a lado y lado para defender el edificio, la cisterna excavada bajo edificios y campos, que podría abastecer a un ejército

entero, la cámara de baño estrecha y oscura, ya que nuestros padres no tenían por caliente una pieza que no fuese oscura.

Grande fue mi placer al comparar las costumbres de Escipión y las nuestras; en aquel rincón bañaba su cuerpo, fatigado por rústicos trabajos, aquel hombre horror de Cartago, al cual Roma debió no haber sido saqueada más de una vez. Pues era hombre que se ejercitaba en el trabajo, y, según costumbre de los antiguos, domaba él mismo la tierra. Bajo este grosero techo había habitado, este pobre pavimento le había sostenido. ¿Quién resistiría hoy bañarse de aquella manera?

Nos creemos pobres y rústicos si las paredes no relucen de grandes y preciosos espejos, si los mármoles de Alejandría no resaltan entre incrustaciones de Numidia, si no están rodeadas de cenefas de mosaico, trabajo difícil realizado a manera de pintura, si el techo no muestra artesonados de cristal, si la piedra de Tasos, antes rara curiosidad de algún templo, no reviste las piscinas en las cuales sumergimos nuestros cuerpos desecados por una fuerte exudación, si el agua no mana de grifos de plata.

Y aún hablo de baños plebeyos. ¿Qué diríamos de los baños de los libertos? ¡Cuántas estatuas, cuántas columnas que no sostienen nada, colocadas solamente por prurito de dispendio; cuántas cascadas precipitándose rumorosas! A tal punto han llegado nuestras costumbres viciosas que ya no queremos pisar si no es sobre gemas.

En este baño de Escipión vemos, abiertas en los muros de piedra, más que ventanas, pequeñas rendijas, que dan paso a la luz sin dañar la fortificación. Hoy, en cambio, de unos baños que no estuviesen dispuestos de manera que amplios ventanales recibieran la luz del sol a cualquier

hora del día, hasta el punto que pudiésemos bañarnos y curtir nuestra piel y contemplar desde la bañera los campos y la marina, los tildaríamos de escondrijo de escarabajos. Así vemos que unos edificios que atrajeron numeroso concurso y la admiración de todos cuando fueron inaugurados, hoy son rechazados como cosas anticuadas, de manera que el lujo encuentra siempre manera de sorprenderse a sí mismo.

Es que antiguamente los baños eran escasos y poco adornados. Pues, ¿por qué era necesario adornar una cosa que costaba un cuarto de as y no era creada para el placer, sino para la utilidad? El agua no ascendía del fondo de la bañera, ni se renovaba continuamente, ni concedían ninguna importancia a la transparencia del agua en que tenían que dejar sus suciedades.

¡Cuán agradable es, oh dioses, penetrar en uno de aquellos baños oscuros y cubiertos por rústicos techos, cuando sabes que un edil como Catón, o Fabio Máximo, o uno de los Cornelios, había dado con su propia mano al agua el conveniente grado de calor! Porque era también una de las funciones de aquellos nobilísimos ediles penetrar en estos lugares frecuentados por el pueblo para imponer la necesaria limpieza y una temperatura conveniente y saludable, y no esta que ha sido introducida no ha mucho, parecida a un incendio, de tal manera que a un esclavo convicto de un crimen se le podría bañar allí de vivo en vivo. Yo no veo la diferencia entre un baño muy caliente y un baño hirviente.

¡De cuánta rusticidad es acusado por algunos hoy día Escipión, porque no dejaba entrar la luz a su estufa por anchos ventanales, porque no se tostaba a pleno sol, mientras esperaba que le llevasen al baño para ser allí

cocido! ¡Ah, qué hombre tan desgraciado! No sabía vivir. No se lavaba con agua filtrada, sino a menudo turbia, y cuando llovía algo fuerte, casi fangosa. Poco le importaba lavarse de esta manera, porque lo hacía, no por los ungüentos, sino por el sudor.

¿Qué exclamaciones crees que oiremos aquí? «No envidio a Escipión, pues verdaderamente vivía en el destierro quien se lavaba de esta manera.» Y aun, para que lo sepas, no se lavaba cada día, pues, según dicen aquellos que nos han transmitido la relación de las costumbres antiguas, se lavaban cada día los brazos y las piernas, que se ensuciaban con el trabajo; lo demás del cuerpo sólo lo hacían el día de mercado. Aquí alguien dirá: «Queda bien claro que los antiguos eran muy sucios». ¿Qué olor crees que despedían? El de la guerra, del trabajo, del hombre. Desde que se han inventado los baños limpios, la gente es más sucia.

## Notas

1. Llamado así de los *salios* o sacerdotes danzantes de Marte. (*N. del t.*)

2. Los *fulones* eran esclavos que lavaban la ropa saltando encima del cubo de la colada. (*N. del t.*)

3. Gachas de harina de maíz. Aún las come hoy el pueblo bajo en Italia. (*N. del t.*)

4. Tanto las cartas como los libros se escribían en hojas de papel enrollado. A medida que la mano derecha iba desenrollando el papel, la izquierda lo enrollaba de nuevo. (*N. del t.*)

5. Una de las pruebas de heroísmo atribuidas al sabio ideal (Epicuro, fragmento 601). (*N. del t.*)

6. Tribu nómada escita del este del mar Caspio. (*N. del t.*)

7. Antonio hizo cortar la cabeza y la mano derecha de los que habían matado a Cicerón, y contempló con gran placer miembros mutilados. (*N. del t.*)

8. Ebucio Liberal. Probablemente el mismo a quien fueron dedicados los libros *De Beneficiis*. (N. del t.)

9. Una de sus casas de campo, en la Sabina. (*N. del t.*)

10. Eran inscritos en los Fastos los nombres de los cónsules (*N. del t.*).

11. Los niños eran enterrados a la luz de antorchas. (*N. de t.*)

12. Alude a un hecho real de la vida de Séneca. Calígula desistió de matar a Séneca por creer que éste pronto moriría tuberculoso. (*N. del t.*)

13. Del lago Lucrino. (*N. del t.*)

14. Personaje desconocido del que no se sabe más de lo que dice aquí Séneca. (N. del t.)

15. C. Tulio Calixto fue un liberto de Calígula que, bajo el reinado de Claudio, llegó a gozar de gran influencia en la corte imperial. (*N. del t.*)



Obra bajo Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional.

© 2018, de la edición de Dasso Saldívar © 2018, del prólogo de Dasso Saldívar

Selección basada en la traducción de Jaime Bofill y Ferro

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2018: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

Diseño: Planeta Arte & Diseño

Diseño de Colección: J. Mauricio Restrepo

Ilustraciones y el diseño de los mapas conceptuales al cuidado de J. Mauricio Restrepo

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-344-2742-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)





# Índice

Sinopsis	6
Portadilla	7
Un ideario para el siglo XXI	11
Esta edición	23
Pórtico	24
I. La vida, el cuerpo, el espíritu	27
Carta 2: Los viajes y las lecturas	29
Carta 5: La ansiedad por el futuro nos perturba	31
Carta 11: La sabiduría no corrige nuestros defectos naturales	34
Carta 13: Evitar los males imaginarios	37
Carta 14: Debemos cuidar el cuerpo sin ser esclavos de él	43
Carta 15: Ejercicios del cuerpo y cultivo del espíritu	44
Carta 16: La filosofía se apoya en las obras, no en las palabras	48
Carta 17: Debemos buscar primero la sabiduría antes que la riqueza	51
Carta 21: La gloria depende de la sabiduría y no de la fortuna	55
Carta 25: Séneca reflexiona sobre cómo ayudar a dos amigos de distintas edades	59
Carta 27: La virtud se logra mediante el esfuerzo personal	62
Carta 28: Los viajes y la salud del espíritu	65
Carta 32: Consejos para llegar a la vida perfecta	68

Carta 45: No importa leer muchos libros, sino buenos libros	70
Carta 49: Aprovechemos la breve duración de la vida	74
Carta 50: Reconozcamos nuestros defectos y procuremos corregirlos	78
Carta 59: Diferencia entre el placer y la alegría	81
Carta 60: Combatir los deseos inmoderados	87
Carta 66: Las virtudes y los bienes son iguales en distintas circunstancias	89
Carta 71: Lo honesto es el bien supremo	105
Carta 83: Jornada habitual en la vida del viejo Séneca	110
Carta 91: El incendio de Lyon y los avatares de la fortuna	119
Carta 93: El valor de la vida	127
Carta 96: La vida es una lucha continua	131
Carta 104: Los viajes no curan los males del espíritu	133
Carta 110: No debemos alimentar los vicios con los bienes materiales	140
Carta 116: Es preciso suprimir enteramente las pasiones	146
Carta 122: Contra los trasnochadores y los que invierten el orden natural	149
Carta 123: Elogio de la vida frugal	154
Carta 124: La razón es la facultad que percibe el bien supremo	160
II. La amistad, los amigos	167
Carta 3: La elección de los amigos	168
Carta 6: La verdadera amistad	170
Carta 9: La amistad del sabio	172
Carta 35: La amistad basada en la sabiduría es	179

perdurable	
Carta 48: Comunidad de intereses en la amistad	181
Carta 55: Evocación del amigo desde el reposo	183
Carta 62: Cuando me doy a mis amigos, no me alejo de mí mismo	187
Carta 64: Conversación entre amigos	188
Carta 109: También el sabio necesita amigos para compartir el bien más elevado	191
<b>III. Privilegios de la vejez, preparación para la muerte</b>	<b>196</b>
Carta 12: Ventajas de la vejez	197
Carta 19: Necesidad del retiro y preparación del equipaje	201
Carta 24: Preparación para la muerte	205
Carta 26: Elogio de la vejez	213
Carta 54: Séneca se dispone a morir atacado de asma	216
Carta 58: La frugalidad puede prolongar la vejez, como le sucedió a Platón	219
Carta 61: La buena disposición de Séneca para la muerte	222
Carta 77: Sabiduría y serenidad ante la muerte	224
Carta 78: Ante las perspectivas de la muerte	227
Carta 101: Vivamos cada día con plenitud ante la inminencia de la muerte	236
<b>IV. La muerte</b>	<b>241</b>
Carta 4: El temor a la muerte nos distrae de la realización de la vida	242
Carta 30: Cómo debemos esperar la muerte	246
Carta 36: Aprendizaje del desprecio a la muerte	252
Carta 63: Moderación en el duelo por el amigo	

muerto	256
Carta 70: Frente a la vida humillada, la muerte deliberada	261
Carta 82: Los falsos silogismos de Zenón sobre la muerte	269
Carta 99: Debemos perseverar en el recuerdo en la muerte de un ser querido	273
V. Otras cartas	283
Carta 40: El discurso de la verdad debe ser sencillo y sin adornos	285
Carta 47: Trato humano con los esclavos	290
Carta 75: Sencillez en el estilo.	296
Carta 84: En la lectura debemos imitar a las abejas, que escogen las flores más apropiadas...	301
Carta 86: Elogio de Escipión el Africano	306
Notas	310
Créditos	325